BIBLIOTECA DE LA NACION

Bartolomé Mitre

HISTORIA DE BELGRANO

TOMO III

VOLU 32 MEN

GIFT OF
Argentine Comm. O.P.I.E.

BIBLIOTECA DE LA NACION

No 106

HISTORIA DE BELGRANO

Y DE LA

INDEPENDENCIA ARGENTINA

TOMO III

BIBLIOTECA de LA NACIÓN

HISTORIA

DE

BELGRANO

Y DE LA

INDEPENDENCIA ARGENTINA

POR

BARTOLOMÉ MITRE

SEXTA EDICIÓN

TOMO TERCERO

BUENOS AIRES
1913

F128.75
M5
1713
v.3

INDICE DEL TOMO TERCERO

362103

CAPITULO XXIX — Págs.

El Inca — 1 á 30

1816

El proyecto de la monarquía incásica.—Su filiación.—La insurrección de Tupac Amaru y la Revolución sudamericana.—Correspondencia de Belgrano al gobierno sobre el particular. — Opinión de San Martín y Rivadavia sobre este plan.—Preconización de la dinastía del Inca, por Belgrano y Güemes.—Tendencias opuestas de este acto.—Su efecto en la opinión.—Adelantos de la razón pública. — Pasos Kanki. — La prensa argentina en 1816. — Memorable discusión de principios.—Derrota de la idea monárquica.—Elementos orgánicos que prevalecen.—Federación y unidad.—Malas consecuencias de estas disidencias.—Transformación de los partidos.—Fenómenos de la historia argentina.

CAPITULO XXX

La anarquía — 31 á 57

1816-1817

Teoría de la anarquía argentina. — La federación de hecho. — El Congreso de Tucumán, el antagonismo, el federalismo, la centralización y Buenos Aires.—Misión del diputado Corro.—Disturbios en La Rioja.—Renovación de hostilidades entre Buenos Aires y Santa Fe.—Derrota del ejército y escuadrilla de Buenos Aires. — El artiguismo en Córdoba. — Insurrección de Bul-

Págs.

nes en Córdoba y desórdenes que se siguen. — Impresiones de San Martín y Belgrano. — El Congreso y el director ejercen simultáneamente el poder ejecutivo. — Se reprime la insurrección de Córdoba.—Nueva conmoción en Córdoba sofocada.—Don Ambrosio Funes.—Sublevación de Santiago del Estero.—Muerte del comandantes Borges y sus antecedentes. — Estado del Congreso y la cuestión de su traslación á Buenos Aires.—Resistencia de los diputados de Córdoba y Salta.—El enemigo sobre Jujuy.—Ultimas sesiones del Congreso de Tucumán.—Prospecto.

CAPITULO XXXI

Salta y Güemes 58 á 83

1816-1817

El año de 1816 en América.—Situación del ejército auxiliar del Perú.—Relaciones entre Belgrano y Güemes. — Situación del ejército realista del Alto Perú.—La Serna reemplaza á Pezuela. —Opiniones de La Serna y Pezuela sobre invasión al territorio argentino.—El virrey Pezuela ordena la invasión.—Movimiento de La Serna sobre Tarija.—Uriondo en Tarija.—Opinión de La Serna sobre los gauchos.—Descripción de Salta, Jujuy y Orán. —El marqués de Yavi.—Sorpresa de Colpayo.—Falsa retirada de la vanguardia realista. — Derrota de Yavi. — La vanguardia realista invade por Humahuaca.—Pacificación del Alto Perú.— Expedición de Marquiegui á Orán.—Olañeta ocupa á Jujuy.— Levantamiento en masa de Salta.—Fuerzas de los beligerantes. —La línea de insurrección de Salta.—Plan de operaciones de La Serna y su eficacia.

Págs.

CAPITULO XXXII

La guerra de los gauchos 84 á 122

1817

Carácter de la guerra de Salta.—Los gauchos de Salta pintados por los españoles.—Combate de la columna de Marquiegui con los gauchos en Orán.—Olañeta marcha en auxilio de Marquiegui comprometido.—Reunión de Olañeta y Marquiegui.—La Serna con el resto del ejército entra á Humahuaca.—Humahuaca fortificado.—Reconcentración del ejército realista en Jujuy.—Sitio de Jujuy por los gauchos.—Combate de San Pedrito.—Auxilios á Güemes y planes de Belgrano. — Expedición de La Madrid al Alto Perú.—Toma de Humahuaca por Arias.—Nuevas columnas expedicionarias de realistas sobre Orán.—Hostilidades de los gauchos sobre Jujuy.—Pachi Gorriti.—Nuevos combates en Jujuy.—Correspondencia diplomática entre Güemes y La Serna. — Los españoles confiesan un derecho de gentes en la guerra americana.— Operaciones en Orán.—Regreso de las columnas expedicionarias.—El ejército español es reforzado y avanza sobre Salta.—Heroica defensa del camino de Salta.—La Serna sitiado en Salta.—Nuevas columnas expedicionarias de los españoles.—Combates de los Cerrillos, de Gauna, del Bañado, de Pulares y del Rosario.—Muerte de Sardina.—Nuevas hostilidades de los gauchos.—Retroceso del ejército español á Jujuy.—Su desastrosa retirada al Alto Perú.—Honores á Güemes.—Gloria de Salta.

CAPITULO XXXIII

Las Republiquetas 128 á 180

1816-1817

La guerra de las Republiquetas, su carácter é importancia.—Distribución topográfica de la insurrección del Alto Perú.—Antecedentes históricos sobre ella y noticias sobre sus caudillos.—Contingente que dan al ejército argentino.—Su reorganización des-

Págs.

pués de Sipe-Sipe.—Planes de Pezuela después de Wiluma.—Reseña de los jefes españoles en la guerra de las Republiquetas.—Expedición de Cinti combates de Culpina y Uturango.—Segunda expedición de Cinti, combates de Aucapuñima y Arpajo.—Muerte de Camargo.—La guerra a muerte.—Ocupación de Tarija por los realistas.—La Republiqueta de Ayopaya.—Levantamiento de Chayanta. — Republiqueta de Larecaja. — Derrota y muerte de Muñecas.—La Republiqueta de La Laguna; empresas de Padilla, combates de Tarabuco, La Laguna y El Villar.—Muerte de Padilla.—La viuda de Padilla.—Expedición á Santa Cruz de la Sierra, batalla de Pari y muerte de Warnes.—Influencia de las Republiquetas en la guerra de la Independencia americana. — Nuevos levantamientos en Cinti y combate de Cañashuaíco. — Restauración de la republiqueta de Padilla. — Combate de La Laguna y Las Garzas.—Expedición de La Madrid al Alto Perú, combate y rendición de Tarija, sus maniobras y aventuras.—Derrota de Sopachuy.—Hostilidades en Tarija.—Nueva invasión de los españoles á Humahuaca.

CAPITULO XXXIV

El Río de la Plata y el Brasil 181 á 229

1816

Nuevo punto de vista histórico.—El directorio de Pueyrredón.—Bosquejo de Pueyrredón.—La cuestión argentino-brasileño-portuguesa. — Antecedentes públicos y secretos sobre la invasión brasileño-portuguesa á la Banda Oriental.—Política del Brasil en el Río de la Plata antes y después de la Revolución hasta 1816.—Estado de la Banda Oriental en esta época.—Desaliento de los políticos ante la anarquía. — Preliminares de la expedición portuguesa al Río de la Plata, sus causas, su plan y objeto.—Beresford y el general Lecor. — Don Nicolás Herrera y don Manuel José García en la corte del Brasil.—Retrato de García.—Antecedentes diplomáticos reservados sobre la expedición. — Carácter y antecedentes del Dr. D. Gregorio Tagle.—Corresponden-

cia secreta de García sobre la invasión portuguesa y sus ideas acerca de ella.—Abertura de negociación entre García y el encargado de negocios de España en Río de Janeiro.—Pueyrredón somete la política exterior al Congreso.—Plan político que acuerda el Congreso, sobre la base de la monarquía.—El director abre comunicaciones con Artigas y rechaza el plan de política exterior acordado por el Congreso. — Contestación del Congreso sobre este punto. — Examen de estos documentos. — Rasgo fisionómico de la época.—Ley de la necesidad que domina la situación.

CAPITULO XXXV

La invasión brasílico-portuguesa 230 á 27

1816-1817

Rómpense las hostilidades en la Banda Oriental.—Preparativos de Artigas para rechazar la invasión portuguesa.—Su plan de campaña. — Invade el territorio brasileño. — Campaña de las Misiones orientales por Andresito.—Operaciones por el Cuareim.—Combate de Ibiracoy, Corumbé ó India Muerta.—Estado de la opinión en la Banda Oriental. — Seguridades que da el Brasil al gobierno argentino.—Política impuesta por los acontecimientos. —Actitud que asume el director Pueyrredón.—Misión del coronel Vedia cerca de Lecor, y antecedentes sobre el comisionado.— Notables conferencias entre Vedia y Lecor.—Vedia y don Nicolás Herrera.—Actitud de Artigas después de sus primeras derrotas.—Se abren negociaciones entre el Directorio y Montevideo. —Actitud de Pueyrredón y su correspondencia al Congreso con tal motivo.—Se pacta la incorporación de la Banda Oriental á las Provincias Unidas.—Artigas desaprueba el convenio.—Correspondencia entre el Director y las autoridades de Montevideo con tal motivo.—Ocupación de Montevideo por los portugueses.— Derrotas de Artigas en Arapey y Catalán.—Campaña de los portugueses á las Misiones occidentales.—Carácter de la resistencia de los orientales. — Situación militar de los portugueses. — Repercusión de estos sucesos en la opinión argentina.—Plan de

Págs.

política del Congreso sobre la base de la monarquía.—Su rechazo por Pueyrredón.—Correspondencia entre el Director y Lecor.—Reconquista de Chile por San Martín.—Actitud bélica de Pueyrredón.

CAPITULO XXXVI

Las provincias Unidas y la Santa Alianza 274 á 308

1817-1818

Embrollo diplomático.—Actitud del Director en consecuencia.—Política de la Europa respecto de la revolución americana.—Actitud del Portugal y del Brasil respecto de la España y del Río de la Plata.—Antecedentes sobre la diplomacia argentina en Europa.—Gestiones diplomáticas de Rivadavia en consecuencia.—Negociaciones directas con la corte de Madrid y su desenlace.—Ideas políticas de Rivadavia y sus pasos ulteriores.—La Santa Alianza, la España, la Francia, la Rusia, el Portugal y la Gran Bretaña con respecto al Río de la Plata.—Consejos de Rivadavia sobre política exterior. — Política de lord Castlereagh respecto de la revolución hispano-americana.—La prensa y la opinión inglesa en 1817.—El comodoro Bowles en el Río de la Plata.—La España solicita la mediación de la Santa Alianza para dominar la revolución americana.—Protesta de Rivadavia ante la Gran Bretaña.—Nueva credencial á Rivadavia.—Orígenes del comercio francés en el Río de la Plata.—Aberturas del duque de San Carlos á Rivadavia.—Instrucciones del Congreso en consecuencia.—Plan de monarquía.—Rivadavia y sus conexiones con Lafayette, la Harpe y el ministro Gallatin.—La Rusia y la revolución americana. — Abertura de Rivadavia al Congreso de Aix-la-Chapelle.—La diplomacia norteamericana en Europa y la Santa Alianza.—Ricardo Rush y Castlereagh.—Lafayette pone en contacto á Rivadavia con el gobierno francés.—Ilusiones.

Págs.

CAPITULO XXXVII

La diplomacia de la revolución (continuación del anterior) 309 á 337

1817-1818

Negociación del Río de la Plata con los Estados Unidos, y sus resultados. — Situación militar de la Banda Oriental. — Negociaciones del Director con Rivera y Otorgués. — Anarquía de la Banda Oriental.—Negociación secreta entre los orientales disidentes y Lecor y sus resultados.—Traslación del Congreso á Buenos Aires.—Mutación política.—Negociaciones de García en Río de Janeiro.—Proyecto de tratado entre las Provincias Unidas y el Brasil.—El Congreso lo aprueba con modificaciones.—La diplomacia argentina en Río de Janeiro y Europa.—Correspondencia entre el Director Pueyrredón y el gobierno del Brasil.—Se establece entre ambos países el *statu quo* de 1812.—Acción del Brasil en Europa con relación á la independencia de América.—Proyecto de monarquía como solución de cuestiones pendientes.—Misión de don Valentín Gómez á Francia, sus negociaciones y ulterioridades.—Complemento histórico.

CAPITULO XXXVIII

La Guerra del litoral 338 á 394

1817-1819

Doble influencia de la invasión portuguesa á la Banda Oriental.—Artigas acusa de traidor á Pueyrredón.—Situación de las provincias del litoral.—Artigas y Ramírez.—Levantamiento de Entre Ríos en favor de la unión.—Expedición de Montes de Oca á Entre Ríos y su derrota.—Nueva expedición á Entre Ríos de don Marcos Balcarce.—Batalla del Saucesito.—La escuadrilla

portuguesa domina el Uruguay.—Nuevos contrastes de Artigas.—Situación del litoral.—Una división del ejército del Perú marcha á Córdoba.—Carácter de Bustos.—Nueva campaña contra Santa Fe.—El general don Juan Ramón Balcarce.—Plan de campaña.—Bustos en el Fraile Muerto.—Primeras operaciones.—Combate del Paso de Aguirre.—Ocupación y evacuación de la ciudad de Santa Fe.—Retirada de Balcarce al Rosario.—Santa Fe es auxiliada de Entre Ríos y Corrientes por agua y por tierra.—Pedro Campbell.—Contrastes de los partidarios de la unión en Entre Ríos.—Sinopsis histórica sobre la anarquía y el caudillaje.—Contrastes de la escuadrilla frente á Santa Fe.—Balcarce se repliega á San Nicolás.—El general Viamonte reemplaza á Balcarce é invade de nuevo á Santa Fe.—López toma la ofensiva y marcha sobre Córdoba.—Sorpresa de las Barrancas.—Sitio del Rosario por los montoneros.—Belgrano avanza sobre Santa Fe con todo su ejército.—Sublime comedia del general San Martín.—Influencia de ella en la guerra civil.—Armisticio del Rosario en 1819.—Nuevo prospecto histórico.

CAPITULO XXIX

El Inca

1816

El proyecto de la monarquía incásica.—Su filiación.—La insurrección de Tupac Amaru y la Revolución sudamericana.—Correspondencia de Belgrano al gobierno sobre el particular.—Opinión de San Martín y Rivadavia sobre este plan.—Preconización de la dinastía del Inca, por Belgrano y Güemes.—Tendencias opuestas de este acto.—Su efecto en la opinión.—Adelantos de la razón pública.—Pazos Kanki.—La prensa argentina en 1816.—Memorable discusión de principios.—Derrota de la idea monárquica.—Elementos orgánicos que prevalecen.—Federación y unidad.—Malas consecuencias de estas disidencias.—Transformación de los partidos.—Fenómenos de la historia argentina.

El proyecto de restauración de la antigua monarquía de los Incas, como coronación de la revolución sudamericana, fué promovido por Belgrano y acogido por el Congreso de Tucumán, según se ha visto. Bien que extravagante en la forma é irrealizable en los medios, esta era una idea que estaba en la cabeza de muchos pensadores, y tenía su razón de ser, si no en los hechos, por lo menos en la imaginación, que á veces gobierna á los pueblos más que el juicio. Aun cuando no respondiera á ninguna aspiración popular, y estuviese en pugna con los elementos orgánicos de la sociedad á que pretendía aplicarse, como solución por unos, ó como remedio por otros, él entrañaba empero un plan político, que tenía su filiación histórica, y que encontraba eco, así en las poblaciones indígenas, como en las falsas ideas que en aquella época circulaban, respecto de la identidad de causa entre los antiguos ocupantes del suelo y los nuevos revolucionarios hijos de la tierra.

La revolución americana, radical en sus propósitos y orgánicamente democrática por la índole misma de los pueblos, fué no sólo una insurrección de las colonias hispanoamericanas contra su metrópoli, sino principalmente de la raza criolla contra la raza española. La raza criolla, que se apellidaba á sí misma americana, confundía en su odio, á los antiguos conquistadores con los dominadores y explotadores del país durante el coloniaje, y al renegar, renegaba de la sangre española que corría por sus venas, y al hacer causa común con los indígenas, hacía suyos sus antiguos agravios, como si descendiera directamente de los monarcas y caciques que tiranizaban el nuevo mundo antes del descubrimiento. Este sentimiento era más pronunciado en los países en que la población indígena ó mezclada prevalecía, y constituía el elemento activo, como en Méjico y el Perú. En las Provincias Unidas del Río de la Plata y en Chile, donde la masa de la población en que estaba radicada la fuerza, la componían los criollos, ese sentimiento, racionalmente alimentado por las clases ilustradas, tenía también su repercusión en el pueblo.

Sin tradiciones propias de sociabilidad, sin nociones claras en política, sin preparación para el propio gobierno, y con instintos de independencia nativa, que surgían vivaces de un patriotismo indígena, las colonias americanas sublevadas daban como una de las causas de la revolución, las crueldades de los antiguos conquistadores españoles contra los indios americanos, declarando á los primeros, usurpadores de su suelo y verdugos de su raza. Tal era la noción vulgar de la revolución, tal la pasión que se inoculó desde su origen, y tal la fuente en que bebían sus inspiraciones los poetas á la par de los publicistas y gobernantes.

En sus proclamas, en sus boletines, en sus bandos, en sus manifiestos, en los artículos de su prensa periódica, en sus cánticos guerreros, los patriotas de aquella época invocaban con entusiasmo los manes de Manco Capac, de Moctezuma, de Guatimozín, de

Atahualpa, de Siripo, de Lautaro, Caupolicán y Rengo, como á los padres y protectores de la raza americana. Los Incas, especialmente, constituían entonces la mitología de la revolución: su Olimpo había reemplazado al de la antigua Grecia: su sol simbólico, era el fuego sagrado de Prometeo, generador del patriotismo; Manco Capac, el Júpiter americano que fulminaba los rayos de la revolución, y Mama Ocllo, la Minerva indígena que brotaba de la cabeza del padre del nuevo mundo fulgurante de majestad y gloria. Así interpretaba todavía ocho años después (en 1825), uno de los más grandes poetas americanos, Olmedo, la tradición histórica y la filiación política, renegando de la genealogía europea, levantando como «santos en su antigua gloria», los manchados altares de Pacha-Kamak, dando á Las Casas un lugar en el «empíreo de los reyes del «sagrado Cuzco» y coronando á Bolívar por la mano inmortal y aérea de Huaina-Capac bendiciendo desde el cielo á los continuadores y vengadores de su raza y de su «imperio que de su ruina á nuevo ser revive», diciéndoles:

Desde aquí empieza
La nueva edad del Inca prometida
De libertad, de paz y de grandeza!

En 1816, en medio del polvo del combate y el delirio sagrado de la lucha á muerte entre dos razas, no es de extrañar que el ideal fuese la continuación ó la renovación del antiguo imperio del Cuzco, y que los ciudadanos entonasen con tanto entusiasmo como convicción en las plazas, en las asambleas legislativas (Asamblea de 1813) y en los campos de batalla, esta estrofa del himno argentino, que resonaba como un grito de guerra nacional por toda la América:

Se conmueven del Inca las tumbas
Y en sus huecos revive el ardor
Lo que ve renovando á sus hijos
De la patria el antiguo esplendor.

Pero la monarquía incásica era todavía algo más que un ideal: era un modelo convencional, y según el consenso universal, el único modelo humano digno de admirarse y de imitarse, como lo es racionalmente hoy la democracia americana, cuyos principios racionales sólo empezaban á iluminar algunas cabezas. «Los Incas» de Marmontel, habían generalizado en el mundo, que el imperio del Cuzco era la realización del sueño de la edad de oro, el asilo de la inocenca primitiva, el tipo ideal de civilización humana, y los conquistadores europeos eran los bárbaros que la habían ahogado en sangre, y este era el libro del vulgo de los lectores. La «Historia Filosófica» de Raynal, haciendo la exposición aparentemente científica de sus leyes, sus costumbres y su organización política, deducía de ellas reglas fundamentales para el gobierno eterno de las sociedades, y este era el libro de los sabios de la época. No es extraño, pues, que Belgrano participara de las ideas y de los sentimientos convencionales de sus contemporáneos, y que combinando estas tendencias aparentes con su objetivo hacia la independencia y su aspiración al orden, procurase hacer converger esas fuerzas morales á la realización de un plan concebido con más inocencia que penetración política, y con tanto patriotismo como falta de sentido práctico y reflexión.

El plan de Belgrano reflejaba la composición y el espíritu del Congreso de Tucumán: colonial, democrático, monarquista, doctoral y pedantesco, con tendencias á la unión, al orden y al americanismo. Representante en teoría de la unidad territorial del Virreinato, del cual una tercera parte estaba ocupado por el enemigo, la otra tercera en anarquía ó segregada, y la última sólo obedecía las leyes anteriores y superiores de la independencia y la república, el Congreso había perdido la noción de la realidad en cuanto á límites, y vivía en una región menos que fantástica, puramente fantasmagórica. Se explica que por la organización de un gobierno fuerte y estable, procurase atraer y dominar á las provincias disidentes,

y que al invocar la fraternidad de las razas y los derechos comunes, propendiera á mantener atadas á las Provincias del Alto Perú por un vínculo moral, propiciándose la voluntad de las poblaciones indígenas del Bajo Perú. Pero desconocía los antecedentes históricos, los hechos contemporáneos, los medios y los fines, al formular su plan. Respecto de los disidentes, creaba una nueva causa de disidencia, poniéndose en antagonismo con la opinión y con los hechos. Respecto del Alto Perú, olvidaba que era un país conquistado por los Incas, á cuya absorción había sido siempre resistente, identificándose con la revolución sudamericana únicamente en odio á los españoles, y en agradecimiento á la abolición de la mita y del tributo colonial. Respecto de la incorporación de las fuerzas populares del Bajo Perú, no apreciaban su debilidad orgánica, pareciendo ignorar que ellas no podían concurrir sino con sus instintos bárbaros como en tiempo de Tupac-Amaru ó á medias y sin eficacia como bajo Pumakahua. Respecto de la unidad territorial, que representaba en teoría, hacía más vagas sus fronteras, al intentar fundar un vasto imperio sudamericano, que englobase casi la totalidad de la América española al sur del Ecuador, en el hecho de designar el Cuzco como capital.

Si bien á este plan no puede negarse grandiosidad y buena intención, es imposible concederle sentido práctico, ni siquiera sentido común, ni aun en su tiempo. Como combinación política en sus relaciones internacionales, no era menos inconsistente. Imagináranse sus promotores, que por este medio se propiciarían la opinión de la Europa monárquica, por la identidad de la forma de gobierno, fundada en el principio de legitimidad proclamado por la Santa Alianza, bajo los auspicios de la Inglaterra, y que así comprometerían á esta nación en su causa, dando á su obra ante la América un significado nacional y ligando la cadena de las tradiciones americanas con las preocupaciones del viejo mundo, cálculo tan pueril

como el de hacer triunfar la revolución por la fuerza de los indios.

Simultáneamente con la exposición de este plan, tan grandioso como inconsistente y extravagante, se publicaba en Buenos Aires un escrito en que, con el sentimentalismo de Marmontel y la filosofía superficial de Raynal, se exaltaba la memoria de José Gabriel Tupac-Amaru, ligando su malograda empresa treinta y seis años antes, con los propósitos y aspiraciones de la revolución sudamericana. Era una oración fúnebre en honor de aquel descendiente de los Incas, que había intentado restaurar su trono con el solo auxilio de la raza indígena, y á cuya insurrección en Tungasuca se vinculaba por analogía el alzamiento de las colonias independientes, tendiente á excitar á la vez que el patriotismo de indígenas y criollos, la piedad, el odio y el entusiasmo. Tomando por epígrafe las palabras de la bárbara sentencia de Tupac-Amaru: «El rey de Es»paña es nuestro legítimo y verdadero soberano, está »puesto por Dios mismo para que nos mande» las comentaba con una protesta: «Demasiado comunes y pú»blicos son los monumentos históricos de la monarquía »española y de la subyugación de la América, para »que se nos quiera hacer pasar aquel gobierno por »emanado de los cielos.» Y dándose el autor por contemporáneo y confidente del mártir de los hijos del Sol, ponía en sus labios estos conceptos: «Yo soy el »caudillo de estos pueblos, no por descendiente de los »Incas, sino porque ellos así lo quieren.» Y al acompañarle hasta el cadalso, en que su cuerpo fué despedazado por los potros, para ser clavados sus miembros en los caminos, le aclama: «el defensor de los »principios americanos, el proclamador de los derechos »de la especie humana, arrastrado á una muerte igno»miniosa.» Terminaba la elocuente oración, profetizando la futura revolución que continuaría la de Tupac-Amaru, y que tendería su vuelo majestuoso de libertad y gloria por las regiones del nuevo mundo, «sosteniendo la justicia con la fuerza.» El folleto era dedicado «Al ciudadano José de San Martín,» con

estas palabras tomadas del texto mismo del discurso: «Rompe cadenas, disipa errores. Une á los hombres que el rencor divide. Tal es tu augusto destino.»

Esta publicación, parecía tener por objeto propiciar la candidatura al fantástico trono, de un descendiente de José Gabriel Tupac-Amaru, que con el mismo nombre hacía treinta y cuatro años yacía cautivo en las mazmorras españolas, ó por lo menos señalar la rama de la dinastía incásica que debía continuar el reinado de los hijos del Sol. Y como este candidato estaba fuera de la independencia de los que proyectaban la restauración del imperio del Cuzco, y no se presentaba ni en perspectiva ningún otro que pudiera reemplazarle, resultaba que el plan se reducía á proclamar la sombra de una sombra, y presentar á la Europa y la América la misma cosa con otro sobrescrito, repitiendo el interinato de la España durante el cautiverio de Fernando VII, ó sea una regencia bastarda en vez de un nuevo orden de cosas fundado en la verdad, ó siquiera en la legitimidad convencional.

Belgrano al enarbolar esta bandera y enrolar bajo ella al Congreso de Tucumán, pretendía americanizarla, convirtiéndola en símbolo de independencia y soberanía. Dándole significado revolucionario procuraba atraerse el concurso de las fuerzas del Alto y Bajo Perú. Pensando que el descrédito que le había acarreado su participación en el malhadado proyecto de coronación del infante don Francisco Paula, provenía, no de resistencias á la idea monárquica en sí, sino á una dinastía extranjera y sobre todo española, escribía al gobierno, á la vez de pedirle instrucciones: «Seis »años hemos trabajado sin objetivo, á que pudieran y »debieran concentrarse cuantos nos llamamos americanos del sur; felizmente en el séptimo debemos al so»berano Congreso la declaración de nuestra indepen»dencia de los reyes de España y su metrópoli. Pero »todavía el punto primordial no está declarado, para »que sepamos con qué gobierno se sostiene; y si con »arreglo á las circunstancias así físicas como mora»les que caracterizan nuestro país, se adoptase el mo-

»nárquico constitucional, si sería la Casa de los Incas »la que debería representar la soberanía nacional, úni»ca por que anhelo, tanto más cuanto se me ha hecho »la atroz injuria de conceptuarme por un traidor, que »trataba de vender mi patria á otra dominación ex»tranjera. Es bien notoria la disolución en que se ha»lla nuestro país, y que la anárquía lo grasa; en con»secuencia lo es, que las autoridades están poco menos »que á merced de los que las quieren obedecer ó con»trariar.» La contestación del gobierno (á cuyo frente se hallaba Pueyrredón) es tan expresiva como sensata. «Reservando (le dice) al soberano Congreso de estas »provincias, á quien compete la decisión sobre el siste»ma de gobierno con que ha de fundarse la indepen»dencia nacional, y á quien podrá dirigir sus obser»vaciones en este asunto, es conveniente exponer en »contestación: que siendo conforme al carácter de ge»neral en jefe de exigir con todo el rigor de la ley »el puntual cumplimiento de sus órdenes relativas á »la guerra, las que deben ser extensivas no sólo á las »tropas de su dependencia, sino también á los gober»nadores intendentes de las provincias, que queden »bajo la protección del ejército, desde la del Tucumán »inclusive, puede y debe ejecutarlos á la exacta obe»diencia en lo militar, sin mezclarse en modo alguno »en lo político y civil de sus respectivas jurisdic»ciones.»

San Martín al ser instruído del nuevo plan por conducto de uno de los diputados de Cuyo (después de haber conferenciado con el Director sobre su proyecto de reconquista de Chile) adhería á la idea de su punto de vista y mezclaba á la aprobación un ligero sabor de ironía, procurando darle una dirección práctica. «Ya digo á Laprida (escribía) lo admirable que me »parece el plan de un Inca á la cabeza: las ventajas »son geométricas; pero por la Patria les suplico no »nos metan una regencia de (varias) personas: en el »momento que pase de una, todo se paraliza y nos lle»va el diablo. Al efecto no hay más que variar el nom»bre á nuestro Director, y queda un regente: esto

»es lo seguro para que salgamos al puerto de salva»ción.» La ironía de esta carta, está en el énfasis de la palabra «geométrica», aplicada por un espíritu tan exacto como el de San Martín, á un plan fantástico y sin base ni política ni militar. Ella se acentúa más en vista de una carta anterior del mismo, en que demostraba matemáticamente que el ejército del Perú era impotente para entrar en operaciones, y que no podría emprenderlas sino después de dominar el Pacífico. He aquí sus palabras: «Puede demostrarse «geo»métricamente», que si Chile existe en poder de los »enemigos dos años más, no solamente hace la ruina »de estas provincias, sino que jamás se tomará el »Perú; por otra parte, los esfuerzos que se hagan en »el Perú serán nulos.» Con tales ideas no podía dar importancia al plan de Belgrano, y por lo mismo se mostraba hasta cierto punto deferente con el compañero y el amigo á quien respetaba.

Hombre político más práctico que Belgrano, el general San Martín no aceptaba la idea monárquica como un fin, sino como un medio de constituir un gobierno fuerte para triunfar de la España, y más cauto que él no hacía ostentación pública de sus opiniones, ni procuraba imponerlas á sus amigos. Así se ve que los diputados de Cuyo, que obraban bajo sus inspiraciones, opinaron unos en contra de la monarquía como Oro, y otros como Godoy Cruz la acogieron con tibieza. Incitado por el Congreso, escribió oficialmente Godoy Cruz á D. Manuel I. Molina, encargado interinamente del gobierno de Cuyo, á fin de que explorase la opinión en el sentido de la monarquía del Inca. Molina, que parece simpatizaba con la idea, dispuso que se convocase al efecto un Cabildo abierto. Consultado San Martín, contestó que «le parecia más acer»tado, citar por esquelas á su casa particular á los »hombres de consejo» y proceder en consecuencia. La reunión se verificó en esta forma, sin que San Martín interviniera directa ni indirectamente, tomando la palabra en contra del proyecto el Dr. Bernardo Vera, quien arrastró tras sí la opinión. Este resultado fué

transmitido confidencialmente por San Martín á Godoy Cruz, tomando el Congreso conocimiento de su carta que mandó archivar en su secretaría.

Rivadavia en Europa, al recibir la noticia por el mismo Belgrano, según queda explicado, quedó desorientado. Como San Martín, no obstante sus principios republicanos, aceptaba patrióticamente de su punto de vista la monarquía, como medio de consolidar el orden y de asegurar la independencia por alianzas poderosas; pero no podía aceptarla, ni aun concebirla fuera de las relaciones serias con la política europea. Justamente alarmado por esta novedad, se dirigió al Director Pueyrredón en una notable carta, en que se desenvuelve su plan, diciendo por vía de introducción: «Me dice el Sr. Belgrano que muy en breve declarará el Congreso que nuestro gobierno es monárquico moderado ó constitucional, que esta parece la opinión general, y no menos de que la representación soberana cree justo se dé la dinastía de los Incas. Lo primero, considerado bajo todos sus aspectos, lo juzgo lo más acertado y necesario al mejor éxito de la gran causa de ese país. Mas lo segundo, confieso ingenuamente, que cuanto más medito sobre ello, menos lo comprendo. Este es un punto demasiado grave, y lo considero demasiado avanzado, para prometerme (por lo mucho y muy obvio que puede aducirse contra tan desventurada idea), que ella tenga un efecto útil: por el contrario puede ser que no hiciera sino daño; en cuya virtud me veo con dolor obligado á encerrarme en los límites de mi situación, cual es obedecer y obrar, deplorando los males de mi patria.»

Como se ve, San Martín, si bien no daba trascendencia á la idea, no la repudiaba, al menos como medio de robustecer el poder existente, y el Director pensaba lo mismo que él. Rivadavia, si bien la reprobaba en su forma, se resignaba á aceptarla. Los que se consideraban árbitros de la situación, estaban decididamente por ella. No obstante esto, y contar con una mayoría en el Congreso, y la calurosa aprobación que secretamente había merecido el plan, esta mayoría

compacta tuvo que retroceder, ante la enérgica oposición del diputado Oro y las argumentaciones especiosas de Anchorena, resolviendo se invitara á los ciudadanos á emitir opinión sobre él.

Belgrano, penetrado de la bondad de su idea, y persuadido de buena fe, que la mayoría del país lo mismo que la del Congreso la aceptaba como una solución, se adelantó á dar un paso atrevido, que habría podido tener las más funestas consecuencias, si el plan hubiese tenido alguna seriedad. Con motivo de reunir la milicia de Tucumán para hacerla jurar la independencia el 27 de julio, aprovechó esta oportunidad para dar publicidad á la idea, explorando á la vez la opinión del país. Al efecto le dirigió una proclama preconizando la dinastía de los Incas en estos términos: «He sido testigo de las sesiones en que »la misma soberanía ha discutido acerca de la forma »de gobierno con que se ha de regir la Nación, y he »oído discutir sabiamente en favor de la monarquía »constitucional, reconociendo la legitimidad de la re»presentación soberana en la Casa de los Incas, y »situando el asiento del trono en el Cuzco, tanto que »me parece se realizará este pensamiento tan tradi»cional, tan noble, y tan justo, con que aseguramos »la losa del sepulcro de los tiranos.»

En seguida (el 2 de agosto) se dirigió por medio de otra proclama, á los pueblos del Perú, anunciándoles en términos más explícitos la fausta nueva de la resurrección de la monarquía americana, diciéndoles: «Os he hecho saber y os he enseñado las causas »y razones por que peleamos. Ya está resuelta, escri»ta y jurada nuestra separación é independencia, »arrancándola de las manos y poder de esas bestias. »Ya nuestros padres del Congreso han resuelto revivir »y reivindicar la sangre de nuestros Incas para que nos »gobiernen. Yo, yo mismo he oído á los padres de »nuestra patria reunidos, hablar y resolver rebosando »de alegría, que pondrán de nuestro rey á los hijos de »nuestros Incas.»

Aun fué más allá, infatuado con su plan. Hacien-

do uso de la influencia que creía tener sobre Güemes, lo comprometió á imitar su ejemplo. Güemes, que por su calidad de caudillo de la masa popular, y por lo tanto jefe de la autonomía de su provincia, era federal en el hecho, y al mismo tiempo indiferente en materias de formas de gobierno, que su inteligencia no alcanzaba á discernir, no obstante su talento natural. Aceptaba lo mismo, la federación que la unidad escrita, con tal que no menoscabasen su autoridad local; y odiando la propaganda disolvente de Artigas en el sentido de la unidad nacional, y la soberanía del rey de España del punto de vista de la independencia, no tenía nociones claras respecto de monarquía ni de república.

Güemes aceptó por lo tanto la indicación de Belgrano; pero más suspicaz, dirigió el 6 de agosto una proclama patriotera y jactanciosa á los pueblos del Perú, sin comprometerse decididamente ante el país, explotando la idea como medio de propaganda revolucionaria y dilatación de su influencia personal. En ella les decía: «La independencia ó la muerte es la »causa del honor. No lo dudéis un solo instante, »guerreros peruanos. Los pueblos están armados en »masa y enérgicamente dispuestos á contener los am»biciosos amagos de la tiranía. ¿Si estos son los sen»timientos generales que nos animan, con cuánta más »razón lo serán cuando, restablecida muy en breve la »dinastía de los Incas, veamos sentado en el trono y »antigua corte del Cuzco al legítimo sucesor de la co»rona? Pelead, pues, guerreros intrépidos, animados »de tan santo principio, que la provincia de Salta y »su jefe velan incesantemente sobre vuestra existen»cia y conservación. No temáis á esos cobardes san»guinarios, ni la retirada que ha hecho el ejército au»xiliar á la ciudad de Tucumán, con fin de rehacerse »y organizarse, os amilane. Tengo fuerzas superabun»dantes, y virtudes esta provincia, para destrozar y »aniquilar, no sólo ese grupo de bandidos, sino á »cuantos enemigos interiores ó exteriores, intenten »hollar los sagrados derechos de la América. No des-

»mayéis un punto de los grandes empeños que exige »de vosotros la dulce patria, que no tardaré en volar »como el rayo con mis bravas legiones á aniquilar esa »gavilla que os insulta y oprime.»

Estas tres proclamas, además de su importancia como documentos de un escándalo histórico, tienen la de diseñar netamente las respectivas posiciones del omnipotente caudillo de Salta y del general en jefe del ejército del Perú. Belgrano al dirigirse á la milicia de Tucumán, no se atreve á proclamar ante el ejército la idea monárquica. Se dirige al país en sus conciudadanos armados, como explorando tímidamente la opinión, al invocar la autoridad moral del Congreso, en cuyo nombre obra, apenas se aventura á decir: «que le parece que el pensamiento se realizará.» En su proclama á los pueblos del Perú, habla como el general argentino que se prepara á llevarles nuevamente la libertad, al frente de las armas de la Nación, de que ellos forman legalmente parte, y como el órgano del Congreso que transmite sus ideas respecto de la monarquía incásica. Güemes se dirige de su propia autoridad á las Provincias de la Unión ocupadas por las armas enemigas, relega al último plano al ejército auxiliar del Perú, al presentarlo en la impotencia, «rehaciéndose y organizándose» á su retaguardia y bajo su protección, les dice que no se amilanen por eso, porque «la provincia» de Salta y «su jefe» velan por su existencia, brindándoles su apoyo, y les promete él, Güemes, volar como el rayo «con sus bravas »legiones, porque tiene él fuerzas superabundantes, y »su provincia virtudes para ello.»

Aunque los hombres puramente de acción como Güemes, no son responsables de los documentos que firman (escritos generalmente por tinterillos que sólo procuran al redactarlos halagar su vanidad y sus pasiones), sin embargo, la proclama de Güemes, consecuente con su conducta anterior y posterior, revela una completa indiferencia, respecto de la idea de coronación del Inca, y sólo la invoca para presentarse como el próximo redentor de las provincias del Alto

Perú, al frente de las legiones de la provincia de Salta, prescindiendo del ejército de línea, y de la nación cuya bandera enarbolaba en la frontera. Señalamos por ahora esta tendencia (que luego ilustraremos con hechos y documentos), porque ella manifiesta que, á pesar de su aparato teatral y de los nombres expectables de los proclamadores, la idea no tenía trascendencia ni seriedad.

El pueblo que había asistido indiferente á las deliberaciones monarquistas del Congreso, ignorando sus acuerdos secretos, se alarmó ante esta proclamación insolente, y como era justo, hizo responsable de ella á Belgrano, amnistiando benévolamente á Güemes. A pesar de que los hombres más importantes del país, fatigados por el desorden, propiciaban la idea; á pesar de que no se ignoraba que los dos generales que mandaban los dos únicos ejércitos de la nación pensaban como ellos, y á pesar de la respetable autoridad del Congreso, con que se escudaba, el sentimiento público reaccionó vigorosamente y el Congreso, los generales y los políticos que habían enarbolado tan atrevidamente la bandera monárquica, tuvieron que retroceder de su empeño.

Era que la razón pública había adelantado en seis años de revolución, y que la idea innata de la república estaba en las cosas mismas, en el organismo de todos y cada uno. Era una ley escrita en la conciencia popular, que tenía sus manifestaciones espontáneas, ya brutales, ya cívicas, ya intelectuales, ya puramente instintivas, así en los individuos como en la colectividad social, revistiendo siempre formas propias y originales. No obstante de lo generalizado que estaban en aquella época las ideas monárquicas entre los hombres más eminentes de la revolución, jamás el sentimiento republicano había sido más fuerte, jamás las nociones del pueblo sobre la organización de una democracia habían sido más correctas. Hasta las multitudes que no alcanzaban á comprender sus teorías abstractas ni sus formas concretas, tenían el instinto de lo mejor, por más que se extraviasen en cuanto á

los medios de alcanzarlo. Ya no era únicamente el abstracto «Contrato Social» de Rousseau, el «vademécum» de los revolucionarios: los principios claros, prácticos, radicales del libro de Tomás Payne sobre los «Derechos del Hombre» eran populares en la juventud. Después de seis años de vida libre, en que se había educado una generación sin reyes ni virreyes, la monarquía no podía presentarse á sus ojos sino como una especie de «papismo político», según la definía Payne.

El periódico «La Crónica Argentina» órgano de las ideas democráticas, se encargaba de comentar estas palabras: «No puede haber monarquía sin despotismo,» y el pueblo volviendo los ojos á su pasado, aplaudía el comentario, evocando las reminiscencias de Grecia y Roma y las primitivas tradiciones americanas, que siempre estuvieron presentes en los espíritus durante el curso tempestuoso de la revolución. Estos sentimientos y estas ideas, estas aspiraciones exageradas ó afectando formas brutales en las masas democráticas insurreccionadas de las campañas, menos consistentes en los centros urbanos del interior, que participaban de las influencias del Perú (que por burla llamaban «Peruleras»), se manifestaban vivaces y activas en Buenos Aires, la Atenas frente al Peloponeso Argentino. Instintivamente, la capital comprendía que en el fondo de este plan fermentaban odios, rivalidades y preocupaciones contra ella, y que, al intentar establecer la sede del gobierno en el Cuzco, lo mismo que al reunir el Congreso Nacional fuera de su centro, se tenía por objeto despojarla de la corona de Cibeles que se había ceñido el 25 de mayo de 1810 sin substituirla con una nueva Esparta.

Por estos antecedentes, puede calcularse el escándalo que en tal atmósfera produciría la publicación de las proclamas de Belgrano á las milicias de Tucumán, y de Güemes á los pueblos del Perú ¡y eso que se omitió la del primero á los peruanos, como destinada exclusivamente á los inocentes indios! El escándalo fué mayor cuando, juntamente con las proclamas, se pu-

blicó en el mismo periódico una carta del general Belgrano, que aunque de fecha anterior y bajo el velo de un transparente anónimo, desenvolvía la teoría que ellas entrañaban, abogando calurosamente por la monarquía sobre las bases de la Constitución inglesa y la dinastía de los Incas. «¿Será posible, se decía en »este escrito, que después de seis años de revolución »aún no se haya fijado la opinión, acerca del sistema »de gobierno que nos es más conveniente? ¿En qué »especie de gobierno hemos vivido después de la re»cuperación de nuestros derechos en 1810, á que tan »injustamente se da el título de insurrección? No he»mos conocido más que el despotismo bajo los gober»nadores y virreyes, y bajo las Juntas, los Triunviros »y Directores, pero sin el orden que en aquél propor»ciona el temor, y con todo el compuesto de las ideas »tan brillantemente pintadas por los escritores de la »nación que alborotó el mundo, para darle el ejemplo »de los tristes resultados de que todos somos testigos, »y á que vamos marchando con la mayor aceleración.» De estas premisas, que no carecían de verdad, deducía sus consecuencias, pretendiendo probar que la monarquía constitucional era, á la vez que un gobierno racional, el más adecuado á las costumbres, y aún á las preocupaciones de la América. Estas deducciones falsas, mezcladas con argumentos extravagantes sobre la pretendida legitimidad de la dinastía americana, harían dudar de su recto juicio, si no hubieran sido tales las ideas de una mayoría de los hombres pensadores de aquella época de transición, y si no hubiesen tenido la sanción histórica del Congreso que declaró la Independencia Argentina.

La primera impresión fué de estupor. Aunque el carácter del general Belgrano excluyese la idea de una revolución, tal era la que ocurría en presencia del espectáculo escandaloso de un general al frente de un ejército y unido á un caudillo poderoso, proclamando una subversión del orden de cosas establecido, y anticipándose á las sanciones del cuerpo soberano cuya autoridad invocaba. Pasada esta primera sorpresa, el

sentimiento fué de hilaridad en vista de lo ridículo del pensamiento, y los atributos burlescos de que venía revestido. El pueblo de Buenos Aires, siempre dispuesto á reir como el de Atenas, hizo la caricatura del plan con chistes gráficos, que bajo su forma ligera condensaban el juicio colectivo de la opinión. «Es la monarquía en ojotas,» decía el Dr. Agrelo con la ironía mordaz que caracteriza sus epigramas. Dorrego con su estilo llano al alcance del pueblo, completaba la pintura de Agrelo, agregando: «Este es un rey de patas sucias.» Pazos Kanki (de quien hablaremos después) decía: «¡Esta es la vuelta del rey D. Sebastián!» El coronel D. Nicolás de Vedia, rodeado de jóvenes oficiales, les decía en tono jocoserio: «Yo seré el primero que salga á recibir al rey mi amo... con un fusil en la mano.» Antes que la gruesa artillería de la prensa periódica hubiese hecho sus primeros disparos, ya la idea estaba muerta bajo la nube de flechas áticas que la habían acribillado. Era una risa homérica, cuyos ecos llegaban hasta Tucumán.

Un Perulero le dió el golpe de gracia, para hacer más vergonzoso el fracaso. Este fué el mismo Pazos Kanki, de quien acabamos de hacer mención. Su verdadero nombre era Vicente Pazos Silva, al que se agregó el de Kanki por la mezcla de sangre indígena que visiblemente llevaba en sus venas. Hijo de La Paz en el Alto Perú, su niñez la había pasado en medio de la autóctona raza aymará cuya lengua aprendió con perfección, aprendiendo á la vez á odiar á la antigua raza quechua, conquistadora y opresora de sus hermanos étnicos, y por consecuencia la dominación de los Incas del Perú. Amigo del famoso Dr. Cañete, y del Dr. D. Mariano Moreno á quienes había conocido en Chuquisaca, se trasladó á Buenos Aires á practicar leyes, vivió del producto de sus escritos, siendo entonces presbítero. Sin duda con tal motivo se relacionó con D. Manuel Moreno, hermano del famoso repúblico, con cuyas ideas políticas simpatizó, ligándose estrechamente con Moldes y con el canónigo D. Pedro

Pablo Vidal, miembro de la Asamblea del año XIII. En 1812 fundó «El Censor», periódico destinado á sostener ideas liberales, que tuvieron su repercusión en las provincias del interior, aunque por entonces todavía no manifestara tendencias á la independencia ni profesase principios republicanos. Acusado el periódico por el gobierno y absuelto por la Junta protectora de la Libertad de Imprenta, vióse envuelto en persecuciones, y desterrado posteriormente por conexiones que se le suponían con planes disolventes atribuídos al coronel Moldes, cuyo espíritu inquieto y odio hacia lo que él llamaba la oligarquía de la capital, soplaba el fuego de la discordia, propagando ideas descentralizadoras mal digeridas. Trasladado á Londres, se relacionó allí con D. Manuel Sarratea, de quien obtuvo informes sobre la negociación relativa al infante D. Francisco de Paula y los planes monárquicos de Rivadavia, en el sentido de prevenirlo fuertemente contra el general Belgrano. En 1816 regresó á Buenos Aires sin sotana y casado, con comunicaciones de Sarratea para el Director, trayendo al mismo tiempo una imprenta, siendo probable fuera Sarratea (á quien siempre fué consecuente) el que le proporcionara los fondos para su adquisición. Por esta imprenta salieron casi simultáneamente dos periódicos: francamente republicano el uno y monarquista constitucional el otro. Era el primero «La Crónica Argentina», redactada por Pazos Kanki, y el segundo «El Observador Americano», redactado por el Dr. Manuel Antonio Castro, jurisconsulto profundo, escritor y orador elegante, patriota decidido y carácter elevado, aunque como político su inteligencia careciese del resorte de la iniciativa.

Era Pazos Kanki de carácter excéntrico, de moralidad equívoca, con un juicio desequilibrado y una inteligencia bastante cultivada y activa, nutrida con fuertes lecturas. En los últimos años que había pasado en Inglaterra, se había familiarizado con las instituciones británicas, interpretadas por los demócratas republicanos, especialmente por Tomás Payne, cuyas

doctrinas profesaba. Con estos antecedentes, con las prevenciones que traía respecto de tenebrosos planes de monarquía, que se atribuían á los hombres que le habían perseguido, ó contra los cuales estaba prevenido por los informes parciales de Sarratea, se comprenderá que la «Crónica Argentina», tenía que ser adversa al plan de Belgrano.

Estos rasgos biográficos respecto de un personaje secundario, eran indispensables, para colocar á los personajes principales bajo su verdadera luz, en el momento de abrirse por la prensa el solemne debate sobre la forma de gobierno que más convenía al país, una vez declarada la independencia nacional.

El estado de la prensa argentina en los momentos en que aquel grande acontecimiento tuvo lugar, es una página histórica que todavía no ha sido escrita, y que debe serlo. Ella nos hará conocer el caudal de ideas que entonces se hallaban en circulación, nos iniciará en los misterios de la conciencia pública cuyas luces eran reflejadas por la publicidad, determinará el grado de madurez del pueblo para discurrir sobre sus propios intereses, y nos hará asistir á la gestación intelectual de una nación al asumir ante el mundo su personalidad independiente y libre.

Existían en Buenos Aires en aquella época cinco imprentas, que apenas bastaban á la reproducción del pensamiento argentino. Los emigrados chilenos habían fundado la suya, y en ella imprimían el primer tomo del «Ensayo» del Deán Funes, destinado á hacer conocer en el mundo los antecedentes históricos de la nueva nación. La «Imprenta de los Niños Expósitos», la primera del Río de la Plata, que originalmente establecieron los jesuítas en Córdoba, era á la sazón la del Estado. Publicábanse por ella tres periódicos. Era el primero de ellos la «Gaceta de Buenos Aires», el monitor de la revolución en sus relaciones con la América independiente y con el país, que contraída exclusivamente á los intereses generales, prescindía generalmente de la política interna por un discreto patriotismo. Era el otro el «Redactor del Congreso», órgano

de la Asamblea Constituyente, que daba cuenta al país de sus operaciones, explicándolas. El tercero era «El Censor», que como queda explicado, ejercía una especie de magistratura periodística establecida por la Constitución, gozaba del privilegio legal de censurar al gobierno con sus propios tipos, siendo inviolable su redactor. El cuarto periódico que por la imprenta de Expósitos se publicaba, era una revista miscelánica, destinada á la ilustración popular, que redactaba con amenidad D. Santiago Wilde, inglés aclimatado en el país.

Por la «Imprenta de la Independencia», se publicaban dos periódicos: el «Desengaño», redactado bajo este título singular como su autor, por el presbítero D. Bartolomé Muñoz, quien difundía sus incompletos conocimientos científicos y sus sentimientos patrióticos, sin profundizar mucho las cuestiones que trataba; y el «Independiente», redactado por el fogoso don Pedro José Agrelo, veterano de la prensa revolucionaria.

La imprenta traída por Pazos Kanki había tomado la denominación «Del Sol», en honor del astro que derramaba sus luces en medio de las nubes simbólicas de la bandera argentina. Por ella se publicaban fraternalmente, como queda dicho, «La Crónica Argentina» y «El Observador Americano», redactada la primera por Pazos Kanki y el segundo por D. Manuel Antonio Castro. No obstante representar opiniones diametralmente opuestas, cultivaban sus redactores amistad cordial en medio del debate que mantenían, y se trataban en sus escritos con benevolencia y recíproco respeto.

La «Crónica Argentina» fué la primera que inició resueltamente el debate, levantando en alto el lábaro republicano, y rompiendo fuego sobre la bandera monárquica enarbolada por Belgrano y Güemes bajo los auspicios del Congreso. Tomando por tema sus proclamas, y la invitación hecha por el «Redactor del Congreso» para que los ciudadanos manifestasen sus opiniones respecto de la forma de gobierno, publicó

un artículo en tono tan magistral, con tal posesión de su asunto, con tan lógica exposición de hechos y claridad de doctrina, con tan acerada como culta ironía, á la vez que con tan calurosa y profunda convicción de principios, que desde luego se impuso á la opinión, como una fórmula de lo que todos veían, pensaban y querían. Hay artículos de periódico, que tiene la importancia histórica de un libro, y éste es uno de ellos.

El articulista de «La Crónica Argentina», al tomar por tema las proclamas de Belgrano y Güemes, manifestaba que de pronto las había tomado por «una metáfora política para designar el imperio argentino;» pero que muy luego habíase convencido que se hablaba con seriedad «esperando precisamente la víspera »de la promulgación de la independencia, para clavar »un puñal en el corazón de las Provincias Unidas.» Ligando el plan á los rumores que sobre monarquía circulaban, y dándole el carácter de una conjuración tenebrosa para «variar la opinión de los pueblos, ha»ciéndoles abandonar el proyecto de constituir una re»pública por todos deseada,» toma valiente y tranquilamente la defensa de las democracias á las que se atribuía «una anarquía inherente á su constitución.» Desmiente la acusación con el espectáculo «del gobierno »floresciente de Norte América en el propio continente »americano, de cuyas instituciones y reglas se había »procurado apartar á los pueblos para buscar su feli»cidad en domicilio más lejano.» Con tal motivo agregaba: «Allí vemos una democracia sin desorden, y no »es tan fácil presentar aristocracias sin insolencia, ni »monarquías (aun constitucionales, si es que puede ha»ber alguna fuera de Inglaterra) sin tiranía y sin »usurpación.»

Sentada así la cuestión, presentaba las proclamas de Belgrano y Güemes «como una manzana de nue»vas discordias, arrojada por la mano de dos jefes al »frente de fuerza armada en presencia de los grandes »deberes que les estaban encomendados.» Establecida esta premisa protestaba no creer que el Congreso

«pensase en instituir una dinastía como la de los In»cas, que ningún derecho tenía para reinar sobre los »americanos, habiendo dejado de existir como casa de »príncipes hacía 300 años, sin legar á la posteridad »sino vástagos bastardos y sin consideración en el mun»do, y que sólo existía en la historia de Garcilaso y »en los poemas de Marmontel.» Ampliando esta salvedad, dice que «anticiparse al voto del Congreso (que »debía respetarse una vez pronunciado) era una lige»reza criminal, que suscitaba un germen de divisiones »y guerras intestinas, violentando en cierto modo la »libertad del cuerpo soberano, protegido por las ba»yonetas de que disponía el general Belgrano.» Haciendo en seguida la enumeración de las graves y complicadas cuestiones que envolvía la fijación definitiva de la forma de gobierno, daba una severa lección á los proclamadores, diciéndoles: «Estas cuestiones no de»ben decidirse por los generales, sino por la razón, por »el convencimiento y por el voto libre é ilustrado de »los ciudadanos.» A la merecida lección seguía la ironía, y aludiendo á las últimas derrotas de Belgrano sin mencionarlas, le decía: «Mejor sería que se dejase de »escribir y ganase batallas; que es para lo que está »constituído, no sea que perdiéndose las provincias »por incuria, nos veamos al fin en estado de no poder »ser cosa alguna.»

Elevándose de la ironía personal al sarcasmo histórico político, presenta la imagen de «un rey de bur»las, hechura de la irreflexión y el capricho, sacado »de una choza, ó del centro de la plebe, como en un »romance ó en una comedia, porque se habían acaba»do los tiempos en que los pueblos inocentes ofrecían »coronas á viejos venerables y prudentes ancianos que »reposaban bajo la sombra de una encina, porque los »reyes no se hacen por nadie sino por ellos, y por »eso usaban el «Dei gratia,» agregando que, «sería un »prodigio más grande que el que ejecutó la Divinidad »resucitando el cadáver infecto de Lázaro después de »tres días de corrupción, restituir á la vida des»pués de 300 años, el esqueleto inmundo de la dinastía

»de los Incas.» Demostrando con el raciocinio más elemental, que la casa de los pasados Incas no podía reatar la libertad de los presentes «para constituir el »gobierno más justo y conveniente, con arreglo á sus »costumbres y su ilustración, con menoscabo de sus de»rechos, ligando á tal enajenación la libertad y los »derechos de su posteridad,» establece la línea divisoria de la raza indígena y de la raza criolla, presentando como un peligro el ejemplo de la preponderancia de la raza negra en Santo Domingo. Considerando el plan bajo su faz práctica y de actualidad, demostraba brevemente que él no proporcionaría una ventaja mayor que la que se lograría gobernándose por un sistema como el norteamericano, y que por el contrario, ofrecía los más graves inconvenientes y peligros para lo presente y lo futuro.

Reservando para más adelante hacer la exposición metódica de sus ideas de gobierno, dice por último: «Nadie en el mundo fué tan insensato y falto de amor »propio para constituir reyes de propia voluntad: los »que existen han empezado por la fuerza; y si en »algunos de ellos ha concurrido la libre elección de los »pueblos, ha sido en virtud de un contrato. Sólo los »judíos han elegido rey voluntariamente.» Y agregaba en un artículo posterior, que éstos mismos lo habían ejecutado por ciego envilecimiento, á pesar de las profecías de Samuel, que comunicó al pueblo las palabras de Dios: «Estas serán las atribuciones del »rey, que mandará sobre vosotros: os arrancará vues»tros hijos para que le sirvan de lacayos: los desti»nará para su servicio en clase de soldados y para »que guarden su persona; los empleará en el trabajo »de sus campos; os quitará también vuestras hijas pa»ra que sirvan á sus objetos personales; os despojará »de vuetras propiedades para repartirlas á sus domés»ticos y favoritos; os recargará de tributos y contri»buciones, quitándoos para su capricho vuestros es»clavos y ganados, y últimamente vosotros mismos se»réis esclavos del monarca. «Vos eritis ei servis.» En»tonces clamaréis en vano contra el rey, el Señor se

»hará sordo á vuestros clamores.» Jamás después de los tiempos en que Moreno y Monteagudo estaban al frente de la prensa argentina, se había oído un lenguaje más viril, una argumentación más contundente, un poder de persuasión más eficaz, empleando alternativamente la lógica, el ejemplo, el sarcasmo, la pasión y el pavor por los destinos futuros del pueblo, envuelto todo en reminiscencias bíblicas, vulgarización de principios fundamentales y alusiones históricas.

A este prólogo magistral siguió una serie de artículos, en que Pazos Kanki agotó la cuestión bajo todas sus faces, sosteniendo la polémica con sus contendores, hasta obligar tanto á ellos como á los sostenedores del paso inconsiderado de Belgrano, á encerrarse en la defensiva de su conducta, y á plegar su bandera. ¡El esqueleto del Inca había sido enterrado por la cuarta vez!

«El Censor», redactado por el habanero Valdez, antiguo diputado á Cortes, que se hallaba constitucionalmente al amparo de la inmunidad de los antiguos tribunos de Roma, quedó desconcertado ante aquel brusco ataque, aquella valiente fustigación pública y aquella convicción apasionada y razonada á la vez. Hasta entonces había gozado de la fama de sabio, y era considerado por algunos como un oráculo en materias constitucionales. No era en realidad, como lo hemos dicho ya, sino una mediocridad suficiente, con algunas luces intermitentes y ciertas nociones vulgares de historia y de derecho público. Apenas acertó á balbucear algunas exposiciones sobre la Constitución inglesa, tendientes á probar que la monarquía constitucional era el mejor sistema de gobierno, haciendo algunas recriminaciones sobre los abusos de la libertad de imprenta á propósito de los escritos de Pazos Kanki, y llegó hasta pedir, por el hecho de estar prohibido en Inglaterra, la prohibición del libro de Tomás Payne, como pernicioso para los infantiles pueblos sudamericanos. Pazos Kanki, que había asistido en Londres al triunfo de un editor de este famo-

so libro, le contestó con estas hermosas palabras: «Sepa «El Censor» que en nuestros tiempos se condenó »en Londres á un impresor, que fué sorprendido reim»primiendo á Payne, no á destierro y horca como él »quiere, sino á ser expuesto á la expectación pública »en el Pilar «Pillory»; pero en lugar de insultarlo el »ilustrado pueblo inglés, lo coronó de flores y celebró »con músicas, convirtiendo aquel acto en un verda»dero triunfo contra la intención de los jueces.»

El «Observador Americano» fué fundado por el doctor Castro para prohijar el plan de la monarquía constitucional y la dinastía del Inca. Era su persuasión «que todos los patriotas de juicio estaban deci»didos por ella, como medio de hacer cesar de un »golpe las divergencias de opiniones, la incertidumbre »respecto de la suerte futura, y los males de la anar»quía, propiciándose la opinión de la Inglaterra y »haciendo tomar interés á los indios por la revolución.» A la aparición de su periódico, se encontró envuelto en esta tempestuosa discusión, y ante una opinión manifiestamente hostil. No era un hombre de lucha, aunque tuviera el coraje de sus creencias, y por lo tanto retrocedió ante la idea de sostener públicamente la legitimidad ó la conveniencia de la dinastía de los Incas en presencia de la burla general y de los sarcasmos de su amigo y contendor Pazos Kanki. Mal preparado por sus estudios forenses para dilucidar una cuestión de tanta trascendencia, todo su bagaje científico al entrar en campaña lo componían: el «Contrato Social» de Rousseau, el «Espíritu de las Leyes» de Montesquieu, y los «Ensayos» de Filangieri, con algunas traqueadas reminiscencias de Grecia y Roma, matizadas con ejemplos de la revolución francesa.

Colocándose el «Observador Americano» en un terreno neutral, sin condenar en abstracto ninguna forma determinada de gobierno, invocando al efecto el texto de Rousseau, hizo su exposición metódica de principios en una serie de artículos publicados en doce números sucesivos, y entró por accidente en el terreno de la polémica. Quería un gobierno que impidiera la

anarquía y evitase caer en la oclocracia, ó sea el gobierno de los pobres, lo que era levantar bandera contra la masa popular y proclamar en cierto modo una oligarquía política. Siguiendo las huellas de sus maestros, creía que la base de la democracia era únicamente la virtud, y que por falta de ella, habiéndose agotado las formas democráticas en los distintos períodos de la revolución, «ellas no ofrecían más que lecciones »terribles, espantosos contrastes de un verdadero des»potismo con el nombre de república, del amor de la »libertad con las bajezas de la servidumbre, de la »continua invocación de las leyes con la anarquía más »licenciosa, del lujo más inmoderado con la más apu»rada indigencia.»

Divagando en seguida con Montesquieu sobre climas, extensión del territorio y naturaleza del suelo, negaba la identidad de condiciones de las Provincias Unidas con la América del Norte, y disertaba extensamente contra el federalismo, explicando por sus reglas mal entendidas y peor aplicadas, y por las «semiformas republicanas» que revestía, la debilidad de la Nación en presencia de los extraños (se refería á los portugueses que invadían la Banda Oriental); oponía la despoblación como obstáculo á la planteación de tal sistema, que según él, entrañaba necesariamente la disgregación, terminando su exposición con estas palabras: «Demos que se organice la más bella Consti»tución federal que han conocido los Estados, ¿cuál »será el genio que acierte á ponerla en ejecución? ¡Mo»mento peligroso! El tiempo decidirá esta gran cues»tión.» ¡Y sólo el tiempo la ha decidido!

Dentro de este triángulo, que simboliza los puntos extremos de las líneas generales de la discusión, se colocó el «Independiente» redactado por el doctor Agrelo. A pesar de su carácter arrebatado, de sus conexiones políticas y personales con don Manuel Moreno, y los coroneles Pagola y Dorrego, que juntamente con él habían tratado de oponerse á la entrada del Director Supremo en Buenos Aires, su actitud fué moderada y más bien ecléctica. Su programa eran las

«Instrucciones» dadas por Buenos Aires á los diputados al Congreso, concebidas en el espíritu del parlamentarismo, en las cuales se les recomendaba la «indivisibilidad del territorio», el ejercicio delegado de la soberanía en tres poderes definidos, la consagración de las garantías inherentes al hombre, con «el derecho »de resistir á cualquier autoridad que no se contenga »dentro de los límites de la Constitución»—la «división del poder legislativo en dos ó más secciones»,—y la sanción de una reforma progresiva de la ley fundamental. Tomando las «Instrucciones» como texto con De Lolme por Evangelio y por profeta á De Pradt, sostiene la Constitución inglesa «republicanizada», asume el papel de demócrata conservador, manteniéndose en el terreno doctrinario sin intervenir en la polémica, como si dictase un curso de política teórica desde lo alto de la cátedra. Su extenso comentario (el mejor que hasta entonces se hubiese hecho de la Constitución inglesa) termina anunciando, «que se suspende el periódico porque no se costea la impresión.»

La discusión estaba agotada; la opinión hecha y triunfante. La idea monárquica estaba derrotada por el razonamiento; el plan dinástico del Inca anonadado bajo la rechifla pública. El Congreso retrocedió ante esta actitud y no volvió á hablar más de la dinastía del Inca, salvo reincidir más tarde en sus propósitos monárquicos. La idea de la independencia se hizo desde entonces inseparable de la idea de una república, que había nacido con la revolución. Empero que este fuese el modo de pensar y de sentir de la universalidad de los ciudadanos, la opinión se dividió más pronunciadamente que antes, en dos fracciones, cuyas tendencias, si bien no afectaban la esencia del gobierno republicano, entrañaban una revolución profunda, y conspiraban desde luego, ya contra la Constitución robusta del poder público para hacer triunfar la revolución contra sus enemigos exteriores, ya contra las fuerzas explosivas de la nacionalidad que debían sostenerla en el organismo interno. Nos referimos

á las disidencias sobre unidad ó federación de régimen, que desde esta época se acentuaron más.

Declarada la independencia por la voluntad manifiesta de los pueblos, y fijada definitivamente la forma de gobierno, determinada por el propio organismo y los antecedentes de su revolución, quedaban irrevocablemente fijados los destinos del pueblo argentino, que llevaba en su seno la anarquía interna; teniendo en una mano la espada que debía salvarlo, y en la otra la tea que debía incendiarlo y casi aniquilar sus elementos sociales, hasta que después de la victoria, amalgamadas las fuerzas encontradas, prevaleciese el espíritu conservador, y la Nación se constituyese dentro de sus elementos orgánicos, dando su parte á la inspiración genial, y su parte á la alta razón aleccionada por la dolorosa experiencia.

Tal fué el resultado de este debate memorable, que determinó definitivamente el rumbo de la revolución argentina. Aunque favorable al triunfo de las ideas democráticas, él ejerció desde luego una influencia funesta sobre el desarrollo armonioso de la revolución. Su influencia se hizo sentir por largos años, y dió origen á acciones y reacciones, que tal vez pudieron haberse evitado, procediendo con más previsión y claridad de vistas por parte de los directores del movimiento general, á fin de no dar razón, y sobre todo razón de ser, á las fuerzas populares. Guiadas éstas por sus instintos, querían la república conspirando contra su triunfo, y triunfaban en la revolución interna, mientras la acción externa triunfaba en toda la América del Sur, y aun en el propio territorio, sin concurrir ambas fuerzas á la organización constitucional del país.

La derrota de la idea monárquica, representada por los directores inteligentes de la revolución, envuelta en la merecida burla de que fué objeto la dinastía incásica, desautorizó á la parte ilustrada de la sociedad. Dió razón y sobre todo razón de ser, á las masas ignorantes ó semibárbaras, que persistían por instinto todo lo que no se acercara á la forma innata de go-

bierno que estaba en ellos, y que la razón tenía que sancionar al fin, dándole formas orgánicas. Despojó de su majestad al Congreso de las provincias reunido en Tucuman, en cuyas manos estaban los destinos de los pueblos que representaba, por delegación expresa ó por voluntad tácita.

Debilitó la constitución del gobierno central comprometido en este malhadado plan, arrebatándole parte de su autoridad moral, y obligó á reemplazarla con la violencia. Ahondó más la división entre la capital y las provincias, entre los centros urbanos y la semibarbarie campesina, entre los ciudadanos entre sí, dando á unos razón y á otros pretexto para resistir y para combatir. Los mismos ejércitos, base del orden y esperanza de la revolución, se resintieron de este embate de opiniones encontradas, dejándose penetrar por tendencias disolventes, que en un día no muy lejano harían su estallido. El nombre de Belgrano, el más puro de todos, quedó tiznado, debilitándose ante el pueblo su prestigio, y ante los partidos la alta imparcialidad del patriotismo, que hasta entonces lo había elevado en la opinión pública, no obstante sus derrotas y sus errores.

Los monarquistas, derrotados en su imposible intento, se hicieron centralistas, y arrastraron en su movimiento de concentración al Congreso de Tucumán, que levantó patrióticamente el estandarte de la unidad nacional, al rodar al poder general aplicando todas sus fuerzas al triunfo de la revolución americana.

Los republicanos de instinto triunfantes en la lucha, se asimilaron todos los elementos inorgánicos de la sociabilidad, rehuyendo sus brazos á la común fatiga, y enervando las fuerzas políticas y militares, que contrarrestaban su acción fatal y disolvente á la vez. De este modo, los precursores de la independencia, los fautores de la república, al reaccionar contra su obra, vinieron á ser los conservadores del orden de cosas, que debía hacer triunfar la independencia y la república; mientras que las fuerzas populares que

habían vivificado una y otra, reaccionarían contra ellas, sin embargo de representarlas mejor, guiadas por sus instintos; trunfando las primeras en el exterior y las segundas en el interior, legando unas y otras á la posteridad, á la par de sus elementos de vida estable, sus gérmenes de descomposición.

Estas metamorfosis mitológicas de los partidos, estas complejas acciones y reacciones, estas fuerzas eficientes que se chocan y concurren empero al movimiento general, estos principios de vida y de destrucción, que parecen excluirse y sin embargo no son del todo incompatibles, esta elaboración dolorosa de una nacionalidad que reviste por instinto una forma genial, que ensaya teóricamente varios sistemas, que conspira contra sí misma, y aplica mal la inteligencia ó la fuerza, en que alternativa ó simultáneamente lo que destruye vivifica, y lo que resiste salva á todos, surgiendo de este caos una fuerza vital, conservadora, reparadora y organizadora, son fenómenos propios de la historia argentina, que sólo pueden ser explicados por los antecedentes que hemos procurado condensar en estas páginas.

Estos antecedentes rigurosamente históricos y documentados, acompañados de esta sipnosis ajustada á ellos, nos habilitan para comprender mejor los sucesos que van á desenvolverse en el campo de la política interna, en que á veces la razón está de una y otra parte, otras veces parece no estar en ninguna de ellas, y en que al fin, después de malgastar sus fuerzas en una lucha estéril, todos se encuentran en el punto de partida, tiene la singularidad de ser una obra anónima y colectiva, en que los protagonistas se suceden y desaparecen, y en que el pueblo ocupa constantemente la escena.

CAPITULO XXX

La anarquía

1816-1817

Teoría de la anarquía argentina.—La federación de hecho.—El Congreso de Tucumán, el antagonismo, el federalismo, la centralización y Buenos Aires.—Misión del diputado Corro.—Disturbios en La Rioja.—Renovación de hostilidades entre Buenos Aires y Santa Fe.—Derrota del ejército y escuadrilla de Buenos Aires.—El artiguismo en Córdoba.—Insurrección de Bulnes en Córdoba y desórdenes que se siguen.—Impresiones de San Martín y Belgrano.—El Congreso y el director ejercen simultáneamente el poder ejecutivo.—Se reprime la insurrección de Córdoba.—Nueva conmoción en Córdoba sofocada.—Don Ambrosio Funes.—Sublevación de Santiago del Estero.—Muerte del comandante Borges y sus antecedentes.—Estado del Congreso y la cuestión de su traslación á Buenos Aires.—Resistencia de los diputados de Córdoba y Salta.—El enemigo sobre Jujuy.—Ultimas sesiones del Congreso de Tucumán.—Prospecto.

Hemos dicho, que la revolución argentina, como hecho múltiple y complejo, necesita ser bien comprendido, en sus varias y al parecer más contradictorias manifestaciones, á fin de darse cuenta de la ley que presidió aí desarrollo latente de las fuerzas sociales y de las causas que las enervaron, así en el orden político como en el orden militar. Sólo por este método puede ser explicada la anarquía argentina, ligando los efectos á sus causas, y deduciendo de los hechos ingenuamente comprobados la teoría que los sintetiza.

Considerada la revolución argentina, en su doble manifestación de lucha de emancipación y regeneración política, que se concreta en la ingénita aspiración del pueblo hacia la soberanía de hecho y la soberanía de derecho, ella es como esos soles duplos de distintos colores, que nos envían confundidos sus rayos luminosos y que giran en un mismo círculo de atracción.

Bien que la revolución fuera un hecho fatal, que estaba en el orden de las cosas, y que reconoce causas originarias, no puede desconocerse, que causas accidentales é inmediatas la determinaron, antes de que la sociedad hubiera alcanzado su desarrollo normal. De aquí provino la desigual distribución de las fuerzas eficientes, la incoherencia de los movimientos excéntricos y el desequilibrio de los elementos que concurrieron á su resultado final.

El virreinato del Río de la Plata, dentro de cuyas fronteras se dilató la revolución argentina, no era, como fué antes explicado, un organismo articulado. Era un cuerpo informe, una aglomeración de elementos heterogéneos, dispersos en una vasta extensión de territorio casi desierto, sin cohesión social entre sí, y sin esa amplitud de vibraciones morales que constituyen la solidaridad de las partes con el todo. Local y municipal en su origen ostensible, guerrera en los primeros pasos de su propaganda, popular en su desenvolvimiento, americana en sus tendencias, y nacional en su fórmula concreta, esa revolución fué complicándose gradualmente en sus elementos constitutivos, y al acelerarse en su movimiento, puso en actividad todas las fuerzas, todos los intereses, todas las pasiones, todos los intintos y todas las ideas que de ella surgían, hasta revestir una forma nativa, y revelar un vitalismo propio, obrando con la espontaneidad de su naturaleza, que dió origen á una vida múltiple y colectiva á la vez.

Los primeros movimientos de la revolución pusieron de manifiesto, desde luego, dentro de los grandes contornos del virreinato, un organismo rudimentario y persistente, que reconocía un núcleo y que obedecía á ciertas leyes con afinidades comunes y recíprocas. Tal fué el bosquejo del país argentino, dentro del cual debía operarse su revolución interna. De este organismo, se segregó el Paraguay, como un miembro atrofiado de la sociabilidad argentina. Desligáronse más tarde las provincias del Alto Perú, no sólo por la derrota de las armas revolucionarias, que produjeron

una solución de continuidad en el territorio, sino porque en realidad era un mundo aparte, sin puntos de contacto con las poblaciones de la cuenca del Plata. La insurrección de la Banda Oriental, nacida en las campañas, sin un centro urbano que le sirviese de núcleo, privada así de toda cohesión y de todo elemento de gobierno regular, fué el patrimonio de multitudes desagregadas, emancipadas de toda ley, que al fin la hicieron política y militarmente ingobernable, la entregó desorganizada al arbitrio del caudillaje local, y la convirtió en insurrección contra la sociabilidad argentina, inoculándole este principio disolvente.

Durante la lucha de la independencia, la vida colectiva en sus multiformes manifestaciones, se agita y bulle como la savia loca, en las ciudades, en los hogares urbanos, en los ejércitos, en las asambleas populares, en los clubs, y se propaga dentro de los límites que le hemos asignado, en las campañas apenas pobladas de la cuenca del Plata. Las multitudes campesinas desagregadas, semibárbaras, que aunque segregadas hasta entonces de la vida social y política, constituyen una entidad por el número y que reconocen la ley del territorio al cual están identificadas, se agrupan por afinidades y se incorporan al movimiento general, y surge con ellas un individualismo marcado y persistente, que llevaba en sí una fuerza explosiva.

Compelidas ó apasionadas las masas campesinas, siguen el movimiento revolucionario, interpretándolo, aplicándolo á su manera y hacen brotar otra revolución social del seno mismo de la revolución política, cada cual con su objetivo y persiguiendo cada una de ellas un ideal, que procura hacer prevalecer por medios análogos á sus fines, en que interviene la acción recíproca de las fuerzas vitales y de las pasiones encendidas, aunque visiblemente un principio superior domine su antagonismo. Estas dos revoluciones gemelas, confundidas algunas veces en su dualismo, y divididas otras, combinan sus fuerzas, se neutralizan, se chocan y concurren unidas á la disolución de la socie-

dad vieja, prolongando los dolores de la comunidad, y malgastan sus elementos vitales por los medios puestos en juego así para el bien como para el mal. Este era el resultado natural de un movimiento en que, la mayoría ignorante llamada á obrar y combatir, y por lo tanto á influir de hecho, y por consecuencia á pensar como podía y sabía para ejercer esas funciones, no se hallaba al nivel de la inteligencia que primero concibió la revolución, la llevó á cabo y la organizó civilmente, contando para hacerla triunfar con fuerzas que estimó poderosas, pero cuya energía no pudo calcular bien de antemano. De este desnivel era consecuencia lógica la reacción de las masas plebeyas, su insurrección, y la anarquía también; así como lo era la acción constante de las fuerzas unificadoras, reguladoras, y conservadoras, que imprimían movimiento á la máquina del gobierno general, resistiendo á la disolución interna y combatiendo contra los enemigos externos.

Llamadas las masas sin preparación á tomar parte en el gobierno, era natural que la tomaran de hecho, primero en la guerra, luego en la política militante, y crearan según sus nociones, poderes á imagen y semejanza suya, que representasen sus instintos enérgicos ó brutales, que á veces rayaban en el fanatismo. Tal fué el origen de los caudillos, populares de la anarquía argentina. Estos caudillos, elegidos unos, impuestos otros, salidos de la misma masa, participando de las mismas pasiones, se hicieron la encarnación de esa democracia indisciplinada, semibárbara, con vitalismo propio en algunas partes, con tendencias puramente vandálicas y disolventes en otras, pero siempre vivaz y robusta como un elemento indígena. Los caudillos, al obsorber la fuerza de las masas, se convirtieron en mandones irresponsables, se perpetuaron por la violencia en el poder, y árbitros de las voluntades de sus subordinados, los arrastraron tras sí, y los condujeron al campo de la guerra civil ó en contra del enemigo exterior, desmoronando con ellos la sociedad vieja á la par que agotaban las fuentes de la vida común y com-

prometían el éxito de la lucha por la independencia, rebajando el nivel político y moral de los pueblos, y dificultando la organización constitutiva que unos anhelaban por instinto, y otros buscaban en el orden superior de las ideas.

Este movimiento desordenado de la democracia semibárbara, esta anarquía multiforme, este estallido de fuerzas explosivas, estas aspiraciones vagas hacia un ideal inconsciente, esta intervención de pasiones tumultuosas, de ambiciones bastardas, esta acción disolvente del bandolerismo revistiendo formas políticas, pudo haberse prevenido en parte ó regularizado hasta cierto punto; pero no era posible eliminarlo del todo, dadas las condiciones y los antecedentes revolucionarios. Precisamente porque fué una revolución y no una simple mutación de escena ó evolución normal; porque era condición de vida y de progreso destruir lo viejo y crear lo nuevo dentro de elementos orgánicos; porque este resultado no podía alcanzarse sino revolucionando la sociedad entera, precisamente por eso, no era posible eliminar las fuerzas incoherentes que debían producir ese resultado, con todos sus inconvenientes, con todos sus dolores y con todos sus deplorables extravíos.

En medio de su desorden real y de su tendencia anárquica y disolvente, aquel movimiento entrañaba un principio vital, tenía una cohesión relativa y obedecía á una ley, en sus fenómenos de descomposición y recomposición. La amplitud de sus estremecimientos orgánicos, diseñó los contornos de una nacionalidad marcada, estableciendo su unidad moral por la solidaridad del dolor. Su espontaneidad democrática, reveló la forma innata de la república haciendo imposible el establecimiento de una monarquía artificial con que soñaban los pensadores fatigados. Socavando por espíritu de destrucción los cimientos de la sociedad política, echó por tierra la vetusta armazón del mundo colonial, y obligó á los políticos á levantar una nueva fábrica sobre sus ruinas, rompiendo con las tradiciones de lo pasado. Guiado por un instinto ciego de

exagerada independencia, de individualismo casi salvaje y de disgregación brutal, introdujo como el de los bárbaros en la civilización europea, un nuevo elemento político que yacía latente, llamando la atención de los pensadores hacia las formas cultas de una federación, que los norteamericanos habían encontrado planteada al constituirse en nación independiente y libre. Sin él, la república democrática y la federación, no habrían sido dos hijas de las entrañas doloridas de la patria de los argentinos, ni habría ella experimentado las sublimes palpitaciones que le dieron la conciencia de la plenitud de su ser, cuando al asumir su personalidad maternal ante el mundo, levantó en sus brazos lacerados á las Provincias Unidas del Río de la Plata alimentadas con su propia substancia.

No todos los resultados que esa conmoción interna produjo, fueron lógicos y necesarios en el orden de las cosas; pero siendo efectos de causa, todos ellos tienen su explicación en el orden en que se sucedieron, tomando la historia tal como es, y no tal como pudo ó debió ser. Esta anarquía vivaz que tenía sus raíces en el pueblo, que se alimentaba lo mismo del patriotismo que del egoísmo local, inconsciente, facciosa, personal ó bandolera, reconocía por causa, no solamente los movimientos desordenados de las masas y las tendencias disolventes de sus caudillos, sino también las evoluciones que la revolución había ejecutado sobre la marcha en el transcurso de cerca de siete años de lucha y trabajo, en que los combatientes y los jornaleros inteligentes habían casi agotado sus fuerzas.

El gran partido gubernamental, que desde los primeros días se apoderó con mano firme del gobierno y de la dirección revolucionaria, no supo ó no pudo dar la debida consistencia al poder desde su origen. Colonial por su filiación, unitario por antecedentes y por temperamento, y centralista por necesidad; oligárquico por su composición, municipal por su punto de apoyo, americano por sus grandes vistas y nacional por su espíritu, ese gran partido se descompuso dentro de sus propios elementos, resistiendo por más de tres

años aceptar la reunión de una asamblea verdaderamente nacional como base de su autoridad. Así oscilando entre la tradición, lo provisional y lo arbitrario, llegó deshecho hasta la gran Asamblea del año XIII, la que no obstante sus vicios de elección, dió origen á la primera autoridad republicanamente legítima, que retempló los resortes de la revolución, y vivificó el sentimiento nacional.

Las ambiciones bastardas, la incoherencia de medios y propósitos, y la influencia enervante de una política gubernamental que no se vivificaba con nuevos elementos en la atmósfera sana de la democracia, hicieron degenerar el poder en oligarquía y á la representación legislativa en camarilla, según se ha explicado ya. Las resistencias populares más ó menos tumultuosas, los movimientos subversivos que al mismo tiempo tuvieron lugar en los ejércitos regulares y la petulante y prematura ambición de Alvear, dieron origen á su egoísta dictadura personal y militar, que sublevó contra sí las masas; los caudillos, las provincias y hasta la opinión irresistible de la capital, base y centro del poder general y nervio de la situación revolucionaria. La revolución que derribó á Alvear, capituló con la anarquía, pactó con el caudillaje, se dió de su propia autoridad una constitución mal calculada, que por razón nadie aceptó ó aceptó á medias; nombró por sí y ante sí un director supremo emanado de un Cabildo local, que no tenía el derecho de mandar á nadie, que no era obedecido sino por la provincia de Cuyo gobernada por San Martín, y que mostró no tener fuerza ni aun para mantener su propia integridad provincial. Por un artículo de la nueva Constitución (Estatuto Provisional) se dejó á las provincias la facultad de nombrar sus gobernadores y gobernarse por su régimen municipal, siendo éste el paso más atrevido que hasta entonces se hubiese dado en el sentido de la descentralización.

De este modo fué cómo, á la caída de Alvear, los vínculos políticos se desataron sin romperse, y cómo se estableció una confederación de hecho, reasumiendo

cada provincia su gobierno local, como la capital había reasumido el suyo, al crear un fantasma de autoridad nacional, que sólo tenía de tal los atributos, y que por su constitución era impotente hasta para regir su propio municipio. Esto era, si así puede decirse, hacer constitucional la anarquía.

Durante este período de desagregación, de descomposición y de fermentación, se produjeron fenómenos elementales, dignos de llamar la atención del historiador. El caudillaje de Artigas, ó sea el «artiguismo» localizado en la banda oriental, y dominando por la violencia ó por afinidades los teritorios limítrofes, obtuvo por la primera vez carta de ciudadanía, y se le reconoció el derecho de resistencia. El artiguismo oriental, dueño del Entre Ríos y Corrientes, sintió dilatarse su esfera de acción disolvente, y aspiró por la primera vez á dominar los destinos nacionales, con sus medios y con sus propósitos. Divorciado de la comunidad argentina, sin principios vitales que inocularle, sin más bandera que el personalismo, ni más programa que una confederación de mandones, en que la fuerza era la base, empezó á chocarse con los régulos argentinos de la orilla occidental del Uruguay, que aspiraban á establecer la autonomía de sus respectivas provincias dentro del organismo argentino, diseñándose desde entonces las personalidades federativas de Entre Ríos y Corrientes, que debían matar el caudillaje oriental. Estas dos tendencias, segregatista la una y federativa la otra, concurrieron por el momento á dilatar la esfera de acción del artiguismo, en nombre de la federación.

Santa Fe, tenencia de gobierno de la provincia de Buenos Aires, había aspirado de antemano á la categoría de provincia, y sublevádose, derrotando por más de una vez los ejércitos de la capital por las armas y por la diplomacia, bajo los auspicios de Artigas. Momentáneamente sometida por efecto de acciones y reacciones propias, aprovechó esta oportunidad para levantar de nuevo la bandera tricolor artigueña,

reivindicando su independencia, que la capital reconoció de hecho en la impotencia de sojuzgarla.

A Santa Fe siguió Córdoba, que se declaró independiente; arrió la bandera nacional que quemó en la plaza pública, enarbolando la de Artigas; se incorporó á la liga federal, poniéndose bajo la protección del caudillo oriental, y se adhirió á la convocatoria del Congreso de Paysandú, promovido sin programa político y con objetos puramente bárbaros y personales. De aquí la primera resistencia de Córdoba á concurrir al Congreso de Tucumán.

La Rioja, tenencia de gobierno de Córdoba, siguió el ejemplo de Santa Fe segregándose de ella; y al protestar contra sus actos, mandó testar el bando que la colocaba bajo la protección de Artigas, poniéndose á órdenes del gobierno general, y reconoció con algunas variaciones el «Estatuto Provisional».

Cuyo se mantenía compacta y disciplinada bajo la mano firme de San Martín. En Tucumán se hacía aún sentir la influencia moral de Belgrano, gravitando su opinión hacia la unión. En Salta, Güemes reasumía la autonomía de la provincia para sí, según se ha visto, pero sin desertar los sacrificios comunes como el Paraguay, la Banda Oriental, Entre Ríos, Corrientes, Córdoba y Santa Fe, y se colocaba por el contrario á la vanguardia del peligro. El Alto Perú, se desligaba para siempre del sistema político argentino después de la derrota de Sipe-Sipe.

Buenos Aires, empero, por el poder de su masa compacta, en medio de este desquicio, era en el orden político y social, el centro de un sistema, en que á pesar de sus aberraciones los astros del firmamento argentino giraban con cierta armonía, y obedecían á una ley física y moral de atracción. Por eso, de su centro regulador fué de donde partió la iniciativa para la convocatoria de un Congreso Nacional, que representase y organizase de nuevo la familia política, imponiendo por única condición que se reuniera fuera de su recinto y que fuese constituyente. De esta iniciativa nació el Congreso de Tucumán.

El Congreso reunido en Tucumán, al reasumir la soberanía nacional dispersa, se encontró presidiendo una anarquía, sin fuerzas para dominarla, y en presencia de los más arduos problemas del gobierno. Estos problemas se complicaban con los desórdenes interiores y los peligros exteriores, que amenazaban no sólo por el norte y el este, sino también por el oriente en las relaciones con la corte portuguesa del Brasil. Impregnado fuertemente del espíritu federalista, que se inspiraba en el artiguismo, cuyo cuartel general en el interior era Córdoba, el federalismo era el primer obstáculo con que el Congreso tropezaba en su marcha, y sin embargo, el mismo Artigas no reconocía su autoridad. Creado por el concurso de una opinión de la capital uniformada con las exigencias de las provincias, para constituir el poder fuera de Buenos Aires, comprendió en presencia de la realidad, que sin Buenos Aires como base de un poderoso centralismo, la revolución quedaba decapitada, y que ni siquiera era posible allegar elementos de gobierno fuera de esta combinación. Todo esto explica la reacción que espontáneamente se operó en el espíritu de que venía animada la mayoría de los congresales, y la preponderancia que gradualmente fueron adquiriendo los diputados de Buenos Aires unidos á los del Alto Perú.

Precisamente las provincias que debían dar un punto de apoyo á la reacción federativa, eran las que se manifestaban más hostiles á la instalación del Congreso. Todas las provincias del litoral, desorganizadas por la influencia disolvente de Artigas, se negaban á enviar sus diputados, con excepción de la de Buenos Aires. Córdoba, simpatizando con el federalismo de Artigas, retardaba enviar los suyos, y se manifestaba mal dispuesta en sentido de una unión franca. En Salta, los diputados habían sido elegidos al grito de «¡ mueran los porteños !» que era el grito de guerra de las montoneras contra el gobierno general y contra la capital, y aún no se había incorporado. Uno de los diputados nombrados bajo estos auspicios, había sido el coronel Moldes, el candidato del anticapitalismo. Al

pasar por Córdoba escribía á un amigo de Tucumán, diciéndole: «Es un delirio querer contener un huracán con un sombrero.» Al pasar por Tucumán, desdeñaba presentar sus poderes, al notar el nuevo camino en que entraba el Congreso, escribiendo á un amigo en Buenos Aires: «Estos individuos del Congreso han »dado crueles puñaladas á las entrañas de la patria, »cometiendo horrendos delitos, pues abusando de su »encargo, de hecho han promovido odios y rencores »muy grandes, que han de ocasionar estragos, sedicio»nes y convulsiones en descrédito del mismo Congre»so y del pueblo de Salta, igualmente que en los de»más que lo han elegido, ante cuyos electores deben »ser y serán acusados como reos y monstruos de la »humanidad. El Congreso necesita ropa limpia, y mien»tras no haya ésta, nunca habrá ni orden ni acierto, »y todos los pueblos americanos, reducidos á unos hor»migueros sin leyes y sin gobierno, serán el teatro de »los vicios. Por falta de pactos ó leyes, unos cuantos »se han hecho dueños de la revolución, y quieren ha»cernos felices á su modo. Doscientos hombres á lo »más, mudando de corifeos, nos hacen sentir este peso, »que arrastra la fuerza de la ignorancia de unos y la »mala fe de otros. Aquí se halla el ejército estaciona»do y á mi vista debe desaparecer de consunción.» Con estas ideas y propósitos, había pasado Moldes á Salta creyendo poner de su parte á Güemes, y á éste en pugna con el Congreso. Felizmente Güemes aunque caudillo, aborrecía á muerte á Artigas, y á la par su caudillaje segregatista, por lo que, no obstante sus actos en realidad irregulares, se decidió abiertamente por la causa nacional contra los caudillos del litoral y las tendencias de Córdoba, dando un tercer punto de apoyo al Congreso, sostenido ya por los ejércitos de los Andes y del Perú mientras se reconquistaba el más sólido de todos, que era la capital en Buenos Aires.

Las primeras nuevas que el Congreso tuvo del litoral, después de su instalación, fueron alarmantes. El ejército de Buenos Aires de acuerdo con el gobierno de

Santa Fe, que obedecía á Artigas, se había rebelado contra el general Belgrano y celebrado sus jefes un tratado (pacto de Santo Tomé), deponiendo al Director Supremo, á la vez que se desenvolvía en la capital una agitación federalista que amenazaba comprometer la existencia misma del Congreso, despojándolo de toda respetabilidad, y las hostilidades parecían próximas á renovarse entre Buenos Aires y Artigas después de una corta tregua. En tal conflicto acordó enviar un comisionado cerca de Artigas, incitándolo á reunirse en Congreso, á la vez que á mediar en las diferencias con Santa Fe. La elección recayó en D. Miguel Corro, diputado por Córdoba, uno de los más ardientes partidarios de Artigas, que en vez de un emisario de paz se convirtió en propagador de nuevas discordias. Bajo su mediación se ajustó, sin embargo, un convenio entre los comisionados de Buenos Aires y Santa Fe, reconociéndose la autonomía provincial de Santa Fe, y pasó en seguida al campamento de Artigas (La Purificación), donde permaneció sin adelantar nada, esperando según lo arreglado por él, que los diputados por Buenos Aires, fueran á llevar personalmente al caudillo la ratificación que había garantido. El Congreso bajo la influencia de los diputados de Buenos Aires, negó su ratificación al convenio, lo que fué una fatalidad, pues este acto, que más tarde tuvo lugar bajo condiciones depresivas, habría puesto del lado del Congreso y de la capital á la provincia de Santa Fe, que ya se manifestaba dispuesta á sacudir el yugo de Artigas, manifestándose iguales disposiciones en Entre Ríos.

Con este resultado y las complacencias de Corro, la arrogancia y enojo de Artigas creció de punto, negándose abiertamente á reunirse en Congreso, y rompió de nuevo las hostilidades. A esto se siguieron las agitaciones de que fué teatro la ciudad de Buenos Aires, los conflictos entre sus altos poderes públicos y la caída del Director que había reemplazado al derribado por el pacto de Santo Tomé, de que ya se ha dado cuenta en otro capítulo.

En medio de estos desórdenes, conflictos y peligros, y en vísperas de otros más graves aún, se hizo la elección del nuevo Director Supremo del Estado que recayó en Pueyrredón, encargado de restablecer la sede del gobierno general en Buenos Aires, á fin de hacer frente á la situación con mayor poder, y llevar á ejecución con sus recursos los grandes planes militares de la revolución.

Un disturbio de menor magnitud que los del litoral, pero que ocupó más la atención del Congreso en razón de la inmediación, tuvo lugar al mismo tiempo en La Rioja. Hallábase allí reclutando el tercer escuadrón de Húsares de la Unión, por orden del director Balcarce, el capitán José Caparrós, antiguo oficial, que había servido con distinción en los ejércitos de la patria, el cual tenía ya reunidos como 80 hombres. Sea con su connivencia según se creyó, sea contando con su neutralidad, el hecho es, que los autonomistas riojanos, que se habían declarado antes independientes de Córdoba, y que soportaban con impaciencia la autoridad del teniente gobernador don Ramón Brizuela y Doria, se reunieron tumultuosamente y lo depusieron por «intruso y tirano» (14 de abril), destituyendo á los miembros de la Municipalidad. Bajo los auspicios de un nuevo Cabildo, eligieron por gobernador á don Domingo Villafañe, cuidando del orden público una guardia de la tropa de Caparrós, el cual contestó en términos corteses al oficio en que se le comunicaba la elección. El doctor Castro Barros, diputado por La Rioja y amigo del teniente gobernador, denunció el hecho como una revolución, pidiendo se dictasen medidas de represión. En consecuencia, el Congreso en sesión pública, decretó una expedición militar, comisionando al comandante Don Alejandro Heredia para que al frente de una columna de infantería y caballería acudiese á restablecer el orden y reponer al Cabildo y teniente gobernador depuesto, y prendiera á los revolucionarios. Caparrós se sometió á Heredia; pero declaró al mismo tiempo, que aun cuando no había tenido participación en el movimiento, no

podía recibir órdenes directas sino del Director en Buenos Aires que lo había comisionado, y que por lo tanto para evitar un conflicto se retiraba con su fuerza, como en efecto lo verificó, reuniéndosele los revoltosos en la marcha. El escuadrón de Húsares se sublevó en el camino á 30 leguas de La Rioja, llegando Caparrós á Córdoba con un piquete de 30 hombres, que sirvió más tarde para fomentar otros disturbios. Tal fué la sublevación de La Rioja, mera cuestión de alcaldes y aspiraciones de autonomía municipal, en que el Congreso acabó por dar razón á los revolucionarios. Ella figura, empero, en sus actas como un grave acontecimiento que ponía en peligro la paz pública, lo que ha inducido á algunos historiadores á darle las proporciones de una convulsión artiguista, que sólo refleja las inquietudes de la época, que la hecho pasar á la historia.

En medio de estos desórdenes, conflictos y peligros, en vísperas de una invasión española por el norte y la invasión de un ejército portugués por el oriente, amenazando otro ejército español descolgarse de los Andes de Chile, y en perspectiva otra expedición española de la Península, que se decía destinada al Río de la Plata, se declaró la independencia de las Provincias Unidas, y el Director Supremo recientemente nombrado, fué á restablecer la sede del gobierno en Buenos Aires, con el propósito de llevar adelante los grandes planes militares de la revolución en relación á la emancipación de la América del Sur.

El Director Pueyrredón al pasar por Córdoba tuvo con San Martín una conferencia, de dos días con sus noches, en que quedó definitivamente acordada la expedición á Chile y todo lo relativo á la política interna y externa, continuando su marcha hacia la capital. Al llegar á Santa Fe le alcanzaron tristes nuevas. El ejército de observación de Buenos Aires al mando del general Díaz Vélez, acantonado en San Nicolás, había marchado sobre la ciudad de Santa Fe, y se hallaba en serias dificultades para regresar; la escuadrilla que lo acompañaba por el río, había sido apresada

en parte, contándose entre sus prisioneros su almirante. El Director que comprendía la necesidad de transar la cuestión de Santa Fe, había ordenado terminantemente á Díaz Vélez desde Córdoba que se abstuviera de toda hostilidad, invitando al mismo tiempo al gobernador don Mariano Vera que saliese á su encuentro en el camino. Para poner término seguro á las desavenencias, despachó á don Alejandro Castex, miembro de la Cámara de Apelaciones, con instrucciones para hacer retirar el ejército invasor y desautorizar ante el gobierno y pueblo de Santa Fe, el avance imprudente de Díaz Vélez.

He aquí lo que había sucedido. Algunos caudillos de Entre Ríos, habían manifestado indirectamente las disposiciones en que se hallaban de ingresar á la unión sacudiendo el yugo de Artigas, y de obrar en combinación con las fuerzas de la capital, siempre que éstas se posesionasen de Santa Fe y les asegurasen el dominio del Río. La comisión gubernativa de Buenos Aires, sin consulta con el Director, ordenó que el ejército de Díaz Vélez se moviese en combinación con una escuadrilla de dos bergantines, dos cañoneras y cuatro faluchos mandada por el general Matías Irigoyen, que como oficial de la armada española había asistido á la batalla de Trafalgar.

Apenas inició Díaz Vélez su invasión, el país empezó á sublevarse en masa. Las poblaciones emigraron y retiraron sus ganados, haciendo el desierto á los invasores y hostilizándolos con sus guerrillas. Así llegó hasta las inmediaciones de la ciudad de Santa Fe. La escuadrilla que le había precedido, estableció el bloqueo fluvial (el 12 de julio de 1816) en las bocas del Colastiné. En un movimiento mal combinado con el ejército, perdió sus dos cañoneras y un falucho (26 de julio) que fueron tomados á lazo, rindiéndose sus tripulaciones. Poco después fué sorprendido (el 9 de agosto) un lanchón armado, en que quedó prisionero el mismo general Irigoyen. Díaz Vélez después de ocupar á Santa Fe abandonado por sus habitantes, encontrándose sitiado y en peor situación que antes, tuvo que em-

prender por agua una retirada trabajosa, sufrió considerables pérdidas. Los santafecinos quedaron por segunda vez dueños del campo. Cualquiera que fuera la causa que defendiese Santa Fe, no puede negarse admiración á una provincia pequeña, casi desierta, pobre, sin tropas disciplinadas y mal armada, que con tanta virilidad sostenía su independencia local contra un enemigo relativamente poderoso, tomando parte en la lucha la población en masa, sin excluir niños ni mujeres.

Esta malhadada expedición, encendió de nuevo los odios contra los «porteños» y alentando más á los «montoneros», lanzó decididamente á Santa Fe en la liga de Artigas, dió origen á nuevos disturbios que ocurrieron en el interior, como va á verse.

A su paso por Córdoba, el Director Pueyrredón se había penetrado del mal espíritu de su población, y sobre todo de la predisposición de su gobernador don José Xavier Díaz, embozado partidario de la anarquía de Artigas, bajo cuya protección se había puesto en 1815, época en que fué nombrado gobernador, proclamando la independencia de Córdoba, y amparando por bando solemne á los desertores del ejército nacional, que combatían contra el enemigo exterior. Era éste uno de los jefes del partido localista, de cuyas ideas y tendencias dará idea una anécdota. En el año anterior, gobernando á Córdoba el mismo Díaz, había llegado allí el general French, que iba de paso con una división en auxilio del ejército del Perú derrotado en Sipe-Sipe. Díaz le intimó que se abstuviese de transitar por el territorio de su provincia. Como el camino era preciso y no había otro, French siguió su marcha. Luego que la división hubo salido del territorio, el gobernador expidió un decreto ordenando: «que se tuviese por no pasada.» Este personaje obraba bajo las inspiraciones del diputado Corro, en connivencia con los artiguistas de Santa Fe. Un incidente escandaloso vino á poner en transparencia esta actitud equívoca. Un oficial conduciendo pliegos del Director, fué detenido en la jurisdicción de Córdoba y despojado de

su correspondencia. El gobernador y el diputado Corro fueron públicamente señalados como instigadores y consentidores de esta violación, y acusados como tales ante el Congreso. Con este motivo se trabó en él una ardiente discusión, que hubo de producir su disolución, revelando que la anarquía estaba en todas partes.

A moción del diputado Gazcón, se acordó el nombramiento de una comisión investigadora del hecho, insinuando que Díaz y Corro eran cómplices en el delito. Los diputados de Córdoba, hicieron esfuerzos para neutralizar este golpe. El diputado Pérez Bulnes, propuso que la comisión se compusiese de un diputado de cada provincia. El diputado Cabrera y Cabrera, conocido por su odio á Buenos Aires, declaró que si no se adoptaba la moción de Bulnes «protestaba á nombre de su provincia de nulidad de cuanto se actuare», acusando abiertamente al Congreso de estar «dominado por una facción.» En esta actitud fué sostenido por sus compañeros Bulnes y Salguero, que se abstuvieron de concurrir á las sesiones. Otros sucesos de mayor gravedad pusieron término á este ruidoso incidente parlamentario, dando los diputados disidentes explicaciones, que sin alterar el fondo salvaban las formas, formulando el Congreso una reprobación ambigua de tan irregulares procederes.

El gobernador Díaz, que había con anterioridad presentado su renuncia ante el Congreso, fué separado de su puesto por el Director, consultando en esta medida la tranquilidad pública, no obstante ser ella violatoria del Estatuto Provisional del año XV, que dejaba á las provincias estos nombramientos, y el cual se hallaba vigente. Díaz se quejó al Congreso en términos denigrantes al Director, negándole obediencia, en circunstancias que ya su renuncia había sido aceptada, y se nombró en su reemplazo á don Ambrosio Funes, de quien nos ocuparemos después.

Este escándalo vino á complicarse con hechos de mayor trascendencia, que amenazaron envolver al país en una conflagración general.

A la noticia de la invasión de Díaz Vélez sobre Santa Fe, la alarma cundió en Córdoba entre los partidarios de Artigas, secretamente aliados á los santafecinos, quienes reclamaron su auxilio. Díaz no se atrevió á dar de frente la cara; pero consintió en que el capitán de artillería cívica don Juan Pablo Bulnes (hermano del diputado del mismo apellido) se pusiese á la cabeza del movimiento. Este oficial de carácter violento y arrojado, que era uno de los cabecillas del partido federalista, sublevó la guarnición de la ciudad en la noche de 21 á 22 de agosto, apoderándose del piquete de Húsares de Caparrós y de todo el armamento de la plaza, incluso la artillería. Al día siguiente pasó una nota á Díaz intimándole convocase un Cabildo abierto, para que se resolviera si se había de auxiliar ó no á Santa Fe, «invadido contra las órdenes expresas del Director», agregando que «de lo contrario tendría que arrepentirse.» El pueblo se reunió en Cabildo convocado por el gobernador, y acordó bajo la presión de la fuerza, acceder á la exigencia de Bulnes, quien á la cabeza de 400 hombres se puso en marcha en auxilio de sus hermanos de Santa Fe, reforzando su columna con las guarniciones de la frontera del Chaco. En el camino, supo la retirada de Díaz Vélez, y regresó á Córdoba, resuelto á deponer á Díaz, que lo había denunciado como rebelde ante las autoridades nacionales, declinando toda solidaridad con él. Díaz que se mantenía en su desobediencia al Director, y que no había dado cumplimiento á la orden del Congreso de entregar el mando á don Ambrosio Funes, trató de entenderse con Bulnes, enviándole al efecto dos emisarios de paz.

No pudo conseguirlo y como perseverase en sus tortuosos procederes, delegó provisionalmente el mando en Funes, mientras él salía al encuentro de su rival, al frente de otra columna, contando ser el árbitro de la situación una vez vencedor. Ambas fuerzas se encontraron en los altos de la ciudad, donde después de un simulacro de combate, Bulnes quedó dueño del campo,

y entró triunfante á la ciudad, proclamando abiertamente la rebelión.

Bulnes, dueño de la situación, se impuso por el terror, inaugurando el torpe sistema de gobierno autocrático y personal de los caudillos del federalismo, y sofocó la opinión de una parte considerable del pueblo de Córdoba que decididamente estaba por la Unión. A la cabeza de este partido se puso don Ambrosio Funes, hombre de algunas luces, de costumbres severas y carácter firme, que degeneraba en testarudo, y que ejercía un ascendiente moral sobre la ciudad y campaña de Córdoba. Por una triste coincidencia, era Funes padre político de Bulnes. Anteponiendo sus deberes á sus afecciones, y armado de una resolución á toda prueba, se puso á órdenes del Congreso, y delegó el mando en el Cabildo, ocultándose mientras tanto, sin dejar por esto de preparar los elementos de una reacción en la misma provincia.

Profunda fué la alarma que estos sucesos produjeron en el Congreso y en sus sostenedores San Martín y Belgrano. El Congreso facultó inmediatamente á Belgrano para sofocar la insurrección, usando de la fuerza. San Martín bajo la impresión de la primera noticia, escribió al Director pidiéndole órdenes para marchar con el ejército de los Andes, si fuese necesario aun cuando veía que esto haría fracasar la expedición á Chile. Belgrano que estaba resuelto á operar con el del Perú, ofició al Director diciéndole: «Para sofocar »la insurrección, es indispensable marchar con todo el »ejército, reforzado con las milicias de Santiago y 400 »hombres de La Rioja y reunirse en la marcha con el »ejército de los Andes. Ambos ejércitos podrían entonces sofocar la revolución de Santa Fe. No es posible »que hallándose estos países en la convulsión en que »están, pueda el ejército de los Andes ni el del Perú, »dar un paso adelante con seguridad. Pienso que de »este modo no sólo se va á conseguir la destrucción de »la anarquía, sino á imponer al extranjero que invade »nuestro territorio, que acaso intenta introducirse hasta el corazón de él, como lo verificará si seguimos en

»la desunión.» El Director con más serenidad, no dió á San Martín la orden que se mostraba dispuesto á cumplir, aunque con repugnancia. Despachó á Córdoba en comisión, al Deán Funes y á don Manuel Antonio Castro, para tentar un arreglo pacífico. Ofició al Congreso haciéndole sentir los inconvenientes que habrían resultado de órdenes contradictorias emanadas de dos altos poderes, si la persona encargada de ejecutarlas no hubiese sido el prudente general Belgrano y si éste no le hubiera consultado. Contestó por último á Belgrano, autorizándolo á usar de la fuerza en la medida necesaria, en el caso que la comisión de Funes y Castro no produjese efecto.

Belgrano más serenado, y bajo la impresión de la noticia de que el enemigo invadía la provincia de Salta, comprendió que no era conveniente abandonar su puesto sobre la frontera ni debilitar el ejército que apoyaba la decidida actitud de Güemes. En consecuencia dictó sus disposiciones con acierto y prudencia.

Hallábase en marcha de Santiago hacia la ciudad de Córdoba el sargento mayor don Francisco Sayós al frente del plantel de Granaderos de infantería que debía remontarse en aquella ciudad. Una orden de Belgrano le alcanzó en el camino, previniéndole marchase á sofocar la insurrección, y se pusiese de acuerdo con el gobernador Funes, tomando el mando superior de las milicias de la provincia que sostuvieran el orden. Sayós era un oficial de buen juicio, reposado en el mando y fiel observador de la disciplina, así es que, aun cuando apenas contaba con 50 hombres de línea, no vaciló en cumplir la orden, anticipando sus avisos. En su marcha reuniósele en la Villa del Río Seco (á 40 leguas de Córdoba) el comandante militar del punto don Francisco Bedoya, hombre de gran valor y de prestigio entre las masas, trayéndole un contingente de 350 milicianos cordobeses armados con lanzas, sables, trabucos, pistolas, y los que no tenían armas con lazos. Agregó á su piquete de 47 granaderos, 35 milicianos de fusil y carabina, con lo cual formó una compañía de infantería de 80 hombres, dividiendo la

caballería en tres escuadrones. Así organizada su pequeña columna, continuó su marcha, avanzando hasta el Potrero de las Cañas á siete leguas al norte de Córdoba. Allí tuvo aviso de que Bulnes, haciendo un semicírculo por las chacras del nordeste, se proponía sorprenderlo, con una fuerza superior á la suya y además 4 piezas de artillería.

Inmediatamente se puso en movimiento por un camino opuesto, llegando rápidamente á las cercanías de la ciudad, donde acampó á un cuarto de legua al oeste, y se situó en las alturas del pueblito llamado de los Indios. Allí se reunió con el gobernador Funes, que se había mantenido oculto en los suburbios, y permaneció en el campamento sin entrar á la ciudad. En tal situación, despachó el gobernador un emisario al enemigo, proponiendo un arreglo para evitar la efusión de sangre. Bulnes, que retrocedía furioso sobre la ciudad por el camino del Paso Hondo, contestó que «si no se rendía á discreción la división (de Sayós) la iba á pasar á cuchillo.» Poco después ocupó bulliciosamente y sin resistencia la ciudad, formando su ejército en la plaza mayor. A las 3 de la tarde (8 de noviembre) montó á caballo y salió en busca de Sayós, que lo esperaba apercibido al combate.

La posición que ocupaba Sayós era una eminencia, con un declive á su frente, cubierta en parte por arbustos y en parte cortada por profundas acequias laterales. Formó su línea en la altura, colocando al frente su infantería, dos alas de caballería á los flancos y una reserva de la misma arma á retaguardia. En esta disposición esperó el ataque. A las 4 de la tarde empezó Bulnes á hacer jugar su artillería con viveza. Sayós destacó una guerrilla de infantería al mando del teniente Pasos, la que cubierta por los arbustos y protegida de los accidentes del terreno, se lanzó por el declive de la posición apagando los fuegos de un cañón de á 4, que era el que más los incomodaba. Luego que vió que el fuego de la artillería se debilitaba, cargó Sayós con el resto de la infantería, al mismo tiempo que Bedoya y el comandante don Esteban Chaves lo

hacían por ambos flancos. El enemigo se puso en completa fuga, dejando en el campo sus cañones, 17 muertos y 62 prisioneros. Poco despus fué tomado el mismo Bulnes y su segundo, un oficial Quintana, que había militado con los realistas.

La exagerada importancia que se dió á este hecho, pequeño en sí, fué en razón de la grande y justa alarma que la conmoción había producido. En efecto, triunfante la insurrección de Córdoba en este combate, se daba la mano con la del litoral é interceptaba los caminos de Buenos Aires. Las provincias de Santiago del Estero y La Rioja, ya conmovidas en el mismo sentido, se unían á Córdoba; y San Martín y Belgrano quedaban aislados, en circunstancias en que los realistas invadían por Salta y los de Chile se proponían verificarlo en combinación por el oeste. La capital, apenas serenada de sus recientes agitaciones, y con una oposición ardiente—que explotaba contra el gobierno la invasión de la Banda Oriental por los portugueses, atribuyéndoles conexiones con el extranjero para entregar al país á un monarca extraño,—habría quedado cuando menos anulada en su acción. El Congreso, desautorizado y degradado, se habría disuelto, desertando sus puestos los diputados que simpatizaban con el federalismo.

La reorganización nacional apenas iniciada, se malograba, prevaleciendo en todas partes la anarquía. La lucha habría empezado entre los ejércitos y las poblaciones, y los ejércitos, aun venciendo, se habrían gastado en la guerra civil.

La resistencia de Güemes, abandonado en Salta, se habría quebrado. La expedición á Chile realizada tres meses después, habría sido imposible. Los enemigos exteriores habrían aislado la revolución argentina, mientras la anarquía la debilitaba disolviendo la Nación. Estos males fueron prevenidos en gran parte, por los 47 Granaderos de Sayós, por las milicias cordobesas de Bedoya, y por la viril energía de don Ambrosio Funes, que es el más notable carácter que surge en

esta emergencia, representando el espíritu conservador de la provincia de Córdoba.

El gobernador Funes, con el alma dolorida y con la estoica conciencia del deber cumplido, escribía á Belgrano: «Usted ha sido nuestro ángel tutelar: por »tal lo reconoce mi gratitud y la de este pueblo. Las »relaciones al Congreso le habrán impuesto de estas »trágicas y felices aventuras. Aunque celebramos las »postreras, también las lloramos. Rara suerte la mía, »pelear contra un miembro de mi familia, por hacer »triunfar la justicia.» Otras más duras pruebas le esperaban en el austero cumplimiento de su deber.

No bien serenada la tempestad, estalló un nuevo motín encabezado por el mismo Bulnes. Este, sobornando la guardia que lo custodiaba y en connivencia con varios prisioneros españoles que se hallaban confinados en Córdoba, salió en armas de su prisión, depuso al gobernador, prendió á Sayós y se apoderó de nuevo del mando, autorizando varios desórdenes que subievaron al vecindario y mostraron, que si le sobraba audacia, le faltaba cabeza para dirigir un movimiento popular. Desacreditado ante sus propios partidarios, la situación cayó en manos inhábiles, y puestos de acuerdo Funes y Sayós (que se habían substraído de su dominio) se pusieron al frente de la reacción, consiguiendo restablecer el orden con la prisión del cabecilla. Bulnes fué puesto en prisión y sometido á un juicio, que al fin no se terminó; y sus cómplices los prisioneros españoles sublevados, juntamente con Quintana, fueron remitidos á Buenos Aires y ejecutados en 1817, quedando así pacificada Córdoba. Empero esta provincia, quedó desde entonces completamente desorganizada y desmoralizada, gastándose en el áspero roce de los acontecimientos la autoridad moral de don Ambrosio Funes, quien desde entonces quedó inutilizado.

Apenas apaciguados los alborotos de Córdoba, estalló en Santiago del Estero, tenencia de gobierno de Tucumán, otra sublevación (diciembre de 1816) encabezada por el comandante D. Juan Francisco Borges,

oficial valiente y hombre digno, pero contaminado por las ideas en boga del provincialismo y federalismo, que lo lanzaron en esta aventura. De acuerdo con el capitán D. Lorenzo Lugones, oficial enviado en comisión por Belgrano, y con el concurso de D. Lorenzo Gonsebat, alborotaron al pueblo, depusieron al teniente gobernador D. Gavino Ibáñez, proclamando su independencia. Inmediatamente desprendió Belgrano un escuadrón de 100 Húsares al mando de Lamadrid, que fueron inmediatamente seguidos por 200 infantes, 50 Dragones y dos piezas de artillería al mando del coronel D. Juan B. Bustos, con orden de sofocar á todo trance la sublevación. Borges, al anuncio de las fuerzas que marchaban contra él, se retiró á la campaña, donde reunió una columna como de 500 hombres. Lamadrid al frente de una guerrilla siguió activamente en su persecución, lo dispersó completamente (el 27 de diciembre) y lo persiguió desde Saló hasta Sabayanta, cayendo poco después prisionero el mismo Borges, entregado por sus comprovincianos.

Al dar cuenta Belgrano de la sublevación al gobierno, éste le contestó: «Aprehendidas que fueren las »personas de Gonsebat y Borges, serán sumariadas »ejecutivamente y castigados sus crímenes de un modo »ejemplar, como atentatorios del orden público, y cu»ya calidad demanda el rigor inexorable de los magis»trados conforme al decreto del soberano Congreso Na»cional de 1.° de agosto del año último.»

Belgrano cumplió con excesivo rigor la sentencia fulminada de antemano por el gobierno. Persuadido de que el movimiento subversivo de Santiago era en connivencia con el enemigo, que al mismo tiempo amenazaba invadir por la frontera de Salta, ordenó que en el término de dos horas fuese ejecutada. Injusta era esta suposición, pues Borges había probado ser un verdadero patriota: aun después de sublevado había dejado pasar libremente un convoy de armas que iba para el ejército, y otro de caudales para Buenos Aires, sin permitir se tocase un peso ni una arma, á pesar de

que carecía de todo. Pero los tiempos eran duros, y el general Belgrano era inexorable en materia de disciplina, siendo Borges un militar sujeto á su dura ley. El 1.° de enero de 1817, á las 9 de la mañana murió fusilado al pie de un frondoso algarrobo, atado á una silla de vaqueta, protestando contra la injusticia de su sentencia y la inobservancia de las formas. Fué sepultado en la Capilla de los Robles. Lugones y Gonsebat fueron perdonados por intercesión del comandante D. José María Paz, y rescataron este momento de error con distinguidos servicios posteriores.

Así terminó el año de 1816 y comenzó el año de 1817, en medio de estos siniestros relámpagos de guerra civil, que presagiaban la gran tempestad anárquica que más tarde debía desencadenarse con irresistible furia. El Congreso había sentido repercutir en su seno estas dolorosas conmociones, que turbando sus deliberaciones constitucionales, le inoculaban gérmenes de anarquía y descomposición.

La sublevación de Córdoba, en la cual aparecían complicados dos de sus diputados, ahondó la división existente entre su diputación y la mayoría del Congreso, acusada por ella de facciosa. Estas dos fracciones que representaban las tendencias descentralizadoras que habían dado origen al Congreso y las que en presencia de los peligros de la situación habían surgido en sentido opuesto, estaban profundamente divididas por una cuestión que concretaba sus respectivas aspiraciones. Era ésta, la traslación del Congreso á Buenos Aires ó su permanencia en el interior.

El Congreso, lanzado definitivamente en la vía de la centralización del poder, con el propósito de vigorizar por todos los medios y darle por asiento la base sólida de la capital en Buenos Aires, había tocado prácticamente los inconvenientes de la lejanía en que residían los dos altos poderes del Estado, sin poder obrar de concierto. San Martín era de opinión que el Director estableciese su residencia en Córdoba, para dominar aquel foco de reacción del interior, y que el Congreso se trasladara á Buenos Aires. El director

Pueyrredón por el contrario, pensaba que el Congreso debía establecerse en Córdoba, continuando él en la capital. Belgrano creía que el Congreso no debía salir de Tucumán, y Güemes lo apoyaba.

La diputación de Córdoba coincidía en este punto con Belgrano y Güemes, y se había atraído á la diputación de Salta, mal aconsejada por Moldes, que intrigaba para suscitar nuevas dificultades.

Desde el mes de agosto empezó á tratarse en sesiones secretas sobre la conveniencia y necesidad de trasladar el Congreso á Buenos Aires. La actitud de los diputados de Córdoba fué con tal motivo tan agresiva, que se trató seriamente de excluirlos de las sesiones, negándoles por varias veces el derecho de protestar contra las deliberaciones de la mayoría, como pretendían hacerlo. Ultimamente, se resolvió el 1.° de febrero de 1817, por 21 votos contra 15, que el Congreso se trasladara á Buenos Aires, nombrándose en seguida una comisión que residiera cerca del Director para aconsejarle en los graves asuntos internacionales que pendían de su resolución, y de los cuales se hablará después. Las disidencias se acallaron ante la urgente necesidad de esta medida; pero los diputados de Córdoba vencidos por la razón y por el voto, se negaron á acompañar á sus colegas á la capital, con excepción de uno solo, el diputado Salguero.

Los diputados de Salta, incitados por Moldes, fueron los que más prolongaron la tenaz resistencia. Primero amenazaron con retirarse si no se aceptaban los poderes del diputado Moldes, cuya admisión estaba suspensa, á causa de la acusación entablada contra él. En seguida, protestando contra la traslación, presentaron un pliego de la Junta electoral de su provincia en que se prevenía, que si en el término de 30 días el Congreso no se expedía en la Constitución (único punto para que estaba facultado según sus instrucciones), se retirasen. El Congreso les hizo entender, que los Cabildos y Juntas electorales no podían limitar las facultades de los diputados, y sí, sólo ilustrarlos con sus indicaciones, declarando que de todos modos se

llevaría á efecto la traslación sancionada. Al fin, la influencia moral de Belgrano y la ruptura que poco después sobrevino entre Güemes y Moldes, desarmaron la resistencia de los diputados de Salta. El Congreso, más compacto que al tiempo de su instalación un año antes, celebró su última sesión secreta en Tucumán al anuncio de que el ejército español ocupaba á Jujuy, teniendo su última sesión pública el 17 de enero de 1817 en que aprobó el Manifiesto de independencia dirigido á las Provincias Argentinas en presencia del mundo.

Belgrano quedó solo á contener el enemigo exterior, que había traspasado las fronteras del norte, y avanzaba por el frente, teniendo á la vez que contener el desorden interior, que amenazaba por la espalda, mientras que San Martín se preparaba á escalar los Andes, llevando la bandera de la independencia á Chile y el Perú.

La República Argentina, reaccionando contra la derrota y la anarquía, había forjado los rayos revolucionarios de 1816; su diestra armada con ellos los iba á lanzar por toda la América del Sur. La provincia de Salta, levantada en masa con Güemes á la cabeza, salía á rechazar al enemigo en la frontera.

CAPITULO XXXI

Salta y Güemes

1816-1817

El año de 1816 en América.—Situación del ejército auxiliar del Perú.—Relaciones entre Belgrano y Güemes.—Situación del ejército realista del Alto Perú.—La Serna reemplaza á Pezuela. —Opiniones de La Serna y Pezuela sobre invasión al territorio argentino.—El virrey Pezuela ordena la invasión.—Movimiento de La Serna sobre Tarija.—Uriondo en Tarija.—Opinión de La Serna sobre los gauchos.—Descripción de Salta, Jujuy y Orán. —El marqués de Yavi.—Sorpresa de Colpayo.—Falsa retirada de la vanguardia realista.—Derrota de Yavi.—La vanguardia realista invade por Humanuaca.—Pacificación del Alto Perú.— Expedición de Marquiegui á Orán.—Olañeta ocupa á Jujuy.— Levantamiento en masa de Salta.—Fuerzas de los beligerantes. —La línea de insurrección de Salta.—Plan de operaciones de La Serna y su eficacia.

El año de 1816 había sido un año de prueba para las Provincias Unidas del Río de la Plata, como lo fué para toda la América del Sur. Las Provincias Unidas vencidas en Sipe-Sipe y amenazadas de una invasión por el Alto Perú y otra por Chile, y por una expedición de la Península que se preparaba al mando del conde de La Bisbal; en jaque por un ejército portugués, que ocupaba parte de su territorio; devoradas por la anarquía, y divididas por ideas fundamentales que afectaban la forma de gobierno, habían quedado solas en la palestra del continente americano. Desde Méjico hasta el Cabo de Hornos imperaban las armas españolas. Morillo había dominado el virreinato de Santa Fe y la capitanía general de Venezuela desde el Atlántico al Pacífico, y Bolívar se hallaba emigrado en la Jamaica. El virrey Apodaca dominaba á Méjico, recibiendo de manos de su antecesor Calleja, la revolución casi del todo sofocada. Un ejército español más fuerte que el de los Andes, ocupaba á Chile. El Alto

Perú, sojuzgado por los vencedores de Sipe-Sipe, con sus fuerzas populares agotadas, y abandonados por sus aliados impotentes, era la base de operaciones de sus enemigos por el norte. La corte de Portugal establecida en el Brasil, ocupaba la banda oriental y se posesionaba de Montevideo, atraída por la anarquía y obedeciendo á las miras de su política ambiciosa. El viejo virrey Abascal, que había iniciado la reacción realista en 1810, triunfaba de un extremo á otro del continente sudamericano en 1816, y sólo le faltaba para completar su obra, clavar sus banderas victoriosas en las torres de Buenos Aires, ó por lo menos en las hasta entonces inexpugnables fronteras de la revolución argentina. Pezuela, el vencedor de Vilcapugio, de Ayohuma y Sipe-Sipe, se preparaba á dar el golpe final, y las mismas Provincias Unidas cooperaban á sus designios, debilitándose por sus guerras intestinas. Bajo estos tristes auspicios, se había declarado por el Congreso de Tucumán la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata á mediados del año 1816.

Este año de prueba y de congojas, fué para las Provincias Unidas un año de reparación, de descomposición, de recomposición interna y de reacción externa que debía decidir de sus destinos y de los de la América toda. Dominada la anarquía en parte, como se ha visto; neutralizada por otra parte por los mismos peligros de la situación; concentrado el poder constitucionalmente; organizado el ejército de los Andes que debía invadir á Chile y amenazar al Bajo Perú; establecido el ejército auxiliar del Perú en Tucumán á las órdenes de Belgrano, levantábase á su vanguardia la heroica provincia de Salta acaudillada por Güemes, como una antemural de la nacionalidad argentina por el norte.

El ejército auxiliar del Perú, débil en número, quebrantado por una larga serie de derrotas y enervado por las humillaciones que le había infligido Güemes, era impotente para medirse con su enemigo victorioso, y hasta para cubrir la frontera. Casi abandonado por

otra parte por el gobierno, cuya atención se contraía principalmente al ejército de los Andes, ni esperanzas tenía de remontarse. Empero, la presencia de Belgrano á su frente, templando su disciplina, lo reconciliaba con Güemes, á la vez que, imponiendo con su autoridad moral á la anarquía del interior, lo hacía aparecer á los ojos del enemigo más fuerte de lo que realmente era física y moralmente. Por consecuencia, su acción tenía que ser necesariamente pasiva y negativa. Sólo un hombre de la abnegación de Belgrano podía aceptar esta posición, y sólo él podía ocuparla con dignidad y servir de reserva á las guerrillas de Salta, velando por el orden público á su espalda, cuando estaban reservadas para otros las glorias de que él no podía participar.

El ejército de Belgrano al finalizar el año de 1816, apenas pasaba de 2.700 hombres, y lo componían cuatro batallones de infantería (2.000 infantes), dos regimientos de caballería (400 ginetes), y un cuerpo de artillería (170 hombres) con 12 piezas, y las correspondientes planas mayores. La inacción á que fatalmente se veía condenado, la falta de horizontes militares, y la disciplina tirante y monástica á que estaba sometido, obligado á rezar el rosario y dormir encerrado en un campo atrincherado á inmediaciones de una ciudad que lo incitaba con sus halagos, eran otras tantas causas que contribuían á destemplar su nervio y relajar su moral. El mismo general en jefe, hacía de él la más triste pintura en sus órdenes generales. Hablando de los sacerdotes decía: «Los mismos capella»nes, que debían dar el ejemplo acerca del orden y »conducta cristiana del ejército, tienen procedimientos »que llenan de rubor, haciendo algunos de ellos vida »escandalosa con mujeres, juegos y otros vicios.» Hablando de los oficiales decía: «Los oficiales debían lle»narse de vergüenza por quebrantar sus arrestos y fin»girse enfermos para concurrir de noche con descaro »á los bailes, haciendo ostentación de su deshonor, »mientras sus conversaciones se reducen á murmurar »de su general, de sus jefes y compañeros, sembrando

»especies sediciosas y ofendiendo con ellas al sexo sin »respetar casadas ni solteras.» Para reprimir estos abusos, el general exageraba el castigo y quebraba el resorte del honor, publicando por la orden del día: «Todo oficial que cayese en la debilidad de las con»versaciones que he apuntado, incurrirá en la pena de »suspensión de empleo y pasará á la clase de soldado.» Aquí se ve que los principios de descomposición empezaban á trabajar al ejército, y que no teniendo el dominio de las conciencias, la extremada severidad del general debía debía producir un efecto contrario.

Agréguese á todo esto la miseria, que el mismo general pinta con estos tristes colores: «Yo mismo »estoy pidiendo prestado para comer. La tropa que tie»ne el gobernador Güemes está desnuda, hambrienta y »sin paga, como nos hallamos todos, y no es una de »las menores razones que lo inducen á hacer la guerra »de recursos al enemigo. Yo mismo habría hecho otro »tanto; pero estoy muy lejos, y temo se me quedaría »en la marcha la mitad de la fuerza de lo que se llama »ejército.»

Güemes da la última sombra á este melancólico cuadro escribiendo á su general: «Dentro de tres días me »vuelvo para Jujuy, y seguidamente pasaré hasta la »vanguardia con el objeto de visitarla y hablarla, con»solándola en sus necesidades que me representan con »ternura. Yo no tengo un peso que darle ni cómo pro»porcionarlo, porque este pueblo es un esqueleto des»carnado, sin giro ni comercio. Me falta paciencia y á »veces pienso tocar otros medios más violentos.—Al »cabo de dos meses pude socorrer á aquella infeliz tro»pa con cuatrocientos pesos, que no les tocaría ni á dos »reales. En fin, vamos trabajando que quizá mejore »el cielo sus horas.»

El gobierno contestó enviando diez y seis mil pesos á Belgrano, y ordenándole que de ellos auxiliase con tres mil pesos á Güemes, con prevención de pedir á éste un estado prolijo de fuerza, armamento, caballerías, municiones, posición de la masa general, puntos de destacamentos permanentes, líneas de comuni-

caciones desde la primera avanzada, para con este detalle formar un cálculo exacto á fin de proveer las necesidades de sus divisiones. Este conocimiento que Belgrano no había podido obtener, á pesar de haberle sido prometido varias veces, Güemes no lo podía dar: su capital y su cuartel general ambulante, era el lomo de su caballo; su plan, su estado de fuerza y su distribución, que variaba con las exigencias del momento, estaban en su cabeza; todo su archivo cabía en el bolsillo de su secretario el Dr. Toribio Tedín, que redactaba en medio del campo las cartas, que él firmaba con una rúbrica garabateada que llenaba casi la mitad del pliego, sin tomarse el trabajo de leerlas, muchas veces. Creyendo que debía confiarse en él, no quería que sus gauchos recibieran auxilios de otras manos que las suyas, reservándose así este medio de influencia personal. Su contestación á Belgrano sobre este punto es característica: «Inmediatamente que me desprenda de »las complicadas atenciones que me rodean, daré á us»ted un estado exacto de las fuerzas de mi mando: con »este motivo pondremos un tapón á los teclistas de »Buenos Aires, que no tienen más objeto que enredar; »pero ellos caerán algún día del burro, y verán que »sólo trabajamos por el bien general.» Este estado no se formó jamás: el movimiento popular de Salta no cabía en un pliego de papel, ni tenía nada que hacer con la pauta de los estados mayores. A Güemes le estaba encomendada la defensa del territorio nacional, y él sólo tenía que triunfar ó perecer en la demanda, usando de sus medios según su índole, y era forzoso aceptar los inconvenientes que de situación tan anómala nacían.

Dados estos antecedentes, la situación del ejército de Belgrano en Tucumán era la más segura, la más militar y también la única posible. A la vez que cubría por el norte las provincias del interior, mantenialas en orden, y servía de reserva á Salta, imponía moralmente al enemigo. En caso de no poder contener Güemes la invasión, le servía de punto de apoyo, de modo de poder ambas fuerzas reunidas oponer un

ejército de casi igual número al del invasor ya debilitado, y con más probabilidades de disputarle con éxito el terreno. Por otra parte, esta actitud pasiva, era una necesidad impuesta por las circunstancias. Después de las deplorables desavenencias que habían tenido lugar entre el ejército y los salteños, estos dos elementos eran militarmente incompatibles, y los soldados de Güemes orgullosos con su preponderancia local, querían mostrar que ellos solos bastaban para defender su territorio, de manera que hasta el pisar el teatro de la guerra le estaba inhibido de hecho.

En medio de esta separación de fuerzas y de esta incompatibilidad de elementos heterogéneos, Belgrano era el vínculo de unión entre Güemes y Salta para con el gobierno nacional y con el ejército. Su autoridad moral, su carácter conciliador, su abnegación para aceptar tan equívoco mando, le permitían obrar sobre unos y sobre otros, manteniendo cierta cohesión moral, y presentar ante el enemigo un poder militar más compacto de lo que realmente era. Empero su ascendiente sobre Güemes era más aparente que real. El caudillo tenía confianza en él, le profesaba cariño y respeto, lo mismo que al general San Martín, y mantenía relaciones amistosas con Pueyrredón, pero obedecía á condición de no ser mandado. A título de jefe de vanguardia, cuyo ejército era una provincia independiente, insurreccionada contra el enemigo por su influencia personal, se consideraba con razón indispensable y obraba en consecuencia, siguiendo sus propias inspiraciones sin sujetarse á órdenes ni instrucciones, aunque guardaba hacia su jefe una respetuosa y cordial deferencia de forma. Belgrano comprendiéndolo contemporizaba con todo por patriotismo. Así decía Güemes á Belgrano hablando de los que pretendían dividirlos: «Hace usted muy bien de reirse de los doc»tores: sus vocinglerías se las lleva el viento, porque »en todas partes tiene fijado su buen nombre y opinión. »Por lo que respecta á mí, no se me da el menor cuida»do: el tiempo hará conocer á mis conciudadanos que »mis afanes, y desvelos en servicio de la patria, no

»tienen más objeto que el bien general. Créame, mi »buen amigo, que éste es el único principio que me »dirige, y en esta inteligencia no hago caso de todos »esos malvados, que tratan de dividirnos. Güemes es »honrado, se franquea con usted con sinceridad, es su »verdadero amigo y lo será más allá del sepulcro, y se »lisonjea de tener por amigo á un hombre tan virtuo»so como usted. Así, pues, trabajemos con empeño y »tesón, que si las generaciones presentes nos son in»gratas, las futuras venerarán nuestra memoria, que »es la recompensa que deben esperar los patriotas des»interesados.»

Tal era la situación militar de las Provincias Unidas al finalizar el año de 1815, en sus fronteras con el Alto Perú. Volvamos ahora al ejército realista, al que hemos perdido de vista después de su gran triunfo de Sipe-Sipe.

Pezuela, vencedor en el campo de batalla de Vilcapugio, Ayohuma y Sipe-Sipe, pudo considerarse dueño del Alto Perú. Empero, el país vencido, pero no domado, se resistía á prestarle obediencia. En los valles apartados, en lo alto de las montañas y hasta en los caminos públicos, se mantenía viva la insurrección, que había precedido á la revolución argentina, y que no la abandonaba en la hora de la desgracia. Por muy ensoberbecido que estuviera con sus triunfos, Pezuela comprendía, que no era fácil invadir un país, que en peores condiciones había dado cuenta de sus ejércitos en Tucumán y Salta, y sobre todo, antes de pacificar y asegurar su retaguardia. El virrey Abascal era de opinión de avanzar inmediatamente, aprovechando el prestigio de la reciente victoria. Pezuela, más cauto que Goyeneche y Tristán después del Desaguadero, consideraba pocas sus fuerzas y creía prudente esperar las nuevas tropas que de la expedición de Morillo á Costa Firme debían desprenderse para reforzar las del Perú. Esto era á principios (febrero) de 1816.

En medio de estas vacilaciones, fué elevado Pezuela al virreinato del Perú. Más ansioso de gozar de sus triunfos en la corte colonial de Sud América, que de

completarlos fuera de las fronteras del Alto Perú, se apresuró á delegar el mando en su segundo el general Ramírez el cual por experiencia propia conocía ya, que la sola empresa de dominar á la provincia de Salta al frente de un ejército vencedor, no era tan llana. Con esta alteración en el mando, las operaciones del ejército español quedaron paralizadas. Coincidió con esto la sublevación casi general del país á su retaguardia. En San Lucas, en Potosí, en Cinti, en Charcas, en Cochabamba, en Larecaja, la insurrección popular resurgía potente, acaudillada por Lanza, Padilla, Camargo y otros caudillos, mientras Santa Cruz de la Sierra se mantenía en armas al oeste del cordón de la cordillera oriental, con su indomable gobernador Warnes á la cabeza. En tal situación, Ramírez se vió obligado á reconcéntrar todas sus fuerzas á su cuartel general de Santiago de Cotagaita, dejando en el resto del país las guarniciones estrictamente necesarias para mantener el dominio militar y las comunicaciones de las divisiones entre sí, y avanzó su vanguardia hasta Yavi en observación de las fronteras argentinas.

Tal era la situación del ejército realista del Alto Perú, cuando el general La Serna se recibió de su mando en septiembre 19 de 1816, trayendo el refuerzo de las tropas peninsulares que Pezuela esperaba para abrir operaciones decisivas. Con él venían los batallones de Extremadura, de Gerona, y algunos otros cuerpos que unidos á los Húsares de Fernando VII y los Dragones de la Unión, representaban para la España una historia de triunfos inmortales desde la época del Mariscal de Berwich en la guerra de sucesión. Acababan de tomar parte en la famosa guerra de la Península, bajo las órdenes de Castaños, del marqués de la Romana, de Blacke, de Berresford y de Wellington, y figuraban á su frente los nombres conocidos ya, y célebres después, de Jerónimo Valdez, de Espartero, de Carratalá, de Rodil y de otros, que acababan de vencer á los primeros soldados del mundo mandados por el gran Napoleón, en Vitoria, en San Marcial, en el paso de Bidasoa y en Tolosa de Francia. Estas tropas invenci-

bles y estos ilustres veteranos, venían á medirse con unos pobres gauchos rotosos y desarmados, que les iban á enseñar lo que todavía no habían aprendido en medio de tantos triunfos.

El nuevo general español venía precedido de una gran reputación. Había hecho con distinción la guerra en Africa, en el Rosellón y la última de la Península; tenía conocimientos profesionales, y era menos aferrado que Pezuela á la rutina militar. Humano, liberal en sus ideas políticas, con aptitudes administrativas y valor personal, era sin embargo débil en el mando é irresoluto para adoptar un plan y llevarlo á ejecución. Imbuído de principios teóricos, que había visto aplicar en otro teatro, no conocía el país, y á la vez que despreciaba al enemigo que iba á combatir dudaba que los medios de que disponía fueran suficientes para llevar á cabo la empresa. Persuadido de que el nervio del ejército realista, lo constituían los batallones peninsulares, no supo apreciar el temple del arma que tenía en sus manos, desconociendo la importancia de los cuerpos americanos que le obedecían y que hacía más de seis años sostenían la guerra en el propio territorio. Esto le enajenó desde luego la buena voluntad de los naturales, lo cual contribuyó mucho á quitar á la lucha su carácter de guerra civil, dándole el de una guerra nacional contra soldados extranjeros. Contribuía á desautorizar á La Serna ante los soldados americanos que seguían las banderas del rey, el que los jefes que los mandaban eran francamente absolutistas, mientras el general era decididamente liberal. Entre estos jefes figuraba en primera línea el general Pedro Antonio Olañeta, discípulo de la escuela de Goyeneche y Tristán, y por lo tanto rival de la preponderancia de los militares europeos. De traficante se había elevado al rango que ocupaba, acaudillando la reacción contra los patriotas, y como jefe permanente de vanguardia, era respecto de La Serna en el Alto Perú, lo que Güemes respecto de Belgrano en Salta. Tenía por segundo á su cuñado el coronel Guillermo Mar-

quiegui, natural de Salta, y ambos acaudillaban una fracción americano-realista, que constituía una entidad aparte, y que decidida por una invasión inmediata sobre las provincias argentinas, murmuraba de sus vacilaciones, al mismo tiempo que le hacía una oposición sorda que minaba su autoridad moral.

El virey Pezuela, que como general en jefe después de Sipe-Sipe hallaba que era arriesgada la empresa de invadir á las provincias argentinas, instaba desde Lima á La Serna para que la tentase al menos. Obraba en su ánimo para proceder así, la amenaza del ejército de los Andes, que bajo las órdenes de San Martín se disponía á invadir á Chile. Pensaba él (y así lo escribía á La Serna), que era conveniente un movimiento ofensivo, no precisamente con ánimo de conquistar, sino para efectuar una poderosa diversión que retrajese á San Martín de su empresa, avanzando al efecto hasta Tucumán ó Santiago del Estero si fuese posible. La Serna, menos resuelto, pero más juicioso que Pezuela, le objetaba: que para decidir con probabilidad un movimiento tan trascendental, debían tenerse en cuenta los funestos resultados de las invasiones anteriores al país argentino, así como los progresos que éste había hecho en su organización militar y espíritu público; agregando la consideración militar, de que la base de operaciones no estaba bien asegurada, y que la operación proyectada en nada influiría, ó influiría muy tarde, en los planes de San Martín, obrando á tan largas distancias. Vencido al fin por la opinión de una parte de su ejército y por la insistencia del virrey, que le transmitió sobre el particular órdenes terminantes, se decidió por la invasión, no obstante tener casi la tercera parte de su ejército ocupada en pacificar el país insurreccionado á su retaguardia y por su flanco izquierdo, que lo ponía en riesgo de perder sus comunicaciones.

Decidido á la invasión, La Serna se trasladó á la vanguardia (de cuyas operaciones nos ocuparemos después) escoltado por el batallón Gerona, con el objeto de hacerse conocer de sus tropas, conferenciar con Ola-

ñeta y tomar por sí conocimientos prácticos sobre la topografía del país. Desde Yavi, donde revistó la división de Olañeta, se trasladó á Tarija (28 de noviembre de 1816), con el ánimo de sorprender al comandante Francisco Uriondo que la ocupaba por los patriotas. Era Uriondo un pariente del Marqués, activo y bastante inteligente, que había militado en los ejércitos de la revolución, y asistido á la batalla de Sipe-Sipe como ayudante de campo del general Rondeau. Hallábase á la sazón en Tarija al frente de una división de partidarios, que obraba bajo las órdenes de Güemes. Sus correrías y guerillas en este teatro, acompañadas de pomposos partes y proclamas, le había dado algún nombre. Malograda la empresa de sorprenderle, por su rápida retirada, La Serna se dirigió á él y por su intermedio á Güemes escribiéndole una carta en que procuraba seducirlo. La historia no tendría para qué recoger esta pueril tentativa, noblemente rechazada, que en nada podía alterar la decisión patriótica de Güemes ni de Uriondo, si al mismo tiempo el general español no hubiese consignado en su carta al último, el juicio que tenía formado de sus propias tropas y de los enemigos que iba á combatir. En ella decía: «¿Cree »usted por ventura que un puñado de hombres desna»turalizados y mantenidos con el robo, sin más orden, »disciplina ni instrucción que la de unos bandidos, »puede oponerse á unas tropas aguerridas, y acostum»bradas á vencer las primeras de Europa, y á las que »se haría un agravio comparándolas á esos que se »llaman gauchos, incapaces de batirse con triplicada »fuerza, como es la de su enemigo?»

Conocidas las respectivas posiciones de los beligerantes, los planes de sus generales y el espíritu de sus tropas, volvamos á ocuparnos de las operaciones militares de vanguardia que habían tenido lugar en la frontera desde la llegada de La Serna, ligándolas con las más importantes que inmediatamente van a seguirse. Pero para comprender mejor unas y otras, se hace necesario dar á conocer el teatro de la guerra,

complementando las noticias topográficas que sobre Salta y Jujuy dimos anteriormente.

El territorio de las jurisdicciones de Salta, Jujuy y Orán (que entonces formaban la provincia de Salta) es una continuación de la región montañosa del Alto Perú por una parte, y se liga por la otra á las pampas argentinas. A este accidente geográfico debe su fisonomía especial como territorio, y su importancia militar como frontera.

Encerrado el Alto Perú entre las dos cadenas de la cordillera de los Andes, que se bifurcan en el Bajo Perú y corren paralelas hasta que al llegar al país argentino se reunen en un solo cordón paralelo al Pacífico, el sistema orográfico de Salta es el punto de unión de ambas cadenas por el sur. La cadena oriental que corre de norte á sur, forma al llegar á la altura de Potosí el notable nudo de montañas conocido con el nombre de Porco, el cual divide las aguas del Amazonas y del Plata. Los diversos ramales de este nudo, inclinándose desde allí oblicuamente al poniente, al cortar casi perpendicularmente las altiplanicies ó mesetas que se desenvuelven entre las dos cadenas montañosas ya señaladas, y forman estos ramales otros tantos contrafuertes ó estribos de la cadena central que va á terminar en el Cabo de Hornos recorriendo longitudinalmente toda la América del Sur. Dentro de la última de estas ramificaciones se halla enclavado el territorio de Salta, Jujuy y Orán, que linda á la vez con la altiplanicie boliviana y la pampa argentina. La cadena oriental al inclinarse al oeste en el nudo de Porco, y antes de llegar á Salta y Jujuy, orillea las llanuras de la cuenca del Plata, y sus contrafuertes forman los amenos valles que descienden gradualmente al nivel horizontal del Chaco, y derrama sus aguas en el Pilcomayo y el Bermejo cuyos afluentes alimentan y dividen á la vez á la altura de Abra Pampa, Yavi y Tarija, línea divisoria de las dos regiones, como lo era de los ejércitos beligerantes en aquella época.

Dentro de los últimos relieves del terreno y la red

de afluentes del Bermejo, se halla enclavado el territorio de Nueva Orán, tenencia del gobierno de Salta y teatro de las operaciones que se referirán más adelante. La Provincia de Salta (incluyendo el territorio de Jujuy y Orán), era pues, el único punto por donde las Provincias Argentinas, y las del Alto Perú se tocaban, siendo por lo tanto la puerta que había que forzar para penetrar hasta Tucumán bajando de las regiones montañosas. Tal era el punto cuya guarda estaba encomendada al ejército popular de Salta acaudillado por Güemes.

Conocido el relieve general del terreno, se comprenderá mejor su importancia estratégica, desde que se sepa que sólo por tres caminos es accesible la provincia de Salta. Estos tres caminos son: 1.° el de Tarija, al nordeste ó derecha de Salta, áspero, largo, cruzado de ríos y matizado de selvas frondosas, que aunque puede conducir por largos rodeos hasta Jujuy, atravesando oblicuamente el valle del Bermejo, sólo podía tener por objetivo inmediato á Orán; 2.° el del despoblado, ó sea la última altiplanicie del llano central del Alto Perú, situado en la extremidad noroeste á la izquierda de Salta, puna frígida y desolada á 3.500 y 4.000 metros sobre el nivel del mar, que comunica con el valle de Salta por la quebrada del Toro, y es el camino de los comerciantes de mulas; pero que representa grandes dificultades para las operaciones de un ejército; 3.° el central de la Quebrada de Humahuaca, que desde la región montañosa conduce directamente á los valles de Jujuy y Salta. Por consecuencia, Humahuaca es el único camino militar para un ejército invasor del territorio argentino por el norte, y por lo tanto la línea precisa de operaciones de todo movimiento ofensivo y defensivo, como se verá después.

La quebrada de Humahuaca (que llamaremos en adelante la quebrada) es un valle angosto, poblado, bien cultivado de alfalfa, de más suave temperatura que la región montañosa á que se liga, en cuya garganta superior está situado Yavi, y en cuyo plano inferior á la salida del desfiladero, en encuentra la ciu-

dad de Jujuy. Por el centro de esta quebrada corre de norte á sur el río Grande de Jujuy, y al llegar á la altura de la ciudad de este nombre forma un ángulo, se inclina al oriente y va á derramarse en el Bermejo, recibiendo el tributo de las aguas de los ríos Negro, Ledesma, Soria, Piedras, Colorado y Zenta que descienden de la Sierra de Zenta y Santa Victoria corriendo del oeste al este. Forman esta quebrada ó valle prolongado, dos sistemas de serranías paralelas cuya altura varía en las más empinadas cumbres de 3.500 á 4.000 metros sobre el nivel del mar, y se levantan á manera de dos gigantescas murallas que la limitan por el oriente y por el poniente. La serranía del poniente, que como la quebrada lleva el nombre de Humahuaca, la forman las faldas de la altiplanicie de la izquierda ya señalada y son tan escarpadas, que tomando como extremidades del camino central los puntos extremos de Yavi y Jujuy, sólo se comunica con la puna por tres sendas: en la parte superior por Abra Pampa; en su medianía por la quebrada lateral de Pumaraca; y tres leguas antes de llegar á Jujuy por la de Yala. La serranía del oriente, ó sea de la derecha, la forman dos sierras ligadas entre sí, que limitan por esa parte el valle del Bermejo, dentro del cual está enclavado el territorio de Orán como queda explicado. Una de estas dos sierras es la de Santa Victoria que se liga á la de Tarija, la cual corta las aguas del Bermejo y del Pilcomayo, y la otra es la de Zenta en cuya extremidad sur está situado Jujuy. Entre la Sierra de Santa Victoria y de Zenta, se desenvuelve la altiplanicie llamada Abra de Zenta, único punto por donde pueden comunicar fácilmente el valle del Bermejo y la quebrada de Humahuaca, siendo este el camino que conduce á Nueva Orán y Tarija, y viceversa. En la prolongación de este camino, marchando hacia la población de Nueva Orán, situada sobre la margen derecha del Bermejo, se encuentra el valle San Andrés, y hacia el norte en rumbo á Tarija, el de Santa Victoria al oriente de la sierra de este nombre.

Ahora se comprenderá cómo, situada la vanguardia realista en Yavi, con sus reservas en Tupiza y Suipacha, dominaba por la parte superior la boca de la quebrada, á la vez que la entrada del camino del despoblado, pudiendo mantener francas por su izquierda las comunicaciones con Tarija. Se comprenderá igualmente, que los patriotas dueños de la quebrada, podían avanzar y retroceder con seguridad, y obrar á la vez por ambos flancos, ya tomando el camino del despoblado, ya internándose á Tarija por el valle del Bermejo. Tal era el plan defensivo-ofensivo aconsejado por la topografía y tal fué el que Güemes adoptó, limitándose á la guerra de sorpresas y expediciones ligeras, como único medio de estar en actitud de esperar la invasión anunciada.

Desde el mes de agosto de 1816 en que Belgrano se recibió del mando del ejército, empezaron las alarmas de invasión á Salta. Daban origen á estas alarmas los movimientos ya directos ya laterales de la vanguardia realista al mando de Olañeta situada en Yavi, que unas veces avanzaba hasta el pueblo de Humahuaca á la entrada de la quebrada, otras se corría hasta Casabindo por el despoblado, ó introducía sus partidas al valle del Bermejo atravesando por los boquetes de Santa Victoria. Para neutralizar estos movimientos, Güemes dispuso que Uriondo avanzase por su derecha hasta Tarija con un destacamento de partidarios, tomase posesión del punto y se mantuviese en él apoyando la insurrección de los naturales, que se mostraban decididos por la revolución. Ya hemos visto cómo había llenado su comisión, hasta que el mismo La Serna le obligó á retirarse á las Salinas. Servía de punto de apoyo á esta fuerza destacada, el comandante don Manuel Eduardo Arias, caudillo local del valle del Zenta, que tenía su cuartel general en San Andrés, quien vigilaba al mismo tiempo la serranía de Santa Victoria ó Yavi. Por su izquierda reforzó al Marqués de Yavi, situado en la altiplanicie del despoblado, con algunas partidas de Dragones Infernales y Gauchos á cargo del capitán don Juan Antonio

Rojas, nombrando segundo jefe de la división volante del Marqués al comandante Quesada, desertor del ejército de Rondeau, que tenía reputación de buen oficial de línea. Al centro y á lo largo de la quebrada situó la vanguardia escalonada, confiando su mando general y el de todos los puestos avanzados al comandante don José María Pérez de Urdinarrea, natural del Alto Perú y jefe valiente y entendido en la guerra. En esta disposición, el honor del primer choque parcial cupo á la división del Marqués de Yavi.

Don Juan José Fernández Campero Muturana del Barranco, Pérez de Uriondo, Hernández de la Lanza marqués del Valle del Tojo, vizconde de San Mateo (que estos eran los títulos que él mismo se daba en sus bandos y proclamas), más conocido por Marqués de Yavi, era español por su noble estirpe, americano por su nacimiento y patriota por elección, aunque sus inclinaciones fuesen más bien aristocráticas que republicanas y sus tendencias más peruanas que argentinas.

Hemos dicho ya, que este opulento señor feudal se había decidido por la revolución desde un principio. Hombre de hábitos sedentarios, de cortos alcances, de poca energía y sin disposiciones militares, era sin embargo por los recursos de que disponía y por la popularidad de su nombre en el Alto Perú, un valioso contingente, que cooperaba de una manera eficaz precisamente allí donde era más necesario, es decir, sobre la frontera donde el Marqués tenía sus vastos estados. Estos se extendían desde el despoblado hasta Yavi y Tarija, donde pacían sus innumerables ganados, cuidados por numerosos feudatarios. Hemos visto también que después de Sipe-Sipe, había levantado á su costa un crecido número de tropas, que denominó Regimiento Peruano, con el que evolucionaba fantásticamente, y efectuaba marchas y contramarchas sin objeto, dándose á sí mismo el título de coronel mayor, con despachos por el rey de coronel de milicias reconocidos por las Provincias Unidas. Con esta división cubrió la frontera mientras el ejército de Rondeau

permaneció en Jujuy y á su retirada no vaciló en ponerse á órdenes de Güemes, obrando en todo de perfecto acuerdo con él. A los primeros anuncios de invasión, estableció su cuartel general en Casabindo (centro de la altiplanicie del despoblado), pero desalojado de allí por un movimiento ofensivo de Olañeta, tuvo que ponerse con el resto de sus fuerzas bajo la protección de la vanguardia al mando de Urdininea, avanzando hasta Abra Pampa sus partidas interpoladas con los gauchos y los Infernales de Güemes.

Los realistas, confiados en su superioridad y en la impunidad de sus anteriores movimientos ofensivos, avanzaban en sus excursiones hasta la línea de Abra Pampa cerca de la boca superior de la quebrada. Hasta allí se adelantó desde Talina, el 14 de septiembre, un destacamento de infantería montado como de 80 á 100 chicheños, desprendidos de la vanguardia de Olañeta, y acamparon en el punto llamado Colpayó. Señalada su presencia por los espías del Marqués, salieron en su busca los capitanes Rivera y Cala, cada uno con 30 hombres de fusil de la división peruana, y el teniente Falagiani con 10 Infernales. A las 12 de la noche se pusieron á retaguardia del enemigo, y esperaron que saliese la luna para dar el golpe. Antes del amanecer del 15 entraron al ataque los patriotas con 20 hombres pie á tierra conducidos por el capitán Rivera, mientras el capitán González con el resto á caballo atacaba las cabalgaduras. Los chicheños aunque sorprendidos se defendieron valientemente, y posesionados de una pequeña altura rompieron el fuego sobre los agresores. Vigorosamente atacados, fueron todos hechos pedazos, muriendo á manos de Rivera por no querer rendirse, el comandante don Pedro Zavala que mandaba el destacamento, y á su lado un oficial con 15 soldados más. Fueron los trofeos de este encuentro dos tambores, un pífano, el armamento y fornitura de los vencidos, y 13 prisioneros, entre ellos un oficial, salvándose el resto por la obscuridad de la noche. La noticia de este contraste de vanguardia llegó al cuartel general de Cotagaita en momentos

en que La Serna se recibía del mando del ejército español. El enseñó á las partidas realistas á ser más cautas; pero no obró en el ánimo del nuevo general, como se ha visto en su carta á Uriondo, ni curó la petulancia de los recién llegados, que sólo aprenderían á respetar á sus enemigos á costa de lecciones más dolorosas aún.

Pocos días después las partidas patriotas obtenían algunas ventajas parciales al norte de la Sierra de Santa Victoria, entre ellas la destrucción de un cuerpo de partidarios acaudillados por un cura de Yavi que se titulaba teniente coronel, quien había levantado allí el pendón realista dando á sus soldados la denominación de «Angélicos», en contraposición á los «Infernales» de Güemes. Este hecho tuvo lugar el 24 de septiembre, aniversario de la batalla de Tucumán. Así se inició esta nueva y famosa guerra.

Estos pequeños triunfos infatuaron por demás á los patriotas de Salta. El Marqués se creyó un verdadero general vencedor, y avanzó su campo hasta Miraflores, á inmediaciones de la vanguardia enemiga; y Güemes, que dirigía las operaciones á setenta leguas á retaguardia, se persuadió que los españoles estaban alebronados. Coincidió con esta creencia un movimiento precipitado de la vanguardia realista, la que, desde el punto de Yavi en que se encontraba, abandonó repentinamente su posición y sus equipos, retirándose casi en fuga á Moraya por la quebrada de Sococha. A la primera noticia de esta retirada, Güemes ordenó que se reconcentrasen todas las partidas de vanguardia sobre el grupo de la división del marqués, y persiguiesen al enemigo por su retaguardia «tomase el camino que tomase.» Escribiendo con este motivo á Belgrano le decía: «Por la cobardía del enemigo no hemos podido »poner en ejecución en el todo los planes que en copia »le dirigí en mi anterior. La retirada la han hecho sin »más motivo que el haber sabido que se movían las di»visiones de mi mando. Hemos desconcertado sus pla»nes.» Esta retirada misteriosa fué celebrada como un gran triunfo y pagada con una triste derrota.

A la cabeza de una división de 600 hombres, el marqués de Yavi, reforzado por los Infernales y gauchos de Güemes, movió su campo de Miraflores (1816) y el 14 de noviembre entró triunfante al pueblo de Yavi con 500 fusileros. Había sido precedido por su segundo Quesada, al frente de 100 hombres de caballería armados de chuzas, quien avanzó sus partidas exploradoras hasta la Quiaca, estando ya el capitán Rojas á la entrada de la quebrada de Sococha para vigilar el camino de Tupiza, único que podía traer al enemigo (según instrucciones de Güemes). Entregadas las fuerzas patriotas á una ciega confianza y halagadas por el saqueo de los equipajes, abandonaron todos los puestos de observación y se reconcentraron en Yavi no obstante que Rojas avisó que el enemigo hacía correrías por la altura del Tojo.

He aquí lo que había sucedido y explica el misterio de la retirada de la vanguardia, que por algunos se consideró como un ardid de guerra.

El general Olañeta al frente de un batallón y un escuadrón se había trasladado á Tarija con el objeto de recoger algunos ganados, dejando el mando de la vanguardia á su segundo. Poco después de su salida, empezaron á correr voces de que Belgrano con el ejército de Tucumán fuerte de 6.000 hombres avanzaba sobre el Alto Perú, corroborando estos rumores la reconcentración y avance de la división del marqués y de las partidas de Güemes. La Serna alarmado, se preparó á salir á su encuentro con las fuerzas disponibles, ordenando que la vanguardia fuese reforzada inmediatamente con dos batallones; pero antes que éstos llegaran, la vanguardia se había puesto en precipitado retroceso hacia Moraya. Allí la encontró Olañeta, quien al primer aviso había acudido con su columna expedicionaria, y desandando el camino de Sococha, marchó decididamente sobre Yavi.

El 15 por la mañana, salieron algunos soldados de Yavi á recoger leña, y seis de ellos cayeron prisioneros del enemigo. Uno de estos prisioneros logró fugarse y trajo la alarma al campamento del marqués, en

circunstancias que éste se hallaba oyendo misa. Inmediatamente, el enemigo apareció haciendo fuego. Desde este momento todo fué confusión. Una parte de los soldados del campamento que estaba á la orilla del pueblo, se hizo fuerte en un cerro, donde se resistió, causando algunas pérdidas al enemigo; pero vigorosamente atacados fueron pasados á cuchillo. Otra parte se reconcentró á la plaza, donde nada pudo organizarse, á pesar de hallarse allí Quesada. Al tumulto salió el Marqués á la plaza, en momentos que pasaba por ella el oficial D. Bonifacio Ruiz de los Llanos, comandante de las avanzadas de Güemes, montando en pelo un caballo flaco enfrenado. El Marqués atribulado le gritó: «Ruíz ¿qué haré? ¡favoréceme!»—Ruíz de los Llanos le cedió generosamente su caballo, costando trabajo hacerle montar por su mucha corpulencia. Una vez á caballo, le recomendó tratase de reunir la tropa, y se puso en salvo; pero en aquel momento, á la voz de «¡nos cortan por la zanja!» (que era la izquierda por el lado del río, por donde en efecto aparecía una columna) todos huyeron. Ruíz á pie, pudo alcanzar al Marqués que huía y montar de un salto en ancas; pero viendo que su compañero no podía sostenerse, se bajó, y consiguió tomar una mula ensillada, que dió á su jefe, cambiando con él la cabalgadura. Cuatro hombres se habían reunido con el Marqués, los que eran perseguidos por siete jinetes. Al llegar á una zanja (después de haber caído el Marqués más de una vez de su montura) todos la salvaron menos él, que á instancias de sus compañeros sólo se decidió á hacerlo cuando los perseguidores estaban á media cuadra, y cayó de espaldas al intentarlo. Inmediatamente cargaron los enemigos y le intimaron rendición, y él poniéndose de pie declaró que estaba rendido. A excepción de los muertos en el acto de la pelea, el enemigo no abusó de su victoria tomando como 300 prisioneros, entre ellos el comandante Quesada, de los cuales sólo uno fué ejecutado, por ser un caudillo indio, á quienes los españoles no daban cuartel.

El comandante José Miguel Lanza, que á la cabe-

za de un escuadrón y algunas cargas de armas se había adelantado hsta Tojo, con el intento de promover la insurrección, fué también batido por una columna que desprendió Olañeta en su alcance. Los restos de las fuerzas derrotadas se replegaron por diferentes caminos á la quebrada, volviendo á ocupar sus antiguas posiciones. El desgraciado Marqués, prisionero, fué sometido á un consejo de guerra como coronel del rey, tratándosele empero, con benevolencia. Remitido á España por la vía Panamá, murió en el camino, mártir grotesco de una gran causa, á la que sin embargo sirvió de todo corazón y por la cual se sacrificó.

Estos contrastes, haciendo más cauto á Güemes, no quebraban su soberbia. Al anuncio que le transmitía Urdininea de que el enemigo avanzaba resueltamente, y que lo suponía en el pueblo de Humahuaca, ó en Guacalera, escribía á Belgrano: «Ya están dadas las »órdenes relativas á la defensa que se ha de hacer; »están cubiertos los principales puntos y en movi»miento todas las divisiones de mi mando. Descanse »V. S.ª en mis cuidados; ellos vienen engañados ó se»ducidos, y su ruina será el escarmiento. Nuestra si»tuación es hoy más ventajosa y la estación la más »favorable con respecto á caballadas y demás artícu»los, así es que me felicito y lo felicito, porque creo »que la patria será en breve libre.» Por esta vez Güemes tenía razón en confiar, y el éxito justificó este noble y arrogante lenguaje.

Desde el 24 de diciembre estaba la vanguardia enemiga en posesión del pueblo de Humahuaca. Su movimiento fué tan rápido y bien combinado, que consiguió sorprender la partida quo se hallaba allí, escapando tan sólo uno de los diez gauchos que la componían, el cual llevó la alarma á las avanzadas patriotas que se replegaban, recibiendo Güemes el aviso á los siete días del suceso (el 3 de enero de 1817). Persuadido por los anteriores movimientos falsos de Olañeta, que éste era un simple simulacro de invasión, escribía el mismo día á Belgrano: «Seguramente in»tentan incomodarnos con falsos amagos, creyendo que

»de este modo nos distraerán y obligarán á abandonar »nuestras atenciones; pero se engañan. Tiempo ha que »todo está dispuesto de un modo que á mi primera voz »se presenten los bravos que les han de hacer sentir »todo el peso del rigor y de la justicia, sin que en el »entretanto llegue este dichoso día, se separen de sus »labores, de sus talleres, ni del lado de sus familias.» Como se ve, era un duelo entre un pueblo decidido á defender sus hogares y un ejército invasor que todo lo esperaba de la superioridad de sus armas.

En previsión de una invasión, el comandante general de vanguardia Urdininea tomó sin embargo sus disposiciones. Cedió al enemigo en la quebrada el terreno que no podía disputarle, se replegó con su reserva de Infernales á Gualcalera, y tendió su línea de avanzadas en Uquia sobre el pueblo de Humahuaca á cargo del jefe de ellas D. José Gavino de la Quinta. En el alto del despoblado, estableció su vigilancia, aclarando el campo hasta Abra Pampa, y cubrió el camino de Pumamarca para prevenir una sorpresa por la izquierda. Ordenó al comandante Manuel Eduardo Arias que con las fuerzas á su cargo se pusiera en campaña y amagase el flanco izquierdo del enemigo por la Abra de Zenta.

A la vez, acudían á sus puestos de combate los gauchos de la Quebrada, y coronaban las fragosidades de la sierra de la Zenta al poniente, desde Guacalera hasta Tumbaya, asegurando la retirada, y daban tiempo á Güemes para que á su vez se levantase el país en masa, en la oportunidad que indicaba. Al mismo tiempo que este puñado de gauchos acaudillados por jefes obscuros ejecutaban estos movimientos defensivos, el general San Martín iniciaba su gran campaña continental, escalaba los Andes y marchaba en busca del ejército español en Chile. Así, pues, el objeto de la invasión del ejército realista estaba frustrado casi simultáneamente con su primer movimiento.

Una vez decidido á la invasión, el general La Serna tomó sus medidas con rapidez, previsión y energía. Considerando peligrosa la permanencia sobre su flanco de

las fuerzas de Uriondo en Tarija, y la de los partidarios que de acuerdo con él mantenían la insurrección en los valles inmediatos, organizó una expedición, que consiguió dominar todo el país por esta parte hasta las desiertas fronteras del Chaco. Simultáneamente, Warnes era batido en Santa Cruz de la Sierra, y casi todas las insurrecciones que agitaban el interior del Alto Perú, eran sofocadas ú obligadas á refugiarse en las montañas. Urgido La Serna por órdenes apremiantes del virrey Pezuela, no tuvo tiempo de reunir sus divisiones destacadas, y ordenando que oportunamente se le incorporasen las que debían concurrir á la invasión, dispuso todo para penetrar por la quebrada. Al efecto ordenó á Olañeta, que con la vanguardia reforzada iniciase el movimiento al frente de cuatro batallones, dos escuadrones y cuatro piezas de artillería, aproximadamente dos mil hombres. Posesionado Olañeta del pueblo de Humahuaca, según queda dicho, avanzó hasta Hornillos, y desde allí desprendió por su izquierda á Marquiegui con un batallón y un escuadrón, con instrucciones de penetrar por la Abra de Zenta, dominar el inmediato valle de San Andrés, dar la vuelta por Nueva Orán, batir el valle del Bermejo y pasar en seguida á incorporársele en Jujuy, hacia donde se puso en marcha el 4 de enero (1817), arrollando á su paso las partidas que le disputaban el terreno. El 6 entró triunfante á Jujuy, con pérdida de algunos hombres, y enarboló allí el estandarte del rey de España. La ciudad estaba casi desierta; sólo habían quedado las mujeres, destinadas á servir de espías, los ancianos que no podían moverse, un párroco, un ciego y un lego á quien fué preciso prohibir tocar las campanas, porque se descubrió que sus repiques servían de señal á los patriotas que sitiaban la plaza.

El país en masa se había levantado como un solo hombre á la voz de Güemes. Todos los hombres aptos para llevar armas, montaron á caballo y acudieron á ocupar sus puestos en la campaña. Las subsistencias y los elementos de movilidad fueron retirados á largas

distancias. Los habitantes todos de la provincia de Salta, formaban un ejército múltiple y compacto en toda la extensión de su territorio.

El día que el enemigo ocupaba á Tumbaya, Güemes escribía á Belgrano: «El enemigo sigue con paso firme »su marcha: hoy estará en Jujuy. La Divina Provi»dencia me hace concebir fundadas esperanzas de que »la patria se cubrirá de glorias.» Al enarbolar Olañeta el estandarte real en Jujuy, volvía á escribir: «El »enemigo ocupó Jujuy y se me avisa marche á ocupar »esta plaza (Salta). Tengo por esta vereda puestas las »fuerzas convenientes que lo hostilicen, y luego que »lleguen á este punto, dentro de corto tiempo, tendré »la satisfacción de avisar que queda escarmentada la »ambición de ese bárbaro: ellas me aseguran el éxito.» A medida que la situación se hacía más solemne, el lenguaje del caudillo se hacía más profético, y para honor de la heroica provincia de Salta y en premio de su confianza, el resultado debía justificar la profecía.

Para apreciar mejor este glorioso resultado; para dar unidad á este movimiento múltiple, complicado y confuso de ejércitos, guerrillas volantes, columnas destacadas, plazas sitiadas y hostilidades individuales, que convergían empero hacia un objetivo, se hace necesario dar una idea de la fuerza y de los elementos materiales de los beligerantes, así como de los medios puestos en acción por una y otra parte en tan extraordinaria guerra.

El ejército con que La Serna inició y terminó su invasión por la quebrada, ascendía á 2.800 infantes, 700 jinetes y 12 piezas de artillería, á los que se agregaron después como 1.000 hombres de ambas armas; en todo cerca de 4.500 hombres de las mejores tropas del mundo, incluso los aguerridos soldados americanos de Olañeta que militaban bajo su bandera. El ejército de Belgrano en Tucumán, aunque inferior en número y calidad, se había retemplado algún tanto en su disciplina; y alcanzando á más de 3.000 hombres al tiempo de la invasión, podía disputar el terreno á un

enemigo que no llegaría hasta él sino sumamente debilitado por las hostilidades de su vanguardia popular. Entre estas dos masas organizadas se desenvolvía, desordenadamente al parecer, la insurrección de Salta, con su espalda apoyada en Tucumán y haciendo frente al invasor.

El frente de la línea de insurrección se extendía diagonalmente, desde los valles del Noroeste de Salta en Chicoana hasta Nueva Oran sobre el Bermejo, cubierta por el Río Grande de Jujuy, manteniendo libres sus comunicaciones de un extremo al otro. A su izquierda, estaban los depósitos de ganados y caballadas ocultos en lugares escabrosos; á su centro á retaguardia, estaba el cuartel general de Güemes con las milicias circunvecinas; á la retaguardia de su derecha, estaba el desierto del Chaco, inaccesible á los invasores.

Al frente de esta extensa línea, y en contacto inmediato con su centro, apoyándose en la reserva de Salta, estaban todas las partidas que componían antes la vanguardia del despoblado y de la quebrada, reforzada por los Dragones Infernales y algunas partidas de Orán que se habían condensado alrededor de Jujuy y la sitiaban bajo la dirección de Urdininea. Al oriente de la sierra de Zenta y á vanguardia de la misma línea, estaban destacadas las fuerzas volantes del comandante D. Manuel Eduardo Arias, con su cuartel general en el valle de San Andrés, amagando el flanco de Humahuaca por el Abra de Zenta, y dándose la mano con Uriondo situado sobre la frontera de Tarija que linda con el Chaco.

Ahora se comprenderá la importancia del movimiento de la columna de Marquiegui. Su objeto era garantir el flanco izquierdo de la línea de comunicaciones del invasor, desalojar á Arias de los valles laterales hasta Orán, cortar las comunicaciones entre Arias y Uriondo, dominar el valle del Bermejo, envolver la línea de insurrección de Salta por su derecha (que era el punto más débil), y darse la mano en Jujuy con la invasión iniciada por Humahuaca, asegurándose así dos

líneas de comunicación, y franquear la vía por donde debían llegar nuevos refuerzos al ejército español. Este plan, teóricamente bien concebido, habría podido producir sus resultados maniobrando contra un ejército regular ó teniendo al frente un pueblo menos decidido que el de Salta. En el capítulo siguiente se verá cómo fué desenvuelto por la estrategia española y contrarrestado por la táctica gaucha.

CAPITULO XXXII

La guerra de los gauchos

1817

Carácter de la guerra de Salta.—Los gauchos de Salta pintados por los españoles.—Combate de la columna de Marquiegui con los gauchos en Orán.—Olañeta marcha en auxilio de Marquiegui comprometido.—Reunión de Olañeta y Marquiegui.—La Serna con el resto del ejército entra á Humahuaca.—Humahuaca fortificado.—Reconcentración del ejército realista en Jujuy.—Sitio de Jujuy por los gauchos.—Combate de San Pedrito.—Auxilios á Güemes y planes de Belgrano.—Expedición de La Madrid al Alto Perú.—Toma de Humahuaca por Arias.—Nuevas columnas expedicionarias de realistas sobre Orán.—Hostilidades de los gauchos sobre Jujuy.—Pachi Gorriti.—Nuevos combates en Jujuy.—Correspondencia diplomática entre Güemes y La Serna.—Los españoles confiesan un derecho de gentes en la guerra americana.—Operaciones en Orán.—Regreso de las columnas expedicionarias.—El ejército español es reforzado y avanza sobre Salta.—Heroica defensa del camino de Salta.—La Serna sitiado en Salta.—Nuevas columnas expedicionarias de los españoles.—Combates de los Cerrillos, de Gauna, del Bañado, de Pulares y del Rosario.—Muerte de Sardina.—Nuevas hostilidades de los gauchos.—Retroceso del ejército español á Jujuy.—Su desastrosa retirada al Alto Perú.—Honores á Güemes.—Gloria de Salta.

La guerra de Salta en 1817 es la lucha de un pueblo levantado en masa, que defiende sus hogares y su independencia, contra un ejército regular que invade su territorio. Bajo este aspecto general, ella tiene su analogía con otras guerras del mismo género, de que la historia presenta muchos ejemplos; pero no es esto lo que la caracteriza. Lo que le imprime su carácter moral, es que fué un desenvolvimiento armonioso de fuerzas populares, nacido de un movimiento de opinión espontánea, en que obraba la acción individual y colectiva simultáneamente, alimentada por una pasión política á la vez que por una idolatría personal. Lo que bajo otra faz la caracteriza es, la elemental organización militar, en que el ejército es el

pueblo todo capaz de cargar armas, y en que cada soldado está sujeto á una disciplina local, sin abandonar sus tareas ni sus hogares, prevaleciendo el individualismo bajo un nivel común de inteligencia. Lo que le da su originalidad, es la especialidad de su táctica, que se identifica con el modo de ser de cada combatiente, sin trabar su espontánea iniciativa individual, no obstante subordinarse á una voluntad superior. Lo que la distingue principalmente de las guerras de este género, es ser un movimiento sistemado en medio de su aparente desorden, que se desenvuelve táctica y estratégicamente en una vasta extensión de territorio, según un plan que está en la cabeza de todos. Lo que la clasifica militarmente, es que sus guerrillas, sus marchas, sus sorpresas, sus combates obedecen á una idea militar, ya condensándose en puntos determinados, ya dispersándose, sin perder nunca su cohesión ni sus posiciones, sin ceder más terreno que el ocupado por los pies del enemigo, concibiendo y ejecutando operaciones decisivas y bien calculadas con su propia inteligencia y con arreglo á sus medios, triunfando al fin contra un ejército más poderoso y una táctica más adelantada, mejor que ganando una gran batalla.

Los ejércitos de línea se habían mostrado impotentes para extender la revolución más allá de las fronteras argentinas, y por causas que hemos dado ya á conocer, no podían defender militarmente las propias. En tal situación, la provincia de Salta militarmente organizada según su índole, bajo la dirección de un caudillo idolatrado por las masas, y dotado de bastante inteligencia para dominarlas y dirigirlas, se había levantado para reemplazar al ejército ausente en la frontera, no sólo defendiendo, sino conservando el territorio en que peleaban; no sólo peleando valientemente, sino aspirando á expusarlo con sus propios medios y por sus propias combinaciones. La República tenía fijos sus ojos en Salta: era su baluarte, y Güemes y sus gauchos su esperanza. Desde esta guerra, el dictado de «Gauchos», que ya se había hecho glorioso

en el curso de la revolución, empezó á ser pronunciado con respeto, aun por sus mismos enemigos, como va á verse, y aunque tardíamente, al fin ha sido consignado en las páginas de la historia.

En esta guerra singular, todas las ventajas estaban aparentemente de parte del enemigo. Sus tropas eran las primeras del mundo, puesto que habían vencido á las mejores de Europa; formaban parte de ellas batallones y escuadrones americanos, probados en seis años de guerra, que habían vencido á las mejores tropas argentinas, y que conocían el país tan bien como los naturales. Su número, su armamento, su táctica y la inteligencia militar que las dirigía, eran superiores á los de sus contrarios. Nadie podía disputarles el terreno, ni presentarles batalla. En cambio, todas las ventajas topográficas y morales estaban de parte del país que se defendía contra la invasión. Lo accidentado del terreno, lo compacto de su opinión, lo indisoluble de su organización militar, lo inatacable de esta masa, que se disipaba como una nube impalpable y se condensaba repentinamente, midiéndose cuerpo á cuerpo con los ejércitos en masa, volviéndose á dispersar siempre adherida al suelo, para volver de nuevo al ataque con más ímpetu, todo esto hacía invencible la insurrección. Empero, esto sólo no habría bastado para sostener la guerra defensivo-ofensiva, sin las disposiciones naturales y el coraje de los gauchos de Salta para la pelea, y sin la influencia y la dirección de Güemes, que condensaba todas estas fuerzas populares.

Para dar una idea de la organización, de la táctica especial y del coraje de esta tropa popular, preferimos valernos de las palabras textuales de un historiador enemigo, que como militar tuvo ocasión de apreciar sus notables calidades en aquella campaña. Habla el general español García Camba:

«Los gauchos eran hombres del campo, bien montados y armados todos de machete ó sable, fusil ó rifle »(carabina de caballería), de los que se servían alter»nativamente sobre sus caballos con sorprendente ha-

»bilidad, acercándose á las tropas con tal confianza, »soltura y sangre fría que admiraban á los militares »europeos, que por primera vez observaban aquellos »hombres extraordinarios á caballo y cuyas excelen»tes disposiciones para la guerra de guerrillas y sor»presas tuvieron repetidas ocasiones de comprobar. »Eran individualmente valientes, tan diestros á caba»llo que igualan si no exceden, á cuanto se dice de »los célebres «mamelucos» y de los famosos «cosakos», »porque una de las armas de estos enemigos consistía »en su facilidad para dispersarse y volver de nuevo »al ataque, manteniendo á veces desde sus caballos y »otras veces echando pie á tierra y cubriéndose con »ellos, un fuego semejante al de una buena infantería.» Este pueblo así militarizado por el entusiasmo, era dirigido por un caudillo que no había dado pruebas de su valor personal, que huía del peligro, que nunca conducía sus soldados al fuego y se mantenía constantemente lejos de los combates, lo que nada disminuía su prestigio. Sin negar á Güemes su coraje cívico y la parte de gloria que le toca por la resistencia de Salta y muy principalmente la que le cabe como general en jefe de este heroico movimiento que preparó y dirigió, sea dicho esto en honor del indomable coraje de la provincia de Salta.

Los españoles que no conocían más guerra de partidarios que la que habían practicado en la Península, Mina y el Empecinado, ó la resistencia popular de las inconsistentes multitudes indígenas del Alto Perú, debieron encontrarse sorprendidos en presencia de aquellos «hombres extraordinarios» como ellos los llaman. cuya fuerza consistía en la iniciativa individual, en quienes el coraje, la inteligencia, la voluntad y la pasión de cada unidad penetraba toda la masa, la cual se dilataba ó se condensaba como por inspiración. Cada uno obraba como todos y todos como cada uno, y hasta la pobre campesina sentada á la puerta de su cabaña y el niño que descansaba en sus faldas, desempeñaban una función militar. Esta observación la hizo el general Valdez al llegar con su tropa á la inmediación de

un pobre rancho, y ver á un muchacho de cuatro años que montaba á caballo á la voz de su madre y partía á todo escape para llevar á su padre la voz de alarma contra el invasor. El general en presencia de aquella acción exclamó: «¡A este pueblo no lo conquistaremos jamás!» Así es que dueños los españoles de Jujuy á la entrada de los valles abiertos que conducen al Tucumán, no fueron dueños sino del terreno que pisaban, teniendo que sostener combates diarios en que agotaban sus fuerzas.

Mientras tanto, la columna de Marquiegui, que había penetrado al territorio de Orán por el Abra de Zenta, se encontraba con las fuerzas de Arias en el valle de San Andrés. Por tres días consiguió Arias detener su avance (del 7 al 10 de enero) causándole algunas pérdidas y sufriéndolas también. Al fin tuvo que ceder el paso y se replegó hasta la ciudad de Nueva Orán hostilizando constantemente á los expedicionarios, que después de algunos encuentros parciales le obligaron á evacuar la población. En tal situación llamó á sí á todas las partidas de su jurisdicción, que habían acudido sobre Jujuy al mando del capitán don Mariano Benavides; se puso de acuerdo con Uriondo en la frontera de Tarija, y pidió refuerzos á Güemes, quien le envió una división de gauchos al mando del capitán don Juan Antonio Rojas, que ya empezaba á distinguirse. Estas fuerzas se interpusieron entre la columna de Marquiegui posesionado de Orán, y la columna de Olañeta que ocupaba á Jujuy. Tomadas estas disposiciones, Güemes escribía á Belgrano: «Si el enemigo se desprende de Jujuy en dirección á esta ciudad (Salta), encontrará en su marcha una resistencia vigorosa, no sólo por su vanguardia sino también por su retaguardia, á cuyo fin están dadas las respectivas órdenes, y de su cumplimiento no me queda duda.»

Para reincorporarse Marquiegui con Olañeta, tenía que recorrer un trayecto de sesenta leguas, al través de un país cruzado de ríos caudalosos que desembocan en el Bermejo y en el río Grande de Jujuy, cu-

bierto por un bosque elevado y espesísimo en el espacio de veinticinco leguas. Los gauchos, prácticos del país, dirigidos por Arias, Rojas y Benavides, disputaban por el frente el terreno palmo á palmo, corriéndose por las estrechas veredas de los bosques protegidos por sus guardamontes. Dispersándose, reconcentrándose, defendiendo los pasos precisos de los ríos, sin dar un momento de descanso á Marquiegui, obtenían en cada encuentro ventajas parciales, aunque sufrían también pérdidas por su parte. Así hostigado y desmoralizado, llegó Marquiegui el 17 de enero al Río de las Piedras, donde tuvo que sostener un recio combate para franquearlo. El 19 llegó al Río Negro, donde se encontró al frente de más de 500 gauchos, que volvieron á atacar su columna en todas direcciones, lo que se repitió el día 20, «poniéndole en la más comprometida situación», dice el historiador español García Camba. Marquiegui estaba en inminente peligro: había perdido más de un tercio de su fuerza durante la expedición, y aun le faltaban como 25 leguas para llegar á Jujuy, debiendo encontrarse en este camino con mayores fuerzas que la habrían sin duda rendido.

Cuidadoso Olañeta por la suerte de Marquiegui, del cual no tenía noticia alguna, resolvió salir en su auxilio, calculando según el itinerario marcado encontrarse con él en Ledesma, á 30 leguas de Jujuy. El 12 de enero se puso en marcha con dos batallones y un escuadrón dejando fortificada la ciudad al mando del coronel Olarria. El 20 se encontraron ambas columnas en la Reducción á 20 leguas de Jujuy, y tres días después entraron juntas á la plaza sitiada. Quince días duró la expedición de Marquiegui, y hacía 20 que Olañeta había invadido el territorio argentino, y en tan corto espacio de tiempo se demostró prácticamente, que siendo las tropas españolas sólidas, valerosas y constantes en la fatiga, no dominarían jamás sino el terreno que pisaran.

La Serna, mientras tanto, con el resto del ejército seguía los pasos de su vanguardia por la quebrada y llegaba el 14 de enero al pueblo de Humahuaca. Im-

puesto de la situación militar, comprendió que no tenía más línea de comunicación con su base de operaciones que el camino de la misma quebrada, y que para mantenerla franca era necesario asegurarla. En consecuencia resolvió fortificar al pueblo de Humahuaca, que por su posición dominaba el Abra de Zenta, único punto por donde el camino podía ser interceptado desde el valle de San Andrés, que ocupaba nuevamente Arias. Al efecto derribó una parte del cementerio de la iglesia, formó allí una batería que artilló con seis piezas á que puso el nombre de Santa Bárbara, cerró las bocacalles de la población, estableció dentro de las trincheras el hospital, el parque y los depósitos, y encomendando su defensa á una parte del batallón del Cuzco incorporada recientemente al de Gerona, siguió su marcha para Jujuy, donde se reunió poco después con Olañeta ya de regreso de su expedición. El ejército reconcentrado en masa en Jujuy, se encontró sitiado, desprovisto de cabalgaduras y subsistencias y con todo el país insurreccionado á su alrededor. Desde este momento el éxito de la campaña no podía ser dudoso, ni aun para el mismo La Serna, puesto que no pudiendo vencer la resistencia popular de Salta, menos posible le era ir á provocar á Belgrano á una batalla campal, y dejaba un país insurreccionado á su espalda, con pérdida total de su base de operaciones y su línea de comunicaciones.

Desde el mismo día que Olañeta ocupó á Jujuy, quedó establecido el bloqueo de la ciudad. Urdininea, reconcentrando todas las partidas que formaban su vanguardia, reunidas á los milicianos de la quebrada y los alrededores de Jujuy, estableció en contorno un cordón de guerrillas. El enemigo, con toda su caballería apoyada por infantería salió de la plaza, y á vivo fuego consiguió ganar algún terreno para dar suelta á sus cabalgaduras. Urdininea se replegó al Río Blanco, y sucesivamente al Campo Santo, sosteniendo guerrillas diarias.

En el Campo Santo se hizo Güemes ver por primera vez de sus soldados de vanguardia, siendo saludada

su presencia con inmenso entusiasmo, á pesar de los trabajos y miserias que soportaban. Véase cómo él mismo narra su visita: «Ayer he recorrido los campamentos del Campo Santo: he hablado con Urdininea y he socorrido por mi mano, aunque con escasez, á la infeliz tropa, que tanto ha estado al frente del enemigo. Su triste situación me ha consternado, viéndolos enteramente desnudos, pero siempre dispuestos á la lucha.»

Reforzada la línea de bloqueo, se convirtió en un verdadero sitio. El enemigo encerrado en el recinto de la ciudad, tuvo necesidad de comprar á costa de sangre derramada en combates diarios, los víveres frescos, los forrajes y hasta el campo en que durante el día pacían sus cabalgaduras. Los escuadrones de caballería tenían que salir á forrajear protegidos por infantería, aun bajo el fuego de sus cañones.

El 6 de enero salió de Jujuy un escuadrón de caballería protegido por una compañía de infantería del batallón Extremadura con el objeto de forrajear en los potreros de alfalfa de San Pedrito, en las cercanías de la plaza. Una parte de los forrajeadores se ocupaba en cortar pasto dentro de un potrero, mientras los demás á caballo y con las armas en las mano protegían la operación cubiertos por un cerço. De improviso se presentaron á su frente dos fuertes escuadrones, que desprendieron guerrillas sobre ellos provocándolos al combate. Eran los Infernales y los gauchos dirigidos por el comandante Juan Antonio Rojas, el cual viendo que los españoles se disponían á atacarlo, cargó resueltamente sobre ellos, sufriendo dos descargas que le derribaron seis hombres, entre ellos dos oficiales. La pelea que se siguió fué encarnizada á bala, sable, bolas y cuchillo. El resultado fué quedar en el campo 100 cadáveres de los forrajeadores, y tomar siete prisioneros.

Los vencedores se ocupaban en recoger los despojos del campo de batalla, cuando vieron á su frente un piquete de quince hombres á caballo, tan gallardos y bien vestidos que Rojas los tomó por oficiales. Era

la guardia de prevención de Dragones de la Unión, que al primer aviso del compromiso de sus compañeros, acudía en su auxilio, cuando ya todos habían sucumbido. Mandábala el capitán Arregui, que solía decir, que con sólo su compañía iría hasta Buenos Aires, mostrando en esta ocasión que sabía sostener su temeraria jactancia. Al frente de sus quince hombres hizo prodigios de valor, y murió peleando al lado de once de sus compañeros. El combate había durado cerca de dos horas y las columnas enemigas de la plaza marchaban sobre Rojas con artillería, cuando éste emprendió su retirada llevando por trofeos las armas de los vencidos.

Este suceso, que por sus accidentes trágicos hizo profunda sensación en el ejército invasor, fué celebrado como un gran triunfo en todo el país, que como queda dicho tenía puestas sus esperanzas en Güemes y los salteños. Las comisiones del general Belgrano, que recorrían las provincias inmediatas en busca de caballos para proveer de ellos á Güemes—quien los pedía con instancia,—«por ser las armas (decía) que había preparado para la destrucción de los tiranos», encontraron bien dispuesto al vecindario, y pudo Salta ser auxiliada con 300 caballos y con un piquete de dragones y otro de artillería, además de las municiones de que era regularmente provisto.

Al mismo tiempo meditaba Belgrano un movimiento militar, con parte de sus tropas, para cooperar más eficazmente á las operaciones de Güemes. Era su ánimo desprender de su ejército una división volante de las tres armas que penetrara al Alto Perú, cortase el camino militar de Humahuaca entre Suipacha y Yavi, amagase el flanco descubierto de las posiciones de Tupiza y Cotagaita, y avanzando hasta Oruro si era posible, dominase aquella parte del despoblado insurreccionando el país. Llamada así fuertemente la atención del ejército invasor, pensaba que le obligaría á evacuar el territorio, ó por lo menos atraer sobre la columna expedicionaria una parte considerable de él, haciendo correr la voz que era un cuerpo de ejército

fuerte el que operaba á su espalda. Para ejecutar este plan, algo vago y sin objetivo determinado, que no pasaba de ser una diversión parcial, se fijó en el comandante don Gregorio Aráoz de La Madrid, á quien conocemos ya, poniendo bajo sus órdenes una columna de 350 á 400 hombres de las tres armas, compuesta como de 250 jinetes de húsares, dragones y milicianos de Tucumán, dos compañías de infantería montada en mulas, de 50 hombres cada una, y dos piezas de artillería de montaña. Esta pequeña columna se puso secretamente en marcha el 3 de marzo, tomó desde las Trancas el camino de las cuestas y atravesó el valle de Calchaquí cubriéndose por la línea de insurrección de Salta. Guiado por una partida de baqueanos de Güemes, trepó la meseta del despoblado por la quebrada del Toro y se puso sin ser sentida sobre la retaguardia del enemigo, cortando su línea de comunicaciones á la altura de Yavi. A su tiempo continuaremos la historia de esta famosa expedición, que corresponde á las operaciones del Alto Perú, las cuales forman un cuadro especial, y tendrán su colocación en el capítulo siguiente.

Para proteger este movimiento y concurrir á las operaciones ulteriores de Güemes, dispuso Belgrano que el coronel Bustos con su regimiento (número 2.°) avanzase hasta el Río del Valle, al sur de Salta, con orden de cooperar con las fuerzas de Güemes, en el caso que el ejército enemigo emprendiera su retirada. Güemes, que se proponía buenos resultados de la operación de La Madrid, era de opinión que el regimiento de Bustos debía dirigirse sobre Orán, reforzándolo con la caballería que allí operaba á órdenes de Arias, Rojas y otros caudillos, hostilizando así con más eficacia las columnas volantes que los españoles habían desprendido de Jujuy. Pero Belgrano, firme en su plan y con arreglo á sus instrucciones, «ordenó á Bustos, »que sólo en el caso de que el enemigo se retirase, »sacrificara todo y marchase á la vanguardia á tomar »con su cuerpo la dirección de la persecución.»

Para no cortar el hilo de la narración, agregaremos

que estos movimientos no tuvieron la aprobación del gobierno, el cual quería que el ejército de Tucumán se mantuviera concentrado, remontándose y en aptitud de hacer frente á todas las emergencias posibles; por lo que el regimiento de Bustos recibió orden de replegarse, sin alcanzar la contraorden á la división de La Madrid, por estar comprometida ya en pleno país enemigo.

Durante el transcurso de estos sucesos habían ocurrido en Salta novedades importantes en el orden militar que colocaban á los invasores en la imposibilidad absoluta de dar un paso adelante, y de las cuales vamos á ocuparnos.

El desastre de San Pedrito había aconsejado á La Serna reconcentrar en Jujuy (el 7 de febrero) todo su ejército, que hasta entonces se mantenía parte en la ciudad y parte en Yala (dentro de la quebrada), donde estaba el cuartel general. Esta reconcentración hizo más difíciles sus subsistencias, y la conservación de sus cabalgaduras, encerradas en un pequeño espacio de terreno. Para dilatarlo, se vió en la necesidad de establecer cantones fortificados en las inmediaciones, colocando un batallón y un escuadrón en Perico, un fuerte destacamento en el Carmen y otro en la capilla de los Alisos, con lo que formó un triángulo de puestos, cerrado por dos ríos, dentro del cual forrajeaba la caballería y pacían los ganados, protegiendo estos puestos una fuerte columna pronta á acudir al punto atacado á la primer señal de alarma. La primera vez que los españoles intentaron fortificarse en los Alisos, habían sido vigorosamente atacados, y sin el oportuno auxilio de la plaza, habría tenido que rendirse su guarnición, encerrada en la torre de la iglesia. La segunda vez se establecieron más sólidamente merced á su mayor fuerza y á la inteligencia con que el coronel Carratalá defendió los tres puestos avanzados en diarios combates y guerrillas, que no les daban un instante de descanso y que les causaban bastantes pérdidas, impidiendo la entrada de víveres frescos á la plaza. En tal situación, La Serna esperaba los refuer-

zos que debían venirle de Tarija, Potosí y Chuquisaca, con ánimo de avanzar hasta la ciudad de Salta (objetivo inmediato de la invasión), cuando se recibió en Jujuy la noticia de que la línea de Humahuaca había sido cortada con el exterminio de la guarnición que la custodiaba y pérdida de toda su artillería y depósitos de guerra.

He aquí lo que había sucedido. El comandante don Manuel Eduardo Arias, que era sin duda el jefe divisionario de más cabeza del ejército de Salta, se había vuelto á posesionar del valle de San Andrés después de la concentración de Marquiegui y Olañeta en Jujuy. Desde allí mantenía libres sus comunicaciones con Uriondo en la frontera de Tarija, adelantaba sus partidas sobre Santa Victoria y vigilaba la quebrada desde el Abra de Zenta, dueño de todo el flanco izquierdo de la línea de comunicación del enemigo. Apostados sus espías sobre la Sierra de Zenta y la punta sur de la sierra de Santa Victoria, observaban todos los movimientos de la línea de comunicación española, que La Serna consideraba, y con razón, como un verdadero camino cubierto, cuyo único punto accesible por el flanco estaba garantido por el pueblo de Humahuaca, atrincherado y artillado. Perdido este punto, se perdía la línea. Arias seguía con ansiedad los trabajos de fortificación de Humahuaca, y se hacía dar informes á su respecto por medio de indios que penetraban á la población. Cuando maduró en su cabeza la idea que lo trabajaba, escribió á Güemes: «Veo que se me propor»cionan mil lances lisonjeros para operar á mi satis»facción en casos ventajosos.»

El 27 de febrero á la oración recibió Arias las comunicaciones de Güemes que lo autorizaba á obrar según el plan que se había trazado. Inmediatamente y bajo una tempestad deshecha, movió su campo de San Andrés y marchó á incorporarse con su vanguardia, que estaba sobre el camino del Abra de Zenta. Desde allí se adelantó con una pequeña escolta, y luego que hubo tomado personalmente los conocimientos necesarios, ordenó que avanzase toda la fuerza que

en su toalidad se componía de 150 hombres, armados algunos de ellos de garrotes. Dividió su pequeña columna en tres trozos, de 50 hombres cada uno, y siguió su marcha desde el amanecer del 28 hasta las 3 de la mañana del 1.° de marzo que se puso á una legua de Humahuaca, sin haber sido sentido por el enemigo. Allí confió el mando del primer trozo al capitán don Hilario Rodríguez, con orden de echar pie á tierra en una quebrada inmediata, y marchar al asalto de la batería. El segundo trozo lo confió al teniente don Manuel Portal, con orden de entrar á sangre y fuego al cuartel de la guarnición, que comunicaba con la iglesia y el campanario, que dominaba la batería. Arias se hizo cargo del tercer grupo, previniendo que acudiría con él en protección de los otros dos, según las circunstancias. En esta disposición avanzaron silenciosamente sobre las fortificaciones, se practicó un prolijo reconocimiento de ellas, y se esperó á que amaneciera para dar el asalto. A la hora señalada y protegidos todavía por las sombras, marcharon al ataque las dos divisiones de Rodríguez y Portal, quedando Arias de reserva según lo convenido. Poco después se oyó una descarga tan ordenada, que Arias creyó fuese un cañonazo. Era Rodríguez que con sus cincuenta hombres se apoderaba de la batería de Santa Bárbara al grito de «¡Viva la Patria!» Habían llegado hasta el pie de ella sin ser sentidos, y se habían apoderado de todos sus cañones, que eran seis, antes que sus defensores pudiesen acudir á sus puestos. Inmediatamente Arias marchó á apoderarse del depósito de pólvora, y Portal se dirigió sobre el cuartel. El primero se posesionó del punto, venciendo la resistencia de la guardia que le mató dos soldados, y consiguió al fin rendirla. Portal con el segundo grupo no fué tan feliz en su ataque sobre el cuartel: encontró su guarnición alarmada y no le fué posible forzarla. Entonces Arias acudió en su apoyo, pero ni aun así pudieron dominar la posición. A las cinco los enemigos subieron á la torre con las primeras luces del alba, y desde ella sostuvieron un vivo fuego hasta

las seis y media de la mañana, en que al fin tuvieron que rendirse á discreción, bajo la amenaza de ser pasados á cuchillo.

La guarnición de Humahuaca se componía de 130 soldados del antiguo y afamado regimiento de Picoaga, que había hecho la campaña del Cuzco. En memoria de ella llevaba en uno de los ángulos de su bandera á Pumakahua degollado. Esta bandera fué uno de los trofeos de la victoria, y con tal motivo dice Arias en su parte: «Se jactan los enemigos de que »dicho regimiento era invencible; pero sería porque »estaba reservado á los gauchos humillar su orgullo.» De esta guarnición quedaron muertos 20 soldados y cuatro oficiales en el combate, y se tomaron 86 prisioneros, de ellos 6 oficiales, salvando apenas 20 hombres. Tomáronse además 7 piezas de artillería, 100 fusiles, muchos bastimentos, ganados y cabalgaduras. Este golpe decidía de la campaña. El gobierno, en premio de esta memorable hazaña, decretó cinco medallas de oro para Arias y sus oficiales, incluyendo en el premio al teniente D. Pablo Mariscal y al alférez Ontiveros, que se habían distinguido en el asalto, siendo para los demás de plata; y á la tropa una cinta celeste y blanca en la chaqueta con la inscripción «Humahuaca» en letras blancas, según propuesta y modelos presentados por Belgrano.

Esta noticia, que sólo recibió La Serna tres días después, cayó como un rayo en el cuartel general de Jujuy. El general español comprendió que la línea de comunicaciones con el Perú estaba perdida, y que era necesario una nueva campaña para restablecerla, antes de seguir adelante. Inmediatamente dispuso saliesen dos columnas expedicionarias: la una directamente á las órdenes de Olañeta y Marquiegui con destino á Nueva Orán, con el objeto de cortar la retirada á Arias y rescatar si era posible los prisioneros; la otra por el camino de la quebrada con el mismo objetivo, bajo la dirección del coronel Centeno, compuesta de un batallón y dos escuadrones. El 9 de marzo llegó Centeno á Humahuaca, donde encontró los

cadáveres insepultos y la población totalmente abandonada, siguiendo por el Abra de Zenta á operar en combinación con Olañeta, que había tomado el camino de Ledesma. Luego veremos la suerte que cupo á estas dos columnas. Volvamos ahora á Jujuy.

Con la ausencia de estas dos columnas quedó la guarnición de Jujuy sumamente debilitada, especialmente en caballería. La audacia de los gauchos sitiadores llegó entonces á tal grado, que las guerrillas sitiadoras estrecharon el cerco hasta sobre las mismas calles, haciendo diariamente prisioneros al pie de las casas de la ciudad, lo que obligó á La Serna á cerrar las bocacalles con atrincheramientos para precaverse de un golpe de mano.

Nuevos contingentes habían venido á reforzar el sitio por parte de los gauchos. El comandante José Apolinar Saravia, que precedió á Güemes en la organización de la resistencia de Salta en 1812 y 1814 y se distinguió mandando la línea de avanzadas de Guachipas, había acudido al frente de los escuadrones de milicias del valle de Calchaquí. El comandante don Pablo Latorre, mandaba otra división de partidarios. Por último, el comandante don José Francisco Gorriti se hallaba al frente de un escuadrón de lanceros, que como los Dragones Infernales y la partida de Rojas empezaban á señalarse por sus hazañas. Este jefe, más conocido bajo el nombre de Pachi Gorriti, era un hombre de un valor genial, de una selvática energía y de una audacia que rayaba en el delirio en medio de la pelea. Habíase distinguido en las anteriores guerras de partidarios, y era reputado como la primera lanza del ejército salteño, que no daba ni pedía cuartel.

Con estos nuevos elementos sitiadores se propusieron dar un golpe como el de San Pedrito á los forrajeadores españoles. Al efecto, prepararon para el 12 de marzo una emboscada de 300 caballos al mando de Saravia; pero, prevenido con tiempo el activo y entendido general don Jerónimo Valdez, salió de la plaza al frente de una columna, batió á los patriotas en

su misma emboscada, causándoles una pérdida de más de 30 hombres, á costa de 13 muertos y heridos por su parte. Empero, esta ventaja fué compensada por otra mayor por parte de los patriotas, quienes arrebataron el mismo día á los de la plaza 200 mulas de silla y carga, dejándolos inhabilitados para moverse.

El día 13 todos los puestos avanzados de los españoles fueron, como de costumbre, simultáneamente atacados. La acción se hizo luego general, perdiendo los realistas un comandante muerto y veinticinco soldados entre muertos y heridos, bien que quedaron dueños del campo. La pérdida de los patriotas no fué menor. El 14 de marzo continuaron los tiroteos. El 15 se renovó el combate, siendo vigorosamente atacados por los gauchos á las 11 del día los puestos avanzados de la plaza situados sobre el camino de la Tablada, cubierto por los granaderos de Gerona, y el de la derecha del Río Chico ocupado por los granaderos de Extremadura, con sus correspondientes piquetes de caballería en ambos puntos. El fuego se sostuvo por una y otra parte hasta las 2 de la tarde, en que los españoles, cargados por fuerzas superiores, pidieron á la plaza auxilio y municiones. El infatigable general Valdez acudió con toda la caballería disponible y dos piezas de artillería, y logró restablecer el combate con pérdidas por una y otra parte, siendo mayores las de los patriotas.

Mientras estos combates tenían lugar, el comandante Pachi Gorriti, á la cabeza de su escuadrón de lanceros y de la partida del capitán Torino, cargaba sobre las trincheras de Jujuy «con el arrojo más sorprendente», dice el historiador español Camba. Parte de los batallones de Gerona y Extremadura y la caballería que había quedado en la plaza, ocuparon sus puestos de combate sobre el Río Chico, y el general La Serna que se hallaba postrado en cama tuvo que acudir á los parapetos con los asistentes y convalecientes que podían manejar las armas. El choque fué vivísimo y habría quedado la ventaja tal vez por los españoles, si el capitán don Antonio Martínez, al fren-

te de 25 hombres de la escolta de La Serna, no hubiese salido imprudentemente al encuentro de Gorriti. Todos ellos quedaron muertos en el campo sin que la infantería pudiese protegerlos, peleando bravamente. Salvóse únicamente el oficial herido, un trompeta y un soldado que fueron hechos prisioneros. La pérdida de los españoles en esta jornada fué de 28 muertos y 12 heridos, según confesión propia, y además 17 prisioneros, de ellos dos oficiales.

Este golpe acabó de abatir la soberbia española; los campeones del rey de España reconocieron en los gauchos de Salta, guerreros dignos de medirse con ellos, y La Serna reconoció en Güemes un beligerante con arreglo al derecho de gentes.

Hasta entonces, el general español había sostenido como principio indiscutible, que los revolucionarios argentinos eran rebeldes, á quienes no amparaban ni las leyes de la guerra. Empero, aparte de las atrocidades que se cometían con los partidarios del Alto Perú, dando lugar á sangrientas represalias, la guerra se había hecho con regularidad y humanidad entre argentinos y españoles, para honor de unos y otros.

Salvo uno que otro exceso aislado, ningún acto de crueldad, ninguna represalia se había ejercido por una ni otra parte, mostrando igual lenidad así Güemes como La Serna. Pero, con todo, el principio se mantenía teóricamente en su integridad. Al iniciarse la invasión á Salta, Belgrano se había dirigido á La Serna proponiendo canjear al marqués de Yavi por dos coroneles españoles que tenía prisioneros, declarando que los fusilaría si aquél fuese ejecutado. El general español había contestado, que era público y notorio el buen trato que había dado á los oficiales y soldados prisioneros, «sin embargo (agregaba) de que es una »cosa sabida, que sólo las tropas regladas y que de»penden de una nación cuyo gobierno está recono»cido por los demás, son los que tienen derecho á ser »tratados con las consideraciones que un prisionero »de guerra merece. Esta es una verdad y no lo es me-

»nos que el canje es inadmisible.» El tono y la teoría cambiaron con la fortuna.

Sabiendo Güemes que el capitán prisionero en el combate del 14 era sobrino de La Serna, dirigió á éste un oficio participándole, que el oficial y el soldado que con él habían caído prisioneros, iban mejor de sus heridas y se hallaban cuidadosamente atendidos. La Serna contestó: «Siento, como debo, la pérdida de tan »dignos compañeros de armas, pero al mismo tiem»po me ha servido de satisfacción, el saber se asista »tanto al capitán como al lancero, que igualmente se »halla herido y prisionero con cuanto necesitan para »su curación. No esperaba menos de un sujeto de las »circunstancias de usted; y no dudo que en todos »casos procurará se trate al desgraciado con la huma»nidad que el derecho de gentes exige, estando seguro »que por mi parte trataré al prisionero con la hospi»talidad y dulzura que es justo,» acabando por proponer un canje de prisioneros, clase por clase.

La contestación de Güemes fué arrogante. A pesar de la independencia real con que obraba, no era hombre de abatir la autoridad de su general ante el enemigo, ni olvidar la injuria que en él se había inferido á su patria y á su causa, y así se lo enrostró con dureza: «Pudiera resolver sobre el canje de prisione»ros que usted me indica; pero, como no ha mucho »que á igual propuesta, que dirigió á usted mi digno ge»neral, se negó usted temerariamente, he tenido á »bien consultarlo sobre el particular. Aquel paso po»co político es causa de este tropiezo.» Y terminaba diciendo: «Estoy satisfecho de la humanidad y lenidad »que á usted caracterizan, pero no así de sus subalter»nos Centeno y otros autores de excesos: sobre todo, »y asegurando que mis armas son protectoras de la »inocencia, nivelaré mi conducta con la que usted ob»serve. Y he contestado.» La réplica de La Serna (que ha permanecido hasta hoy ignorada) es notable. «Per»mítame usted (le escribía) que le diga que el lengua»je de su carta del 25 que acabo de recibir es un poco »extraño, tanto en llamar impolítica la que escribí al

»general Belgrano sobre el canje del marqués de Tojo, »como en afectar demasiado calor en materia de opi»niones. Yo prescindo de esto, pues las opiniones son »tan diversas como los semblantes de los hombres, »pero no puedo prescindir de declarar que estaba bien »distante de negarme al canje, pues proponía uno »general; y no debo dudar de que así como jamás »paso los límites que previene la moderación, tampoco »tolero expresiones poco decorosas al carácter que re»presento. Ninguno de los excesos que me dicen han »cometido mis subalternos, ha llegado á mi noticia. »Mi conducta será siempre la misma, sea cual fuere »la suerte de las armas, pues ni me ensoberbecen »los sucesos favorables, ni me abaten los adversos.»

Güemes, al elevar la anterior correspondencia al conocimiento de su general, le hacía observar: «No de»jará V. E. de notar el distinto tono con que hoy se »produce aquel jefe (La Serna) al en que estaban con»cebidos la proclama y oficio que dirigió desde Tarija. »Ya aquel general se da á conocer desengañado, y con»vencido de la firmeza y bravura de los americanos »por los derechos que legítimamente sostienen. Ya »hoy confiesa un derecho de gentes en toda guerra, »sea cual fuere; el que desconoció inicuamente con »nosotros en los indicados oficios y proclama, marca»dos con el sello de la soberbia, de modo que con el »tiempo habrá de confesar, mal de su grado, la justi»cia de nuestra causa.» Legítima era la concentrada satifacción que encierran estas palabras: era un triunfo de la civilización debido á las armas gauchas y á la diplomacia de su caudillo.

Mientras tanto las columnas expedicionarias de Centeno y Olañeta seguían en persecución de los vencedores de Humahuaca. La columna de Centeno, que había tomado el camino de la Quebrada, penetró á Orán por el Abra de Zenta, y desde el valle de San Andrés siguió su marcha con dirección á Nueva Orán por la estrecha senda de un bosque espesísimo, donde sólo encontró bandadas de patos silvestres, cuyo hermoso plumaje, cantidad y rápido vuelo, llenaron de admi-

ración á los soldados europeos que los veían por primera vez. Antes de llegar al arroyo de Santa Cruz se le presentaron nueve prisioneros de los de Humahuaca, que sin duda habían quedado rezagados, los que dieron noticias del punto en que Arias había enterrado los cañones; pero por falta de acémilas no pudieron cargarlos. El 16 de marzo ocupó Nueva Orán, vivamente hostilizada por sus flancos y retaguardia, por las partidas de Benavides destacadas por Arias, que cercaron la población, la que á pesar de su pomposo título de ciudad constaba apenas de treinta casas. Por la mañana del mismo día había salido de allí Olañeta en persecución de Arias, quien con el convoy de prisioneros se retiraba á ponerlo en seguridad en la frontera del Chaco, tomando la vuelta por el Río de San Francisco. Centeno con sus cabalgaduras extenuadas y su tropa fatigada, no pudo operar en combinación con Olañeta, y después de tomar seis días de descanso, se vió obligdo á emprender su retirada por el camino que había traído, abandonando parte de sus enfermos. Al regresar al valle de San Andrés, lo encontró ya ocupado por una partida de gauchos, que se retiró á la aparición de su vanguardia. Era la avanzada de la división de Arias, que se proponía cerrarle el paso.

El 29 siguió su marcha la columna española y llegó al Abra de Zenta, en cuya marcha perdió gran parte de sus mulas y caballos, por efecto del «garbancillo», hierba venenosa para las bestias, que abunda en aquellos campos. El 30, al tiempo de franquear el Abra, se encontraron al frente de una división como de 200 á 300 gauchos, que sólo cedieron el paso ante los fuegos de la infantería. Al descender á Humahuaca y continuar su marcha hasta Tilcara, encontraron abandonadas todas las poblaciones. Estaban sobre el cuartel general de Jujuy, de donde habían salido como un mes antes, y ninguna noticia habían tenido hasta entonces de su ejército. Alarmado por este silencio y esta soledad, el jefe de estado mayor de la columna, que lo era el teniente coronel don Antonio Seoane, se

adelantó con una partida de ocho húsares á fin de tomar lenguas. Al día siguiente (3 de abril) al continuar la vanguardia su marcha, cargó sobre ella un trozo de 50 gauchos, arrebatando en un repelón unos cuantos soldados de los húsares de Fernando VII y desapareció con su presa. El 4 al llegar al Volcán, encontraron los cadáveres de dos soldados de la escolta de Seoane, el cual había caído en una emboscada y se hallaba prisionero. En la misma noche llegaba á las inmediaciones de Jujuy la cabeza de la columna de Centeno, sosteniendo un combate con los gauchos sitiadores. Las fuerzas de la plaza atraídas por el tiroteo, tuvieron que salir al encuentro á fin de proteger su entrada. Hacía un mes cabal que había salido de aquel punto, y regresaba á su punto de partida, extenuada, sin caballos, y con una pérdida de cuarenta á cincuenta hombres entre ellos su jefe de estado mayor.

En cuanto á la columna de Olañeta, después de llegar hasta la misión de San Francisco, sin conseguir dar alcance al convoy de prisioneros, se había visto obligada á retrogradar á Nuevo Orán, á donde llegó dos días después de la salida de Centeno. Allí se encontró con las partidas al mando de Rojas, destacadas por Güemes para hostilizarlo y cortar su comunicación con Jujuy. En los encuentros parciales que se siguieron sufrió algunas pérdidas, estrechándose su círculo de acción por el mal estado de sus caballos y la escasez de subsistencia. En tal situación emprendió su retirada hacia Jujuy, vivamente hostilizado por la retaguardia y por los flancos por las guerrillas de Rojas, habiendo perdido al llegar al río de Ledesma (el 30 de marzo) como 80 hombres entre muertos, heridos, prisioneros y enfermos rezagados. Tal fué el fruto de esta segunda expedición, que afirmó para siempre el dominio de las partidas patriotas en el territorio de Orán, quedando á merced de ellas las líneas de comunicación con el Alto Perú por Humahuaca y Tarija.

Todo esto hacía más crítica la situación de La Ser-

na en Jujuy después de la pérdida de Humahuaca, y ella se agravaba por la carencia de víveres, y tercianas que habían postrado una parte de su ejército. Para proveerse de algunos ganados en pie, dispuso que una columna de 230 hombres entrase á la quebrada al mando del coronel La Torre, con orden de proporcionárselos á toda costa. Esta columna salió batiéndose desde la ciudad, hostilizada activamente por la división de Saravia, que cubría la boca inferior de la quebrada y tuvo que atrincherarse al llegar á Yala, donde pasó la noche del 1.° de abril. Al día siguiente se encontró con otra columna española que bajaba del Alto Perú, al mando del coronel don Vicente Sardina, la cual se componía del 2.° regimiento Extremadura (que desde entonces tomó el nombre de Real Alejandro), y el 2.° escuadrón de Cazadores, conduciendo municiones, numerario y correspondencia. Sardina era portador de nuevas y apremiantes órdenes del virrey Pezuela para avanzar á todo trance en la dirección de Tucumán, teniendo en mira paralizar la invasión de San Martín sobre Chile, á quien se creía todavía en Mendoza.

Antes de dar cumplimiento á estas órdenes, La Serna quiso dar un golpe sobre los sitiadores, á fin de proteger la reincorporación de la división de Olañeta, de la cual no tenía noticia desde Orán, donde la había dejado Centeno comprometida.

Al efecto, dispuso que el general don Jerónimo Valdez, al frente de una columna de 600 hombres de las tres armas, partiese en la dirección de Orán. Esta expedición fué más feliz que la anterior, pues logró sorprender completamente á la división del comandante Corte en Salpala, tomando como 80 prisioneros y dispersar el resto, siguiendo su marcha en protección de Olañeta, que se reconcentró á Jujuy pocos días después. Para dar noticia de todo esto al virrey por la vía de Humahuaca, fué necesario hacer escoltar la correspondencia por 200 hombres de infantería y caballería.

Güemes, disculpándose con Belgrano de no haber

impedido esta reconcentración por falta de caballos, le decía: «En el caso de invasión (hasta Salta) no po»dré hacerle una guerra tan activa como pudiera, »si tuviese caballos y municiones; pero yo y la tropa »de mi mando, hemos de hacer el último esfuerzo, y »no nos hará desmayar el temerario arrojo del enemi»go, ocupando provincias aguerridas que aspiran á la »libertad.» Nueve días después (el 14 de abril) oficiaba: «El enemigo se dirige á paso firme á esta pla»za. Mis disposiciones están tomadas, sujeto en todo »á las prevenciones de V. E.» En efecto, el grueso del ejército enemigo, con La Serna á la cabeza, se había movido el 13 con dirección hacia Salta, dejando guarnecido Jujuy por la división de Olañeta.

El ejército con que La Serna emprendió la invasión sobre Salta, fuerte como de 2.500 hombres, se componía de los dos batallones del Imperial Alejandro (antes Extremadura), el batallón Gerona, los escuadrones de Húsares de Fernando VII, el de Dragones de la Unión, el de Cazadores á caballo y el de Granaderos de la Guardia, con cuatro piezas de artillería de montaña. Salió de la plaza en tres columnas con banderas desplegadas y en disposición de combate. Inmediatamente se movió á su encuentro la división de don Apolinario Saravia, que cubría el camino de Salta, la que empezó á fustigar la columna por los flancos y por la retaguardia, dispersada en pequeños grupos, sosteniendo á la vez fuertes guerrillas. Sucesivamente los grupos y las guerrillas se fueron multiplicando, con refuerzos de partidas gauchas que acudían de todos los puntos del horizonte, que disputaban el terreno con más energía y más éxito cada vez. Así hizo el ejército español su primera jornada hasta la Cabaña.

Al día siguiente se renovó la marcha y el combate. Como el terreno es montuoso y cortado por ríos y barrancos, los gauchos prácticos de él, se aprovechaban de sus menores accidentes, apareciendo, ya en grupos, ya individualmente, sobre los flancos de la columna enemiga, disparando sobre ella sus armas, y picaban

tenazmente su retaguardia sosteniendo el paso de los ríos sin descansar ni dar descanso de día ni de noche. Al tercer día de marcha (15 de abril), al llegar á la Caldera, todas las partidas se condensaron sobre la cabeza de la columna invasora, en actitud de disputar el paso. Cinco compañías de cazadores del Gerona é Imperial Alejandro, con gruesas reservas de caballería, se dispersaron en cazadores para despejar el tránsito. Los gauchos cargaron sobre ellos, y viéronse forzados los españoles á formar grupos dobles para sostenerse, aun teniendo por reserva un ejército que los apoyaba á tiro de fusil. Así desembocó el ejército realista al campo de Castañares, gran llanura que en suave plano inclinado se extiende hasta la ciudad de Salta, y cuya descripción hemos hecho ya, con motivo de la memorable batalla de Salta, que allí tuvo lugar.

Las guerrillas patriotas siguieron en retirada, disputando con tesón el terreno, bajo los fuegos de las guerrillas de la infantería enemiga. A su retaguardia, y en actitud de defender la entrada de la ciudad, se veía una línea de caballería, como de 1.200 hombres. Por esta vez Güemes estaba á su cabeza, pero no era su ánimo presentar batalla, sino hacer un simple alarde.

Así es que, cuando La Serna se formó en tres columnas con la infantería y la artillería al centro, haciendo jugar dos de sus piezas, y la caballería cargó por la derecha al mando de su comandante general Sardina, aquella línea se disipó como una nube, y el ejército invasor se encontró con las mismas guerrillas que desde Jujuy lo venían fustigando día y noche, las cuales disputaron la entrada hasta las calles de la ciudad, batiéndose denodadamente en ellas, y cediendo únicamente á la presión de la masa. Los españoles perdieron en esta marcha como treinta á cuarenta hombres entre muertos y heridos, de ellos dos oficiales. La de los patriotas fué muy pequeña.

Al dar cuenta de este suceso, decía Güemes: «Ayer »á las cuatro de la tarde ocupó el enemigo la plaza de

»Salta. Pronto tocará el escarmiento.—El terreno se »ha disputado palmo á palmo, pues desde Jujuy ha »sufrido un vivo fuego, con fruto y sin pérdida por »nuestra parte.»

Falto de municiones y mal de caballos, Güemes se replegó á diez leguas al suodeste de Salta, en posición de servir de reserva á las partidas volantes que dejó sobre Salta, y protegiendo sus comunicaciones con Tucumán, de donde le venían todos los auxilios que alimentaban la guerra. Allí recibió un convoy de municiones, piedras de chispa, 40 fusiles y 300 caballos que le remitía Belgrano, agradeciendo tan oportuno envío con estas enérgicas palabras: «Ahora verá V. E. el empeño de mi provincia, en viéndose montada.»

Dueño La Serna de Salta, volvió á encontrarse en idéntica ó peor situación que en Jujuy: sin víveres frescos, con escasos medios de movilidad, y dueño únicamente del terreno que ocupaba. Una banda de gauchos, mantenía encerrado dentro de una ciudad, al ejército más aguerrido de Sud América. Cuando esto sucedía, llegó á oídos de La Serna, que La Madrid había penetrado al Alto Perú para insurreccionar el país á su espalda, y que San Martín, después de escalar los Andes, había triunfado en Chacabuco y era dueño de Chile. Desde este momento comprendió el general español, que siendo imposible todo movimiento ofensivo, lo era igualmente conservar el terreno invadido, y que la retirada era un movimiento impuesto por la necesidad y aconsejado por la prudencia militar. Pero á todo evento se empeñó en procurarse los elementos de movilidad de que carecía, poniéndose en lucha con la fatalidad al perseverar en su errado sistema.

El 17, el 18 y el 19 salieron sucesivamente de Salta tres columnas expedicionarias. Mandábanlas los coroneles Vigil, Castro y Carratalá. Desde los suburbios de la ciudad empezaron á ser tiroteadas por las partidas patriotas, que las acompañaron por su flanco y retaguardia, sin permitirles abandonar su formación ni extenderse por el campo. Después de reunir algu-

nas reses y mulas en los alrededores, tuvieron que regresar con pérdidas de algunos heridos.

Vista la ineficacia de este medio, se resolvió por La Serna la salida de una expedición formal con destino al Bañado, á donde se había retirado Güemes con el grueso de sus fuerzas, según queda dicho, y donde se creía estuviesen reconcentrados los ganados. Componían la columna destinada á esta operación, el batallón Gerona, fuerte de más de 500 plazas, como 180 hombres de caballería y una pieza de artillería, bajo el mando de uno de los más distinguidos jefes del ejército español, el coronel Sardina, llevando por jefe de estado mayor al comandante don Bernardo Latorre. El 20 por la noche se puso en marcha con dirección al valle de Calchaquí. Señalada su presencia desde los primeros pasos por las avanzadas patriotas por medio de tiros disparados de trecho en trecho, que era la señal de alarma, todas las guerrillas inmediatas que formaban la división del comandante Burela, se reconcentraron en los Cerrillos como á tres leguas de la ciudad. Allí empezó el 21 el combate que debía durar dos días. La división realista, formada en masa, continuó impávida su marcha, llevando por su flanco derecho las guerrillas patriotas que no dejaron ni por un instante de hostigarla. Al llegar al punto llamado la casa de Gauna, se reunió á Burela la división de don Pedro Zavala, y ambos reunidos tentaron una carga que produjo una confusión momentánea en las filas enemigas, pero tuvieron que ceder el terreno los jefes patriotas.

Al aproximarse los realistas á las inmediaciones de las casas del Bañado, se descubrió formada á su frente una línea como de quinientos caballos. Era la división de don Pablo Latorre reforzada, que parecía esperarlos en actitud de combate. Sardina tomó sus disposiciones en consecuencia, y avanzó de frente en orden cerrado, protegiendo su derecha por la compañía de granaderos del Gerona, la que tendió su guerrilla flanqueadora. Al iniciar Sardina su ataque, salieron inopinadamente de un bosque inmediato la par-

tida de Infernales de Rojas y la de Gauchos del alférez Leytes, y cargaron sobre los tiradores del Gerona, que fueron instantáneamente pasados á cuchillo, sin que su reserva pudiera protegerlos, ni aun impedir que fuesen despojados de sus armas y vestidos. La línea de caballería patriota se disipó como una nube, según su táctica, y se perdió en los bosques y escabrosidades del terreno.

Dueños los españoles de las casas del Bañado, encontraron allí algunos hombres desarmados (tal vez dejados de intento), los que informaron que el ganado que buscaban había sido retirado hacia la quebrada de Escoipe. En consecuencia, después de tomar un ligero rancho, contramarcharon sobre su derecha, y tomaron la dirección de Chicoana. Los patriotas, que en previsión de todo habían preparado varias emboscadas, cargaron decididamente sobre la retaguardia y los flancos de la columna, que resistió bravamente el triple ataque. Pero simultáneamente cargaron Rojas y Leytes sobre la cabeza, haciendo una descarga que derribó mortalmente herido al coronel Sardina, tendió en el suelo á casi toda la banda de música del Gerona y deshizo sus primeras filas. De parte de los patriotas cayó muerto el alférez Leytes, y heridos algunos soldados de Gauchos y de Infernales.

El mando de la columna española, profundamente conmovida por este golpe, recayó en el coronel Vigil. Los ataques sucesivos sobre ella se continuaron hasta el anochecer, hora en que alcanzó la boca de la quebrada de Escoipe, donde tampoco encontró el ganado que buscaba. Sin atreverse á penetrar en ellas, por temor de que los patriotas reforzados por Güemes y Gorriti le cortaran la retirada, pasó la noche en alarma, sin encender fuegos.

Al día siguiente al amanecer, inició su movimiento retrógrado hacia Salta desde el cerro Pulares, abandonando el carril y marchando por la parte más escabrosa del terreno, cubierta su derecha por el río Escoipe que baja de la quebrada del mismo nombre. Al romper la marcha, se adhirieron á su flanco izquier-

do y á su retaguardia las tenaces divisiones de Burela y Zabala, hostilizándola eficazmente siempre que el terreno lo permitía. A cierta altura se adelantó Burela y preparó cinco emboscadas á lo largo del camino que debía llevar encomendándolas á los oficiales de partida don Jorge Torino, don Bernardino Olivera y otros, previniendo al mayor don Mariano Zabala y al comandante don Bonifacio Ruíz de los Llanos ocuparan la pampa del Rosario, que necesariamente tenía que atravesar. Todas las emboscadas produjeron más ó menos su efecto, especialmente la última, compuesta de Infernales, á cargo del teniente Olivera, que le causó algunas pérdidas.

Salvadas las emboscadas del terreno escabroso matizado de bosques, los españoles se dirigieron á tomar el carril, y desembocaron á las 9 de la mañana en la espaciosa llanura del Rosario, con su caballería á vanguardia. Allí se habían reconcentrado las divisiones patriotas que venían azotando sus costados hacía dos días, en número como de 1.000 hombre. Una vez comprometida la columna en el terreno descubierto, cargó impetuosamente la caballería Gaucha y arrolló la de los realistas, sableándola hasta obligarla á refugiarse deshecha dentro de las filas de su infantería erizada de bayonetas.

La columna expedicionaria quedó desde aquel momento literalmente circunvalada. En este conflicto el bravo batallón Gerona formó con rapidez y serenidad el cuadro, colocando en medio la camilla en que agonizaba Sardina, y todos sus heridos y bagajes. En esta disposición rompió el fuego al grito de «¡Viva el rey!» consiguiendo con grandes esfuerzos rechazar los reiterados ataques que los gauchos le llevaron simultáneamente por los cuatro frentes. En la misma formación se vió obligado á continuar su desastrosa retirada, presentando una masa compacta á los fuegos de las guerrillas patriotas, que abrían claros en las filas, llevando los heridos cargados en las acémilas que se habían preparado para conducir provisiones. Así continuó sin descanso la persecución por espacio

de algunas horas desde el Rosario hasta los Cerrillos, donde se había iniciado el combate el día antes.

En todo este trayecto, los gauchos renovaron sus animosas tentativas para romper el cuadro, y lo habrían conseguido tal vez, si en vez de fusiles y carabinas, hubieran contando con una cantidad mayor de armas blancas ó si los terribles lanceros de Pachi Gorriti hubiesen estado presentes.

Desde los Cerrillos continuó la columna española su marcha con menos zozobra, aunque siempre perseguida por las guerrillas que azotaban sus flancos y su retaguardia, y que le acompañaron con sus disparos hasta las inmediaciones de Salta, de donde tuvo que salir otra columna para proteger su entrada. Algunas horas después expiró el coronel Sardina. Esta gran pérdida produjo honda sensación en el ejército español, que deploraba además la muerte de más de 20 compañeros (casi todos peninsulares) en presencia de 48 heridos que llenaban sus hospitales, entre ellos el jefe de estado mayor coronel Latorre y 3 oficiales más. La pérdida de los patriotas fué apenas de 6 muertos y 18 heridos.

Juntamente con este golpe, que lo convencía de su absoluta impotencia para contrarrestar la indomable insurrección de Salta, La Serna recibió la confirmación oficial de la pérdida de Chile y de los progresos que la expedición de La Madrid hacía en el Alto Perú. Desde este momento la evacuación de Salta quedó decidida. Pero mientras tanto necesitaba dar de comer á su tropa, que sufría escasez, no habiendo encontrado en la ciudad sino un poco de harina que apenas alcanzó para los enfermos y convalecientes. Aun para retrogradar, necesitaba elementos de movilidad de que carecía, en previsión de que la retirada pudiera ser más larga. Al efecto, hizo salir una fuerte columna de las tres armas con 2 piezas de artillería, al mando del siempre infatigable general Valdez, con el objeto de sorprender á Güemes á quien suponían descuidado, durmiendo sobre sus laureles, y al mismo tiempo pro-

porcionarse algún ganado y caballadas, de cuyo paradero tenían noticias exactas.

Valdez salió de la ciudad el 29 de abril, marchó hasta la Silleta en la embocadura de la quebrada del Toro, y en medio de un vivo tiroteo que duró todo el día, logró apoderarse de algunas reses, mulas y burros, cuyo número total no alcanzaba á cien, y con estas presas emprendió su retirada vivamente hostilizado, salvando á duras penas su precioso arreo. Esta ventaja insignificante la pagaron caramente. El mismo día y á la misma hora dos partidas de gauchos, destacadas de las divisiones de Saravia y de don Pedro Zabala, arrebataron 150 mulas de artillería de la plaza, que se hallaban al pasto á las orillas de la ciudad entre el cerro de San Bernardo y el convento de San Francisco, encomendadas á la guardia del batallón Gerona. Pocos días después (el 1.° de mayo), toda la caballería realista fué atacada mientras forrajeaba en una quinta de los alrededores. Siguióse un reñido combate en que, si bien los patriotas fueron rechazados al fin por los fuegos de la infantería que protegía la operación, y por los refuerzos sucesivos que salieron de la plaza, causaron la pérdida de 14 hombres entre muertos y heridos, á costa de una pérdida mayor por su parte.

Este golpe, cuya importancia no debe medirse por la más ó menos pérdida, sino por sus efectos morales, irritaba á la vez que humillaba á los altivos soldados españoles, desmoralizándolos y desalentándolos al verse no sólo hostilizados, sino provocados, y más que todo, burlados en medio de su poder. A estos sentimientos enervantes de la energía humana, vino á agregarse el pavor que paraliza la acción de las almas. He aquí las ingenuas palabras con que uno de los generales españoles lo confiesa: «Los enemigos habían »llevado su osadía al extremo de enlazar y arrastrar »con sus caballos algunos centinelas sobre sus mismos »cuerpos de guardia, y este nuevo método de ofender »causó singular horror.» Desde este momento, el ejército invasor, militarmente impotente contra la insu-

rrección popular, estaba moralmente vencido por ella.

Impuesto Güemes por sus espías del estado lamentable de La Serna en Salta, comprendió con su perspicacia natural que el enemigo no podía dar un paso adelante, y que la retirada definitiva hasta más allá de las fronteras argentinas, era un hecho inminente. En previsión de todo esto, distribuyó sus fuerzas. Situó al comandante Pachi Gorriti con su división sobre Jujuy, con orden de emboscarse. Al comandante Gabino de la Quintana con su división, dentro de la quebrada en León, nombrándolo comandante general de las partidas desde Jujuy hasta Hornillos, con orden de retirar sus víveres y combinar sus movimientos con Gorriti. Al comandante Corte, en el Río Blanco del otro lado del Río Grande, combinando movimientos con Quintana. La división de Arias la situó en Tilcara, ocupando el camino desde Hornillos á Cangrejos. El capitán José María Cornejo con su partida se estableció en Lagunillas, al norte de Castañares, observando el camino de la Caldera, y ligando la cadena de puestos de Salta con los de Jujuy. De este modo Olañeta quedó sitiado en Jujuy, más estrechamente aún que La Serna en Salta, cayendo en poder de los patriotas varios destacamentos y convoyes de municiones. Explicando estas medidas, decía Güemes: «He dado estas disposiciones porque me es im»posible creer que los enemigos piensen bajar y por»que así les tengo á retaguardia esas fuerzas prontas »y bien dispuestas, para que en caso de retirada los »hostilicen por vanguardia, quitándoles los víveres, »haciéndoles fuego de noche y día en emboscadas y »de todos los medios posibles, y si no se retiran, me »es más fácil conseguir ventajas en aquellos puntos, »en razón que los enemigos creen que la mayor fuerza »está aquí, y allí creen que no hay, y por lo mismo se »descuidan.»

Disipadas todas las esperanzas con que se había abierto aquella campaña y sintiendo que la situación empeoraba por momentos, La Serna se resignó á retroceder á los 19 días de haber ocupado la ciudad de

Salta. El 4 por la noche salió sigilosamente de la ciudad la primera columna, conduciendo el convoy de heridos y el parque: las sombras ocultaban su vergüenza.

En la madrugada del 5 siguió La Serna con el resto del ejército y en una marcha forzada de nueve leguas se puso en los Sauces, mitad del camino de Jujuy picando su retaguardia partidas de gauchos. A la media noche sintióse un pavoroso tropel, de carreras de caballos, que hacían estremecer el suelo; de tiros y alaridos en todas direcciones, que llenaban el aire. Una masa informe y negra, produciendo un ruido extraño, avanzaba con vertiginosa celeridad sobre la cabeza del campamento español, que estaba defendido por un barranco. Los realistas tomaron las armas y rompieron el fuego. La masa que avanzaba se dividió en dos y se corrió por los costados del campamento, que se iluminaron súbitamente por los fuegos de dos líneas de tiradores. Eran las partidas de gauchos de la retaguardia que ensayaban un nuevo género de hostilidad, lanzando sobre el campo realista varias manadas de yeguas cerriles con cueros secos de caballo atados á la cola, simulando un ataque general. Aun cuando los españoles sólo tuvieron algunos heridos y la pérdida de algunas mulas y caballos, su imaginación quedó profundamente herida por esta estratagema, que sus historiadores llaman «diabólica»; tal fué el espanto que les causó.

El 6 continuó la marcha y se renovó el tiroteo á lo largo del camino. Al llegar al Barranco Hondo, estrecho desfiladero en que la columna tenía necesariamente que prolongarse, todas las partidas se reconcentraron bajo las órdenes de Saravia, y disputaron tenazmente el paso. Fué necesario que Valdez en persona, al frente de las compañías de cazadores, despejara el camino, con pérdida de algunos hombres y caballos. En el mismo día 6 entró La Serna á Jujuy, y por la segunda vez el ejército español se vió reconcentrado y encerrado en su estrecho recinto.

Sería enojoso detallar las nuevas hostilidades de que continuaron siendo teatro los alrededores de Jujuy, repitiéndose las emboscadas, las guerrillas, los repelones de soldados y de caballos, los destacamentos tomados prisioneros y los diversos convoyes interceptados, que dieron por resultado decidir la definitiva retirada de los invasores. Güemes pintaba con verdad su situación tres días después del retroceso, al decir: «Su estado es el más triste y deplorable, en impotencia de avanzar, de subsistir allí y de retirarse.» Pero, como según las palabras de un historiador español, que se hallaba allí presente, «las cosas habían »llegado á punto que la pérdida de tiempo podía com»prometer la suerte del ejército y consiguientemen»te la de todo el Perú», la inmediata y pronta retirada fué unánimemente resuelta en una junta de guerra que al efecto convocó La Serna.

El 13 de mayo, antes de cumplirse los seis meses de iniciada la invasión, rompió su retirada la primera columna de evacuación compuesta de dos batallones de Chilotes y Partidarios, y los escuadrones de Húsares, Dragones y Cazadores, en custodia del parque de artillería y el hospital, al mando del brigadier Olañeta. Esta columna llevaba por misión posesionarse de un punto fuerte en la quebrada, á fin de asegurar la retirada y proporcionarse á la vez algunos ganados para la marcha. Seis días tardó en llegar á Tilcara, donde se fortificó. En el trayecto fué vivamente hostilizada, quemándole el campo que hubo de incendiar el parque, arrebatándole ganados y prisioneros, bajo un vivo fuego que le causó algunas pérdidas. El mismo día que esta columna salía de la plaza, eran atacados por las partidas de Rojas, apoyadas por la división de Saravia en reserva, los forrajeadores españoles y cuatro compañías del Gerona que los protegía. Una de estas compañías fuerte de 85 hombres, pretendió contener con sus fuegos el avance de los Infernales de Rojas; pero sobre el humo de la primera descarga estuvieron encima de ella, la acuchillaron, matando algunos é hiriendo otros, y to-

maron 13 prisioneros, incluso su capitán Joaquín Gómez de Barreda, siendo los trofeos de esta victoria, 33 fusiles y cartucheras, 3 sables, 1 clarín y 4 caballos y mulas ensilladas.

Por más que La Serna deseara activar la evacuación, le era forzoso permanecer sosteniendo la retaguardia en Jujuy. Falto de acémilas, tenía que esperar á que la columna que se había fortificado en Tilcara, le devolviera sus mulas de carga, á fin de poder moverse, «¡tan triste era el estado del ejército al regresar á las posiciones del Alto Perú que habían dejado!» exclama melancólicamente con este motivo el general español García Camba, que se hallaba presente, y sentía aún estremecerse la vieja fibra realista al consignar en sus páginas estos tristes pormenores 30 años después.

El 21 de mayo fué evacuada totalmente la ciudad de Jujuy por el resto del ejército invasor mandado por La Serna en persona, merced á las mulas que le llegaron escoltadas por el batallón de Chilotes. Desde la ciudad hasta el río León, marchó en medio de un fuego sostenido de guerrillas, que le causaron algunos heridos, agotando sus últimas fuerzas en pequeños combates. «Era doloroso (dice el general español »ya citado) ver y contemplar el estado lamentable en »que se retiraban estas tropas tan valientes, tan »sufridas, tan constantes, y que habían batido y dis»persado á sus contrarios; pero era tal la naturaleza »de esta guerra, que el vencedor salía perdiendo más »que el vencido.» Güemes, por su parte, agotaba sus últimas fuerzas en estas no interrumpidas hostilidades, pues él mismo estaba mal de caballos, y á duras penas había podido montar 300 hombres en regular estado.

Mientras la columna de La Serna seguía su penosa marcha, caminando una legua escasa por día, la división de Arias, reforzada por las partidas que operaban en la quebrada, tenía asediado el campamento fortificado en Tilcara—donde ya empezaba á hacerse sentir el hambre,—arrebatándole diariamente hombres

y cabalgaduras. Olañeta, que se había separado de su división al frente de una fuerte columna de infantería y caballería con el objeto de reunir algún ganado, encontró una resistencia tan enérgica en la quebrada de León, que, forzado á retroceder, desistió de su intento, y vióse obligado á mantenerse á la defensiva. La división de Saravia, de Corte, de Rojas, Quintana y varias otras partidas sueltas, habían convergido hacia la quebrada, y rodearon á Olañeta, llegando éste á verse tan comprometido que estuvo á punto de perderse. Por fortuna suya salió en su auxilio el coronel Carratalá al frente de otra fuerte división de infantería y caballería, y consiguió desembarazarlo. Ambas columnas reunidas entraron al campamento fortificado de Tilcara, sin haber podido reunir ni una res, perdiendo doce hombres muertos y heridos en la operación, y entre ellos un capitán.

El 1.° de junio se halló reunido todo el ejército español en Tilcara, arrastrándose penosamente sus divisiones á razón de dos millas por día obligadas á no soltar las armas de la mano de día ni de noche con abandono de sus rezagados y bagajes, conquistando cada res que mataban con un hombre que moría.

El 2 continuó el grueso del ejército su retirada, y quedó Olañeta con su división en Tilcara para cubrir la retaguardia. Una columna de 200 hombres que desprendió un día con el objeto de recoger algún ganado en uno de los valles laterales de la quebrada, regresó trayendo unas cuantas reses á costa de cinco muertos y diez heridos, contándose entre éstos el mismo coronel Castro que la mandaba y dos oficiales más.

Afortunadamente para los españoles, los caballos de Güemes rendían los últimos alientos en la persecución, así es que al llegar al pueblo de Humahuaca, sólo eran hostilizados por algunas partidas ligeras, de las divisiones de Arias y Quintana, que picaron activamente su retaguardia hasta la Negra Muerta, límite del despoblado que separa la región argentina

de la del Alto Perú, avanzándose luego hasta Abra Pampa y Puerto del Marqués. Al emprender esta travesía el ejército español, sólo llevaba como 25 caballos útiles; había quemado las cureñas de sus cañones y las cajas de sus fusiles, y no contaba para alimentarse sino con la carne de los caballos y de los burros que morían de cansancio.

He aquí cómo un general español, presente en aquella desastrosa retirada, pinta el estado del ejército de La Serna al tiempo de alcanzar las fronteras del Alto Perú: «Las penalidades, los sufrimientos y las »pérdidas que experimentó el ejército real en esta »campaña y retirada, ni fuera fácil describirlas con »puntualidad, ni á ser posible se creyera, tal es lo »singular y extraordinario de sus pormenores. En es»ta célebre retirada, á la que no obligaba la superio»ridad del enemigo, faltaron todos los recursos de sub»sistencia. Como los pastos se hallaban secos por lo »avanzado de la estación, los extenuados caballos y »mulas de carga quedaban sembrados por el camino, »consumidos de hambre, de fatiga y de cansancio. Hu»bo necesidad de destruir y consumir muchos efectos »de parque y municiones; la caballería llegó al Alto »Perú á pie, teniendo que quemar los bastes de la »mayor parte de las sillas. Las tropas vencedoras del »enemigo presentaban el aspecto de la más desastrosa »derrota.»

Una gran batalla ganada no habría dado más á los argentinos. Es que aquello era más que una derrota: era un desastre. El ejército español el primero de Sud América, cuyo nervio lo formaban los vencedores de Napoleón en Europa y de los argentinos en el Alto Perú, retrocedía militarmente vencido en lucha franca, moralmente humillado y hecho materialmente pedazos en su personal y material. De los 4.500 hombres con que invadía y fué reforzado, apenas llevaba 3.000, habiendo perdido como 1.000 hombres muertos, prisioneros y desertores, sin contar los que habían sucumbido por enfermedad. A excepción de las armas que llevaban en la mano y de los cañones

sin cureña, había perdido todo su material de guerra y sus cabalgaduras. Nunca fué dueño sino del terreno que pisó, y aunque sólido en el combate y valiente en la fatiga, las ventajas parciales que obtuvo fueron siempre pequeñas, luchando con fuerzas que eran inferiores en número, y sobre todo en disciplina, armamento y dirección. Por último, habían entrado en la creencia de que sus armas eran irresistibles, proclamando por boca de su general en jefe «que »un puñado de gauchos sin instrucción ni disciplina, »no podía oponerse á una tropa tan aguerrida, acos»tumbrada á vencer las mejores de Europa, siendo un »agravio el sólo compararlas, cuando además tenían »esas turbas que batirse con triplicadas fuerzas.» Y ahora, al retirarse vencidas ante ese puñado de gauchos mal armados, que tanto habían hecho alarde de despreciar, tenían que confesar que ellos solos habían bastado para defender el umbral de la República Argentina y hacerlos retroceder deshechos.

Las últimas partidas perseguidoras montadas en los últimos caballos de Salta, llegaron hasta Sococha, tomando prisioneros y recogiendo despojos; y hasta una partida volante desprendida por uno de los flancos desde Livi-Livi, se adelantó á la columna en retirada, y sorprendió en el pueblo de Tupiza á su guarnición, causándole algunas pérdidas y la obligó á encerrarse en el reducto.

Así terminó esta famosa campaña, la más extraordinaria como guerra defensiva ofensiva, la más completa como resultado militar, la más original por su estrategia, su táctica y sus medios de acción, y la más hermosa como movimiento de opinión patriótica y desenvolvimiento viril de fuerzas, de cuantas en su género puede presentar la historia del nuevo mundo. Salta correspondió á las esperanzas que en ella había depositado la República entera, y el caudillo que la dirigió en esta desigual y gloriosa lucha se hizo acreedor á la corona cívica y á la gratitud de sus conciudadanos.

Los honores que en vida se tributaron á Güemes

fueron merecidos. El general Belgrano, intérprete del sentimiento público, se dirigió al gobierno en estos términos: «Los distinguidos servicios de don Martín »Güemes, su constancia, sus trabajos, sus disposicio»nes militares para hostilizar al enemigo con el fru»to que se ha conseguido, y cuanto ha ejecutado con »los bravos de su mando para afianzar la independen»cia de la Nación, lo hacen acreedor á que se le pre»mie con el grado de coronel mayor, y se le señale ade»más una condecoración que perpetúe en su familia »el relevante mérito que ha adquirido.» El gobierno decretó además de otros honores «que el primogénito »de Güemes, sin distinción de sexo, gozase la pen»sión vitalicia de 400 $ anuales, para transmitir de »este modo á su primera sucesión el reconocimiento »de sus contemporáneos.»

En medio de estos honores, Güemes, en vista de la provincia de Salta desolada por la guerra y los sacrificios que le había impuesto, escribía á Belgrano: «Esta provincia por todos sus aspectos no me repre»senta más que un semblante de miseria, de lágrimas »y de agonía. Ya es inútil todo proyecto para pro»porcionar auxilios que franqueen las intenciones de la »guerra; pero ni para conservar la existencia de los »que deben sostenerla. La Nación sabe cuán grandes »sacrificios tiene hechos la provincia de Salta en fa»vor de su idolatrada libertad y debe saber se halla »dispuesta á otros mayores. He tocado en medio de »tantos conflictos el último de los recursos, cual es »imponer una contribución con anuencia del Cabildo, »para sostener la tropa que funda las esperanzas de »nuestra defensa, y sin embargo de ser la más exigua »y prudente, la multitud de clamores ha puesto en »problema mi resolución. Esta representación no tie»ne por objeto encarecer los servicios que Salta tiene »obligación de consagrar á la sociedad, sino exigir ar»bitrios que afiancen el éxito de sus más nobles es»fuerzos para conseguir el total exterminio del ene»migo.»

Este documento histórico, marcado con el timbre

del patriotismo heroico, realza la gloria de la provincia de Salta, hace honor al desinterés de su caudillo, que á pesar del poder despótico de que podía usar y abusar, y en medio de los vicios que deslustraban sus grandes calidades, poseyó esa virtud en alto grado, sin lucrar con el gobierno, y aplicó todos los recursos públicos y privados al servicio de la causa de la independencia argentina.

Para conmemorar y premiar esta famosa «Guerra de los Gauchos»—nombre glorioso con que pasará á la historia,—el gobierno, á propuesta de Belgrano, decretó una medalla de oro á Güemes, una de plata con brazos de oro para los comandantes; de plata para los oficiales; y para la tropa un escudo de paño blanco con la inscripción en letras celestes. Esta inscripción era igual para todos: «A los heroicos defensores de Salta.»

CAPITULO XXXIII

Las Republiquetas

1816-1817

La guerra de las Republiquetas, su carácter é importancia.—Distribución topográfica de la insurrección del Alto Perú.—Antecedentes históricos sobre ella y noticias sobre sus caudillos.—Contingente que dan al ejército argentino.—Su reorganización después de Sipe-Sipe.—Planes de Pezuela después de Wiluma.—Reseña de los jefes españoles en la guerra de las Republiquetas.—Expedición de Cinti, combates de Culpina y Uturango.—Segunda expedición de Cinti, combates de Aucapuñima y Arpajo.—Muerte de Camargo.—La guerra á muerte.—Ocupación de Tarija por los realistas.—La Republiqueta de Ayopaya.—Levantamiento de Chayanta.—Republiqueta de Larecaja.—Derrota y muerte de Muñecas.—La Republiqueta de La Laguna; empresas de Padilla, combates de Tarabuco, La Laguna y El Villar.—Muerte de Padilla.—La viuda de Padilla.—Expedición á Santa Cruz de la Sierra, batalla de Pari y muerte de Warnes.—Influencia de las Republiquetas en la guerra de la Independencia americana.—Nuevos levantamientos en Cinti y combate de Cañashuaíco.—Restauración de la repúbliqueta de Padilla.—Combate de La Laguna y Las Garzas.—Expedición de La Madrid al Alto Perú, combate y rendición de Tarija, sus maniobras y aventuras.—Derrota de Sopachuy.—Hostilidades en Tarija.—Nueva invasión de los españoles á Humahuaca.

Simultáneamente con los memorables acontecimientos narrados en los capítulos anteriores, se desenvolvían á espaldas del enemigo otros que con ellos se relacionan íntimamente, y que corresponden á nuestro cuadro histórico. Nos referimos á las insurrecciones populares del Alto Perú, que han pasado á la historia con la denominación de Guerras de las Republiquetas, que le dieron los contemporáneos, para distinguirlas de las Montoneras en la República Argentina.

Es ésta una de las guerras más extraordinarias por su genialidad, la más trágica por sus sangrientas represalias, y la más heroica por sus sacrificios obscu-

ros y deliberados. Lo lejano y aislado del teatro en que tuvo lugar, la multiplicidad de incidentes y situaciones que se suceden en ella fuera del círculo del horizonte histórico, la humildad de sus caudillos, de sus combatientes y de sus mártires, ha ocultado por mucho tiempo su verdadera grandeza, impidiendo apreciar con perfecto conocimiento de causa su influencia militar y su alcance político.

Como guerra popular, la de las Republiquetas precedió á la de Salta y le dió el ejemplo, aunque sin alcanzar igual éxito. Como esfuerzo persistente, que señala una causa profunda y general, ella duró 15 años, sin que durante un solo día se dejase de pelear, de morir y de matar en algún rincón de aquella elevada región mediterránea. La caracteriza moralmente el hecho de que, sucesiva ó alternativamente, figuraron en ella ciento dos caudillos más ó menos obscuros, de los cuales sólo nueve sobrevivieron á la lucha, pereciendo los noventa y tres restantes en los patíbulos ó en los campos de batalla, sin que uno solo capitulara, ni diese ni pidiese cuartel en el curso de tan tremenda guerra. Su importancia militar puede medirse más que por sus batallas y combates, por la influencia que tuvo en las grandes operaciones militares, paralizando por más de una vez la acción de ejércitos poderosos y triunfantes, como se ha visto ya, y como se comprenderá ahora mejor.

Como queda dicho, el primer grito de insurrección de la raza indígena y el primer grito de independencia de la raza criolla sudamericana, fué dado en el Alto Perú. Según queda narrado en los primeros capítulos de este libro, un año antes que estallara en Buenos Aires la gran revolución de 1810, habían subido al patíbulo en la ciudad de La Paz los primeros mártires de la independencia americana. Uno de ellos, hombre obscuro del pueblo, gritó al subir á la horca: «¡El fuego que he encendido no se apagará jamás!» Sus miembros despedazados, lo mismo que los de sus compañeros de causa, fueron clavados de firme en las pirámides de piedra, que en los caminos del Alto

Perú marcan las leguas. Allí permanecían aún como padrones de escarmiento, cuando antes de cumplirse un año, el grito profético de los revolucionarios de La Paz, dado el 16 de julio de 1809, fué repetido en Buenos Aires el 25 de mayo de 1810. Desde entonces y hasta la época que hemos llegado en nuestra narración, el Alto Perú fué el palenque en que se batieron americanos y realistas. Tres ejércitos argentinos llevaron sucesivamente sus armas á aquel territorio, obteniendo un triunfo, sufriendo cuatro derrotas, y evacuándolos vencidos por tres veces consecutivas.

En medio de estas alternativas, la opinión de los pueblos del Alto Perú acompañó constantemente á sus libertadores, así en la prosperidad como en el infortunio. Hemos visto ya cómo la heroica Cochabamba precedió con su alzamiento á las armas de la revolución argentina, respondiendo al triunfo de Suipacha con el de Aruhuma; cómo después de la derrota de Huaqui se alzó sola por dos veces por no doblar el cuello ante la espada del vencedor; y cómo se alzó por seis veces consecutivas, manteniendo en alto los pendones de la insurrección popular, aun sin esperanza de triunfo. Hemos visto cómo, después de Vilcapugio y Ayohuma, la insurrección se mantuvo indomable en Cochabamba, en Mizque, en Santa Cruz de la Sierra, en Tomina, en la Laguna y Pomabamba, acaudillada por Arenales, por Warnes y por Padilla, paralizando las operaciones del vencedor por su frente, y obligándolo á distraer la mitad de su ejército para cubrir su retaguardia amenazada. Por último, hemos visto, que después del gran triunfo de los españoles en Sipe-Sipe, la insurrección resurgió más enérgica y valiente en los valles y las montañas del norte, del centro y del oriente, asumiendo las proporciones de una verdadera guerra, que impidió así al vencedor llevar adelante inmediatamente su plan de invadir las Provincias Unidas, lo que dió tiempo á éstas para declarar su independencia, organizar sus elementos de acción, hacerse invencibles dentro de sus fronteras,

y llevar á su vez la guerra fuera de su territorio reconquistando á Chile y amenazando al Perú.

Lo más notable de este movimiento multiforme y anónimo es que, sin reconocer centro ni caudillo, parece obedecer á un plan preconcebido, cuando en realidad sólo lo impulsa la pasión y el instinto. Cada valle, cada montaña, cada desfiladero, cada aldea, es una republiqueta, un centro local de insurrección, que tiene su jefe independiente, su bandera y sus termópilas vecinales, y cuyos esfuerzos aislados, convergen sin embargo hacia un resultado general, que se produce sin el acuerdo previo de las partes. Y lo que hace más singular este movimiento y lo caracteriza, es que las multitudes insurreccionadas pertenecen casi en su totalidad á la raza indígena ó mestiza, y que esta masa inconsistente, armada solamente de palos y de piedras, cuyo concurso nunca pesó en las batallas, reemplaza con eficacia la acción de los ejércitos regulares ausentes, concurriendo á su triunfo como va á verse, con sus derrotas, más que con sus victorias.

Durante el año de 1816, este movimiento insurreccional y tumultuario, se localizó principalmente en seis puntos del territorio del Alto Perú, y se hizo fuerte en ellos, desafiando el poder de las armas españolas. Al norte de La Paz y sobre las márgenes del Desaguadero y del lago de Titi-Caca, se organizó y mantuvo una insurrección de indígenas, con su cuartel general en Larecaja, que extendía sus correrías hasta Omasuyos, interceptando los caminos con el Bajo Perú por aquella parte. Al centro se establecieron tres indomables republiquetas, que envolvían á Cochabamba por el sur, el norte y el oriente, pululando á su alrededor innumerables bandas de partidarios. Era la principal de éstas la de Ayopaya, que amenazaba los caminos de La Paz y Oruro, manteniéndose atrincherada en sus inexpugnables montañas y libre á su espalda la retirada al territorio de los Mosetenés y Yuracarés, que linda con el de Mojos. La otra tenía su asiento en Chayanta, interceptando las co-

municaciones entre Oruro y Potosí, y entre Cochabamba y Chuquisaca, y que, por falta de una retirada segura, fué fácilmente dominada varias veces. La tercera de las tres republiquetas que circundaban á Cochabamba, era la de Mizque, que mantenía sus comunicaciones con Santa Cruz de la Sierra por Valle Grande (otro centro de insurrección), y por su izquierda con Tomina, cuartel general de otra republiqueta limítrofe.

Desde Tomina hasta Pomabamba, entre el Río Grande ó Guapey y el Pilcomayo, se extendía una confederación de republiquetas, las cuales amenazaban las fronteras de Charcas, teniendo su retirada franca sobre el Chaco boreal. Alrededor de Potosí, interceptando los caminos entre esta ciudad y Chuquisaca, y los de ambas con Cochabamba, se interponían numerosas bandas de partidarios, cuyo centro eran Porco y Soporo, y se extendían hacia el sur ligándose con las insurrecciones de los valles y altiplanicies inmediatos. Al oriente de la segunda cadena de los Andes, cubierta por este gigantesco antemural y apoyando su espalda en las selvas de Mojos y Chiquitos, estaba la gran republiqueta de Santa Cruz de la Sierra, que hacía tres años se mantenía en armas, desafiando el poder español. Por último, desde Tarija á Chuquisaca, entre el Pilcomayo y el río de San Juan, ligándose al poniente con la insurrección de Tarija y al oriente con la de Tomina, se extendía otra línea de republiquetas con sus retiradas abiertas sobre el Chaco central. Cada uno de los valles de estas líneas que derraman sus aguas en el Pilcomayo, cada cordón de sierras, cada depresión del terreno, era una republiqueta, un foco de insurrección permanente, formando el núcleo de ellas la que tenía su asiento en la quebrada de Cinti. De las operaciones de todas estas republiquetas y de sus caudillos daremos oportunamente noticia en el curso de este capítulo.

Con esta distribución topográfica de las fuerzas insurreccionales del Alto Perú en 1816, podrá compren-

derse, que situado el grueso del ejército español en Cotagaita, su frente estaba cubierto por el río de San Juan, que se derrama en el Pilcomayo, y que por lo tanto, Potosí y Chuquisaca eran los puntos fuertes de su línea por la izquierda, formando Cinti un ángulo entrante. El extremo de esta línea se hallaba amagado por el frente, por el flanco y por la retaguardia, por las republiquetas de Cinti inmediatamente y por las de Pomabamba y la Laguna en su prolongación, las cuales circundaban á Chuquisaca. Las republiquetas que circundaban á Potosí y Cochabamba, quedaban situadas á retaguardia del centro de esta línea. La de Muñecas, al norte, sobre Titi-Caca, era un punto aislado que no formaba sistema con las demás. La de Santa Cruz de la Sierra, aunque aislada también por la barrera de los Andes orientales, era la base y la reserva de la línea de insurrección, que se extendía desde el Valle Grande y Mizque hasta la Laguna y Pomabamba, y por lo tanto una seria amenaza sobre la retaguardia de los realistas.

Hechas estas explicaciones sobre el carácter y la importancia de la insurrección popular del Alto Perú, y la distribución topográfica de sus fuerzas, necesitamos tomar el hilo de los sucesos inmediatamente después de Sipe-Sipe, haciendo preceder de algunos antecedentes históricos la crónica de las republiquetas de 1816 á 1817, y explicar cómo obraron sobre el flanco y la retaguardia del enemigo. Ligaremos en seguida sus operaciones con la expedición de La Madrid á que nos hemos referido antes, para volver después con sus últimos restos al territorio argentino, entrando de nuevo en la corriente de los acontecimientos generales que constituyen el fondo de este libro.

Cuando en 1815 el ejército argentino al mando del general Rondeau, invadió por tercera vez el Alto Perú, la insurrección popular de las republiquetas se hallaba de pie y triunfante en los grandes centros que hemos señalado.

Muñecas dominaba en Caupolicán, Omasuyos y La-

recaja al oriente del gran lago, cuna del imperio de los Incas. Todos los indios de esta agreste región obedecían su voz, y aunque inermes, hacía un año que se mantenían en insurrección. Era el Dr. Ildefonso Muñecas natural de Tucumán en la República Argentina, y se hallaba de cura del Sagrario del Cuzco cuando en 1814 estalló la sublevación de Pumakahua, en la que tomó parte. Hombre de inteligencia y de acción, se hizo notar desde luego como uno de los más ardientes tribunos de la revolución. «Los acostum»brados á morder el freno de la esclavitud (decía á »los peruanos) quieren que sigáis su ejemplo: echaos »sobre ellos y haced que no quede ni aun memoria »de tantos monstruos.» Nombrado secretario de Pinelo, uno de los tenientes de Pumakahua, le acompañó en su expedición á La Paz, y después de la derrota de éste, se retiró con algunos oficiales y emigrados de La Paz á los bosques de Larecaja, donde logró sublevar en masa todos los habitantes de la comarca, á los que gobernaba con su doble autoridad de cura y de caudillo, sirviendo así de vínculo á la insurrección popular del Alto y del Bajo Perú. Luego se verá la suerte que le cupo.

Padilla dominaba con sus armas el territorio entre el Río Grande y el Pilcomayo, bajo la dirección de Arenales, á quien había acompañado en sus últimas operaciones. Nacido en Chayanta el 29 de septiembre de 1773, tenía á la sazón 43 años de edad. Había empezado su carrera de partidario en 1812, realizando hazañas que le granjearon nombradía entre los patriotas, y hallándose en las batallas de Tucumán y Salta, siendo herido en la primera de ellas. Después de Ayohuma se mantuvo en el Alto Perú, al frente de algunas bandas de partidarios. Habiendo sido preso en una ocasión por los españoles, aprovechó un momento de descuido de sus guardias, mató de una puñalada al hombre que le ponía los grillos, y tomando un trabuco, continuó su vida de aventuras, sublevando el distrito de la Laguna, donde estableció el cuartel general de su republiqueta. Acompañábale en sus co-

rrerías su esposa doña Juana Azurday, que llegó á hacerse tan famosa como su marido por su valor, sus hazañas y por su ascendiente sobre los naturales. Esta heroína nacida en Chuquisaca en 1781, educada en un convento, casada con Padilla á los 24 años, de gallarda presencia, rostro hermoso, y tan valiente como virtuosa, contaba en aquella época 35 años de edad. En los combates vestía una túnica escarlata con franjas y alamares de oro y un ligero birrete con adornos de plata y plumas blancas y celestes.

Las primeras empresas de Padilla fueron felices, y le conquistaron el predominio de todas las republiquetas de aquella región, las cuales obedecían sus órdenes, llegando á reunir más de 4.000 hombres bajo su bandera. Para contener sus correrías se había levantado un fuerte en el pueblo de Presto, á 15 leguas de Chuquisaca. En enero de 1815, Padilla atacó el fuerte, guarnecido por una compañía del batallón Centro, y fué rechazado de las trincheras. Ufana la guarnición con su triunfo, salió á desafiarlo en campo abierto, y fué batida pór él, obligándola á rendirse á discreción. Batido á su vez en la Laguna á fines de marzo del mismo año, vino entonces en su auxilio la división de Arenales, que era la más bien organizada de todas aquellas republiquetas.

Unidos Arenales y Padilla, mantuvieron viva y pujante la insurrección desde Valle Grande hasta Yamparaez, teniendo en constante jaque á la guarnición de Chuquisaca, á la vez que interceptaban las comunicaciones entre esta ciudad y Cochabamba. De este modo, Arenales, nombrado gobernador de Cochabamba después de Ayohuma, había maniobrado alrededor de la cadena oriental de la cordillera, replegándose por Valle Grande, en sostén de los desfiladeros de Santa Cruz de la Sierra, triunfando en La Florida, reconquistando el terreno perdido, ya vencido, ya vencedor, acudiendo en auxilio de Padilla y subordinándolo á su plan. Cerró al fin el círculo de su gloriosa campaña entrando en Cochabamba, que había sido su punto de partida, al mismo tiempo que el ejército ar-

gentino volvía á pisar el territorio del Alto Perú, después de 18 meses de ausencia.

En Santa Cruz de la Sierra, gobernaba y dominaba el coronel D. Ignacio Warnes. Descendiente de inglés y de argentina, nacido en Buenos Aires, había empezado su carrera militar como cadete del regimiento de Blandengues de Montevideo, siendo ascendido á subteniente en 1795. En la clase de teniente, había asistido á la defensa de Buenos Aires contra los ingleses, en 1807. Enrolado en los primeros ejércitos de la revolución, acompañó á Belgrano en sus campañas del Paraguay, Tucumán y Salta, recibiendo los despachos de teniente coronel en 1811. Después de la desgraciada campaña de Vilcapugio y Ayohuma, fué nombrado por Belgrano en 1813 gobernador intendente de Santa Cruz de la Sierra, puesto en que debía morir é inmortalizarse. Evacuado el territorio del Alto Perú por las tropas argentinas, formó en Santa Cruz una división de las tres armas, con la cual pretendió por sí solo defender su territorio; pero, derrotado en los desfiladeros de la cordillera por las fuerzas españolas que se destacaron sobre él, tuvo que aislarse con sus restos en la división de Arenales, cuya autoridad militar había desconocido antes. Fué así como asistió á la batalla de La Florida en mayo de 1814, después de la cual regresó á la ciudad de Santa Cruz, en la que restableció su dominio, obligando al gobernador español Altolaguirre, que la había ocupado por el rey, á replegarse con su guarnición al territorio de Chiquitos. Warnes marchó en su persecución, lo derrotó en Santa Bárbara el 27 de noviembre de 1815, quedando muerto Altolaguirre de una lanzada, y obligó á su segundo Udaeta á emigrar á Cuyabá. Dueño absoluto desde entonces de aquella provincia, que gobernaba con dureza, haciendo temer su autoridad, se hallaba á la cabeza de 700 á 800 hombres de las tres armas con 5 piezas de artillería, sirviendo de base y de reserva á la insurrección que se extendía en el resto del país. Tal era la situación cuando el ejército

argentino se posesionó de Cochabamba antes de Sipe-Sipe.

En Ayopaya, distrito montañoso situado entre Cochabamba, La Paz y Oruro, había establecido su republiqueta el famoso guerrillero don José Miguel Lanza, natural del Alto Perú y muy práctico del terreno. Esta comarca se presentaba, así por su situación especial como por sus accidentes, á una ventajosa guerra ofensiva-defensiva de partidarios. Todo el país es una serranía elevada, cortado por quebradas estrechas y profundas, por cuyo fondo corren tumultuosamente los ríos que lo bañan, y van á derramarse en el Beni al oriente de la cordillera. Todos estos ríos y quebradas están pobladas de bosques, y hacia el norte, todo el país es una espesa selva. Por lo tanto, siendo este territorio inexpugnable por su configuración, era á la vez que una amenaza sobre el camino de Oruro y La Paz, un puesto avanzado del ejército patriota sobre el flanco y á retaguardia de los realistas situados en Oruro.

Por último, en el valle de Cinti dominaba el coronel don Vicente Camargo, indio rico del distrito, cuyo aspecto y energía en el mando, indicaba que por sus venas corría alguna sangre europea. Su fortuna, su genio emprendedor y la importancia militar del punto que ocupaba, le habían dado el dominio de todas las republiquetas de los valles adyacentes desde el Pilcomayo hasta Cotagaita, así es que su nombre era famoso en las fronteras de Orán y del Chaco, aun antes que el martirio lo ilustrase.

Un ejemplo dará idea de su sistema de guerra. Alarmados los españoles por el desarrollo que tomaba la republiqueta de Cinti, prepararon contra ella una expedición formal. Al efecto organizaron una columna de las tres armas, bajo el mando del coronel Enezarro y el comandante Jáuregui. Esto sucedía en febrero de 1815, tres meses antes de que el ejército de Rondeau invadiese el Alto Perú. Camargo, sin tropas organizadas y sin armas con que disputar el campo, tuvo que ceder á los primeros choques, con bastantes

pérdidas, y dispersó sus fuerzas en las montañas, con orden de acudir al primer llamado, señalándoles los puestos que debían ocupar. Hecho esto, dejó comprometerse á la columna española en el ameno valle de Cinti, espiando sus movimientos desde las alturas. Cuando los que se consideraban vencedores se replegaban cargados de botín y arreando los ganados de la comarca, se reconcentraron rápidamente los indios de la Loma, Cueva, San Lucas, Culpina y Quiriquira; coronaron los desfiladeros que necesariamente tenía que atravesar; y cayeron súbitamente sobre su retaguardia, cortándola. El coronel Enezarro, que acudió con un destacamento en protección de ella, fué muerto de una pedrada, quedando envueltos en la derrota 40 soldados que le acompañaban. El resto de la columna, poseído de pánico, se entregó á la fuga, arrojando sus armas, quedando muchos prisioneros y el botín rescatado en poder de Camargo. Los últimos restos perseguidos, se precipitaron en dispersión al río de la Palca Grande, donde perecieron muchos ahogados, yendo los demás á llevar la triste nueva al inmediato cuartel general de Cotagaita. Desde entonces había quedado Camargo en quieta posesión del ángulo entrante que formaba Cinti sobre la línea del río de San Juan, dominando á su espalda los desfiladeros que forman los contrafuertes de los Andes, á cuyo pie se extienden bosques del Chaco central.

Esta imponente actitud de las republiquetas del Alto Perú, era lo que había paralizado la acción de Pezuela después de Vilcapugio y Ayohuma; la que le obligó á desistir de la invasión que en 1814 inició sobre Salta y Tucumán, según queda explicado; y la que facilitó la invasión del ejército argentino en abril de 1815, asegurándole desde luego el dominio del país desde la Quiaca hasta los confines de Cochabamba, mientras el enemigo permanecía aislado en Oruro y La Paz.

Al abrir Rondeau su campaña sobre el Alto Perú, Muñecas se hizo sentir por la espalda de Pezuela, y empezó á embarazar la recluta que había mandado

hacer el general español por aquella parte. Zárate, caudillo de la republiqueta de Porco, se posesionó de Potosí á la cabeza de 4.000 indios, cometiendo muchos desórdenes. Chayanta le precedió en su marcha, levantándose en masa. Arenales, en combinación con Padilla y Camargo, tomó posesión de Chuquisaca, invadió á Cochabamba, obligó al enemigo á reconcentrarse en Oruro, y presentó al general argentino, al establecer su cuartel general en Chayanta, un contingente de más de 800 hombres, sobre cuya base se formó el regimiento número 12 de que ya se dió noticia.

Después de la derrota de Sipe-Sipe, todos estos contingentes se dispersaron en el país, replegándose los caudillos á sus respectivas republiquetas. El general vencido, menos previsor que Belgrano después de Ayohuma, no se cuidó de dictar ninguna providencia, y dejó entregada la insurrección del Alto Perú á su suerte. Fué éste un grande error ó un grande olvido. Si al menos el coronel Arenales hubiese quedado al frente de la insurrección, él habría podido, con su autoridad moral sobre las republiquetas, con el respeto que infundía al enemigo y con sus grandes calidades de guerrero y administrador, darles la cohesión que les faltó después, renovando en el mismo teatro sus anteriores hazañas; pero no recibió Arenales orden alguna y siguió al ejército derrotado en su retirada.

No quedó más centro militar organizado que el de Santa Cruz de la Sierra, y éste mismo hubo de ser anarquizado por la única providencia que el general argentino dictó respecto de las republiquetas. Sea por indicaciones de Arenales, con quien Warnes había quedado en desacuerdo después de la batalla de La Florida; sea, como se ha repetido, á petición de un partido local del mismo Santa Cruz, que reclamó su remoción quejándose de la dureza de su gobierno, el hecho es, que el general nombró para reemplazarle el coronel don Santiago de la Carrera, antiguo gobernador intendente de Córdoba y natural de esta ciudad, que

en 1813 había conducido los Auxiliares Argentinos á Chile, y á la sazón formaba parte del ejército del Perú. El coronel Carrera llegó á Santa Cruz en circunstancias en que Warnes se hallaba comprometido en su expedición á Chiquitos, y se recibió sin oposición del gobierno de la provincia; pero sin fuerza moral ni material que lo apoyase. El partido de Warnes, que era poderoso, tramó una conspiración contra el nuevo gobernador, sublevó la plebe, y Carrera fué muerto por los amotinados. Poco después regresó Warnes, triunfante de la expedición de Chiquitos, y reasumió de hecho el gobierno, en los momentos en que el ejército era vencido en Sipe-Sipe.

Empero que Warnes fuese un hombre de temple heroico, no tenía ningún ascendiente sobre las republiquetas al poniente de la segunda cordillera, ni poseía las altas cualidades de Arenales, además de que jamás había manifestado aspiraciones de ensanchar el círculo de sus operaciones fuera de los límites de la provincia de su mando, con la cual se había identificado, y en cuya defensa debía rendir su vida. Camargo era simplemente un caudillo local, que sólo tenía importancia en las fragosidades de Cinti. Las aspiraciones de Lanza no iban más allá de las quebradas de Ayopaya. Padilla, el más popular de todos los caudillos de las republiquetas del centro, era activo, valiente, ejercía sobre las multitudes y los jefes que las acaudillaban, pero carecía de los talentos del administrador y del guerrero, como lo mostró después, no obstante sus proezas y las señaladas ventajas que alcanzó en la guerra de partidarios, que continuó sosteniendo por su cuenta con los mismos elementos salvados del campo de la derrota.

Los más gruesos trozos de los dispersos, acompañaron á Padilla en su retirada después de Sipe-Sipe. Con ellos volvió á organizar su antigua republiqueta en Tomina, entre el Río Grande y el Pilcomayo, estableciendo su cuartel general en la Laguna, que se convirtió en el principal foco de la insurrección. Empero, esta insurrección sólo era popular entre los in-

dígenas, y sólo entre ellos y los mestizos se reclutaban sus fuerzas, permaneciendo el resto de la población ajeno al movimiento, cuando no hostil, y contribuyó á crear este alejamiento los excesos que cometieron los dispersos y las crueldades de los mismos indios en represalia de las de los españoles.

A los dos meses de la derrota de Sipe-Sipe casi todo el país se hallaba sublevado, y á los tres meses las republiquetas tomaban de nuevo la ofensiva sobre las tropas españolas. El general vencido recibía en un mismo día en Jujuy los partes de casi todos los caudillos de la insurrección, en que le daban cuenta de su situación y le pedían sus órdenes. Muñecas le escribía desde su cuartel general en Ayata, que se mantenía firme en Larecaja. Padilla, le anunciaba desde Yamparaez su marcha sobre Chuquisaca. Camargo le decía que proyectaba invadir á Potosí y Oruro y pedía armas para ello. Betanzos (otro caudillo que aparecía), le escribía desde Colpa, que había interceptado el camino entre el Potosí y el cuartel general español en Cotagaita. Uriondo, nombrado teniente gobernador de Tarija, le participaba que se mantenía firme y meditaba nuevas empresas. La resistencia popular continuaba, pues, en toda la línea.

Pezuela, mientras tanto, consideraba el país subyugado y pacificado; y persuadido de no dejar á su espalda enemigos que lo hostilizasen, ni tener á su frente ejércitos que pudiesen contener su avance, se disponía á llevar adelante su plan de invasión á las provincias argentinas. Al efecto, inmediatamente después de Sipe-Sipe, adelantó su vanguardia al mando de Olañeta hacia la frontera de Salta y Tarija, reforzándola con un regimiento de infantería á las órdenes del general don Antonio María Alvarez y dos escuadrones de caballería al mando del coronel don José Melchor Lavín. Sucesivamente distribuyó las guarniciones para asegurar la ocupación militar, destinando algunas columnas expedicionarias á fin de apagar las últimas chispas del incendio que daba por extinguido. Guarneció convenientemente con tropas veteranas las

ciudades de La Paz, Oruro y Cochabamba: destinó al general Tacón con el primer regimiento á Potosí, y al coronel don Santos La Hera con el batallón Centro á Chuquisaca. Al mismo tiempo, dispuso, que el coronel don Javier Aguilera con su batallón de Fernando VII, pasara á remontarse en Valle Grande, con el objeto de expedicionar sobre Santa Cruz de la Sierra y reducir á la obediencia del rey esta provincia.

Todos estos jefes destinados á figurar en primera línea combatiendo las republiquetas, se hacían notar por diversas cualidades. La Hera era un oficial prevenido en el campamento, sólido en el campo de batalla, constante en los reveses, y poseía buenos conocimientos militares. Tacón gozaba de alta reputación como jefe, aun cuando nunca tuvo ocasión de acreditar su valor en la guerra de América: era de un carácter sombrío, duro con el país que gobernaba, é implacable con los enemigos vencidos. La figura más original era la de Aguilera. Hijo del Alto Perú, nacido en Santa Cruz de la Sierra, había estudiado teología en Chuquisaca. Obeso, de ojos rasgados inyectados de sangre, de una voluntad de hierro y animado de pasiones profundas, era un hombre de un valor feroz, digno de medirse con Warnes. Alvarez, era peruano y hermano del general don Ignacio Alvarez Tomás, que acababa de ser Director Supremo de las Provincias Unidas; por su valiente comportación había sido ascendido á brigadier en el campo de batalla de Sipe-Sipe. Lavín, era argentino, nacido en Entre Ríos, de padre español que le envió á estudiar á Chuquisaca, donde al estallar la revolución se enroló bajo la bandera realista: valiente, fríamente cruel, activo en sus movimientos y ardiente en la pelea, era un enemigo terrible antes y después del triunfo. Sucesivamente aparecerán en esta guerra, bajo las banderas del rey, otras figuras que haremos conocer, siendo por el momento las anteriores las que inmediatamente van á entrar en escena.

Casi simultáneamente con esta distribución de fuerzas y de mandos territoriales, marchó Pezuela con el

resto del ejército á establecer su cuartel general en Cotagaita, amagando la frontera argentina. Aun no había establecido sobre ella sus avanzadas, cuando empezaron á estallar en todo el país levantamientos parciales, que según la enérgica expresión de un historiador español, actor en aquella guerra, llenaban el vacío que las tropas dejaban á retaguardia. No les dió desde luego la importancia que realmente tenían; pero llamó seriamente su atención el hecho de que los habitantes de Cinti y de los valles inmediatos de Santa Helena, Ingaguasi y Culpina hubiesen levantado de nuevo el pendón de la insurrección sobre su flanco izquierdo, y sobre la misma frontera que debía formar la base de las operaciones invasoras. La atención se convirtió en alarma cuando corrió la voz que el famoso Camargo la acaudillaba, y que estaba allí el renombrado mayor La Madrid, cuyas empresas temerarias le hacían respetar de sus enemigos.

La Madrid se hallaba en efecto con Camargo, situado precisamente sobre el flanco izquierdo de la línea que los españoles debían ocupar á lo largo del río de San Juan. Después de Sipe-Sipe, había reunido allí algunos dispersos del ejército, y formado con ellos un escuadrón de caballería de 80 hombres y una compañía de 50 infantes medio armados. Hecho esto, se había trasladado al cuartel general argentino en Moraya, regresando inmediatamente con la autorización para hostilizar al enemigo por aquella parte. Camargo, con sus indios armados de hondas y macanas, le había ofrecido apoyarlo. La Madrid, que nunca había mandado en jefe un cuerpo de tropas tan numeroso, se creía en aptitud de medirse con todo el ejército español, y esperaba impaciente el día de la pelea, que no tardó en llegar, con novelesca gloria para su ardiente coraje, pero con mengua de sus aptitudes para el mando en jefe.

Los españoles destacaron sobre Cinti á fines de enero, una columna de infantería y caballería, compuesta de un batallón y un escuadrón (como 500 á 600 hombres) al mando del brigadier Alvarez. Los atalayas

de los cerros anunciaron á Camargo que la columna penetraba á Cinti, por la parte superior, camino de Potosí. Inmediatamente se hizo la señal de alarma, encendiendo hogueras en lo alto de la sierra de Santa Helena y Cinti, que forman el valle de este nombre, á cuyo fondo por el sur corre el río Pilaya, afluente del Pilcomayo.

A inmediaciones del Pilcomayo, sobre su margen izquierda y apoyándose en la sierra de Santa Helena, están los ingenios de Culpina, situados entre dos cerros, á cuyo pie se extiende una campiña de media legua de ancho y como una legua de largo, adecuada á las maniobras de caballería. Allí esperó La Madrid á sus contrarios el 31 de enero de 1816, con su caballería formada en batalla en campo abierto y sus infantes destacados. Los indios sostenían esta actitud encaramados en los cerros inmediatos, fuera de tiro de fusil. Sólo un héroe á lo Carlos XII, con casco á la jineta, podía adoptar esta disposición de combate, y sólo él podía realizar las extraordinarias hazañas que vamos á narrar.

El enemigo asomó por el este, formado en columna, con dos alas de caballería en la prolongación de sus flancos, y á media cuesta desprendió á su frente una guerrilla de infantería. La Madrid salió á su encuentro en la planicie intermedia de los dos cerros, y fraccionó su fuerza con dos ataques falsos, el uno con los infantes por la derecha y el otro con 16 jinetes por la izquierda, manteniéndose él en el centro con el grueso del escuadrón, fuerte de 64 hombres, en actitud de carga. A los primeros tiros desaparecieron las alas de La Madrid. El delirio del combate se apoderó desde aquel momento de él. Al frente de 10 hombres cargó en protección de sus 16 jinetes por la izquierda, mientras el enemigo avanzaba hasta ponerse á tiro del escuadrón, hiriendo algunos de sus soldados. Entonces La Madrid vuelve á ponerse al frente de su caballería, la proclama y manda tocar á degüello. La columna hace alto, y la primera fila de la cabeza hinca rodilla en tierra calando bayoneta. Sobre

la línea de cazadores, todo el escuadrón vuelve caras, y deja en el campo cinco ó seis muertos, llevando siete heridos. Sólo tres soldados, José Santos Frías, puntano; Gregorio Jaramillo, salteño, y Juan Manzanares, paraguayo, siguen acompañando en la carga á su heroico y temerario jefe, el cual, dando espuelas á su caballo, se lanza sobre la línea de fuegos, recibe una descarga, y aparece pocos momentos con sus tres soldados á retaguardia de la columna, enarbolando en la punta de su espada una pequeña bandera argentina, que era la señal de reunión, ¡sin haber sufrido más que una contusión de fusil!

Rehecho el escuadrón, bajo la protección de los indios de Camargo, que coronaban las alturas, avanzó sobre el campo que poco antes ocupaban los españoles, y donde habían dejado sus equipajes á cargo de una guardia. La columna contramarchó en protección de ella, y La Madrid salió de nuevo á su encuentro en dos grupos, los cuales se corrieron por los flancos sin chocar, dejando él su caballo muerto con cinco balazos y tres bayonetazos sobre la línea de la primera fila. Los españoles, asombrados de aquel valor tan insensato como estéril, gritaban: «¡No lo maten! ¡Alto el fuego!» al ver á un hombre solo y á pie, corriendo por el campo con la espada en la mano. Debió su salvación al oportuno auxilio que le prestaron sus no menos valerosos compañeros Frías, Jaramillo y Manzanares, quienes lo levantaron en ancas, cogiéndole por el corbatín y otro por el faldón de la casaca. Sin intimidarse por estos fracasos, rehizo por segunda vez su escuadrón, bajo la protección de los indios, y volvió con él al campo de batalla, situándose á corta distancia del enemigo, que se había posesionado de la casa de los ingenios.

La noche se pasó en alarma por una y otra parte. Al día siguiente (1.° de febrero) un copioso aguacero impidió que siguieran las hostilidades. Esta interrupción fué favorable á los patriotas. Las avenidas del río San Juan habían impedido que se reuniesen oportunamente los contingentes de Camargo; pero en la

noche de este día se le presentaron 150 naturales, con lo cual reunió una división de más de 400 honderos, que inmediatamente ocuparon sus puestos de combate en las alturas.

Aquí empieza á intervenir un nuevo elemento y una nueva táctica: el indio rústico superará en inteligencia y previsión al general español y al paladín argentino. Las montañas serán á la vez las murallas y los proyectiles de los nuevos combatientes, y sin más armas que los brazos, ni más municiones que las piedras del camino, fijarán la victoria de la manera más extraordinaria.

Amaneció el día 2, y el enemigo escaso de municiones, pues no había llevado sino las de las cartucheras; falto de víveres, pues todos los ganados habían sido retirados; y viendo que por momentos engrosaba el número de indios que coronaban los cerros inmediatos, juzgó prudente emprender su retirada hacia el pueblo de Cinti, por el camino de las alturas para precaverse de una celada. La configuración del terreno le obligó empero, muy pronto, á descender al fondo del valle y entrar á la profunda y escarpada quebrada de Uturango, paso preciso y el camino más corto para remontar al valle. Apenas la columna se comprometió en este paso, empezaron á llover piedras disparadas desde las alturas por los honderos de Camargo. Los españoles contestaron con descargas cerradas por mitades, y continuaron su peligrosa marcha recogiendo sus heridos. Los indios parecieron intimidarse, y huyeron en desbandada. Más adelante el camino se estrechaba, siendo necesario pasarlo en desfilada, y faldear un empinado despeñadero situado sobre el flanco derecho. Allí estaba Camargo emboscado con los indios que habían hecho ademán de huir.

Luego que la columna se hubo prolongado en aquella angostura, se oyó repentinamente un espantoso fragor: la montaña pareció deshacerse en su cima y conmoverse en su base. En seguida resonaron alaridos de triunfo en lo alto y lamentos y maldiciones en el

fondo del precipicio. Eran las armas de la republiqueta de Cinti, que intervenían en el combate; eran las formidables «galgas» de los antiguos peruanos, que aplastaban la columna española. Peñascos de gran volumen y de muchas toneladas de peso, que requerían la fuerza de 40 á 50 hombres para ser removidos, se desprendían de la cima, rodaban por la pendiente casi perpendicular del despeñadero, arrastraban á su paso multitud de piedras de distinto tamaño, se sucedían sin interrupción, y caían al fondo, rompiendo la columna española en varios pedazos, que se agitaban en el estrecho sendero como los fragmentos de una serpiente. Al mismo tiempo, la caballería de La Madrid picaba su retaguardia, completando la derrota.

El pánico se apoderó de los realistas, que huyeron de carrera tendida y en desorden, dejando en el campo como 60 muertos, 74 fusiles útiles, varios caballos ensillados y mulas cargadas, quedando el suelo sembrado de miembros humanos y armas destrozadas.

Así perseguida á pedradas desde altura en altura, y dejando algunos rezagados, la columna fugitiva llegó el día 3 hasta el río de la Parca Grande, que estaba á nado, y tenía necesariamente que atravesar para llegar al pueblo de Cinti. Allí fué alcanzada y obligada á precipitarse en su corriente, ahogándose algunos soldados. Siguió apresuradamente su marcha, cruzó el pueblo de Cinti sin detenerse, trepó las alturas de su izquierda para esquivar la persecución, y pocos días después entró con la mitad menos de su fuerza en el cuartel general de Cotagaita, á la sordina, con su bandera arrollada.

La Madrid, incapaz de concebir ni ejecutar un plan metódico de campaña, y mucho menos de sujetarse á una guerra defensiva, se separó de Camargo el día 5 de febrero, llevándose los prisioneros de Uturango y Cinti, que pasaban de veinte, en busca de nuevas aventuras en Tarija, donde á la sazón operaba Uriondo. Los españoles, por su parte, profundamente alarmados por el desastre de Alvarez, y la presencia de tan temerario jefe sobre su flanco, destacaron sobre

él una columna compuesta de un batallón, un escuadrón y algunos destacamentos de la vanguardia de Olañeta, á fin de cortarle la retirada del río de San Juan, reuniéndose al efecto en el pueblo de este nombre más de 1.000 hombres de infantería y caballería. El 12 de febrero por la mañana, se encontró La Madrid con la caballería enemiga, mandada por el tránsfuga argentino Eustaquio González, natural de Córdoba, y después de un combate desatinado, con pérdidas por una y otra parte, se vió obligado á arrojarse al río de San Juan á nado, perdiendo allí sus prisioneros y algunos hombres que se ahogaron. Así descalabrado, alcanzó hasta Tarija, y al frente de 150 hombres llegó al cuartel general de Jujuy, rodeado de una aureola de gloria aventurera que debía ser funesta á la causa de la revolución en lo futuro. Camargo quedó solo en la republiqueta de Cinti.

Para neutralizar el mal efecto del desastre de Cinti, proyectó Pezuela una nueva expedición sobre Camargo, cuya dirección encomendó al comandante Centeno (que ya hemos hecho conocer), al frente del batallón Chilotes (por otro nombre de Castro), y un escuadrón de su propia guardia, encargando al coronel Olarria que la protegiese con 200 infantes y 200 jinetes sacados de la guarnición de Potosí. Centeno, después de arrollar algunas avanzadas, se posesionó del pueblo de Cinti el 12 de marzo, con la pérdida de unos veinte hombres entre muertos y heridos, y se encontró allí con Camargo, que al frente de más de 2.000 indios armados de honda y palo y algunos de fusil, puso sitio al referido pueblo, ocupando las alturas inmediatas.

Centeno habría tenido probablemente que rendirse ó emprender una retirada tan desastrosa como la de Alvarez, si oportunamente no hubiese acudido en su auxilio la columna Olarria, situada á prevención en la Parca Grande. Camargo se replegó entonces á Culpina, apoyando su espalda en la sierra de Santa Helena, y Centeno tomó de nuevo la ofensiva por el frente, mientras Olarria marchaba por el camino de

San Juan para cortar la retirada de los defensores del valle. El terreno fué, empero, disputado palmo á palmo: á medida que Centeno se internaba hacia Culpina, las fuerzas de Camargo le tomaban la retaguardia y lo hostilizaban por los flancos, sin presentarle objetivo determinado, le retiró los víveres, é interceptó sus comunicaciones y obligándole al fin á encerrarse en el pueblo de Santa Helena, lo que hizo fracasar su combinación con la columna de Olarria.

Así que Centeno se comprometió en las anfractuosidades, en cuyo laberinto se encuentra el pueblo de Santa Helena, se vió rodeado de una nube de enemigos, que lanzándole piedras le gritaban: «¡Ladrones, á la bolsa!» El jefe español comprendió que estaba perdido si no tomaba la iniciativa, y se decidió á llevar el ataque. El 27 de marzo avanzó en consecuencia en dos columnas sobre los cerros de Aucapuñima, donde se había establecido Camargo. La primera columna fué rechazada por tres veces, teniendo Centeno que acudir con la segunda en su auxilio, y empeñóse con tal motivo un combate encarnizado á bala, bayoneta, piedra y macana, que el mismo Centeno refiere de este modo: «Duró la acción una hora, y aseguro, sin la »menor exageración, que jamás he visto despecho ni »energía semejante á la de estos enemigos, que asalta»ban los fusiles como si no ofendiesen. Los soldados »mezclados ya con ellos andaban en una continua lu»cha forcejeando de las armas que se les quería qui»tar de las manos, y como el diluvio de piedras y el »arrojo y precipitación de aquéllos no daba lugar á la »continuación del fuego, fué preciso combatir á bayo»neta calada.» Nunca ningún enemigo ha hecho un elogio mayor de su enemigo. Centeno dice que el resultado fué la derrota de Camargo, dejando en el campo como 40 muertos, 7 prisioneros y 4 fusiles; pero agrega á renglón seguido, que «dispersos (los indios) »en cinco grupos, por diferentes rumbos y despeña»deros, se pusieron á la vista en número como de »2.000 hombres,» confesando por su parte una pérdida de 120 hombres entre muertos, heridos y contusos

de piedras, pasando estos últimos de 100. Para consolarse, Centeno mandó pasar por las armas á los siete prisioneros, entre los cuales se encontraba el caudillejo Rudesindo Avila, cuya cabeza fué mandada clavar en el camino de Culpina. Más tarde le trajeron otro caudillejo llamado Manuel Díaz, á quien según sus propias palabras «hizo pasar por palos y pedradas, á usanza de ellos.»

La verdad es que la columna española estaba perdida, según lo confesó oficialmente á Pezuela el mismo jefe realista ocho días después, en estos términos: «Los enemigos, valientes, sagaces y engreídos con los »sucesos anteriores, posesionados de unas ventajas ca»paces de combatir todo nuestro ejército, y que por »más que me empeñase, me era necesaria la pérdida »y aniquilación en los continuos ataques que me pre»sentaban con aumento de fuerzas y de entusiasmo, me »persuadían una desairada resulta: ya no teníamos »con que desayunarnos, porque nos cortaron todos los »recursos. En este estado y en medio de las más tris»tes cavilaciones, quiso Dios protegerme.» Así como el elogio al enemigo había sido explícito, la confesión de la derrota no podía ser más franca.

En tal situación, el Dios que invocaba se apareció al jefe español bajo la forma de dos indios, comprados á precio de oro por un vecino de Cinti, que hasta entonces había pasado por patriota. Estos traidores, desertados del campo patriota, se presentaron á Centeno el 2 de abril, le dieron noticia puntual de la fuerza, de sus preparativos de defensa y del plan de ataque que meditaba Camargo, comprometiéndose á guiarlo por el único sendero por donde la montaña era accesible. En consecuencia, la infantería española se puso en marcha sigilosamente á las 8 de la noche, apostando su caballería en la llanura, en que se levanta el gran cerro que servía de fortaleza á los de Cinti, y al cual los naturales dan el nombre de Arpajo.

A la madrugada del día 3 se hallaban situados los realistas sobre una eminencia que domina la posición,

y desde ella se precipitaron con ímpetu, tomando de sorpresa el campamento patriota. Siguióse una matanza horrorosa. Camargo, que procuró defenderse á pie, cayó herido de un balazo y fué tomado prisionero. El mismo Centeno lo degolló en el acto, cabiendo igual suerte á su segundo Villaruvia y su asesor Centeno. La cabeza de Camargo fué remitida al cuartel general de Cotagaita, y clavada allí en un palo. Más de novecientas víctimas fueron sacrificadas en el campo de batalla y en los cadalsos, y en seguida fueron saqueadas y quemadas las haciendas. Así cayó la republiqueta de Cinti. El pueblo de Cinti, capital de esta comarca, que antes llevaba este nombre, se llama hoy de Camargo, en honor y perpetua memoria del héroe y del mártir de aquella obscura y memorable guerra.

La importancia de este triunfo puede medirse por la que le dió el mismo jefe vencedor. «La increíble »sorpresa (dice Centeno) y destrucción de Camargo y »su ejército, todo es debido al manifiesto milagro de »Nuestra Señora del Carmen. Ella nos ha prosperado »más allá de lo que creíamos. El completo triunfo, á »que yo mismo parece que no quiero persuadirme, »sus circunstancias misteriosas y los resultados tan »satisfactorios como funestos, no caben todavía en mi »creencia, porque jamás pensé concluir con esta expe»dición, aunque tuviese redoblada fuerza.»

Todo parecía concluído; pero no bien hubo evacuado el batallón de Chilotes el valle de Cinti, volvieron los indios á levantarse en masa. El subdelegado, al frente de alguna tropa y paisanaje armado, salió á batirlos y cayó en una emboscada; fué muerto aquél de una pedrada y bárbaramente mutilado en seguida, sucumbiendo todo el destacamento. Al mismo tiempo (mayo de 1816) se sublevaron los indios de la contigua quebrada de Vilacãya y Vitiche, atrincherándose en el cerro de Nuqui: los de Puna y San Lucas seguían su ejemplo y el caudillo Betanzos interceptaba el camino entre Potosí y el cuartel general de Cotagaita, obrando en combinación con los caudillos de

Porco, Cardoso y Fuentes. Nuevas fuerzas expedicionarias, salieron contra ellos. El Cerro de Nuqui fué tomado y retomado dos veces por los españoles, matando á todos los prisioneros. En Vitiche los primeros 15 indios que se tomaron fueron muertos á palos, cabiendo igual suerte á 11 más que cayeron en seguida. El pueblo de San Lucas, fué entregado á las llamas en castigo de su rebeldía. Los habitantes de Cinti fueron despojados de sus últimos ganados. La guerra á muerte recrudecía. Cardoso y Fuentes fueron batidos, sus partidarios pasados á cuchillo, y sus cabezas clavadas al lado de la de Camargo.

Simultáneamente con la derrota y muerte de Camargo, se posesionaba Olañeta de Tarija, estableciéndose allí poco después el coronel Lavín con sus escuadrones de caballería y alguna infantería. Uriondo y La Madrid, que concertaban operaciones sobre la línea de San Juan, contando con el apoyo de Camargo, se vieron obligados á replegarse al inmediato valle de Concepción, donde, perseguidos por Lavín y después de algunos combates, se concentraron en Baritú sobre la frontera de Orán. Sólo quedaron sobre Tarija los caudillos locales Méndez y Mendieta, al frente de sus respectivas partidas, que obligaron á Lavín á mantenerse en cautelosa vigilancia, circunscripto á la población. Animados por algunos sucesos parciales, combinaron un ataque sobre Tarija, al cual sólo concurrió Mendieta, quien fué completamente derrotado, dejando en el campo un cañón que llevaba y algunos muertos y prisioneros.

El brigadier O'Relly, irlandés, al servicio de la España desde su juventud, fué encargado de ocupar militarmente el valle de Cinti. Olañeta se trasladó al despoblado con el objeto de desalojar al marqués del Tojo, de Casabindo, obligándolo á replegarse sobre Yavi, donde le esperaba la derrota, de que ya hemos dado noticia. De este modo quedó asegurada la izquierda y la derecha realista, y descubierta la frontera argentina desde el despoblado hasta Cinti.

Mientras tanto, la republiqueta de Ayopaya resis-

tía valientemente bajo la dirección de Lanza, haciendo frecuentes incursiones sobre el camino de La Paz y Oruro. Una columna compuesta de fuerzas de Cochabamba y Oruro fué dirigida contra él, intentando el gobernador de Oruro, Benavente, forzar la posición que ocupaba, á la cabeza de 70 fusileros; pero las terribles galgas volvieron á funcionar, y los invasores huyeron despavoridos, dejando en el campo 20 muertos. Una nueva expedición, compuesta de un batallón al mando del comandante Lezama, tuvo la misma suerte de la anterior. Sin enemigo que combatir, privado de todo recurso para subsistir, perdida entre sus fragosidades, la columna expedicionaria se vió obligada á contramarchar, teniendo que hacerlo por uno de los muchos desfiladeros que cortan la comarca, cuya descripción hemos hecho ya. Allí lo esperaba emboscado uno de los tenientes de Lanza, llamado Chinchilla, el cual atacó de improviso, haciéndole perder una parte de su fuerza. Desde entonces la republiqueta de Ayopaya fué declarada invencible, y Lanza se sostuvo en ella hasta 1825 en que los americanos triunfaron en Ayacucho.

Los de Chayanta se sublevaban por sexta ó séptima vez, y armados de hondas y macanas ponían en campaña 200 hombres, que no tardaron en ser dispersados, sin dejar por esto de continuar la guerra en pequeñas partidas y aun individualmente.

La republiqueta de Muñecas en Larecaja se sostenía aún. Había iniciado en 1815 sus hostilidades sobre Puno y La Paz, obrando de acuerdo con los caudillos Monroy, Carreri y Carrión, escapados como él de la derrota de Pinelo. Batidos éstos en los altos Paucarcolla (entre Puno y Lampa), Monroy viéndose perdido se suicidó de un pistoletazo. Carrión, Carreri y cinco compañeros más, fueron fusilados, y sus cabezas clavadas en los caminos. Muñecas se internó á Larecaja por Huancané, rodeando el lago de Titi-Caca por el norte y sublevó todo el país hasta Omasuyos, amenazando por el extremo opuesto los departamentos de Puno y La Paz. Una expedición como de

400 hombres salió en su persecución, en enero de 1816; pero después de 35 días de hostilidades se vió obligada á evacuar el territorio, quedando él dueño de todo el oriente del gran lago. Por tercera vez se organizó otra expedición combinada y partieron una columna de La Paz al mando del comandante Aveleira y otra de Puno á las órdenes del coronel don Agustín Gamarra (famoso después en el Perú), los cuales rodeando el lago en sentido opuesto, debían estrechar á Muñecas sobre la cordillera de Sorata. Alcanzado á fines de febrero, al norte de este gran nevado, en la cordillera de Cololó, fué completamente batido por Gamarra el 27 de febrero, tomándole 106 prisioneros mestizos, que componían su batallón sagrado. Todos fueron pasados por las armas, y las cabezas de los oficiales colgadas en los pueblos que circundaban el lago. Muñecas salvó por el momento, pero destruído el núcleo militar que daba nervio á la insurrección, los mismos indios entre quienes se refugió, lo entregaron con 30 compañeros más, que en masa fueron también pasados por las armas. Muñecas, enviado por Pezuela para ser degradado en el Cuzco y ahorcado allí, fué muerto en el camino antes de llegar al Desaguadero (entre Tiahuanaco y Huaqui) el 7 de julio de 1816, asesinado según los patriotas, y según los españoles, por un tiro que se disparó casualmente. El sitio en que tuvo lugar la derrota de Muñecas, lleva hoy su glorioso nombre, como Cinti lleva el de Camargo, habiendo sido dado ambos por la república boliviana triunfante, merced á estos obscuros sacrificios.

Después de estas catástrofes, no quedaban en pie y en actitud de operar una seria diversión, sino las grandes republiquetas de Santa Cruz de la Sierra y la Laguna, capitaneadas por Warnes y Padilla, de cuyas extraordinarias operaciones vamos á ocuparnos.

Hemos dejado á Padilla con su antigua republiqueta reorganizada con los dispersos de Sipe-Sipe, entre el Pilcomayo y el Río Grande ó Guapey, amenazando á la vez á Cochabamba y Charcas. Con su cuartel general en la Laguna y su vanguardia en Yamparaez

mantenía comunicaciones por Mizque y Valle Grande, con Santa Cruz de la Sierra, y apoyaba su espalda en el Gran Chaco en toda la extensión de las fronteras por aquella parte, desde Tomina á Pomabamba, y queda ya explicado cómo había reunido bajo su bandera más de 4.000 hombres, subordinando todas las pequeñas republiquetas de aquella región.

Noticioso Padilla de que Chuquisaca sólo estaba guarnecida por 300 hombres del batallón Centro y un cañón, al mando de La Hera, marchó rápidamente sobre este punto con más de 3.000 hombres. Llegó allí el 9 de febrero (1816) y ocupó sus suburbios, penetrando en algunas de sus calles, al mismo tiempo que La Hera prevenido de su aproximación celebraba una junta de guerra para proveer á la defensa. La resistencia que opuso el jefe español, auxiliado por el vecindario armado, fué vigorosa, consiguiendo rechazar los ataques que los partidarios llevaron sobre sus posiciones con gran valentía, pero con poca eficacia desde que no habían logrado la sorpresa. En los días 10 y 11 se renovaron las tentativas de asalto, animados los sitiadores por la mujer de Padilla, que en persona recorría los cantones bajo el fuego de los de la plaza, según cuenta la tradición. A los tres días, convencido el jefe patriota de la inutilidad de sus esfuerzos para apoderarse de la ciudad, resolvió replegarse sobre Yamparaez, donde estableció nuevamente su vanguardia al mando de su teniente el comandante Jacinto Cueto, antiguo capitán del ejército y natural de Chuquisaca.

Pezuela destacó en auxilio de Chuquisaca, al batallón del General, vulgarmente llamado de los Verdes por el color de su uniforme, y que era mandado por el mayor don Pedro Herrera, oficial valiente pero señalado por sus crueldades contra los partidarios, á quienes miraba en menos. Reforzado La Hera, se puso en campaña con los dos batallones y alguna caballería; obligó á la vanguardia de Cueto en Yamparaez á replegarse, llevándose por delante las fuerzas inconsistentes que lo apoyaban, en circunstancias

en que Padilla recorría su línea de retaguardia, desorganizada por querellas intestinas y amenazada por algunos indios del Chaco aliados con los españoles.

Al anuncio, acudió Padilla prontamente, y se situó con su división en San Julián, á una legua del pueblo de la Laguna, del cual se había posesionado La Hera. Su presencia restableció la moral, y sus acertadas disposiciones correspondieron á la gravedad de la situación. Situado en San Julián al oriente de la Laguna, escalonó por su izquierda las demás divisiones, formando con ellas un cuarto de círculo, de manera de interponerse entre Chuquisaca y los invasores. A su valerosa mujer doña Juana Azurduy, la situó al sur, en el Villar, cubriendo su izquierda. Tenía ésta á sus órdenes una guardia de amazonas, que siempre la acompañaba, con 30 fusileros criollos y 200 indios armados de hondas, palos y flechas. En Sopachuy, prolongando la curva hacia el occidente, estableció al comandante Cueto (que cubría antes la vanguardia en Yamparaez), con 40 fusileros, 30 lanceros y 500 indios de toda arma. En Tarabuco, que era el punto peligroso, que cerraba el camino entre la Laguna y Chuquisaca, situó al comandante don José Zerna, natural de Cochabamba, al frente de 30 fusileros y 2.000 indios, sobre los cuales tenía un gran ascendiente, y de quienes dice el mismo Padilla, que les señaló este puesto porque «con sobrada energía, amor é intrepidez por la »sagrada causa de la patria, miraban con desprecio »sus vidas por oprimir al enemigo intruso, é inter»ceptar sus correspondencias.» La división de Tarabuco supo corresponder á esta confianza.

En esta disposición se rompieron las hostilidades el 3 de marzo de 1816, con algunas guerrillas y combates de posiciones, en que si bien Padilla tenía que ceder el terreno, los españoles llevaban con frecuencia la peor parte. Convencido La Hera de la ineficacia de estas hostilidades, empezó á maniobrar en el sentido de cortar la retaguardia de Padilla, atacando el punto atrincherado del Villar. Doña Juana Azurduy lo mantuvo valerosamente, saliendo al encuentro del desta-

camento español, y lo rechazó matándole 15 hombres. Igual suerte cupo al destacamento que atacó el puesto de Sopachuy mandado por Cueto.

La situación de los realistas empezó á hacerse crítica. Interceptadas sus comunicaciones, sin objetivo que combatir, y escasos de municiones y recursos, La Hera despachó la compañía de tiradores del batallón Centro con el objeto de ir á buscar á Chuquisaca lo que le faltaba. La compañía, después de batirse un día entero, tuvo que regresar á la Laguna, dando parte que no había podido romper el cerco. Despechado La Hera, dispuso que saliesen tres compañías del batallón General (a.) Verdes, al mando del comandante Herrera, quien aceptó la comisión, prometiendo llevarse por delante á los partidarios. Desde que salió de la Laguna hasta que llegó á Tarabuco, el batallón Verdes tuvo que abrirse paso á sangre y fuego. En Tarabuco lo esperaba Zerna con sus 2.000 indios, teniendo á sus órdenes á los caudillos Ildefonso Carrillo, Pedro Calisaya y Prudencio Miranda. Allí se empeñó el combate el 12 de marzo de 1816. Agotadas sus municiones, Herrera intentó formar cuadro, tomando en sus manos la bandera; pero los indios de Zerna, como los de Camargo en Aucapuñima, «se fueron á las manos de los fusiles y se los quitaron de la mano», según las expresiones de Padilla, obligando á los realistas á rendirse á discreción.

El batallón fué muerto á garrotazos, siendo pasados por las armas Herrera y 13 oficiales más. Escapó de la matanza únicamente un tambor, y quedó en poder del vencedor la bandera que simbolizaba sus antiguos triunfos.

Sitiado La Hera en la Laguna, pudo rechazar los ataques que sucesivamente le llevó Padilla; pero al tener noticia de la catástrofe del batallón Verdes, comprendió que estaba perdido si no abandonaba inmediatamente aquella mala posición. En consecuencia, emprendió precipitadamente su retirada á principios de marzo, saliendo del pueblo á las 12 de la noche. Fué vivamente perseguido por el espacio de seis días, hasta

las inmediaciones de Chuquisaca, sin dejar un momento las armas de la mano, y casi sin comer ni dormir en el transcurso de esta penosa marcha, en que sufrió algunas pérdidas. El general Tacón salió de Potosí en su auxilio, á la cabeza de una columna de las tres armas, consiguiendo que Padilla se concentrase en Yamparaez. Sin intentar ningún movimiento decisivo, se limitó á algunas correrías contra las poblaciones indefensas, teatro de la insurrección, incendiando aldeas, pasando á cuchillo sus habitantes y volviendo á Chuquisaca con los despojos sangrientos de tan cobarde campaña, clavados en las puntas de sus bayonetas. Estas atrocidades en vez de amedrentar á los revolucionarios, no hacían sino encender el furor de los combatientes, y provocar las represalias. «La »revolución progresaba visiblemente y Padilla engro»saba asombrosamente su facción», dice un historiador español, que refiriéndose á esta época, calla estos excesos. Otro historiador boliviano dice con tal motivo: «Las gentes acudían por centenares á la voz »del primero que los llamaba á vengar tan espantosa »barbarie: todos los naturales errantes y desespera»dos, sin recursos de ninguna especie, se arrojaron á »la lid en una guerra á muerte.»

Debilitada la línea realista sobre la frontera argentina por las atenciones de la guerra de las republiquetas, en circunstancias en que Ramírez se recibía interinamente del mando del ejército, el nuevo general consideró prudente reconcentrar sus fuerzas en Cotagaita, y dejar á su retaguardia las guarniciones estrictamente necesarias para mantener la ocupación militar. Como Chuquisaca sólo quedase cubierta por el batallón Centro y un escuadrón, Padilla cargó nuevamente sobre la ciudad. La Hera salió resueltamente á su encuentro al frente de 600 hombres, y después de una acción indecisa que tuvo lugar el 28 de mayo (1816), le obligó á replegarse á Yamparaez.

No habían pasado muchos días, cuando Padilla volviendo sobre Chuquisaca á la cabeza de cerca de 4.000 indios, ocupó sus suburbios y le intimó rendición. Go-

bernaba á la sazón la provincia el coronel Vercolme, hombre de poco espíritu, siendo La Hera simple comandante de armas. La desinteligencia que reinaba entre ambos jefes, hubo de aumentar los conflictos de la plaza sitiada, que pronto empezó á sufrir escasez de víveres. La Hera se resolvió á adoptar el sistema de salidas, y merced á la superioridad de sus armas y á la disciplina de sus tropas, obtuvo algunas ventajas parciales, especialmente en las del 20 de junio, en que logró alejar la línea del bloqueo.

A principios de julio volvió Padilla á estrechar el cerco de la ciudad, ocupando los dos cerros que la dominan. El 11 de julio, intentó un nuevo ataque por seis puntos distintos, á la cabeza de cerca de 6.000 indios, reservándose el mando inmediato de una de las columnas, donde había reconcentrado todas sus armas de fuego, que no alcanzaban á 200 entre fusiles y carabinas. Observado esto por La Hera, salió á su encuentro al frente de tres compañías de infantería, un escuadrón de caballería y dos piezas de á 4, y consiguió rechazarla, replegándose inmediatamente á sus trincheras, protegido por el resto de la guarnición. No por esto mejoró su situación, pues Padilla ensanchando el círculo del asedio, siguió rodeando la ciudad é interceptando todos los caminos, á la vez que los indios de Chuquisaca y Potosí, sublevados en masa, cortaban todos los recursos.

Así permaneció Padilla sobre la ciudad de Chuquisaca con el dominio de su territorio adyacente, desde fines de mayo hasta principios de agosto, en que Tacón vino nuevamente en su auxilio á la cabeza de una fuerte columna de las tres armas, cuya base la formaban dos batallones. Su marcha desde Potosí, fué un continuado combate, costándole no poco trabajo penetrar á la ciudad sitiada. Padilla se replegó otra vez á Yamparaez, desde donde continuó la insurrección, llamando seriamente la atención de los realistas con su amenazadora actitud.

El general español comprendió, que mientras la republiqueta de Padilla se mantuviera en pie, Chuquisa-

ca estaba expuesta á perderse, y que el ejército realista no podía dar un paso adelante sin exponerse á perder su base de operaciones. Casi la mitad de sus fuerzas estaban exclusivamente empleadas en hacer frente á sus ataques, sosteniendo en el espacio de seis meses una larga serie de combates, ya prósperos, ya adversos, sin obtener más resultado que salvar el recinto de las ciudades que ocupaban las tropas españolas. En tal situación, un ataque de frente, como el que La Hera había llevado anteriormente con resultado desastroso, no podía prometer mejor éxito, á menos de operar con fuerzas respetables, y aun así, tenía que ser necesariamente incompleto, desde que los partidarios tenían libre á su espalda la retirada sobre la frontera del Chaco, y el apoyo, bien que lejano, de Santa Cruz de la Sierra. En consecuencia resolvió abrir nueva campaña sobre Tomina, siguiendo distinto plan, empleando al efecto dos cuerpos de ejército, que en número total de cerca de 3.000 hombres de tropas regulares, debían atacar por el frente y por la retaguardia á la vez.

Hemos dicho antes, que el coronel Aguilera se había situado en Valle Grande con el batallón Fernando VII, con el objeto de expedicionar sobre Santa Cruz de la Sierra. Las alarmas producidas por las empresas de Padilla, le habían impedido llevar adelante su proyectada invasión, por temor de dejar descubierta á Cochabamba, cuya espalda protegía desde allí, dominando á Mizque y atendiendo á Tomina, centro de la insurrección de las fronteras. Sobre esta base se contó para abrir contra Padilla la nueva campaña combinada. Su posición un poco á retaguardia de Tomina, le permitía invadir este territorio por uno de sus flancos. Cortando la retirada de los partidarios situados en Yamparaez y la Laguna, daba así lugar á las tropas que salieran de Chuquisaca á obrar con más eficacia por el frente. Al efecto, Aguilera remontó su batallón hasta el número de 600 hombres de fusil, agregando dos cañones de á 4 y algunos escuadrones de lanceros cochabambinos, con lo cual tuvo bajo sus

órdenes como 1.000 hombres, á cuyo frente pasó el Río Grande en dirección á la Laguna. Al mismo tiempo, Tacón se movía de Chuquisaca con una columna de cerca de 2.000 hombres, compuesta de tres batallones y dos escuadrones con dos piezas de artillería. Tan formidables preparativos se dirigían contra un hacinamiento de hombres, sin organización militar, armados sólo de palos y de piedras, ¡ que apenas contaba con un mal cañón y 150 fusiles con escasas municiones !

La campaña contra Tomina se abrió á principios de septiembre (1816), sorprendiendo La Hera con el batallón Centro una avanzada de partidarios situada en Tarabuco. Padilla, al sentir la doble invasión, se replegó en orden hacia la Laguna. Dejando sobre Tacón las divisiones de indios de Zerna, Miranda, Carrillo y Zárate, salió con sus mejores tropas y todos sus fusiles disponibles, al encuentro de la columna de Aguilera, que había ocupado aquel punto, entrando por el Pescado. Ambas fuerzas se encontraron el 13 de septiembre á inmediaciones de la Laguna. Padilla provocó el combate con más gallardía que acierto. Desplegó su infantería en campo descubierto, y amagó un falso ataque por el frente, al mismo tiempo que su caballería entraba por la retaguardia del enemigo. Apenas inició este movimiento falso, Aguilera cargó resueltamente sobre él, trabándose en seguida un reñido y desordenado combate, en que la infantería patriota hubo de ceder el campo, aunque no del todo deshecha. Amparada por las fragosidades del terreno y protegida por la caballería, que había quedado intacta, pudo, empero, emprender su retirada, perseguida por ambos flancos por el espacio de dos leguas, sin que la derrota se pronunciara completamente.

Al día siguiente (14 de septiembre) llegó Padilla al Villar con una parte de sus fuerzas. El Villar, que dista nueve leguas de la Laguna, es un lugarejo habitado por indios, donde existía un Sagrario, que todos los comarcanos reverenciaban. Aquél era el punto de reunión que Padilla había señalado á sus tropas, y allí

estaba doña Juana Azurduy atrincherada, con un cañón ligero y la reserva de municiones, rodeada por los naturales que la adoraban como á la imagen de la Virgen del Villar. Sucesivamente fueron llegando en desorden las compañías, fatigadas por la pelea y la marcha del día anterior, y se entregaron imprudentemente al descanso sin tomar ninguna precaución.

Aguilera, poniéndose al frente de un grueso destacamento de caballería bien montado, cargó repentinamente sobre el Villar el 14, á las 3 de la tarde. Sorprendido Padilla, trató de reunir los suyos, ayudado por su valiente esposa doña Juana; pero todo fué en vano: el pánico se apoderó de ellos y ni aliento tuvieron ni aun para disparar un tiro. Padilla, desesperado, se entregó á la fuga, acompañado de su esposa. Acompañábale el padre Mariano Suárez Polanco, que le seguía á todas partes como capellán, secretario y ayudante de campo, armado de carabina y pistolas. Aguilera, precedido de algunos oficiales, se lanzó en persecución de Padilla dando riendas á su brioso caballo. Doña Juana, que había quedado un poco á retaguardia, iba á caer prisionera, cuando advirtiéndolo su esposo, vuelve sobre sus pasos, descarga sus dos pistolas, carga en seguida sobre los oficiales que la acometían, y consigue salvarla. En aquel momento, llega Aguilera, descarga un pistoletazo sobre Padilla, lo derriba del caballo, ordena al padre Polanco (que no lo había desamparado en aquel trance), que lo absuelva, ejecutado lo cual, el feroz Aguilera le corta con su propia mano la cabeza. En la persecución, una de las mujeres que formaban la guardia de amazonas de doña Juana, es alcanzada, y equivocándola con ella, la degüellan.

Los muertos del campo de batalla en las dos jornadas no pasaron de 60, pero los exterminados en la persecución y en las matanzas subsiguientes, alcanzaron á 700. Sesenta y siete prisioneros tomados en los dos días, fueron pasados por las armas, sin forma alguna de juicio. El padre Polanco, sometido á una comisión militar para ser ejecutado después, fué sentenciado á

presidio. La cabeza de Padilla fué clavada en una pica en la plaza de la Lguna, y á su lado se colocó la de una mujer degollada, que se suponía ser su esposa doña Juana. Los españoles mandaron batir medallas en conmemoración de estas jornadas.

El elogio de Padilla y de su viuda, fué hecho por sus mismos enemigos en sus documentos oficiales. El general en jefe español decía al virrey de Lima, al dar cuenta de las derrotas de la Laguna y del Villar: «La fortuna había acompañado á aquel caudillo (Pa»dilla) desde poco después de las primeras convulsio»nes políticas de estas provincias. En más de cinco »años de sedición y todo género de hostilidades, había »adquirido un riesgoso ascendiente en los naturales »de ellas, y no pocos recursos para conservarlos insu»rrectos. En distintas ocasiones tuvo la audacia de »invadir la ciudad de La Plata, hallándose ésta con »respetable guarnición, y la mantuvo en asedio por »algunos meses. Su mujer, con despecho y ánimo su»perior á su sexo, se ha presentado al frente de sus »huestes insurgentes en muchas acciones.» El pueblo de la Laguna, donde la cabeza de Padilla fué puesta por escarnio en una pica, lleva hoy su nombre ilustrado por sus hazañas y su martirio, como Cinti el de Camargo y Cololó el de Muñecas.

Los restos de Padilla se retiraron á Pomabamba, sobre la frontera del Chaco y en el punto denominado de Segura se reunió una junta de guerra, á la que asistió doña Juana en su calidad de teniente coronel de los ejércitos de la patria con que el gobierno de las Provincias Unidas la había condecorado por sus hazañas, y vestida de luto por la pérdida de su ilustre esposo, votó á la par de los demás capitanes. En ella se acordó confiar el mando de la insurrección al comandante don Jacinto Cueto, á quien conocemos ya, el cual nombró por su segundo al mayor don Esteban Fernández, natural de Potosí que había acompañado á Padilla en todas sus empresas.

A su tiempo volveremos á ocuparnos de la suerte de los restos de esta republiqueta. Por ahora seguiremos

á Aguilera en marcha á su expedición sobre Santa Cruz de la Sierra.

El 21 de noviembre de 1816 se presentó Aguilera á la vista de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, á la cabeza de más de 1.200 hombres de las tres armas. Allí lo esperaba Warnes al frente de 1.000 hombres poco más ó menos. Vestido con una chaqueta morado-obscura con vivos blancos: un sombrero blanco de fieltro, de fábrica de la tierra, bajo de copa y emplumado; con botas largas de cuero curtido á usanza del país, y con la espada á la cintura, recorrió á caballo su línea, y reforzando la voz exclamó: «¡Soldados! ¡Vencer ó morir con gloria!» Un grito frenético de entusiasmo fué la contestación del ejército cruceño, compuesto en su mayor parte de mestizos, que hacía cuatro años militaban bajo su bandera. Los soldados de caballería, armados de lanzas, y vestidos de cuero curtido de pies á cabeza, semejaban guerreros antiguos cubiertos de armaduras. La infantería, con camisas blancas, de algodón del país, y una montera de cuero en forma de yelmo, presentaba un aspecto igualmente uniforme y no menos pintoresco que el de la caballería. Su bandera era la celeste y blanca de las Provincias Unidas.

La ciudad de Santa Cruz de la Sierra está fundada en lo alto de una barranca, y por esto llevaba antiguamente el nombre de San Lorenzo de la Barranca. El Pari, arroyo de vertientes y que se pierde en los bañados del Piray, corre de occidente á oriente, forma un ángulo recto al tomar la dirección norte al pie de la barranca, y el vértice es el punto más cercano de la ciudad, cuyo arrabal occidental rodea. El camino real, que atraviesa en su longitud el campo llamado del Pari, queda á la derecha del arroyo, que corre entre palmares, cidrales y arbustos silvestres, que se espesan en su margen izquierda. A la derecha se avanzan algunos grupos de vegetación arbórea formando islotes que se extienden hasta la ancha pradera, la cual debía dar su nombre á la batalla de ese día.

En este campo y como á 800 varas del arrabal del

oeste de la ciudad, tendió Warnes su línea, apoyando su derecha sobre el arroyo, dando frente al este y cerrando el camino real, que en sentido opuesto traía Aguilera. Colocó su infantería en el centro, emboscando una parte de ella en las isletas y renovales, estableció su artillería sobre la vera del bosque del arroyo Pari, y cubrió su izquierda con la caballería. A las 11 de la mañana del mencionado día 21, desplegó Aguilera su línea emboscando una parte de ella en los renovales del Pari, en cuya vera estableció su artillería, y cubrió sus alas con la caballería. A las 11 de la mañana desplegó Aguilera su línea á tiro de pistola, paralelamente á la de Warnes y en la misma disposición. Simultáneamente ambas líneas avanzaron la una sobre la otra. La caballería cochabambina fué envuelta en el choque y huyó en completa dispersión, perseguida de cerca por la de los cruceños. El batallón Fernando VII, dirigido por Aguilera en persona, abrió un fuego nutrido y mortífero sobre la infantería cruceña, que á las primeras descargas se echó al suelo, huyendo su comandante. Warnes á caballo y sable en mano, la estimuló enérgicamente á seguir adelante, y el combate se trabó con encarnizamiento, á la bayoneta. Desgraciadamente en aquel momento fué herido en una pierna, y una bala le mató al mismo tiempo el caballo, que cayó apretándolo. Esta caída decidió de la batalla. La tropa lo creyó muerto, y sin jefe que la dirigiese, volvió la espalda y se dispersó por las márgenes del Pari, dejando á su general abandonado en el campo de batalla.

Un soldado español le atravesó el pecho con su bayoneta, y un pistoletazo en la cabeza lo ultimó. Así murió Warnes á quien un historiador enemigo llama: «el formidable Warnes, que exhaló el postrer aliento sobre un montón de cadáveres.»

En la tarde del mismo día retornaba la caballería cruceña al campo de batalla, después de haber casi exterminado á la enemiga, y encontrándose con el enemigo triunfante, fué completamente derrotada á su vez. Esta victoria costó caro á los realistas, que

sufrieron una pérdida de más de 400 hombres ó sea casi la mitad de su ejército. El feroz Aguilera hizo clavar la cabeza de Warnes sobre una picota, y en el espacio de menos de cuatro meses mandó fusilar 914 personas de toda edad y sexo. La República de Bolivia que ha perpetuado los nombres de Camargo, de Muñecas y de Padilla, en su nueva geografía, ha olvidado inscribir en ella el de Warnes, á cuyos grandes servicios y notables calidades todos sus historiadores han hecho cumplida justicia.

Con Santa Cruz de la Sierra y la muerte de Warnes, cayó la última de las grandes republiquetas del Alto Perú, que por el espacio de un año habían inmovilizado todo el ejército español vencedor en Sipe-Sipe, y distraído más de la mitad de su fuerza en expediciones lejanas, combates, batallas y guarniciones, impidiéndole realizar su invasión sobre las provincias argentinas. En este año, que fué el de 1816, se declaró la independencia argentina, como queda dicho, se remontó el ejército del Perú, se organizó la resistencia de Salta, se preparó la expedición de Chile, se robusteció el espíritu público y se salvó la revolución. Todo esto fué debido en gran parte á los varoniles esfuerzos y á los obscuros sacrificios de aquellas pobres republiquetas, que sin armas, sin recursos, aisladas del resto del mundo y hasta entre sí mismas, combatiendo, muriendo y matando día á día sin los estímulos de la gloria ni la esperanza de triunfar, sostuvieron durante trece meses la diversión más importante y más útil de que haga memoria la guerra americana, á cuyo éxito definitivo sirvieron así con sus victorias como con sus derrotas. De los cuatro señalados campeones de esta guerra, cuyas cabezas fueron clavadas en los cuatro puntos cardinales del territorio del Alto Perú, marcando la extensión que la insurrección abrazaba, Camargo y Padilla eran bolivianos; Muñecas y Warnes, argentinos. Ellos representan en su olvidada historia, que apenas hemos bosquejado, el consorcio de la revolución argentinoperuana á la par que la solidaridad en la lucha y en el martirio.

No por esto se extinguió el fuego de la insurrección popular. Ayopaya se mantenía como siempre inexpugnable en sus montañas, con Lanza á la cabeza. En los valles de Cochabamba se levantaron nuevos caudillos, entre los cuales llegó á hacerse famoso el indio Lira, que vencido varias veces, mantuvo viva en su territorio la resistencia. Los restos del ejército de Santa Cruz escapados á la derrota de Pari, se replegaron, una parte de ellos, al pueblo de Abapó al este del Río Grande, desde donde continuaron la guerra de partidarios á las órdenes del comandante don José Manuel Mercado, obtuvo con parte de ella algunos triunfos parciales; mientras que la otra parte se dirigió á Mizque y Valle Grande, interceptando las comunicaciones de Aguilera, y lo aisló en medio de su sangrienta victoria. A lo largo de las fronteras del Chaco, la insurrección volvió á extenderse con nueva energía.

Dijimos antes, que los derrotados en la Laguna y el Villar se habían replegado á Pomabamba, y nombrado por jefe superior al comandante Cueto. A pesar de este aparente acuerdo, la anarquía se introdujo entre los jefes, y la antigua republiqueta de Padilla perdió toda cohesión con su muerte, disolviéndose en grupos armados, que se extendieron á lo largo de las fronteras. Uno de estos grupos era mandado por el comandante don Esteban Fernández, á quien se agregaron con sus fuerzas los comandantes Zerna, Prudencio Miranda, y el mayor don Agustín Rabelo al frente de un escuadrón de Dragones regularmente organizado. Era Rabelo hijo de Buenos Aires, había concurrido á las empresas de Padilla sobre Chuquisaca, distinguiéndose en ellas, y como antiguo oficial del ejército argentino, en cuya escuela se había formado, era el nombre de guerra más señalado de aquella columna, cuyo nervio constituía.

Fernández, atravesó el Pilcomayo, se corrió á lo largo de la frontera del Chaco, y se situó en la Loma, promoviendo desde allí la insurrección de Santa Helena, amenazó el valle de Cinti, ocupado por la

columna de O'Relly. A la aparición de este refuerzo, los indios de Cinti, que se habían sometido pidiendo papeletas de indulto, volvieron á insurreccionarse, y se concentraron en gran número en la sierra de Santa Helena. O'Relly, que se hallaba en Culpina, marchó sobre ellos al frente de un batallón y un escuadrón, y se situó en el pueblo de Santa Helena, sin haber encontrado un solo habitante en su camino. Los insurrectos, apoyados por el escuadrón de Rabelo, ocuparon las alturas de Santa Helena, estableciéndose sólidamente en el inmediato cerro de Cañashuaico. Los españoles quedaron así sitiados con sus comunicaciones interceptadas, y se vieron obligados á replegarse á Culpina, abriéndose paso con sus armas, con la pérdida de algunos pocos muertos, y 24 heridos de piedra, fuera de los contusos. Los indios, al disparar sus piedras, daban grandes alaridos, y rompían las papeletas de indulto que pocos días antes habían obtenido, y las lanzaban al aire con muestras de desprecio. Esto sucedía á fines de diciembre de 1816, en circunstancias en que el ejército español invadía á Salta y Fernández era nombrado por el general Belgrano jefe superior de la insurrección de las fronteras del Oeste, en substitución de Padilla.

En febrero de 1817 emprendió Fernández su marcha con el objeto de reorganizar la antigua republiqueta de Padilla, y el 24 del mismo mes, se posesionó del pueblo de Pomabamba á la cabeza de 250 hombres de infantería y caballería. Sabedor allí que los españoles ocupaban los puntos de Tarabuco y la Laguna, donde habían construído dos reductos, marchó sobre ellos, destacando por su derecha una partida á fin de promover la insurrección del país á lo largo de la frontera. Tarabuco estaba guarnecido por dos compañías de infantería, que Zerna obligó á replegarse en fuga hasta Chuquisaca. En la Laguna estaba el coronel Maruri con una compañía de infantería y otra de milicias con alguna caballería, y sobre este punto marchó Fernández en persona, á la cabeza de 150 hombres y 50 naturales que se habían reunido. Maruri salió á su en-

cuentro y el 15 de marzo se trabó la pelea, y fueron completamente derrotados los realistas, dejando en el campo muchos muertos, viéndose obligados á encerrarse en el reducto artillado, con pérdida por parte de los patriotas de 2 muertos y 10 heridos, entre éstos el mayor Rabelo. El pueblo de la Laguna, que se hallaba bajo los fuegos del cañón del reducto, fué tomado á viva fuerza por los Dragones de Rabelo que echaron pie á tierra. Al llegar á la plaza, los indios lanzaron un grito de furor y de venganza á la vista de la cabeza de Padilla, su querido y nunca olvidado caudillo, que aun permanecía allí clavada en una pica. Sin que nadie pudiera contenerlos, se lanzaron furiosos al saqueo, costando á Fernández no poco trabajo evitar mayores estragos.

El infatigable La Hera acudió con el resto del batallón Centro en auxilio de Maruri, que ya iba á sucumbir después de doce días de sitio riguroso. Fernández, reconcentrando todas sus fuerzas, á que se habían unido más de 400 naturales, se situó á poca distancia, en la pampa de las Garzas, y allí esperó al enemigo. El 19 de marzo (de 1817) se avistaron ambas fuerzas, constando la de los patriotas de cerca de 700 hombres mal armados, y la de los españoles de 400 hombres de buenas tropas con dos piezas de artillería mandadas por el comandante don Baldomero Espartero, tan famoso después en España.

La infantería patriota ocupó el centro de su línea y rompió el fuego dentro del tiro de fusil. El plan convenido era atacar al mismo tiempo al enemigo por ambos flancos con la caballería situada en las alas. Desgraciadamente, á los primeros tiros de cañón cayó herido el comandante Miranda, y su ala no concurrió al ataque simultáneo. A pesar de esto, y de hallarse sufriendo aún de su herida, Rabelo se lanzó intrépidamente á la cabeza de sus Dragones sobre la infantería española, á la que obligó á formar cuadro, abriendo un claro, pero fué rechazado por el fuego de la artillería, y recibió un casco de metralla en el bra-

zo. «La acción fué reñidísima», dice un autor español. Otro, que se distingue por el odio y desprecio con que habla siempre de los americanos, la pinta así: «Atacados (los españoles) con la más ciega confianza é irritante orgullo, hubieron de desplegar un »increíble grado de vigor y firmeza para resistir las »impetuosas cargas de los contrarios; el choque fué »obstinado y sangriento, cada cual puso de su parte »todo el fuego y el entusiasmo que sugieren el furor »y la desesperación; pero, heridos los caudillos Pru»dencio y Rabelo, se perdió el nervio principal de las »filas rebeldes.» El resultado fué la dispersión de la columna de Fernández, cuyos restos se reunieron en el inmediato punto del Villar, porque los vencedores ni aun intentaron perseguirlos. Por el contrario, se replegaron á la Laguna, destruyeron el reducto y se reconcentraron en Tarabuco; volviendo muy luego los patriotas a recuperar el terreno perdido, la insurrección se extendió nuevamente á lo largo de las fronteras.

Tal era el estado de la insurrección popular del Alto Perú, cuando la expedición de La Madrid, penetrando en su territorio, cortó la línea de comunicaciones de los invasores de Salta á la altura de Yavi. La Madrid, faltando á sus instrucciones, en vez de operar por el despoblado, se inclinó sobre su derecha, dejó á su izquierda el río y la quebrada de Sococha y determinó dirigirse sobre Tarija, dando como causal de esta variación la falta de cabalgaduras para llenar aquel objeto. De este modo, una simple diversión se convertía en una verdadera operación de guerra ofensiva, sin base, sin plan y sin más objetivo que la buena ó mala estrella del aventurero jefe de aquella expedición.

A la altura de Cangrejillos, una de las partidas de la expedición sorprendió un destacamento enemigo (el 8 de abril de 1817), que de Tupiza se dirigía con comunicaciones al ejército invasor de Salta, matando seis soldados y un oficial, de los doce que lo componían, y tomando prisionero el resto, sin que uno solo

escapase. Desde este punto tomó el rumbo del noroeste, y marchando con suma rapidez día y noche, trasmontó la sierra, y entrando por la quebrada de Tolomosa, penetró al territorio de Tarija por la abra llamada la Puerta del Gallinazo á cuyo pie se extiende la cuesta del Inca. Allí se le unió el caudillo Méndez con su partida, fuerte como de 100 hombres. El 14 de abril se presentó sobre las alturas que dominan la villa de Tarija, sin que hasta ese momento se hubiese sospechado su presencia en aquellos lugares, pues La Madrid había tenido la precaución de secuestrar más de 100 personas de ambos sexos que encontró en su camino, á fin de que no dieran noticia de su marcha.

La villa de Tarija estaba atrincherada y guarnecida por un batallón de cuzqueños, mandado por el comandante don Mateo Ramírez. En el inmediato valle de Concepción estaba acampado un escuadrón, protegido por 50 hombres de infantería, del cual era jefe el teniente coronel don Andrés Santa Cruz, tan célebre después, quien por un accidente se hallaba aquel día en Tarija. La Madrid, en la dirección que llevaba, dejaba á Concepción á su derecha, y por lo tanto se interponía entre ambas fuerzas, amagando á la villa por la parte del este. El jefe español intentó hacer una salida; pero intimado por los cañonazos que le disparó La Madrid, río por medio, se reconcentró á la plaza. La Madrid ocupó el morro de San Juan que domina la villa, estableciendo en él sus dos piezas de artillería, ocupó los suburbios é intimó rendición al enemigo. Ramírez le contestó que «un jefe de honor »no se entregaba á discreción por el hecho de dispa»rar cuatro tiros, y que él sólo lo haría cuando no le »quedasen más que 20 hombres, y esto sin municio»nes.» Ya se verá de qué modo correspondió á esta enérgica resolución.

Al día siguiente (15 de abril) por la mañana, se presentó en el campo denominado de la Tablada la fuerza de Concepción, que al ruido de los cañonazos acudía en auxilio de la plaza en número de 50 jinetes

y 50 infantes. Mandábala el segundo de Santa Cruz, llamado Malacabeza. La Madrid, sin desatender el sitio, salió en persona á su encuentro al frente de sus húsares, y le batió completamente, le causó 50 muertos y tomóles otros tantos prisioneros, distinguiéndose en este encuentro el capitán don Lorenzo Lugones, que en calidad de aventurero seguía la expedición, procurando rehabilitarse de su participación en la insurrección de Santiago del Estero el año anterior. Bajo la impresión de este triunfo, dirigió segunda intimación á la plaza, previniendo al jefe de ella, que las comunicaciones en que pedía auxilios á Cotagaita, Potosí y Cinti, habían sido interceptadas, y le dió de plazo cinco minutos para decidirse. El jefe español, olvidando su arrogante respuesta anterior, contestó que, aun cuando tenía fuerza suficiente para sostenerse, pedía capitulación, y se entregaba prisionero con su guarnición, sin más condiciones que los honores de la guerra, garantías para los paisanos á quienes había obligado á tomar las armas, y el uso de la espada para los oficiales, con seguridad para sus bagajes. En consecuencia, en el mismo día rindieron sus armas en el campo de las Carreras al este de la Villa, tres tenientes coroneles (entre ellos Santa Cruz), 17 oficiales y 274 soldados, siendo los trofeos de este triunfo incruento, 400 fusiles, 114 armas de toda especie, 5 cajas de guerra y muchos otros pertrechos militares.

La noticia de la rendición de Tarija, fué la primera que tuvieron los realistas de la expedición argentina, y cayó como un rayo en las provincias del Alto Perú. La fama abultó su importancia, dió á La Madrid un cuerpo de tropa de 2.000 hombres, suponiendo una combinación con el ejército de Tucumán por la vía de Orán, lo que hizo cundir por todo el país la alarma en unos y la esperanza en otros. Los jefes españoles, completamente sorprendidos, en la ignorancia de la suerte del ejército de La Serna, en medio de poblaciones dispuestas á la insurrección, podían contar por lo pronto con las guarniciones fijas de Potosí, Chuquisacá y Cotagaita, y algunas columnas vo-

lantes sobre Cinti y el río de San Juan, que reunidas alcanzaban á 1.800 hombres de línea, diseminados desde Tupiza hasta Tarabuco. El general Ricafort, que mandaba en Potosí, que había sido el verdugo de los americanos en el Cuzco y La Paz, era empero un militar inteligente y resuelto, y fué el primero que se puso en campaña al frente de un batallón y varios piquetes, con cuya fuerza se adelantó hasta Tupiza. O'Relly, con dos batallones y una compañía de caballería, ocupó sucesivamente las alturas de Cinti á Puna, quedando Lavín en observación del valle de Cinti con una columna volante. Estos movimientos mostraban que los jefes esperaban un ataque de frente, y que precaviéndose contra él, extendían su línea defensiva, esquivando á su izquierda en previsión de un avance por Cinti, á fin de mantener así el dominio del camino de comunicaciones con Humahuaca, á la vez que proteger á Chuquisaca.

La Madrid, por su parte, remontó su columna con 60 voluntarios tarijeños y 130 prisioneros cuzqueños, y dispuso que los grupos de partidarios que se le habían reunido y los insurrectos de Cinti se adelantasen á entretener á Ricafort, O'Relly y Lavín, llamando su atención. En seguida encomendó á Uriondo la defensa de Tarija, y se puso en campaña con el grueso de su fuerza en dirección á Potosí, desistiendo de su primera idea de operar por Cinti, donde á la sazón se hallaba el coronel Azebey al frente de la insurrección patriota, al que dió orden de buscar su incorporación. Lanzándose por caminos extraviados, trasmontó las sierras, con su artillería á brazo y sus caballos de la rienda, y maniobró hábilmente entre las dos columnas enemigas, poniéndose á retaguardia de ellas. Ricafort, reforzado con la columna que desde Jujuy había despachado La Serna custodiando el correo, fué el primero que se percibió de esta estratagema, y acudió prontamente á cubrir á Potosí. Sabedor La Madrid de este movimiento por las comunicaciones que había interceptado, y de que una columna al mando del comandante Ostria debía marchar en auxilio de Chuquisaca,

tomó á la altura de los Baños Termales de don Diego, el camino que desde Potosí conduce á aquella ciudad. A mediados de mayo, La Madrid atravesaba el Pilcomayo, habiendo franqueado más de 80 leguas sin ser sentido, al mismo tiempo que O'Relly, que quedaba á la retaguardia de su derecha, anunciaba oficialmente que lo tenía á la vista.

El 20 de mayo por la mañana, al tiempo de penetrar á la quebrada de Cachimayo, en su intercesión con la de Yotala, para ascender la cuesta que conduce á las alturas de Chuquisaca (que dista de allí dos leguas), la avanzada patriota señaló la presencia de una fuerza de caballería enemiga como de 50 á 60 hombres, que descendía por el mismo camino. Era el escuadrón denominado de la Laguna, perteneciente á la guarnición de Chuquisaca, que exploraba el campo en sentido opuesto, y que por uno de aquellos acasos, que no son raros en los países montañosos, donde los caminos son precisos y cerrados, se encontraba con su enemigo, cabalmente en la intersección de dos de ellos. Los realistas, al divisar desde la altura la columna patriota, hicieron alto y parecieron vacilar. Entonces La Madrid, ordenando á su tropa que no hiciera movimiento alguno, se adelantó á gran galope, y agitando un pañuelo blanco, les gritó: «Bajen, que es el auxilio de Potosí.» El jefe enemigo, que lo era el comandante don Eugenio López, persuadido de que aquélla era la columna de Ostria, descendió apresuradamente seguido de algunos oficiales, y grande fué su humillación y sorpresa, cuando á los gritos de «¡Viva el rey!» dado por los patriotas, se vió rodeado y obligado bajo pena de la vida á ordenar á su tropa que descendiera al llano, intimación á que hubo de resignarse mal de su grado. La tropa, alucinada como su jefe y engañada por él, quedó prisionera, sin que fuera necesario, como dice el general Paz, disparar un tiro, desenvainar un sable ni derramar una gota de sangre. Fué éste el último golpe de fortuna de una expedición, en que el acaso más que la previsión había intervenido hasta entonces.

En la misma noche del 20 se puso la expedición sobre Chuquisaca, y ocupó el alto de la Recoleta que domina la ciudad, donde se estableció la artillería. La población estaba entregada al descanso, al amparo de sus fuertes trincheras artilladas, bien que no contase con más guarnición, que 100 hombres de línea. El resto de su guarnición, que la componía el batallón Centro y las compañías de Maruri, estaba acantonado en Tarabuco (á 12 leguas de Chuquisaca), haciendo frente á la insurrección de la Laguna, que aun se mantenía en pie, á las órdenes de Fernández y Rabelo. Si en aquel momento La Madrid hubiera resuelto el ataque, es probable que hubiese tomado la plaza por sorpresa; pero, temiendo los desórdenes que podrían producirse en medio de la obscuridad, esperó á que amaneciera, persuadido de que ella se rendiría como Tarija á la segunda intimación.

Desde la posición que ocupaba la artillería patriota en la Recoleta, enfilaba la calle principal de la ciudad, y en esta dirección se apuntaron las dos piezas. Al rayar el alba, juntamente con el toque de diana de los de la plaza, retumbaron los cañones de la Recoleta, en medio de los vivas de los patriotas, que según el plan convenido debían á esta señal situarse á dos cuadras de las trincheras y esperar órdenes. Precisamente, la señal de alarma de la plaza eran dos cañonazos, en previsión de las frecuentes incursiones de las republiquetas á que estaba expuesta, así es, que inmediatamente sus defensores acudieron á ocupar sus puestos. Mayor fué la alarma, cuando á la primera intimación, se supo que era un jefe tan renombrado como La Madrid el que tenían al frente. Los vecinos fueron llamados á tomar las armas, y la defensa se organizó en las trincheras y edificios adyacentes á una cuadra de la plaza Mayor.

Rechazada dignamente la primera intimación, y no contestada la segunda, dió La Madrid la señal de ataque. En previsión de esto había hecho circundar la ciudad por 300 indios que se le habían reunido, distribuyendo su fuerza en seis destacamentos que de-

bían atacar por seis partes distintas, y lanzarse á un asalto franco por las calles, sin ligar estos ataques entre sí y sin prevenir ninguna reserva. Los asaltantes recibidos á bala y metralla, y fuego de fusil de las torres, de los balcones, de las aspilleras del recinto fortificado y de los tambores que lo flanqueaban, fueron rechazados en todos los puntos á cien varas de las trincheras, dejando algunos muertos, y con trabajo pudo ser salvada una de las piezas, que hubo de ser tomada en una salida parcial que intentaron los sitiados. La pérdida de los españoles fué de 22 hombres, y la de los patriotas pasó de 30 entre muertos y heridos, siendo mayor la que sufrieron por dispersión, y sobre todo por la desmoralización que se introdujo en sus filas.

Este contraste decidía de la campaña: la expedición iniciada bajo tan favorables auspicios, estaba irremisiblemente perdida; como se habría perdido, aun cuando hubiese logrado apoderarse de Chuquisaca, sobre todo, dirigida por un hombre de tanto corazón y tan poca cabeza como La Madrid. La expedición concebida por Belgrano como una simple diversión á espaldas del enemigo, no tenía más objeto que llamar la atención del ejército invasor de Salta, obligándole á la retirada, sin abandonar el ejército de Tucumán la actitud defensiva que le estaba forzosamente impuesta. Desde que el movimiento ofensivo sobre Tarija no pudiese ser eficazmente apoyado, con la decisión y los medios suficientes para sostener á todo trance las posiciones conquistadas, él no podía tener más importancia que la que le dieron las primeras ventajas que se alcanzaron por sorpresa. Los españoles, para quienes la posesión de Tarija era de la más alta importancia, por ser el único punto donde podían remontar su caballería, habrían acudido allí con 1.000 á 1.500 hombres de buenas tropas, con los cuales no podía competir la columna argentina, y es evidente que entonces la ofensiva habría tenido que retroceder ante fuerzas superiores.

Dada esta situación, lo mejor habría sido sin em-

bargo, mantenerse en Tarija, formar allí con las gentes del país un cuerpo de ejército bien montado, y disputar el terreno hasta donde hubiese sido posible, llenando así los objetos de la diversión. De este modo, se daba una base sólida de operaciones en Orán, manteniendo francas sus comunicaciones con Salta, y podía maniobrar libremente desde Tarija hasta Pomabamba al exterior de las fronteras del Chaco, con un punto de apoyo fijo para las insurrecciones de Tarija, de Cinti, de Yamparaez y de la Laguna; se habilitaba para hostilidades más seguras y eficaces, y sin comprometer nada, obtenía todo lo que de una expedición aislada podía esperarse. Este plan metódico, ejecutado por Arenales ó por el comandante Paz, que aun no había revelado sus grandes aptitudes para el mando en jefe, era el único que podría haber dado algunos resultados; pero él era incompatible con la ciega heroicidad de La Madrid, á la cual faltaban las luces de la previsión y la fortaleza de la paciencia.

Lanzándose La Madrid al interior del país en busca de aventuras, á la cabeza de una expedición de 600 á 700 hombres, mal armados y mal organizados, perdía su base de operaciones sin esperanza de conquistar otra mejor; entregaba Tarija al enemigo y anonadaba la insurrección de Cinti. Aun salvando de ser batido en su marcha, por una de las divisiones realistas, superiores en fuerza y calidad, se exponía á perderse irremisiblemente, cualesquiera que fueran las ventajas parciales que alcanzara. La insurrección del país que recorriese, aun suponiéndola en masa, no podía dar ningún resultado. Además de que, á ella sólo respondían los indios, este elemento era militarmente inconsistente y ningún contingente poderoso podía llevarle, como la experiencia lo había demostrado, y lo demostró una vez más. Los ejércitos argentinos, en sus tres invasiones sucesivas, habían contado con ese apoyo, que aunque muy eficaz en su sentido, había sido nulo en el orden militar. Su acción fué puramente negativa, y ésta circunscripta á sus respectivas localidades.

Sirviendo con sus derrotas más que con sus victorias á la causa de la independencia, después de paralizar la acción del ejército español triunfante en Sipe-Sipe, las republiquetas que la representaban habían sucumbido unas tras de otra, demostrando su inconsistencia. Padilla había reunido hasta 6.000 hombres, había alcanzado victorias señaladas, había mantenido en jaque por algunos meses á Chuquisaca, y al fin había sido deshecho por un destacamento de caballería. Warnes en Santa Cruz, al frente de una provincia más guerrera y de un ejército mejor pertrechado, había sido vencido por un número de fuerza poco más ó menos igual á la suya. Sólo quedaba la insurrección aislada de Ayopaya, fuerte dentro de sus desfiladeros, pero sin acción sobre el país y la insurreción debilitada de la Laguna (Tomina y Yamparaez), que mejor podía ser apoyada por Pomabamba al exterior de la frontera del Chaco, que yendo en su busca por entre fuerzas enemigas. En cuanto á la insurreción de Cinti, ella estaba limitada á sus fronteras por la parte del Chaco, y abandonar á Tarija, quitándole la fuerza que le daba nervio, era, como lo hemos dicho, lo mismo que anonadarla.

Esto es considerando las mal calculadas operaciones de La Madrid, del punto de vista militar. En el orden político, sus consecuencias tenían que ser más desastrosas aún. Lanzarse al interior de un país para promover una insurrección, apoyándola por una débil expedición, que apenas podía hacer frente á un batallón realista, y que cualesquiera que fuesen las ventajas que alcanzara, debía estrellarse contra el primer obstáculo, era despertar una esperanza vana, sacrificar estérilmente generosas abnegaciones, desalentar la guerra de partidarios, y comprometer para siempre el crédito de las armas argentinas en el Alto Perú, entregando al país extenuado y sin esperanza en manos del enemigo, como sucedió. A pesar de que la fortuna ciega favoreció por demás á la expedición ; á pesar de que pudo llegar á Chuquisaca por sorpresa, burlando la vigilancia de los realistas y rendir por acaso en

su tránsito un escuadrón, la expedición estaba irremisiblemente perdida, aun cuando se hubiese apoderado de aquella ciudad, como lo hemos dicho antes, porque los españoles alarmados ocurrían ya con fuerzas superiores para darle el golpe de gracia, ya fuese vencido ó vencedor sobre sus trincheras.

Después del rechazo de Chuquisaca, no le quedaban á La Madrid sino tres partidos. O bien retroceder á Tarija, para buscar su base de operaciones perdida, por la margen izquierda del Pilcomayo, y penetrando por los llanos de la frontera de Cinti, á fin de evitar el encuentro de las columnas españolas que le perseguían; ó bien trasladarse á Tomina, para apoyar la insurrección de la Laguna, que aun sostenía Fernández y Rabelo y hacerse así una base de operaciones; ó bien buscar nuevas aventuras, á ver lo que la fortuna podía dar. Como de costumbre, se decidió por el último, que era el peor de todos, y que debía convertir el rechazo al frente de Chuquisaca, en un desastre vergonzoso.

Hemos dicho antes, que La Hera se hallaba en Tarabuco al frente del batallón Centro con algunos otros piquetes y dos piezas de artillería, cuya fuerza total pasaría de 400 hombres bien organizados y bien mandados, siendo el segundo de La Hera el comandante Espartero. La Madrid se puso en marcha en su busca, con el objeto de batirlo, al frente de 600 hombres escasos y demoralizados. El campo de Yamparaez, que tenía que atravesar para el efecto, es una llanada accidentada, con anchos horizontes, limitada al poniente por una sierra, del otro lado de la cual se encuentra Tarabuco. Grandes ondulaciones y pequeñas quiebras lo cortan en todo sentido, y montones de riscos de grandes dimensiones, desparramados como al acaso, le dan un aspecto fantástico y melancólico. Serían las cinco de la tarde cuando la columna patriota penetró en este campo. Allí hizo un corto descanso y al ponerse el sol continuó su marcha. Una partida de ocho batidores con 20 indios baqueanos iba á la cabeza; seguían, un destacamento de 16 carabineros, y más á

retaguardia el resto de la fuerza en columna sucesiva. La infantería llevaba el centro y con ella iba la artillería á lomo de mula, y por fin los prisioneros y los heridos.

Como dos horas antes de amanecer, y próximos á la cuesta que debían ascender, los patriotas fueron sorprendidos por una descarga de fusilería á quema ropa, que introduciendo el pánico en la caballería, que marchaba á la cabeza, la puso en dispersión. Siguióse á esto un vivo tiroteo y toques de tambor y corneta, que anunciaban la presencia de una fuerza enemiga sobre el flanco. Eran 100 hombres de la guarnición de Tarabuco, al mando del capitán don Felipe Rivero (que después hizo figura en España), que en este mismo día habían salido con el objeto de expedicionar sobre una reunión de indios que se creía inmediata. Al descender la cuesta, el oficial que los mandaba descubrió los exploradores de La Madrid que se habían desviado del camino para vivaquear, y más á retaguardia una tropa en marcha, cuyo número no pudo apreciar en la obscuridad, pero que sospechó fuesen enemigos. Apartándose del camino que seguía, se situó sobre uno de sus costados, dominando una especie de desfiladero formado por dos montículos de peñascos, de que hemos dicho estaba sembrado el campo. Al comprometerse la cabeza de la columna patriota en este paso, dieron los centinelas españoles el grito de «¿Quién vive?» y á la contestación: «¡La Patria!» partió la primera descarga.

La Madrid, como de costumbre, avanzó resueltamente á la cabeza de 12 hombres, cargó sable en mano sobre los enemigos, fué rechazado y desarmado en combate singular, y volvió á intentar nuevo ataque con algunos infantes que reunió, siguiéndose un tiroteo que acabó de desordenar la columna patriota. Los españoles, apercibidos de la superioridad de la fuerza con que se batían, se pusieron en retirada por el camino que habían traído, llevando algunos prisioneros, y fueron á dar la voz de alarma en Tarabuco.

Al amanecer el 22, el campamento patriota ofrecía el aspecto de una completa derrota. Algunos muertos se veían tendidos en el lugar del combate, más de un tercio de fuerza se había dispersado, la artillería extraviada, y una parte de los soldados había perdido sus armas. Felizmente pudo encontrarse la artillería y reunir la mayor parte de los dispersos, con lo cual volvió La Madrid á su insanable optimismo, y mandó tocar dianas en señal de triunfo, despachando comunicaciones en todas direcciones con el anuncio de su victoria. Restablecido aparentemente el orden, la expedición siguió su interrumpida marcha, y el día siguiente llegó á Tarabuco, que encontró abandonado.

La Hera, oportunamente prevenido, había evacuado el reducto. Desde el cerro de las Carretas, que domina la cresta del mismo nombre y la llanada que se extiende á su pie, pudo observar los movimientos de La Madrid el día 22. Maniobró en consecuencia, corriéndose por uno de sus flancos, y llegó el 23 á Chuquisaca, donde esperó la incorporación de la columna de O'Relly, que ya estaba en marcha en persecución de los expedicionarios.

La Madrid, en lugar de aprovechar útilmente el tiempo que los enemigos le dejaban libre, mientras operaban su reconcentración, se empeñaba en buscar nuevas aventuras, contando tal véz con algún nuevo golpe de fortuna. Habiéndosele incorporado en Tarabuco la división de partidarios de la Laguna, á las órdenes de Fernández y Rabelo, y la de Cinti á las del coronel Azebey, volvió á encontrarse al frente de una columna como de 700 hombres, sin contar los indios que en esta clase de guerra sólo figuraban como comparsas militares, aunque no dejaban de ser útiles en otro sentido. Con este contingente, se creyó en aptitud de volver á tomar la ofensiva; y después de descansar tres días en Tarabuco, emprendió nuevamente su marcha sobre Chuquisaca, en cuyos alrededores se situó acompañado de gran muchedumbre de indios que figuraban un ejército. La Hera, como un león enjaulado, ansiaba por salir á su encuentro con su divi-

sión; pero sus instrucciones se lo prohibían, y el Presidente de Chuquisaca, que lo era don Pascual Vivero, se oponía á ello, en la suposición de que La Madrid tenía realmente la fuerza que aparentaba.

En esta situación equívoca se pasaron otros tres días. A fines de mayo, los indios que tenía apostados en las alturas del Pilcomayo, camino de Potosí, anunciaron á La Madrid que la columna de O'Relly (fuerte de más de 1.000 hombres en su mayor parte de infantería) se aproximaba á reunirse con La Hera en Chuquisaca, recibiendo al mismo tiempo la noticia de que La Serna con el ejército invasor de Salta regresaba al Alto Perú. En tal conflicto, La Madrid se decidió como de costumbre por el peor de todos los partidos. Sin plan, sin probabilidad ninguna de éxito, y agravando más una situación perdida, salió al encuentro de la columna de O'Relly, con ánimo de batirla por sorpresa en la quebrada de Pilcomayo, huyendo de la columna de La Hera, que era la más débil, la cual inmediatamente salió tras sus huellas, y le cerró la garganta delante de la cuesta de Cachimayo, combinando su movimiento con O'Relly. El jefe patriota, maniobró con tan escaso tino y tan poca prudencia entre ambas columnas (separadas por distancia de cuatro leguas á lo sumo), que, al intentar revolver sobre La Hera, se encontró el 7 de junio frente de 1.500 hombres que le obligaron á emprender la retirada precipitada, con sus cabalgaduras en mal estado. Perseguido hasta la cuesta de las Carretas, llegó á los dos días á Tarabuco, y desde allí emprendió una fuga ordenada, marchando día y noche sin comer y sin dormir.

A los tres días de penosa marcha (11 de junio) como á las nueve de la noche, penetraron por una estrecha garganta á un valle circular, extenso, apacible, de suave temperatura y alfombrado de ricos pastos. A su fondo, se descubría en medio de la obscuridad una elevación cortada horizontalmente, como una meseta, en cuya falda se diseñaba á manera de decoración un pueblito, cuyas arboledas se destacaban en el fondo de

un cielo sereno. Todo convidaba al descanso, y hombres y caballos, exhaustos de fatiga, se rindieron al sueño sin que se tomase ninguna precaución. Aquel lugar era Sopachuy, que debía ser el sepulcro de la expedición.

A las ocho de la mañana del día siguiente (12 de junio), el campamento patriota despertó al estrépito de descargas cerradas, que se sucedían sin interrupción. Era el activo La Hera y su segundo, Espartero, que con el batallón Centro y un escuadrón de caballería, habían tomado la vanguardia, y marchando por el flanco derecho de la columna patriota con el intento de cortarle la retirada en Sopachuy, desembocaban en la quebrada por uno de sus flancos. Desde este momento todo fué confusión, y la derrota se declaró antes de poder organizar la resistencia. Todos huyeron, con abandono de la artillería y una bandera, y dejaron en poder del enemigo como 300 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, rescatando los vencedores los suyos. Según el mismo La Madrid, los primeros que abandonaron el campo fueron sus jefes principales. Distinguiéronse en la retirada, que con sus derrotados restos emprendieron al frente del enemigo, el mayor Rabelo y el capitán Lugones, que con sus guerrillas de retaguardia salvaron el honor de aquella desastrosa jornada. Este fué el último combate de la última invasión de las armas argentinas en el Alto Perú. Desde ese día la separación entre las Provincias Argentinas y las del Alto Perú, fué un hecho definitivo.

La Hera, satisfecho con su triunfo, y mal de cabalgaduras, se replegó á la Laguna, y O'Relly á Chuquisaca, donde se colgó por 24 horas en la horca, la bandera argentina tomada en Sopachuy. La Madrid pudo así ejecutar con más descanso su retirada, franqueando en cuatro días las 21 leguas que median entre Sopachuy y Pomabamba, á donde llegó el 16 de junio de 1817 á la cabeza de 150 hombres, últimas reliquias de la expedición que había rendido á Tarija, sitiado dos veces á Chuquisaca, tomado cerca de

400 prisioneros y sublevado el país en su caprichoso trayecto. Desde Pomabamba continuó su marcha orillando las fronteras por los valles del Pilcomayo y del Pilaya, y atravesó los llanos de Culpina, llegando á Tarija en el más lastimoso estado, en circunstancias en que una división española al mando de Ricafort maniobraba á fin de cortarle la retirada. Esta división compuesta de dos batallones, un escuadrón y dos piezas de artillería, tomó posición de la Villa de Tarija el 11 de julio (1817). La Madrid, en combinación con Uriondo, pretendió disputar el terreno; pero después de algunos movimientos falsos y encuentros sin resultado, tuvo que refugiarse en Orán, donde recibió orden del general Belgrano para replegarse á Tucumán.

Al cumplirse los diez meses de campaña (diciembre de 1817), regresaban á Tucumán los mutilados restos de la expedición, que tan famosa se había hecho por sus fantásticas marchas, sus gloriosos triunfos, sus extraordinarias aventuras y severas derrotas. En cuanto á su jefe, condecorado con el grado de coronel por la toma de Tarija, sus compañeros de armas (dice uno de ellos) «hicieron justicia á su valor; pero no »juzgaron así de su capacidad, creyendo que no ha»bía sido acertada la dirección dada por él á las »operaciones, ni tenido la firmeza y habilidad necesa»rias para conservar la disciplina, tan indispensable »en una campaña ofensiva y lejana.»

Los comandantes don Juan Antonio Rojas y Uriondo, después de proteger la retirada de La Madrid, volvieron á reconquistar el terreno perdido por éste, obligando al enemigo á reconcentrarse en Tarija, y lo hostilizaron sin descanso, arrebatándole las caballadas por atrevidos y bien combinados golpes, con lo que se demostró prácticamente las importantes ventajas que de la malograda expedición podrían haberse reportado, á haber sido mejor conducida. Al mismo tiempo, el comandante don Esteban Fernández y el mayor Rabelo, volvían á establecer su campamento á inmediaciones de Santa Helena, y des-

de allí apoyaban nuevamente la insurrección de Cinti.

Simultáneamente con estos movimientos en Tarija, Olañeta, á la cabeza de una columna de 1.000 hombres, invadía nuevamente por Humahuaca (agosto de 1817). Esta operación sin alcance ulterior tenía simplemente por objeto de parte de La Serna, acreditar que los realistas no se habían retirado de Salta por temor de los gauchos. La provincia de Salta, extenuada y exhausta de caballadas, no podía oponer una seria resistencia al avance de esta columna, que merced á las fuertes posiciones que ofrece la quebrada y con sus flancos cubiertos, pudo llegar el 1.° de diciembre hasta Uquía. Hasta allí le hizo frente el comandante Arias, manteniéndose constantemente á su vista, al frente de una corta y mal montada división de gauchos. En una de las guerrillas se encontraron al habla Arias y Olañeta, y éste invitó al jefe patriota á pasarse con su tropa. Arias le contestó con un tiro de fusil, y al dar cuenta de este hecho, dice: «Nadie se pasa, á pesar de hallarse muchos de mis soldados en cueros vivos.» Desde Tilcara, volvió Olañeta á replegarse al pueblo de Humahuaca, siempre observado y hostilizado de cerca por los gauchos.

Este alarde de La Serna, que contaba no encontrar á su frente sino guerrillas de gauchos mal armados, ofrecía á Belgrano la ocasión de obtener sobre Olañeta una ventaja señalada, destacando sigilosamente sobre la quebrada una columna ligera de su ejército, para obrar en combinación con las partidas de Güemes. En tal sentido, había tomado sus medidas, y se proponía llevarlas á ejecución, cuando recibió orden del gobierno para desprender al interior una parte de sus fuerzas, á fin de garantir el orden en la República.

Desde este día, el ejército auxiliar del Perú quedó perdido para la guerra de la independencia; pero ya la inmunidad de la frontera argentina por el norte era un hecho, y Salta bastaba para hacerlo respetar.

CAPITULO XXXIV

El Río de la Plata y el Brasil

1816

Nuevo punto de vista histórico.—El directorio de Pueyrredón.—Bosquejo de Pueyrredón.—La cuestión argentino-brasileño-portuguesa.—Antecedentes públicos y secretos sobre la invasión brasileño-portuguesa á la banda oriental.—Política del Brasil en el Río de la Plata antes y después de la Revolución hasta 1816.—Estado de la Banda Oriental en esta época.—Desaliento de los políticos ante la anarquía.—Preliminares de la expedición portuguesa al Río de la Plata, sus causas, su plan y objeto.—Berresford y el general Lecor.—Don Nicolás Herrera y don Manuel José García en la corte del Brasil.—Retrato de García.—Antecedentes diplomáticos reservados sobre la expedición.—Carácter y antecedentes del Dr. D. Gregorio Tagle.—Correspondencia secreta de García sobre la invasión portuguesa y sus ideas acerca de ella.—Abertura de negociación entre García y el encargado de negocios de España en Río de Janeiro.—Pueyrredón somete la política exterior al Congreso.—Plan político que acuerda el Congreso, sobre la base de la monarquía.—El director abre comunicaciones con Artigas y rechaza el plan de política exterior acordado por el Congreso.—Contestación del Congreso sobre este punto.—Examen de estos documentos.—Rasgo fisionómico de la época.—Ley de la necesidad que domina la situación.

Para dominar de más elevado punto de vista los horizontes de nuestro cuadro histórico y comprender mejor el encadenamiento de hechos que llevaron al ejército de Belgrano á complicarse y perderse en masa en la guerra civil, se hace necesario tomar al gobierno general como centro de movimiento colectivo, y traer la narración al momento en que el Director Pueyrredón se recibió del mando supremo de las Provincias Unidas. Partiendo de esta base, bosquejaremos la situación del país, trazaremos la marcha de la administración pública con relación á ella, y explicaremos su política interna y externa hasta la época á que hemos llegado.

Hemos dicho, que Pueyrredón se recibió de una situación preñada de peligros y de un gobierno sin fuerza real y sin autoridad moral. Este gobierno, nacido en medio de una disolución política, no tenía más punto de apoyo que el Congreso que lo había creado, el cual, al instituir un poder central y unitario, antes de organizar ni aun definir siquiera la situación política del país, había destruído su propia base sin crearse una nueva, reaccionando así contra las tendencias federativas ó descentralizadoras que le habían dado vida, y que en la ocasión amenazaban reducirlo á la nulidad. El Congreso, á su vez, no contaba con más puntos de apoyo que el del ejército del Perú, en cuyo cuartel general funcionaba bajo la protección de Belgrano; y el del ejército de los Andes mandado por San Martín, que mantenía en perfecto orden las provincias de Cuyo. El resto del país lo desconocía abiertamente y le obedecía condicionalmente. Los diputados de las provincias del Alto Perú, ocupadas por el enemigo, pesaban en sus deliberaciones únicamente con votos inertes. Los diputados del interior, especialmente los de Córdoba, lo trabajaban en su propio seno, introduciendo en él gérmenes de disolución. Los federalistas de la Banda Oriental, Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe, no estaban representados; se mantenían en rebelión armada, y rehusaban toda participación y toda mancomunidad en los esfuerzos y sacrificios contra el enemigo común.

Al mismo tiempo, y casi simultáneamente, con el nombramiento del Director Pueyrredón, estallaban en Buenos Aires las agitaciones, que hubieron de privar á la revolución del concurso eficiente de este poderoso centro de acción y dirección. Si, como lo pretendía el partido que en Buenos Aires se levantó en aquella época, con tendencias á concentrarse en el aislamiento provincial (que era lo que entonces se entendía por federalismo), tal idea hubiese triunfado, el Congreso habría quedado despojado de toda autoridad moral, y el Director nombrado, sin los medios materiales para hacer gobierno. Entonces, todo el litoral argentino,

anarquizado y rebelado en parte, y aislado en el resto, habría quedado en cierto modo desligado de la comunidad argentina, no siendo difícil que al fin prevaleciesen en todo él las tendencias disolventes de Artigas, como sucedió en 1815. De este modo, el Congreso de Tucumán habría quedado reducido á la nulidad, como queda dicho, y el Directorio de Pueyrredón no hubiera sido sino la sombra de una sombra. Afortunadamente, los principios conservadores prevalecieron en Buenos Aires. La opinión pública se pronunció enérgicamente en el sentido de apoyar al Congreso y sostener al nuevo Director. El Cabildo y la Junta de Observación se pusieron á la cabeza de esta opinión, y los Tercios Cívicos de la ciudad y suburbios le prestaron su irresistible apoyo, manteniendo en respeto á los jefes militares de la capital, que amenazaban con una revolución pretoriana. Declarada bajo estos auspicios la independencia de las Provincias Unidas, el Director Pueyrredón pudo entrar como en triunfo á la capital de la República, ceñido con la aureola del primer gobernante nacional que hubiera tenido el país en el curso de siete años de revolución.

El nombramiento del Director Pueyrredón no fué, empero, un acto popular. Señalado por los diputados de Buenos Aires, para evitar la elección de un gobernante que fuese hostil á la capital; nombrado por la influencia negativa de los diputados del Alto Perú, que neutralizaron los votos opuestos de los diputados federales del interior; prohijado por Belgrano, por un espíritu conservador, y aceptado por San Martín, porque el Congreso lo nombraba; reconocido por Güemes, á condición de no trabar su autoridad provincial; sostenido por Buenos Aires en nombre y en el interés de la unidad nacional, y rechazado por los federalistas del litoral, porque Buenos Aires lo sostenía, su candidatura fué de transacción y su nombramiento un acto puramente parlamentario, en que la opinión pública no tuvo participación directa ni indirecta. Precisamente por esto, fué el candidato de las circunstancias. No era un general prestigioso, que se

imponía por la violencia ó por la fuerza de las cosas, ni un jefe de partido exaltado por sus parciales, ni un intrigante de mala ley que falsease el voto de sus comitentes, ni un ambicioso personal que pudiera inspirar temores para lo futuro, ni un genio de quien se esperase fatalmente la salvación: era simplemente un representante que la situación se daba, sometiéndolo á una dependencia parlamentaria y una disciplina de causa común. Por esto, el Congreso al compartir con él la potestad ejecutiva, que había reasumido, juntamente con la potestad legislativa y concluyente—que era la única que le habían delegado los pueblos,—le impuso la condición de consultarle en los asuntos graves, reservándose en toda su plenitud la dirección de las relaciones exteriores.

Hasta entonces, Pueyrredón, según ha podido verse, no se había señalado como militar, ni como administrador, ni como político, no obstante haber sido las tres cosas con algún brillo pasajero. Patriota probado y uno de los precursores de la revolución, hombre de mundo, de buen sentido y juicio propio, con bastante carácter para sostener sus opiniones; con eficiente inteligencia para juzgar de la ajena, y flexibilidad para someterse á las deliberaciones de una mayoría ó á las exigencias de las circunstancias; con una ambición flotante sin trascendencia, que se contentaba con el fausto externo del poder; moderado en sus pasiones políticas y sin opiniones comprometidas sobre los partidos; decoroso en su vida pública y privada, con la necesaria instrucción y sagacidad para estimar las aptitudes de los demás; circunspecto y prudente, pero dotado de cierto temple de coraje cívico, que no retrocedía ante las responsabilidades colectivas; de figura hermosa y arrogante, con maneras cultas y lenguaje digno, que establecían sin altanería el recíproco respeto, tal era don Juan Martín de Pueyrredón en 1816. Era, pues, una mediocridad relativa y expectable, que representaba por sus calidades negativas principalmente, el gobierno de una república radicalmente democrática, guerrera y anárquica,

gobernada por un parlamento patricio, ponderada por una oligarquía política sostenida por la plebe armada de un centro urbano compacto, homogéneo y orgánico como Buenos Aires, cuya bandera era llevada por dos ejércitos igualmente refractarios al pretorianismo y al caudillaje, y cuyo resorte secreto era una asociación misteriosa, que hacía las veces de consejo áulico. Este gobierno así montado, buscaba el triunfo de la independencia, aspiraba á la libertad, y subordinando las formas á los fines, contemporizaba con los hombres y los acontecimientos, aceptando los medios compatibles con su naturaleza, y tenía dos objetivos constantes: vencer al enemigo externo y fundar la nacionalidad argentina sobre la base del centralismo, ya fuese coronándola con el gorro frigio, de los libertos, ó con la diadema de un monarca constitucional.

Llamado á presidir este conjunto, sin dominarlo, y armado en nombre de la revolución de las facultades arbitrarias de los antiguos reyes, el Director Pueyrredón dió un nuevo contrapeso á su autoridad, al reorganizar la antigua logia de Lautaro sobre bases más anchas, reclutando sus miembros en el Parlamento, en la Administración y en los ejércitos, subordinándose á todas estas influencias públicas ó secretas aunque se reservó en cierta medida el uso de su juicio propio.

Esto explica la duración, el éxito y la caída del Directorio de Pueyrredón, que nació en medio de la anarquía, y vivió combatido por las resistencias populares que nunca pudo aplacar, y que dejó más embravecidas; pero que tuvo la gloria y la fortuna de que, en la época de su gobierno, se retardase por lo menos la disolución política y social, mientras se consolidaba la independencia, y de que todas las fuerzas organizadas que concurrieron á su elevación le acompañasen hasta el fin de su laboriosa carrera, aun después que las fuerzas vivas de la opinión le habían abandonado, y cuando el poder por él representado se descomponía dentro de sus propios elementos y amenazaba desplomarse sobre sus resortes gastados.

Tocóle al Directorio de Pueyrredón tener que afrontar desde luego la más grande complicación exterior que hubiese surgido en el curso de la revolución, la cual, arrojando una sombra sobre su gobierno, debía legar una guerra al porvenir. Nos referimos á la ocupación de la Banda Oriental por las armas brasílico-portuguesas. Este hecho, cuyo anuncio coincidió con su elevación, dió consistencia al rumor de que el Congreso, complotado con los políticos de la situación, meditaba entregar el país á una dominación extranjera. Acentuándose la acusación, se agregaba: que el Director Pueyrredón y el general Belgrano intentaban entregarlo á los portugueses. Alarmado el Congreso con estos rumores y acusaciones, no se le ocurrió para desvanecerlos, sino celebrar una sesión secreta, con el objeto de adicionar el acta de la independencia, ¡diez días después de firmada y promulgada! acordando, que después de las palabras: «una nación libre é »independiente del rey Fernando VII, sus sucesores »y metrópoli,» se agregasen estas otras: «y de toda otra dominación extranjera.» Por la solemnidad del correctivo, singularísimo en la historia del mundo, puede juzgarse de la importancia de la cuestión á que respondía, la cual constituye en efecto uno de los principales nudos de la situación.

La cuestión argentino-brasílico-portuguesa, como ha podido verse en las primeras páginas de este libro, tuvo su origen en la época del descubrimiento del Río de la Plata, se complicó durante el período de la población del país y se prolongó en el del coloniaje. La España y el Portugal, limítrofes en ambos hemisferios y alternativamente en guerra ó en alianza en ellos, no pudieron entenderse definitivamente en el espacio de tres siglos (1515-1815), ni respecto de sus intereses en Europa, ni respecto de los límites de sus colonias en el nuevo mundo.

Al finalizar el siglo XVIII, hallábanse en paz España y Portugal, y el tratado de 1777 parecía haber puesto término á sus cuestiones de límites en el Río de la Plata, bien que su ejecución se prolongara in-

definidamente, cuando sobrevino la guerra de 1800 entre ambas naciones. Las hostilidades se rompieron casi simultáneamente en ambos hemisferios. La España, aliada á la Francia, atacó las fronteras de Portugal y se apoderó de la plaza fuerte de Olivenza en 1801. El Portugal, apoyado por la Inglaterra, resistió, y se apoderó á su vez en América, y en el mismo año, de los siete pueblos de las Misiones orientales del Uruguay, que por el último tratado correspondían á la corona española. Al mismo tiempo que esta última conquista tenía lugar, se firmaba en Badajoz la paz entre Portugal y España; pero, como no estaba expresamente mencionado entre los territorios que recíprocamente debían devolverse el de las Misiones, los portugueses se negaron á su entrega, y los españoles por su parte retuvieron á Olivenza, que les estaba asegurada por el tratado, preparándose así el conflicto que debía complicar esta cuestión con la revolución futura del Río de la Plata.

La política de la España, dirigida por el favorito Godoy, poniéndose al servicio de la ambición napoleónica en Europa, atrajo sobre sus posesiones del Río de la Plata las invasiones inglesas de 1806 y 1807, cuya historia hemos hecho ya. En pugna con el Portugal (aunque no en abierta guerra), á causa de los compromisos que existían entre esta nación y la Inglaterra, la España celebró en 1807 con la Francia el tratado de Fontainebleau, por el cual estas dos potencias borraban del mapa político el reino de Portugal, repartiéndose sus posesiones en Europa y América, y asegurando á Carlos IV el título de Emperador de ambas Américas. La ocupación subsiguiente de toda la Península ibérica por las armas francesas, dejando á la España sin reyes y á sus colonias sin vínculos legales con la madre patria, obligó á la casa reinante de Portugal á refugiarse en sus posesiones del Brasil, bajo la protección de la Inglaterra, cuando esta potencia podía aún considerarse en guerra con la España, y por consecuencia con las vecinas posesiones del Río de la Plata. Este era el estado de las

cosas cuando la Corte portuguesa se trasladó á Río de Janeiro en 1808.

En vista de estas causas y antecedentes históricos, de la ambición tradicional del Portugal, respecto de engrandecimiento territorial en América; de las tendencias que en el mismo sentido había manifestado la Inglaterra en los últimos años; y teniendo presente, que el príncipe regente estaba casado con la infanta Carlota, hermana de Fernando VII, la cual había pretendido tener derechos eventuales al trono español, de temerse era que la política portuguesa se complicase con la situación de las vecinas colonias del Río de la Plata, que á la sazón no sabían qué rumbo seguir, en medio de la tempestad que agitaba á la madre patria. En efecto, apenas establecida la corte portuguesa en Río de Janeiro, el ministro del Brasil don Rodrigo de Sousa Coutinho, pasó una nota «reservada» al Cabildo de Buenos Aires, diciéndole en tono conminatorio: «Que en virtud de ser un he»cho indudable la completa sujeción de la monar»quía española á la Francia, y el hallarse compro»metidas con la Inglaterra las provincias del Río de la »Plata, que habían resistido triunfantemente sus in»vasiones, el Portugal les ofrecía tomarlas bajo su »protección, guardándoles sus fueros, garantiendo su »comercio y un olvido de lo pasado por parte de sus »aliados los ingleses, teniendo por objeto estas pro»posiciones amistosas evitar la fusión de sangre; en »la inteligencia que, de no ser aceptadas, haría causa »común con su poderoso aliado contra el pueblo de »Buenos Aires y todo el virreinato del Río de la Pla»ta, por más doloroso que le fuese esto, tratándose »de naciones unidas por los vínculos de la misma re»ligión, por hábitos y costumbres semejantes y por »un idioma casi idéntico, que se verían envueltos en »una guerra.» El Cabildo de Buenos Aires, bajo las »inspiraciones de don Martín Alzaga contestó animosamente protestando su fidelidad al rey de España, declarando que «consideraba la proposición como una »afrenta que no olvidaría jamás; que ni las promesas

»seductoras ni las amenazas podrían nunca conmover »la fidelidad de los pueblos, que acostumbrados á »arrostrar todos los peligros y hacer toda clase de »sacrificios, como lo habían probado, estaban pron»tos á derramar la última gota de sangre, antes que »las provincias del Río de la Plata fuesen usurpadas »á la corona de la España.»

Esta contestación, confidencialmente acordada con el general Liniers, que á la sazón se hallaba al frente del virreinato, se hizo constar oficialmente manifestándole que, «como jefe superior de las provincias »del Río de la Plata, no perdiese instantes en poner»las á cubierto de cualquier insulto y adoptar medi»das conducentes á su seguridad, sin omitir las que »fuesen propias á vengar tan gravísimo ultraje, infe»rido á las sagradas personas del rey de España y del »emperador de los franceses su aliado, castigando el »temerario arrojo con que un príncipe fugitivo, esela»vo de las disposiciones del gabinete de San James, »atacaba al Cabildo en lo más sagrado de su honor y »de su lealtad, desagraviando así los vejámenes irro»gados al soberano español y su poderoso aliado el em»perador Napoleón.» Como se ve, el viento soplaba del lado de los franceses y contra la Inglaterra, y en este punto se encontraban de acuerdo el héroe militar de la reconquista y la defensa, y el héroe civil de ambas jornadas, que como francés el uno y español el otro, procedían en el sentido de que la monarquía española había sucumbido, deseando el primero ponerse bajo la proteción de Napoleón, mientras el otro meditaba fundar una América Española, independiente de la España, de la Francia y del Portugal.

Aunque la Corte del Brasil no estaba preparada para hacer efectiva su amenaza, ella respondía á un plan, que tenía sus raíces en lo pasado, y debía continuar desenvolviéndose por otros caminos en lo futuro. El Portugal y la Inglaterra, dando por sojuzgada la monarquía española, se preparaban á recoger sus despojos en América, á fin de ensanchar el primero sus dominios del nuevo mundo, y apoderarse la

segunda con su concurso de las colonias del Río de la Plata, donde antes había sido rechazada. Sir Sidney Smith, el famoso vencedor de San Juan de Acre, que había conducido la corte portuguesa al Brasil, era el encargado de tentar por tercera vez la conquista del Río de la Plata, y al efecto las tropas portuguesas fueron puestas á sus órdenes. Cooperaban á este plan, don Saturnino Rodríguez Peña y don Manuel Aniceto Padilla, que perseveraban en sus antiguas ideas, y pensaban que sólo bajo los auspicios de la Gran Bretaña podrían emanciparse aquellas colonias.

La infanta Carlota, por su parte, mujer ambiciosa, intrigante y liviana como su madre, trabajaba en el mismo sentido, bien que con miras diversas, en la esperanza de que, en virtud de sus derechos eventuales al trono español, sería reconocida como protectora de la América del Sur, y que en este sentido sería eficazmente servida por Sidney Smith.

Lisonjeábase que su esposo el príncipe regente, de quien estaba separada en cuerpo y alma, se pondría también de su parte, conciliándose la ambición de todos los interesados en la prosecución de estos planes. En este sentido se abrió correspondencia con Liniers, adjuntándole un manifiesto y proclama dirigido á los pueblos americanos, en que procuraba propiciarse el apoyo de aquél. Así es que, la Corte de Río de Janeiro, sin darse por notificada del enérgico rechazo del Cabildo de Buenos Aires, anunció casi inmediatamente, por medio de una carta oficial del capitán general del Río Grande, su intención de enviar una misión al virrey del Río de la Plata. Aprovechando la permanencia en Río de Janeiro del conde Liniers, hermano del virrey, se le indicó, que el objeto era arreglar un tratado de comercio, por cuanto hasta entonces el tráfico entre el Brasil y el Río de la Plata se hacía con banderas simuladas, á causa del estado de guerra entre Inglaterra y España, que aún subsistía.

Al anuncio de esta misión, Liniers se dispuso á en-

viar otra misión por su lado, con el doble objeto de arreglar el tratado de comercio, si era posible, pero principalmente para imponerse de las verdaderas miras de sus vecinos. Por su parte, la Corte del Brasil envió, con el carácter aparente de comisionado, al general don Joaquín Xavier Curado, más bien como espía de guerra que como negociador diplomático. Esto se evidenció cuando Curado tuvo que declarar, que no era portador de credenciales, y cuando, recibidas éstas, hizo la proposición de que la margen oriental del Río de la Plata se pusiera bajo la protección del Portugal. Esta proposición fué contestada ordenándosele su inmediato retiro. Con este motivo, Liniers se dirigió á la infanta Carlota en una carta pública, notificándole, que las provincias del Río de la Plata habían jurado fidelidad á Fernando VII, y que por lo tanto, no podían publicarse sus proclamas; agregando, que por respeto á ella no había tomado la insinuación de Curado como una formal declaración de guerra. Al mismo tiempo le escribió reservadamente, quejándose con amargura de los planes de usurpación que el Gabinete del Brasil fomentaba contra los dominios españoles en América, cuando la España hacía tantos sacrificios por la conservación de la monarquía portuguesa en Europa, y reclamaba enérgicamente «contra estos atentados contra el derecho de gentes.» La princesa procuró justificarse, con protestas de su lealtad española y echando la culpa sobre los ministros de su marido, en nombre de quien transmitió palabras amistosas, que importaban una satisfacción, aunque insistió siempre en dar intervención al almirante Sidney Smith en los negocios del Río de la Plata, al frente de las fuerzas anglo-lusitanas, al intento de apoderarse de Montevideo, como base de operaciones. Por entonces ninguno de estos planes tuvo ulterioridad.

El alzamiento de la España contra la dominación napoleónica, y la alianza de esta nación con la Inglaterra, que fué su inmediata consecuencia, vino á cambiar el aspecto de las cosas, al modificar la política

brasileña, dando otra dirección á las pretensiones de la Carlota. Fué entonces (1809) que don Saturnino Rodríguez Peña promovió el proyecto de emancipar y constituir las provincias del Río de la Plata, coronando á la infanta como soberana de ellas, proyecto de que ya nos hemos ocupado, y en el que tomaron parte Belgrano, Moreno, Saavedra, Castelli, Vieytes, don Nicolás Peña, los hermanos Passo, Pueyrredón y otros, que después formaron el gran partido patriota de la revolución, que estalló en 1810. Las peripecias de la revolución argentina trajeron al fin las tropas portuguesas á intervenir en las cuestiones del Río de la Plata, asumiendo la diplomacia inglesa y española, actitudes que parecían contradictorias, si sus móviles secretos no hubieran quedado consignados en documentos auténticos.

Con motivo del primer sitio de Montevideo puesto por los argentinos (1811), el gobierno del Brasil ofreció su concurso á la plaza, coincidiendo por acaso en este punto la política del Gabinete del príncipe regente y las miras ambiciosas de su consorte doña Carlota. Los españoles, recelosos de las insidias portuguesas, consideraban este auxilio como un presente griego; y los ingleses, que habían desistido de sus propósitos de conquista, subordinando su política á la de la Europa y á las conveniencias de su comercio, obstaban á la realización de estos planes. El marqués de Casa Yrujo como representante de la España, y lord Strangford como embajador de la Inglaterra cerca de la Corte del Brasil, aunque en desacuerdo ambos en lo general de las cuestiones que les estaban encomendadas, procedían de conformidad en este punto. Pero los apuros en que llegó á verse la plaza de Montevideo, obligaron á los españoles á aceptar el concurso antes desechado; y el gobierno del Brasil se apresuró á darlo, recatándose de lord Strangford.

Queda ya explicado cómo las tropas portuguesas penetraron al territorio de la Banda Oriental en 1811, coincidiendo este suceso con la derrota de las armas argentinas en el Desaguadero. Desde entonces, el si-

tio de Montevideo no podía sostenerse; así es que los patriotas se prepararon á levantarlo. Los españoles por su parte, una vez conseguido el principal objeto, y más temerosos de las intenciones de sus nuevos aliados que de las hostilidades do sus enemigos, se apresuraron á firmar con éstos un armisticio, á fin de justificar el retiro de las tropas portuguesas, quedando dueños de la plaza, mientras recibían nuevos auxilios de la metrópoli. Este armisticio fué negociado en Río de Janeiro por don Manuel de Sarratea, enviado secreto del gobierno argentino, apoyado por lord Strangford, y de acuerdo con el embajador español Casa Yrujo, á quien había conocido en Norte América.

Queda también explicado cómo las tropas portuguesas, á pesar del armisticio, permanecieron ocupando militarmente la Banda Oriental; cómo sus operaciones militares hubieron de combinarse con las de Goyeneche, quien después del Desaguadero se proponía invádir las provincias argentinas; y cómo al fin fué enviado Rademaker á Buenos Aires, por influencia de la diplomacia inglesa, para ajustar el armisticio indefinido de 1812 entre el Brasil y el Río de la Plata.

La evacuación de las tropas, no siguió inmediatamente al armisticio, aunque era una de sus cláusulas, por los motivos que ya se explicaron. El general del ejército portugués, don Diego Sousa, había sido uno de los conjurados que en Lisboa había cooperado en el sentido de derribar al príncipe regente, con el propósito de encerrarle en un convento por imbécil, á fin de entregar el gobierno del reino á su perversa esposa doña Carlota Joaquina de Borbón. Era, por lo tanto, uno de sus partidarios secretos, y continuaba trabajando por sus intereses, procediendo en todo de acuerdo. Pero, desvanecidas las esperanzas de la cooperación militar de Goyeneche (que era otro de los apoyos con que creía contar la Carlota) y frustrada la conjuración de Alzaga, á cuyo logro había cooperado, las tropas portuguesas evacuaron definitivamente

la Banda Oriental. El armisticio de 1812 fué desde entonces la regla internacional entre el Brasil y las Provincias Argentinas, y sus relaciones de amistad y comercio quedaron establecidas sobre la base de la más perfecta cordialidad y reciprocidad.

La sublevación de Artigas durante el segundo sitio de Montevideo, la guerra civil que sobrevino, la anarquía que se hizo crónica en la Banda Oriental, colocaron á esta provincia en una condición excepcional. Parte integrante de las Provincias Unidas de derecho, no lo era de hecho; y en rebelión contra su gobierno general, presidía la resistencia de Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe, y extendiendo sus trabajos anárquicos hasta el interior de la República. Limítrofe del Brasil, no se hallaba en condiciones de cultivar relaciones regulares con su gobierno; y, por el contrario, era un peligro para la provincia brasileña del Río Grande lo que producía en la frontera continuos conflictos, que obligaban á unos y otros á mantenerse en armas. Complicábase esta situación anómala por el carácter brutal de Artigas. Enemigo igualmente de Buenos Aires y de la unidad nacional, y de toda dominación extranjera, dividíanse el imperio de su alma indómita, el odio á los porteños, á los portugueses y á los españoles, el cual subordinaba únicamente á su pasión por el mando absoluto y personal de su bárbaro caudillaje. A pesar de esto, la Banda Oriental gozaba de una quietud relativa en la época á que hemos llegado en nuestra narración (1816). Aunque en rebelión contra el gobierno general de las Provincias Unidas, las hostilidades estaban paralizadas. En entredicho con el Brasil, no se había producido ningún hecho que autorizase la intervención de una nación extranjera. Siendo un peligro para ambos vecinos la actitud de Artigas, lo era más aún para la República Argentina, pues mientras existiera este foco disolvente de anarquía crónica, era imposible toda organización nacional, y efímera toda combinación política ó militar.

En vista de este problema, que las armas habían

sido impotentes para resolver en el curso de seis años de guerra, algunos patriotas llegaron á desesperar de los destinos de la revolución. Unos creyeron que las Provincias Argentinas no tenían fuerzas propias para triunfar de la España, y buscaron por la diplomacia el concurso directo de naciones extrañas. Otros se persuadieron de que ellas no tenían elementos de propio gobierno y buscaron la salvación en la monarquía, con el concurso de las grandes potencias europeas, sin excluir el de la España, sobre la base de la independencia garantida. Algunos fueron más allá, y considerando que la anarquía era el peor de todos los males, y que el mal era incurable, se resignaban á ser colonia de Portugal antes que volver á someterse al yugo español. Como es ésta la primera vez que tal aserto se formula históricamente, necesitamos establecer sólidamente nuestras pruebas, recorriendo la serie de actos públicos que complicaron la cuestión argentino-brasílico-portuguesa hasta el momento en que el Directorio de Pueyrredón la tomó á su cargo. En seguida examinaremos los procederes secretos de los gobiernos que precedieron al de Pueyrredón, y al descorrer el velo que oculta aún parte de este misterio diplomático, haremos una exposición documentada, dando su parte á los errores y desfallecimientos de la época, sin desconocer el patriotismo que buscaba la solución de arduos problemas por caminos extraviados, y dejando su responsabilidad moral ante la posteridad á los que pudieron obrar guiados por otros móviles.

Hemos dicho antes que la política de la Corte del Brasil respecto de los negocios del Río de la Plata, había sido siempre vacilante y contradictoria, reflejando en sus diversas peripecias el carácter indeciso del príncipe regente. Sucesivamente codiciosa ó ambiciosa, invasora unas veces y tímida otras; ni aliada de la España, ni abiertamente hostil á la revolución argentina; obedeciendo á influencias palaciegas ó á intrigas tenebrosas ó á presiones extrañas, siempre fué, empero, lógica consigo misma, tenía constantemente un objetivo, cual era su engrandecimiento te-

rritorial á costa de sus vecinos, ya fueran éstos europeos ó americanos. Contenida en sus ambiciones por la Inglaterra, había firmado el armisticio de 1812, y desde entonces hasta la época á que hemos llegado, éste era el «modus vivendi» entre ambos países.

Los grandes acontecimientos que en aquella época empezaron á desenvolverse en Europa, y especialmente en la Península, llamaron la atención de Portugal hacia aquella vasta escena, en que sus tropas combatían á la par de las de España contra Napoleón, mientras en América mantenía relaciones amistosas con los súbditos de su aliado. La caída de Napoleón y la vuelta de Fernando VII al trono en 1814, no alteraron este anómalo orden de cosas, y el Congreso de Viena, que debía arreglarlo, ó modificarlo, no hizo sino complicarlo más. De todas las naciones que habían figurado en la coalición continental, el Portugal fué el único que no alcanzó compensación alguna de parte de sus aliados. Por el contrario, fué obligado á devolver á la Francia la Guayana Francesa, que había conquistado durante la guerra; se le exigió adherirse á la abolición del tráfico de esclavos y aun á la de la esclavitud, sin poder obtener siquiera la restitución de la plaza de Olivenza, acordándosele apenas la cantidad de 400.000 pesos fuertes por indemnización de gastos de guerra.

Cincidió este triste resúltado con una innovación de Gabinete de gobierno brasílico-portugués. El príncipe regente había llamado á sus consejos á D. Fernando José de Portugal, más conocido bajo el título de marqués de Aguiar, y á don Antonio Araujo de Acebedo, más célebre bajo la denominación de conde da Barca. Era el marqués de Aguiar, el representante del partido portugués, que opinaba por el regreso de la Corte á Lisboa, á donde le arrastraban sus simpatías. Por el contrario, el conde da Barca sostenía, que el Brasil era el nuevo teatro de engrandecimiento de la monarquía portuguesa, emancipada del tutelaje de las grandes potencias que la humillaban en Europa, y pretendía levantarla así á la categoría de la primera

potencia americana con mayor influencia en el mundo político.

El fracaso de Portugal en el Congreso de Viena vino á resolver esta cuestión. El príncipe, bien aconsejado por su Gabinete y por los sucesos, se negó á la solicitud de sus aliados para trasladar su corte á Lisboa y elevó al Brasil á la categoría de reino y de metrópoli provisoria de la monarquía. Resentido á la vez con la España, por su retención de la plaza de Olivenza, determinó apoderarse de la Banda Oriental, prosiguiendo un plan de engrandecimiento territorial, que esperaba poder combinar tal vez con la consolidación de una nueva y gigantesca monarquía americana. Al efecto, dispuso que un cuerpo de tropas pasase del Portugal al Brasil (1815), y se limitó simplemente á dar aviso á la Inglaterra y á la España, de que era con el objeto de garantir la paz de sus fronteras del sur, insinuando la posibilidad de que el Brasil cooperase con la España á la pacificación de sus colonias rebeladas.

En noviembre de 1815 llegó el primer contingente de estas tropas, que pasó á situarse en la isla de Santa Catalina. En 30 de marzo de 1816 llegó el resto, bajo el mando del general don Carlos Federico Lecor (después barón y vizconde de la Laguna), formando ambos contingentes un total de cerca de 5.000 hombres de las tres armas. Esta división fué revistada con gran pompa el 13 de mayo de 1816 por el príncipe regente en persona, quien á la sazón por muerte de su madre iba á tomar el título de Juan VI, indicándose ya que su destino sería al Río de la Plata. Su embarque en Río de Janeiro, fué presidido por el general Berresford, quien accidentalmente se hallaba allí, tocándole así tomar parte activa en una empresa en que él había sido vencido diez años antes. Las tropas destinadas á la expedición habían militado bajo sus órdenes en la guerra de la Península, triunfando en Albuera, Bussaco, Salamanca, Vitoria y Orthez, y por lo tanto se consideraban invencibles.

Al día siguiente (13 de mayo de 1816) el Brasil fué

elevado á la categoría de reino y de metrópoli, abriendose con este acto trascendental la nueva campaña contra las posesiones españolas en la América. El plan era que las tropas portuguesas, protegidas por una poderosa escuadra, marcharan directamente á posesionarse de Montevideo, á la vez que un cuerpo de tropas de Paulistas y Río Grandeses penetrase por las fronteras terrestres y ocupara militarmente toda la Banda Oriental hasta el Uruguay. El encargado de ejecutar este plan era el general Lecor, militar de la escuela cortesana y hombre sin aptitudes políticas, según los historiadores portugueses y brasileños, no obstante sus distinguidas maneras, su lenguaje culto y su práctica de mundo. En consecuencia, en junio de 1816 toda la división portuguesa se hallaba reconcentrada en Santa Catalina, y las fuerzas brasileñas se reunían sobre la frontera del Río Grande con el objeto de obrar oportunamente en combinación, según un plan de campaña político-militar, formulado en detalladas instrucciones. Estas instrucciones revelaban una larga elaboración, cuya tendencia era una absorción metódica, sobre la base de la guerra á Artigas, la neutralidad con las Provincias Unidas y una prohibición absoluta de admitir en su territorio tropas de ninguna otra nación, sin excluir á la España. Era simplemente la conquista militar, bajo el pretexto de ir á combatir la anarquía del territorio limítrofe.

Como se ve, la expedición conquistadora de la Banda Oriental del Río de la Plata, traía su origen de la tradicional ambición del Portugal; respondía á las exigencias de una nueva política en Sud América; y reconocía por causa inmediata el fracaso del Congreso de Viena, que divorció sus intereses de los de la España. A la vez de hacer la policía en las fronteras de su territorio, ella iba directamente contra la soberanía de las Provincias Argentinas, con miras ulteriores á su respecto. Empero, la opinión contemporánea acusó al Director Pueyrredón de connivencia en esta empresa; los historiadores brasileños han atribuído el tris-

te honor de su iniciativa á don Nicolás Herrera, quien después de la caída de Alvear se hallaba emigrado en Río de Janeiro. La tradición argentina á su vez señala como uno de sus agentes al Dr. don Manuel José García, que desde 1815 desempeñaba el puesto de Enviado confidencial de las Provincias Unidas cerca del gobierno del Brasil. La verdad es, que Pueyrredón encontró el hecho establecido, y hubo de contemporizar en él, mal de su grado; que Herrera y García cooperaron en efecto más ó menos directamente á su realización, por móviles que sus mismos actos y palabras pondrán en evidencia. Herrera por odio al caudillaje de Artigas y creyendo servir mejor así al triunfo de las ideas monárquicas por que se había decidido, se entregó en cuerpo y alma á la política del Brasil, contando ser el intermediario de futuros arreglos entre los portugueses y los argentinos. García, convencido después del malogro de su negociación con lord Strangford (de que ya dimos noticia), que nada debía esperarse de la Inglaterra, había vuelto sus ojos al gobierno portugués, lisonjeándose poder dirigir en el sentido de los intereses de su país acontecimientos que no podía evitar, partiendo de la base de la independencia y la monarquía; y sin retroceder ante una anexión al Portugal, prefería esto á continuar bajo el imperio de la anarquía ó volver á someterse á la España.

En el curso de este capítulo quedará todo esto auténticamente comprobado. Para poder seguir en su paralelismo la doble corriente de los acontecimientos, ostensible la una y subterránea la otra, empezaremos por establecer los antecedentes secretos, continuaremos con los públicos, y por fin, explicaremos simultáneamente los unos por los otros en el orden cronológico en que se suceden.

El Dr. don Manuel José García, que como representante del gobierno de las Provincias Unidas en Río de Janeiro, presenciaba los sucesos de que hemos dado cuenta antes, y estaba en muchos de los arcanos de la política brasílico-portuguesa, era sin duda

uno de los hombres más notables de su época. Patriota decidido, hombre de elevación moral, cabeza de inteligencia poderosa nutrida con estudios serios, escritor literario con nervio y originalidad, con penetración profunda para juzgar los hombres y las cosas, con una alta moderación que nunca se desmentía, era un verdadero hombre de Estado, que reunía á estas calidades una bella y distinguida figura, realzada por modales dignos y por una conversación chispeante de ingenio y de amenidad. Con todas estas dotes naturales y adquiridas, García no era empero un hombre de iniciativa ni de lucha. Carácter flexible, que se doblaba á impulso de las circunstancias, conciencia flotante que buscaba su equilibrio en el término medio de los hechos consumados ó que tenían la sanción de la fuerza, era más bien un hombre parlamentario, que un combatiente revolucionario. Sin perseverancia ni fortaleza para perseguir el ideal que su inteligencia alcanzaba y que su corazón bien puesto anhelaba, se dejaba dominar y aun postrar por los hechos brutales, abdicaba en presencia de ellos su libre albedrío, y pactaba con el mal á trueque de obtener un bien relativo que se alejaba más, á medida de las concesiones que á aquél hacía, acabando por ser un político inerte, que se veía fatalmente obligado á optar por el menor entre dos males, y capitulaba quizá con el peor de ellos. Era como un rico metal sin temple, que sin perder sus cualidades intrínsecas, tomaba las formas que le daban las presiones externas, sin oponerles más resistencia que la cohesión de sus moléculas. Con este carácter, no se extrañará que tan noble inteligencia y tan decidido patriota, hubiese aceptado el vergonzoso encargo de Alvear para poner en 1815 las Provincias Unidas bajo la dominación de la Inglaterra, sin consultar el voto de los pueblos y contrariándolo, misión que él procuró ennoblecer hasta cierto punto, pero que, si bien puede ser explicada, no puede en manera alguna disculparse ante la historia. Desengañado de que el pueblo argentino nada tenía que esperar de la Inglaterra, ni aun para aceptarlo

en la condición de colonia, volvió sus ojos á la Corte de Portugal establecida en el Brasil, y trató de propiciarse la buena voluntad de esta potencia vecina, y fundó sobre esta base un plan político, en el cual, creyendo ser el director en cierto modo, no era sino el servidor de intereses ajenos y antagónicos.

Por analogía de gustos literarios y por sus tendencias americanas, García había simpatizado con el ministro conde da Barca, el cual á su vez le profesaba una verdadera admiración. Por este conducto estaba al corriente de una gran parte de los secretos del Gabinete, coincidiendo en muchos puntos con las opiniones de Herrera, que cultivaba relaciones con ambos. Así es que, conocedor del mal efecto que había producido en el Gabinete portugués el resultado del Congreso de Viena, y comprendiendo con su natural sagacidad que el Portugal tenía que divorciarse de la España, García escribía en cifra secreta á su gobierno el 27 de abril de 1815: «Puedo asegurarle que no te»ma por parte de esta Corte. No seguir á los orienta»les en su política salvaje y turbulenta.» Al mismo tiempo que este despacho se expedía, el gobierno del Brasil hacía venir tropas del Portugal para apoderarse de la Banda Oriental, según se ha visto ya. Seis meses después (noviembre de 1815) llegaba el primer contingente de estas tropas y García escribía: «Nin»guna novedad ha ocurrido si no es la próxima mar»cha de la primera división portuguesa á Santa Cata»lina. La incomprensible obstinación con que algunas »provincias sostienen una división escandalosa y la »dislocación general de ese estado, excita la lástima »de unos y la agresión de otros, y se calcula como muy »fácil la subyugación de un país sin unidad, sin go»bierno y que sólo cuenta con el furor desatinado de »muchos jefes divididos y aun enemigos entre sí.» Aquí se ve diseñarse ya la invasión portuguesa al territorio argentino, justificándola en el hecho ante su propio gobierno el representante argentino.

Caído el Director don Ignacio Alvarez, su sucesor el general don Antonio Balcarce recibió nuevamente co-

municaciones de García, anunciando con palabras enigmáticas grandes sucesos, relacionados con la invasión portuguesa á la Banda Oriental, lo que ya no era un misterio para nadie. En tal conflicto, Balcarce se dirigió al Congreso reunido en Tucumán, diciéndole: «La desconfianza que tiene nuestro diputado en »Río de Janeiro, de que no pueda guardarse el se»creto de sus comunicaciones, lo ha obligado á obser»varlo con el mismo gobierno, por no comprometer al »gabinete portugués y exponer el éxito de la negocia»ción. El resultado viene á ser, que carecemos de »brújula en la dirección de negocios tan delicados, y »que la verosímil aproximación de las tropas lusi»tanas nos encuentra absolutamente desprevenidos »acerca de sus miras. La incertidumbre del gobierno »da ansias para suscitarle sospechas injuriosas, que »le harán al fin perder la confianza pública, acusán»dolo de traidor.» Pintada así la situación y al dar por sentado la existencia de una negociación previamente autorizada, el gobierno concluía pidiendo al Congreso «una regla de conducta en crisis tan arriesgada.»

En estas circunstancias se trasladó el Director Pueyrredón á Buenos Aires. A los dos días de su llegada (1.° de agosto) fué á verle el Dr. Gregorio Tagle, para confiarle con gran misterio comunicaciones de suma importancia, que acababa de recibir del Brasil. Este personaje, que hace ahora su primera aparición en nuestra historia y que reaparecerá más adelante, merece que le dediquemos alguna atención. El Dr. Tagle, rezagado en el movimiento revolucionario, había empezado su carrera política como ministro del Director Alvarez Thomas, continuando en el mismo puesto bajo el Directorio de Balcarce, en cuya caída fué envuelto. Inteligencia mediocre, de instrucción problemática y reputación moral equívoca, muy pagado de sí mismo como toda personalidad que no excede el nivel común, tenía empero fama de ser un abogado hábil en materia de pleitos. Dotado de sangre fría, de bastante sagacidad y astucia y de una voluntad con-

sistente y flexible, con poca escrupulosidad en cuanto á la escogitación de medios para alcanzar fines inmediatos, era hombre de buen consejo en las dificultades y un auxiliar útil para gobernantes legos y sin ideas propias, á los cuales sabía imponerse haciéndose necesario. Era como una de aquellas luces que alumbran los rincones, sin proyectar jamás sus rayos hacia lo alto de la bóveda. Su nombre, que no se halla ligado á ningún hecho histórico, habría quedado como un jeroglífico mudo en los decretos sin trascendencia que firmó, si á la vez la tradición no hubiera transmitido algunas anécdotas escandalosas que con su administración se relacionan, y si los archivos secretos no viniesen á revelar la parte que le cupo en la misteriosa negociación de que venimos ocupándonos. Como ministro de Relaciones Exteriores, fué el primero que recibió las confidencias de García, y por el interés que en ello tenía se le había confiado la custodia del archivo de la diplomacia reservada, manteniendo á la vez una correspondencia confidencial con el enviado de Río de Janeiro. A la posesión de este secreto había debido en gran parte su inamovilidad en el ministerio bajo dos Directorios, y á ello debió el ser llamado á ocuparlo por tercera vez, según se verá más adelante. Como todos los hombres fríos, sin grandes vistas ó convicciones profundas, Tagle era un político escéptico, alimentado con ideas ajenas, que digería según su naturaleza. Patriota á su manera, sin embargo, pero patriota del día siguiente, miraba con celos á los precursores de la revolución y estaba descontento del presente. Sin creencias fijas aceptaba como solución la forma monárquica, y como medio de combatir la anarquía de la Banda Oriental, la política aconsejada por García, en la cual entró de lleno.

Bien que el plan de García fuese hijo del desaliento, que partía de la base de la carencia de fuerzas morales y materiales propias, admitiendo la fatalidad de los hechos ajenos á cuyo servicio se ponía, él tenía cierta amplitud de ideas, revelaba una inteligencia en

actividad, y un estadista que seguía con atención el movimiento del mundo con relación á los intereses de su patria, aun cuando errase el camino. Estos alcances y estos conocimientos, bebidos en una fuente lejana, no podían brotar de la cabeza de un hombre que, como Tagle, no se nutría con la lectura, estaba encerrado en el círculo estrecho de la chicana forense, llevaba una vida disipada, y en cuyos escritos difusos no ha quedado consignada una sola idea. Empero, como es más fácil enmendar una plana ajena que hacerla, el buen sentido de Tagle le hizo notar desde luego el defecto capital del plan del enviado argentino, que no retrocedía ante el protectorado del Portugal, dejando á su país comprometido ante sí mismo y ante naciones más poderosas. Por eso, al aceptar la idea de combinar los intereses de las Provincias Argentinas, según él los entendía, con la ambición y el engrandecimiento de Portugal, sin excluir en último caso la coronación de un príncipe de la Casa de Braganza en el Río de la Plata, prefería el establecimiento de un monarca bajo los auspicios de una nación más poderosa, que resolviera la cuestión de la independencia pacíficamente, ó por lo menos una garantía eficaz que no hiciera árbitro absoluto á Portugal, cuyo protectorado rechazaba aún como refugio, porque (según él decía un año después) «capitular con »una nación inferior en importancia política haría me»nos excusable la ignominia de retroceder en una ca»rrera ilustre.» Tal era el personaje problemático, que al poner en manos de Pueyrredón en agosto de 1816 las últimas comunicaciones reservadas de García, lo iniciaba en los misterios de la diplomacia subterránea de aquellos tiempos difíciles.

Las comunicaciones de García (que eran dirigidas á Balcarce, suponiéndolo aún en el mando) aumentaron las perplejidades de Pueyrredón, á la vez de darle la certidumbre de la próxima invasión portuguesa al territorio argentino de la Banda Oriental. En tal conflicto, las sometió al Congreso, pidiendo instruccio-

nes en las «decisivas ocurrencias que se iban á agolpar y de cuya inminencia ya no podía dudarse.»

La correspondencia de García, hasta entonces llena de reticencias sobre su negociación, contenía esta vez una franca exposición de sus ideas con relación á la política interna y externa del país. «No estoy libre »aún de temores, decía, porque no sé si existirán las »mismas personas al frente de los negocios: si inter»pretarán bien mis palabras ó las tomarán de texto »para atemorizar á mis compatriotas con la perspec»tiva de nuevas traiciones y felonías. Nada sería ex»traño en el estado de delirio á que hemos venido; »pero este recelo excusará á los ojos imparciales mi »circunspección en detallar circunstancias por otra »parte agradables á los que aman el país.» En seguida, levantándose á la región neutra desde la cual creía dominar el delirio de que estaba poseído su país, establecía como punto de partida, que las Provincias Argentinas eran impotentes para salvarse por sí solas. «Es un error, continuaba, imaginar proyecto »alguno de sólida prosperidad, mientras sus bases no »se asienten sobre las ruinas de la anarquía que ac»tualmente nos devora. Estoy persuadido, y la expe»riencia parece haberlo demostrado, que necesitamos »la fuerza de un poder extraño, no sólo para terminar »nuestra contienda, sino para formarnos un centro »común de autoridad, capaz de organizar el caos en »que están convertidas nuestras provincias, y en la »escala de las necesidades públicas cuento primero la »de no recaer en el sistema colonial. En tal situación »es preciso renunciar á la esperanza de cegar por »nuestras manos la fuente de tantos males.»

Estableciendo que los males de la anarquía de la Banda Oriental son igualmente funestos al Brasil y que de aquí surge la armonía de su política internacional, agrega: «Alarmado este ministerio (el del Bra»sil) de los progresos que sobre el gobierno de las »Provincias Unidas va haciendo el caudillo de los »anarquistas, no ha podido menos que representar á »S. M. F. la urgencia de remediar en tiempo tantas

»desgracias, y S. M. parece haberse inclinado á em»peñar su poder en extinguir hasta la memoria de »esta calamidad, haciendo el bien que debe á sus va»sallos y un beneficio á sus buenos vecinos que cree »le será agradecido.»

Anunciada la próxima invasión en tan melifluos términos, se empeña en demostrar, que siendo un hecho fatal la intervención de esta fuerza extraña, es conveniente, por cuanto el Brasil no debe considerarse como país extranjero. Véase cómo desenvuelve su idea: «Siempre ha sido temible la ingerencia de una »potencia extranjera en las disensiones domésticas; pe»ro esta regla no me parece aplicable á nuestro caso. »La extremidad en que estamos, sólo nos permite op»tar entre la anarquía y la subyugación consecuente »por la España ó el riesgo de que el extranjero sa»que partido de nuestra debilidad para engrandecer »su poder. Por una combinación harto feliz para los »americanos del Sur, los intereses de la Casa de Bra»ganza han venido á ser homogéneos con los de nues»tro continente. El establecimiento del trono del Bra»sil, después de haber dado el paso de abolir el sis»tema colonial, poniéndose al lado de la América en »la cuestión que la divide ahora con la Europa, nece»sita nuevas fuerzas para seguir cortando los lazos que »todavía detienen los pasos de su política, y emba»razan la marcha natural de esta parte del mundo á »sus altos destinos. De este modo, viene á quedar en »cierta manera dependiente de nosotros la aproxima»ción de esta época verdaderamente grande por sus »consecuencias, y el impulso de nuestra política no »puede obrar sino en el mismo sentido que el de esta »nación nueva, para enlazar íntimamente con ella »nuestros intereses y aun identificarlos si fuese posi»ble. Mirando así la cuestión, parece que los intere»ses de esta nación no son extranjeros para nosotros, »y por consiguiente es inaplicable al caso presente »cuanto se diga acerca de la interferencia de un po»der extranjero en discusiones domésticas. Si esto no »es prueba para un político, lo sería «el detall de mis

»transacciones», pero ni puedo fiarlo á la pluma ni »V. M. lo juzgaría prudente.»

Establecida la impotencia de las Provincias Unidas para resolver su cuestión interna y externa al admitir que la invasión era un beneficio que debían agradecer, conviniendo que esa invasión era un hecho fatal preferible á volver á la dominación española, y que, aun considerada como una intervención en las diferencias domésticas, no debía considerarse al Brasil como una potencia extranjera, sino, por el contrario, como un poder homogéneo, con el cual las Provincias Unidas debían «enlazar y aun identificar sus intereses, si fuese posible,» la consecuencia que lógicamente se deducía, era que la fuerza extranjera debía aceptarse para resolver las cuestiones internas, sirviendo indirectamente de punto de apoyo al gobierno argentino para dominar las resistencias nacionales y formar así una sola nación. García no vacila en formular netamente este pensamiento, y dice por conclusión: «Sé, por experiencia, que los rivales de »América de todas sectas y naciones, pondrán en ac»ción las preocupaciones viejas de nuestra educación, »las de nuestra revolución y las pasiones todas. Pre»veo también, que estas maniobras producirán «de»masiado» efecto en nuestros compatriotas. De modo »que, una fuerza bien organizada, me parece indis»pensable no sólo para la consistencia del gobierno, »sino para que las deliberaciones sean más libres y »pueda ser ventilada la cuestión sin temores. Debo »concluir con mi ruego acostumbrado: mucho sigilo, »si no, comprometemos contra nosotros á nuestros »propios amigos.»

En carta confidencial al Director Balcarce, escrita en la misma fecha (9 de junio de 1816), es García más explícito en sus noticias y medios de ejecución del plan convenido. Dícele, que la escuadra portuguesa está al ancla y sólo espera buen viento para ir á acabar con Artigas, quien «luego dejará de molestar á Buenos Aires.» Que ha tratado de cerca al general Lecor, jefe de la expedición, y le parece de buen carácter, ade-

más de que va bien instruído, habiendo sido invitado por él para asistir á «una gran sesión» en la misma noche. Termina su carta diciendo: «Nuestro amigo »Herrera estará luego en Montevideo. El será el de»positario de nuestras comunicaciones, y así serán más »prontas y seguras. Será además encargado de otras »cosas. Las primeras medidas de Lecor pienso que »inspirarán confianza. Esta es maniobra complicadí»sima, y se necesita la circunspección del mundo para »salir sin desgracias. Vaya pensando en el sujeto que »ha de acercarse á tratar con Herrera y el general, »que sea hombre sin ruido, y que el tal hombre sea »sobre todo manso, callado y negociador. Por Dios, »que no sea asustadizo, ni de aquellos que quieren to»do en un abrir y cerrar de ojos. Luego irán ciertas »bases que pudieran ser las del negociado.»

Quince días después (25 de junio) García anunciaba que la expedición portuguesa había zarpado el 12 de junio y que su destino era á Maldonado y Montevideo, debiendo tocar en Santa Catalina para recibir más tropas, y obrar en combinación con las que simultáneamente invadirían por tierra las fronteras argentinas de la Banda Oriental, agregando: «El ob»jeto de este armamento lo he anunciado, así como »también que las provincias de la dependencia de »ese gobierno (el argentino) no tenían que recelar »cosa alguna de él.»

Comprendiendo, empero, que la situación que crease la invasión portuguesa no podía ser permanente, y que, una vez producida, era necesario tomar un «partido decisivo», epilogaba los principios que habían guiado su conducta, para que sirviesen de norma al gobierno argentino. «Desde que llegué á esta corte, »decía, procuré ponerme en la misma dirección de los »sucesos públicos, y de los intereses de aquéllos con »quienes debía tratar. No teniendo fuerza alguna pa»ra detener aquéllos ni alterar éstos, habría sido des»hecho en el caso de aventurar un choque. Así, pues, »mi empeño fué combinar los intereses peculia»res de esas provincias con los de los extranjeros, y

»neutralizar, ya que no era posible destruir, los prin»cipios de oposición.»

Reasumiendo los resultados que esta política á remolque del Portugal le había dado, los detalla en el orden siguiente: 1.° Suavizar las malas impresiones que un sistema exagerado de libertad había hecho »sobre el corazón de los soberanos constituídos», apoyados por la opinión del mundo civilizado. 2.° Conservar la buena armonía y las relaciones mercantiles. 3.° Desviar del gobierno argentino el golpe que iba á dirigirse contra Artigas. 4.° Contribuir á que las operaciones militares contra Artigas fuesen útiles á las demás Provincias Argentinas, no sólo para aniquilar el caudillaje, sino «para preparar un orden de cosas mejor que el que jamás» pudo traer la anarquía que era «de esperarse de una subyugación enteramente militar» (subrayado en el original). 5.° Poner á los pueblos argentinos en aptitud de aprovecharse de la variedad de intereses de las potencias interesadas, para poder hacer con alguna más «dignidad y seguridad la mudanza» á la cual en otro caso «serían irresistiblemente forzados sin condición.»

Sentadas estas premisas, que importaban un «ultimátum» hecho por la boca del amigo, definía cuáles serían («para no perder tiempo», decía) las «propuestas admisibles por su naturaleza», sintetizándolas en esta forma: 1.° Que la tendencia natural de la Corte brasílico-portuguesa era aumentar el peso del continente sudamericano contrabalanceando el del viejo mundo (lo que importaba indicar que no debía contrariarse). 2.° Que «los principios puramente democráticos» (así subrayado en el original) «son» incompatibles con los monárquicos, y por lo tanto el sistema adoptado por las Provincias Unidas marchitaría los frutos que debía producir la analogía de intereses políticos con sus vecinos.

De aquí á aconsejar hasta la anexión como colonia del Portugal no hay sino un paso, y García lo da resueltamente agregando: «La anarquía que todo lo »empobrece, despuebla y desune, es el mayor de todos

»los males, y en la alternativa «puede preferirse el »restablecimiento del sistema colonial, porque, aun »cuando él ponga embarazos al engrandecimiento» »(subrayado en el original), «conserva al menos» los »elementos que tienen las provincias sin destruir la »naturaleza que obra incesantemente y «triunfa al fin» »del sistema violento de colonización. Esto, pues, de»biera tenerse presente á la vista, porque, según las »circunstancias, el soberano (del Portugal y del Bra»sil) podrá ser ya «aliado», ya «protector», ya «neu»tral», ora «mediador», ora «garante» de sus vecinos, »ora en fin, recibirlos é incorporarlos á sus estados, »ó bien desechar esto mismo, si la imprudencia, el des»cuido ó la desgracia de aquéllos (los vecinos argenti»nos) no le deja medio honesto de hacerlo, por más »que convenga á sus intereses así.»

Para alcanzar estos resultados, que según García eran el máximum de las aspiraciones posibles, indica que debe «respetarse hasta las preocupaciones y erro»res vulgares para que no desvanezcan los proyectos »más bien concertados, asegurando la unanimidad de »opinión.» Pero observa él mismo con este motivo: «Es muy útil no olvidar la doctrina recibida por to»dos los publicistas, que cuando una nación después de »haber destruído su gobierno se divide en fracciones, »su estado es el de una verdadera disolución; ya no »hay nación ni vínculo alguno social, ni otra cosa que »individuos abandonados sin freno á todo el furor de »sus pasiones.» Y en seguida concluye agregando: «Desde que falte una esperanza razonada de obtener »una pretensión por justa que sea, son imprudentes y »criminales los más heroicos esfuerzos, si ellos exponen »al país á caer en el abismo de una declarada anar»quía. Para alejarse de este monstruo se presentan »á V. E. dos caminos: el rey de Portugal en sus ami»gables disposiciones y S. M. católica en las proposi»ciones que hace por medio de sus ministros. Será »siempre una felicidad haber preparado en estos domi»nios un asilo tan seguro como sabe V. E., viniendo »así á evitarse que una desesperación funesta sacri-

»fique el sosiego de la generación actual y las esperan»zas de las venideras á la defensa de algunas perso»nas.»

Véase cuál era la proposición de S. M. católica á que se refiere García en su anterior despacho. El encargado de Negocios de España en Río de Janeiro le había manifestado, estar autorizado por su soberano para asegurar, que se hallaba animado de los mejores deseos respecto de las provincias del Río de la Plata, y dispuesto á ahorrar la sangre que se derramaba lastimosamente en ellas. En consecuencia de esta abertura, el enviado argentino y el diplomático español celebraron varias conferencias, acordando, al fin, que el primero dirigiría una comunicación pidiendo bases, la cual sería contestada satisfactoriamente por el segundo. El español contestó así: «Infiriendo yo de la »pregunta que usted me hace en su carta, que can»sadas las provincias del Río de la Plata de los horro»rosos males que sufren, desde el primer extravío de »los que por un error de su imaginación exaltada las »redujeron á este deplorable estado, y de que, el deseo »de que se restablezca en ellas la tranquilidad por me»dio del gobierno paternal del rey nuestro señor, es »lo que le mueve á dar este paso, debo decirle: que el »mismo augusto señor está dispuesto á volver á admi»tir en el seno de la nación española, como á sus de»más vasallos, á los habitantes de las provincias del »Río de la Plata, olvidando enteramente cuanto ha »pasado en ellas desde el año de 1810, echando un eter»no velo sobre la conducta política de todos, y deján»dolos en el completo goce de su seguridad personal »y de sus propiedades. Para disfrutar este beneficio »sería menester que el gobierno de Buenos Aires, to»mándose el tiempo necesario para preparar la opinión »pública, imprimiese y circulase un manifiesto, en que »hiciese ver la crítica situación en que se hallan las »provincias, los grandes peligros, las ningunas espe»ranzas, y que el único medio de evitar todas las des»gracias es volver al dominio de S. M., exponiendo las »ventajas de hacer esta sumisión en tiempo y volun-

»tariamente antes que se acerquen las tropas del rey. »Después de estos pasos podrán enviar diputados para »implorar la protección poderosa de la augusta herma»na de S. M. la reina fidelísima (la Carlota) cerca »del rey nuestro señor, la que, satisfecha de la conducta »que hubiesen tenido, participará lo sucedido al gene»ral don Joaquín Pezuela, para que bajando á ocupar »á Buenos Aires y todas las provincias, trate á sus »habitantes del modo que el rey quiere en premio de »su voluntaria sumisión.»

Este paso en falso que García daba por complacer á la reina Carlota, lo había hecho preceder del siguiente anuncio, en que apuntaba las mismas proposiciones en globo: «Las garantías son: la palabra »real y la autoridad de S. M. la reina fidelísima, que »está dispuesta á prestarla si es tal el estado de »nuestras provincias que hayan de entregarse á discre»ción de un general. Creo que estos partidos no son »de despreciar, ni menos la garantía de una soberana »que siempre vale más que muchas promesas de ge»nerales.» En carta del día siguiente (2 de julio) al Director Balcarce le decía: «Son tan tristes las no»ticias que recibimos sucesivamente de ese país, que »no sería milagro que acabasen con él sus propios hi»jos, antes que pudiese aplicársele ningún remedio. »Poniéndome en este caso no quise perder la ocasión »que se me presentó el día 12 del pasado (el mismo »día que zarpaba la expedición portuguesa) de tener »una conferencia. Para todo es preciso calcular con que »ese país tenga alguna fuerza para mantenerse en »pie, pues si el cuerpo está muerto y deshecho, no es »posible hacer nada, á no ser disponiendo de él como »materia inerte. En la Banda Oriental («ocupada por »las armas portuguesas») debe fijarse el pie para lue»go obrar con energía. Usted queda ya bien cerca. »Yo estoy aquí á la orilla de la fuente, y crea usted »que no me dormiré. Es menester sistema, y adoptarlo »con uñas y dientes, pues si andamos escogiendo man»jares como enfermo desganado, vendremos á morir »de flaqueza. Es indispensable preparar la opinión ó

»mejor diré ilustrarla, cuidando no decir cosas á des- »tiempo que comprometan á todos, inclusos nuestros »pueblos mismos. Las medidas prácticas las entienden »muy pocos. A turbio correr, nuestros compatriotas »tendrán siempre un asilo en este reino.»

Al mismo tiempo que así discurría, adjuntaba García un proyecto anónimo, que decía ser presentado por un amigo de los argentinos, en el que se contenían las siguientes proposiciones: «1.° Que las Provin- »cias Unidas reconociesen por soberano al rey de Por- »tugal. 2.° Que las tropas argentinas y brasílico-por- »tuguesas se unirían para operar contra los díscolos »promovedores de la anarquía. 3.° Que el rey de Por- »tugal allanaría las dificultades que la España pudie- »se oponer á este proyecto. 4.° Que se garantizarían »todos los derechos y privilegios de las provincias que »se sometiesen, sobre la base de la ocupación militar »y nombramiento de un virrey.» Al adjuntar estas bases, el Enviado las acompañaba con este comentario: «El adjunto papel, aunque no tiene carácter nin- »guno oficial, ni creo que produjese efecto alguno, he »pensado sería curioso y útil el leerlo. Si he de decir »mi opinión, creo que por ahora no se convendría este »gobierno en aparecer aliado, ni confederado. Quizá »admitiría más bien el papel de mediador ó también »el de protector, y quizá también comprometido su »honor por un paso atrevido, tendría que abandonar »sus miramientos políticos. Para todo esto es preciso »mirarse bien, y antes de ver por donde sale Lecor, »tengo fuertes motivos para creer que su conducta dará »campanada entre los que piensan restablecer el siste- »ma colonial á toda costa.»

Estas maniobras subterráneas, cuyos ruidos sordos se hacían sentir en la superficie, en nada modificaban el movimiento genial del pueblo argentino, que se operaba á la luz del día en su atmósfera vital. Ellas representaban los pavores secretos de una época histórica, que doblegaban las almas débiles bajo el yugo de la fatalidad, buscando la salvación fuera de las condiciones del organismo propio. Los hombres pen-

sadores los estudiaban con serenidad; los hombres de acción consciente los encaraban virilmente; y las masas populares los desafiaban, dando alas á sus ideas, temple á sus corazones y convirtiendo sus pasiones en fuerza activa. Mientras el Enviado argentino en la Corte de Río de Janeiro, desesperaba de los destinos de la revolución de su patria, dando por punto de apoyo al gobierno de ella una fuerza extranjera que ocupaba una parte del territorio argentino, sin retroceder ante la subyugación colonial bajo otra potencia que no fuese la España (aceptando para el efecto lo mismo á la poderosa Inglaterra que al reino de Portugal); y mientras un gobierno inerte dejaba pasar un año y otro año esperando que don Juan VI y el general Lecor lo defendiese contra Fernando VII y contra Artigas, casi en el mismo día y á la misma hora se producían otros hechos que contrarrestaban esa política enervante. El Congreso Argentino, reunido en Tucumán, declaraba la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, inspirándose en el sentimiento unánime de los pueblos que representaba. Güemes, á la cabeza de la provincia de Salta levantada en masa, salía á rechazar en las fronteras de las Provincias Unidas al enemigo que se atrevía á proponerle la rendición á discreción por el órgano de uno de sus representantes exteriores. Belgrano contenía con mano firme el desorden interno, y en medio de sus sueños de monarquía indígena, servía con abnegación á la República. San Martín disciplinaba en Mendoza el ejército que había de reconquistar á Chile, y dar libertad á la mitad de la América del Sur. Los pueblos anarquizados y los caudillos anárquicos, desenvolvían fuerzas, que de otro modo habrían permanecido latentes, destruyendo con ellas el edificio viejo, obstando con su resistencia inconsciente á que triunfasen proyectos bastardos como los de Sarratea, Belgrano y Rivadavia en Londres y los de García en Río de Janeiro. El mismo Artigas, con su brutalidad y sus instintos disolventes, representaba ante la sociabilidad argentina un principio de vida más trascen-

dental que el que sostenía el diplomático argentino en la Corte del Brasil, empujando ó creyendo empujar á las tropas portuguesas para eliminar una fuerza que, aunque bárbara, era una fuerza vital cuya pérdida debía debilitar el organismo argentino. Por eso, ante la opinión ardiente de los contemporáneos lo mismo que ante el juicio sereno de la posteridad, la política tenebrosa que venimos historiando, ha sido igualmente condenada, porque ella, sin resolver ninguno de los problemas de la revolución, los complicaba; sacrificaba el porvenir de la República á los miedos del momento, y dado que sus designios se realizasen, enervaba por una serie de generaciones las fuerzas de un pueblo independiente y libre, degradando el carácter nacional, y hasta renegaba de la propia raza.

La opinión pública de la época, lo sentía y lo comprendía así por instinto de conservación. Así es que, cuando surgió el federalismo en Buenos Aires, oponiendo obstáculos á la consolidación de un poder central y al desarrollo vigoroso de la revolución, el pueblo adivinó que la inercia del gobierno de Buenos Aires ante la próxima invasión portuguesa, que entonces se anunció (junio de 1816), importaba una complicidad con ella. Lo era en efecto, puesto que, como se ha visto, él estaba perfectamente impuesto desde 1815 de las miras del gobierno del Brasil, y no ignoraba que tropas portuguesas marchaban á ocupar á Montevideo, sin que hasta entonces hubiese dado muestras de pensar en algo, siquiera fuese para estar prevenido contra toda emergencia, al menos para garantir la integridad territorial del pueblo argentino.

En tan tirante situación, el primer grito de alarma contra la invasión fué dado por el Cabildo de Montevideo, en una proclama, en que llamaba al pueblo á las armas para resistirla. Quince días después (8 de julio de 1816) el gobierno de Buenos Aires expedía otra proclama anunciando: «La Corte vecina de Portugal va á despachar un «armamento misterioso» con »destino á las Provincias Argentinas, con el fin de

»ocupar la Banda Oriental,» agregando que sin embargo descansaba, «en cuanto le permitía la prudencia» en «la religiosidad de los tratados de 1812 y la paz garantida por la Inglaterra.» Después de aconsejar «precaución» mientras no haya agresión, recuerda inoportunamente los triunfos anteriores sobre los ingleses, terminando por decir: «¡La patria está en peligro, salvémosla!» Si se compara esta ambigua manifestación con los conocimientos exactos de que el gobierno estaba en posesión desde un año atrás, se ve bien que era un papel que representaba y no un deber serio que se preparaba á cumplir. El pueblo lo comprendió así cuando vió que la acción no correspondía á las palabras. En consecuencia, el Directorio de Balcarce fué derribado popularmente, para entregar la plenitud del gobierno al elegido por el Congreso, dando por una de las causales la siguiente: «El disimulo »que le han merecido los arbitrios que en estos días »se han visto suscitar y la «apatía, inacción» y «nin»gún calor» observado para preparar la defensa del »país, en el peligro que amenaza la vida de la patria, »son otros tantos motivos imperiosos por que recla»ma la salud del pueblo, y constituye la imposibili»dad de poderse conservar en el mando don Antonio »González Balcarce.»

La comisión gubernativa, que asumió provisionalmente el mando, del modo que en el lugar correspondiente se explicó, publicó un bando, puso al país en estado de defensa, declarándolo en asamblea y expidió una proclama que decía: «¿Esperaremos á que »los portugueses nos invadan para creernos autoriza»dos á tomar medidas de defensa contra su injusta »opresión? ¿De cuándo acá los argentinos se abando»nan ciegamente á los sentimientos liberales de un »príncipe, que no nos ha dado la menor prueba de ad»hesión, y que por el contrario se ha unido antes de »ahora con nuestros opresores para hostilizarnos?» Y en presencia de la agresión de la «monarquía americana», señalaba á la «república americana» diciendo: «Volved los ojos á los Estados Unidos de Norte

»América y hallaréis en ellos el ejemplo que debe »animar vuestras acciones, y el suspirado término de »tantos trabajos. ¡Que podamos gloriarnos algún día »de haber sabido imitarlos!»

En medio de estas agitaciones, el 19 de julio de 1816, se publicaba por bando solemne en la capital de Buenos Aires el acta de la independencia de las Provincias Unidas.

Tal fué la situación que encontró Pueyrredón al hacer su entrada en Buenos Aires, el 29 de julio de 1816, envuelto por el prestigio de una nueva soberanía nacional, siendo recibido por todos como un salvador, en razón de las esperanzas que en él se depositaban. Sus primeras medidas no correspondieron, empero, á la expectativa pública ni á la solemnidad de las circunstancias. Rodeóse de un probísimo ministerio, y en el espacio de mes y medio, fueron sus únicas manifestaciones gubernativas, un bando solemne contra los juegos prohibidos en la capital—materia que competía á la Municipalidad,—y un decreto sobre el ceremonial para la jura de la independencia. Pendiente de las deliberaciones del Congreso, esperaba que éste le trazara su regla de conducta en la cuestión argentino-brasílico-portuguesa.

Mientras tanto, las tropas portuguesas avanzaban, la opinión patriótica se alarmaba, sordos rumores, acusando al Congreso y al Director de connivencia con la invasión extranjera, circulaban por todas partes. El gobierno inerte en medio de esta gran agitación, perdía aquel impulso juvenil de los poderes nuevos, que rara vez vuelve á encontrarse después de disipar sus fuerzas en el vacío. Comprendiéndolo sin duda así, el Director se decidió á dirigir por la primera vez la palabra al pueblo diciéndole: «Me he abstenido has»ta hoy de publicar mis sentimientos. Al aceptar el »ilustre, pero difícil cargo á que he sido destinado, »juré no hacer violencia al voto público. Me he puesto »en medio de todos los partidos. Llamo vuestra aten»ción á las operaciones de la nación limítrofe, que »con mano armada ha penetrado en el territorio orien-

»tal, ocultando sus futuros designios, los principios »en que funda su agresión, la connivencia que tenga »con nuestros enemigos naturales, afectando el tono »altivo de dictar la ley á los pueblos hermanos á quie»nes imponga su yugo, y recatando acaso la intención »de llevar más adelante sus miras de invadir la ca»pital misma, siempre que la suerte y las noticias »de nuestra debilidad le haga concebir esperanzas de »éxito en su empresa. ¿Dónde están esas demostra»ciones públicas y de honor que en otras ocasiones os »ha hecho anticipar á las medidas del gobierno en »presencia del peligro?»

El Cabildo y la Junta de Observación respondieron á esta incitación, indicando la organización de una fuerza de línea de 4.000 infantes y competente número de caballería, la cual no debía moverse del territorio de Buenos Aires. El gobierno aceptó la idea «para »poner al país á cubierto contra cualquier invasión ex»tranjera,» y decretó en consecuencia algunas medidas de guerra, entre ellas un nuevo enrolamiento de esclavos libertos. Todo esto no pasaba de una fantasmagoría.

El Director sabía bien á qué atenerse respecto de las miras de la política brasílico-portuguesa, que, por el momento al menos, no iba más allá de la Banda Oriental. Tenía ó debía tener conciencia de que, después del resultado del Congreso de Viena, no había alianza posible entre el Portugal y la España.

Le constaba que el país no tenía recursos para crear un nuevo ejército, y que la verdadera fuerza militar de Buenos Aires la constituían sus tercios cívicos. No se le ocultaba que la opinión que él calificaba de tibia, estaba excitada, y que por lo tanto, los armamentos proyectados no podían pasar del papel, como en efecto sucedió, á excepción de un cuerpo de jefes y oficiales sueltos que se formó.

El Congreso seguía deliberando en el intermedio. Vacilante y, como de costumbre, desprovisto de sentido político, expidióse al fin, disponiendo que el Director Supremo acreditase dos enviados, ambos secre-

tos, uno cerca de Lecor, y otro cerca de la Corte del Brasil. Fijábase para lo primero en el ministro de la Guerra don Juan Florencia Terrada y para lo último en el general D. Matías Irigoyen, dos militares de honor, de maneras cultas y alguna instrucción general, pero sin ningún alcance político. La misión de Terrada se reducía á salir al encuentro del general invasor, reclamándose el cumplimiento del armisticio de 1812 y pedirle explicaciones.

El plan de la misión al Brasil confiada á Irigoyen, era esencialmente diplomático, y fué trazado en dos juegos de instrucciones «reservadas y reservadísimas» de que el enviado había de servirse alternativamente como de dos barajas. Por las «Instrucciones reservadas» se le prevenía: pasar previamente por el cuartel general de Lecor, y ponerse allí de acuerdo con D. Nicolás Herrera antes de entrar en negociaciones con Lecor, siguiendo en un todo las prevenciones de García. En ellas se declaraba, que la base de toda negociación sería la independencia de las Provincias Unidas, haciendo una halagüeña pintura de su estado y de su fuerza. Todo este preámbulo, tenía únicamente por objeto recabar del gobierno del Brasil «pruebas »de sinceridad, capaces de aquietar los recelos de los »habitantes de las Provincias Unidas, que se agita»ban demasiado, y esta agitación les hacía expresar »el deseo de auxiliar al general Artigas; haciendo en»tender que, si el objeto del Gabinete portugués era »solamente reducir al orden la Banda Oriental, de »ninguna manera podría apoderarse del Entre Ríos, »por ser territorio perteneciente á la provincia de Bue»nos Aires.» Para amansar las furias portuguesas, se prevenía además al comisionado: «También expondrá, »que á pesar de la exaltación de ideas democráticas »que se ha experimentado en toda la revolución, el »Congreso, la parte sana é ilustrada de los pueblos, »y aun el común de éstos, están dispuestos á un sis»tema monárquico constitucional, de un modo que »asegure la tranquilidad y el orden interior y estre»che sus relaciones é intereses con los del Brasil.» La

fórmula práctica de esta premisa era la siguiente: «Procurará persuadirles el interés y conveniencia que »de estas ideas resulta al Gabinete del Brasil, en de»clararse protector de la libertad é independencia de »las Provincias Unidas, restableciendo la Casa de los »Incas, y enlazándola con la de Braganza.» Para el caso que nada de esto se consiguiera, preveníase: «Si »después de los más poderosos esfuerzos para recabar »la anterior proposición, fuese rechazada, propondrá »la coronación de un infante del Brasil en las Provin»cias Unidas, ó de la de cualquier infante extranjero, »con tal que no sea de España, para que enlazándose »con alguna de las infantas del Brasil, gobierne este »país bajo una Constitución que deberá presentar el »Congreso, tomando á su cargo el gobierno portugués, »allanar las dificultades que presente la España.» Estas eran las instrucciones reservadas con que debía jugarse la primera partida con Herrera y con Lecor.

Las «Instrucciones reservadísimas» prevenían al comisionado proceder según las comunicaciones oficiales y confidenciales de García á los Directores Alvarez Thomas y Balcarce, cuya substancia hemos hecho conocer ya. Sobre esta base se le hacía la siguiente prevención: «Si se le exigiese al comisionado que las Pro»vincias Unidas se incorporen á las del Brasil, se »opondrá abiertamente; pero si después de apurados »todos los recursos de la política insistiesen, les indi»cará (como una cosa que nace de él, y que es lo más »tal vez á que pueden prestarse las Provincias), que »formando un estado distinto del Brasil, reconocerán »por su monarca el de aquél, mientras mantenga su »Corte en este continente; pero bajo una Constitución »que le presentará el Congreso.» Varios diputados salvaron su voto en puntos de detalle; pero Godoy Cruz, diputado por Mendoza y corresponsal del general San Martín, declaró «que la primera proposición que de»bía hacerse al enviado fuese forzosamente sobre el »principio de que la forma de gobierno más estimada »por los pueblos, y por la cual tenían opinión de de-

»cidirse, era la republicana.» Verdaderamente, la mayoría de este Congreso no tenía la conciencia de que había declarado á la faz del mundo la independencia de una nación soberana y libre, y fundado por el hecho de una república democrática.

Antes de imponerse de estas mal calculadas y vergonzosas instrucciones, el Director Supremo se dirigía al Congreso, sometiéndole las últimas comunicaciones de García, y le transmitía sus impresiones acerca de ellas: «Las comunicaciones de García, decía el Direc»tor, se encuentran tan poco caracterizadas y abundan »en tanto misterio, que el gobierno se cree con moti»vo para aspirar á su mejora. Su empeño en interpre»tar constantemente como favorable un paso de suyo »tan equívoco, como es la invasión de los portugueses, »y de remitir la sanción de los intereses de este país »ante un general de ejército, hace lugar al deseo de »un nuevo género de relaciones.» Al terminar, le exponía, que la situación se hacía cada día más apremiante, y que era necesario, para evitar riesgo y demora, que el Congreso se trasladase á Buenos Aires ó á Córdoba.

Las comunicaciones de García á que el Director se refería, eran, sin embargo, más tranquilizadoras que las anteriores. En ellas avisaba, que habiéndole hecho entender el Encargado de Negocios de Inglaterra en Río de Janeiro, que tenía instrucciones relativas á los intereses del Río de la Plata, había tenido con él una conferencia, y obtenido las siguientes declaraciones: 1.°: Que siendo la Gran Bretaña amiga y aliada de la España, el decoro le impedía favorecer la causa de sus súbditos rebeldes, según la había estipulado en el tratado de 1814. 2.° Que sus intereses, como señora de muchas colonias, la obligaban á sostener el sistema colonial, y que no imitaría la conducta de la España en la guerra de las colonias inglesas. De esto concluía, que nada había que esperar de Inglaterra. En cuanto al Brasil, decía que el ministro de Estado le había hecho las declaraciones siguientes: 1.° Que el rey de Portugal y Brasil, al mover sus tro-

pas á la Banda Oriental, no tenía otra mira que asegurarse contra el poder anárquico de Artigas, igualmente incompatible con la quietud de los gobiernos vecinos. 2.° Que no existía ningún tratado, convenio ni compromiso entre el rey de Portugal y el de España, ni ninguna otra potencia, con relacion á la América del Sur. 3.° Que el gobierno de Buenos Aires podía estar en plena seguridad de que el rey de Portugal conservaría la misma buena armonía que hasta entonces. Al transmitir estas declaraciones, García las acompañaba con esta conclusión: «En resumen, el pa»so de los portugueses puede traer nuevas relaciones »en lo exterior, nuevas combinaciones en lo interior, »y decidir de nuestra futura felicidad ó nuestra des»gracia permanente.»

El Director Pueyrredón, cuidando más del decoro del país y de su gobierno, se limitó á contestar á García: que se había abstenido de hablarle sobre el particular, porque había sometido todo á la decisión del Congreso; pero que extrañaba la falta de comunicación directa de parte del gobierno portugués, no graduándose bastante la de un general al frente de un ejército; que por lo tanto, él sólo se ocupaba de poner otro ejército para recibir las proposiciones de Lecor en la misma actitud que éste se había puesto para traerlas. Terminaba por decirle: «¿Si esa Corte quiere »la paz, por qué no lo dice? Entretanto, ella empieza »la guerra, y estos pueblos arden ya en un racional »resentimiento que los dispone á la venganza: el mis»mo bien no debe darse á los pueblos por los medios »de la violencia. Que haga esa Corte una declaración »de sus intenciones, en la seguridad de que, si fuesen »equitativas, serán apoyadas por la razón nuestra, y »si no, serán rebatidas con el poder y con la fuerza. »Siempre seremos aquí juiciosos, pero debemos ser »tratados con el decoro que nos corresponde.»

Consecuente con estas patrióticas disposiciones, el Director Pueyrredón se dirigió á Artigas y al Cabildo de Montevideo, invitándolos á una sólida reconciliación para hacer frente á los peligros de la situa-

ción. Al mismo tiempo dispuso, que en vez de un negociador diplomático, saliera á encontrar al general portugués el coronel don Nicolás de Vedia, en calidad de parlamentario de paz ó de guerra, á fin de requerirle que suspendiera sus marchas y retrocediese á sus límites, pues, de lo contrario, daría una cooperación vigorosa á la defensa heroica, que los habitantes de la Banda Oriental se disponían á oponerle.

Las comunicaciones del Director y del Congreso se cruzaron en el camino. Al recibir el primero las instruciones «reservadas y reservadísimas», de que hemos dado un extracto, sus instintos de argentino y de gobernante, ya que no de republicano, se rebelaron. No encontrando, empero, en su consejo de ministros las luces ni el temple necesario para tomar una decisión en tan ardua emergencia, llamó al Dr. don Gregorio Tagle, para conferenciar con él. Tagle, conocedor de los antecedentes, y que en el curso de dos años de gobierno se había trazado un plan de conducta, lo aconsejó bien, y se encargó de redactar las notas de contestación sobre apuntes que le dió Pueyrredón. Desde este día, Tagle formó parte del consejo áulico del Director, y ya pudo verse cercano el día en que por tercera vez volvería á ser ministro de Estado.

La contestación de Pueyrredón al Congreso es un documento de grande interés histórico, que hasta hoy ha permanecido desconocido. En ella le decía: «Mientras »conservé la idea de que el Gabinete del Brasil tra»taba de combinar el interés y la gloria de estas pro»vincias con los proyectos de su ambición y engrande»cimiento, sentía menos la mortificación de que la li»bertad y el nuevo destino de la amada patria no »fuese exclusivamente la obra de sus manos, y el pre»mio debido á nuestra constancia; pero ahora, que »hay fundamentos para sospechar que el rey de Por»tugal quiere abusar de nuestra buena fe y partir con »nuestros enemigos las ventajas que adquiriese por »medio de una negociación, creo de mi primera obli»gación dirigir una explicación de mis verdaderos sen»timientos.» En seguida, después de referirse á otra

nota, en que exponía sus motivos de desconfianza, continuaba diciendo: «Estas reflexiones, de suyo sencillas, »han penetrado hasta el corazón de las gentes menos »ilustradas, y temiendo ser la víctima de una políti»ca astuta y pérfida, no esperan sino un solo indicio »que confirme sus sospechas para desplegar la resolu»ción heroica de no perder en un solo día la obra de »tantos trabajos, de tantos sacrificios y de tanta sangre.» Luego trazaba, con tanta arrogancia como poco juicio, el plan de política que debía seguirse, en las siguientes palabras: «El honor, la justicia, la libertad, y la »seguridad individual y pública exigen otra energía »y otra dignidad en los pasos que hayan de darse, »para que el éxito de una negociación con la potencia »limítrofe, no aventure la pérdida de unos bienes que »podemos conservar, á pesar de tantos obstáculos, sin »necesidad de encomendar á otras manos nuestro des»tino. El rey de Portugal, antes de entrar en cual»quier tratado con estas provincias, debe reconocer »nuestra independencia y nosotros debemos exigirlo »como preliminar, en términos que se haga público á »todos los pueblos: cuando éstos hubieran recibido »una tal prueba de amistad del rey de los Brasiles, »entonces recién deben tener lugar las negociaciones, »y entonces entraremos en ellas con el carácter que »corresponde á la declaración solemne y jurada de »nuestra emancipación política. Cualquiera otro rum»bo que se dé á este negocio lo considero impolítico, »ignominioso, contrario á nuestros intereses, á la vo»luntad del pueblo y á nuestros juramentos.» Y terminaba declarando que él no se haría el agente de oprobio, como era la ejecución de las instrucciones reservadas y reservadísimas, haciendo presión moral sobre el Congreso, en estos términos: «Si razones supe»riores dictasen al Congreso que debe insistir en otros »planes, yo le suplico que me exima de tener parte en »ellos, constituyendo otra persona que juzgue compa»tible con sus deberes el desempeño de un encargo, »que comprometería inútilmente mi seguridad, mi »conciencia y mi reputación. Toco de cerca las cosas,

»y conozco á fondo los sentimientos de estos habitantes, »cuyo celo perspicaz no dejaría escapar el menor pro»yecto que ofendiese á sus intereses ó su gloria.» Al día siguiente (19 de noviembre de 1816) el Director, complementando su anterior comunicación, insistía en los mismos tópicos, «porque todo, decía él, es poco, cuando se trata de la suerte futura de la patria.» Conviniendo en la urgencia de una misión al Brasil, se oponía á que fuese secreta y sobre todo ante el general Lecor, porque esto sería indecoroso á la dignidad de una nación independiente, y porque «un gene»ral militar, á la cabeza de sus legiones, no es á »quien deben ocurrir los pueblos libres para asegurar »por un tratado mutuamente benéfico su libertad é »intereses», y por esto había despachado con anterioridad al coronel Vedia en calidad de parlamentario militar sin misión diplomática. Admitiendo que, sobre las bases por él indicadas, pudiese iniciarse una negociación, rechazada como «indecente, ridícula y despreciable», la de proponer al Brasil el enlace de la Casa del Inca con la de Braganza. Admitía, empero, la posibilidad de negociar la coronación de un príncipe de la Casa de Braganza ú otro príncipe extranjero, en calidad de monarca de las Provincias Unidas con sujeción á la Constitución que el Congreso le presentase, poniendo siempre á cubierto de toda contingencia el mantenimiento de la independencia por medio de la garantía de la Inglaterra ó de alguna otra potencia.

Aunque más digno y patriótico en la forma, el plan político del Director no era más coherente que el del Congreso. El Brasil invadía la Banda Oriental de acuerdo con el enviado argentino en Río de Janeiro, quien desde 1815 había cooperado á este propósito, sin que en ningún tiempo hubiese sido desautorizado por su gobierno, y este antecedente era olvidado. El Director sabía, ó no sabía (que para el caso todo es lo mismo), que el Portugal, aunque dividido de intereses de la España, no podía reconocer la independencia de ninguna colonia americana sin ponerse en pugna con sus pode-

rosos aliados de Europa, que habían establecido con su acuerdo lo contrario. Por lo tanto, la exigencia previa carecía de sentido práctico; si tenía alguno, era cerrar la puerta á toda negociación; siendo además pueril, desde que no se pensara formalmente en rechazar la guerra con la guerra. Todos estaban penetrados de que, las Provincias Unidas amagadas por un ejército español al norte, por otro al oeste, y por una formidable expedición española, que con destino al Río de la Plata se anunciaba desde la Península, no podía comprometerse en nueva guerra, cuando no podía ni dominar las montoneras de Santa Fe y tenía contra sí toda la anarquía del litoral. El envío de un comisionado público cerca de la Corte del Brasil, en nada modificaba el estado de cosas; porque desde que se sabía, que con arreglo á la ley de las naciones no había de ser recibido, la situación no podía con esto sino complicarse y hacerse más tirante. El envío de un parlamentario cerca del general portugués, era una mera satisfacción ostensible á la opinión pública, que no podía tener ninguna ulterioridad, puesto que nada se había preparado ni nada estaba prevenido para el caso de que el ejército invasor no detuviese sus marchas, debiendo el requerimiento de que era portador haber sido hecho en oportunidad por el enviado argentino en Río de Janeiro quien, como se ha visto, había por el contrario autorizado la invasión, recibiendo en cambio las posibles garantías morales. Por último la garantía de una potencia extranjera, y menos aún, después de las declaraciones explícitas de la Inglaterra, era tan quimérica, como el enlace de la Casa del Inca con la de Braganza, que con razón ridiculizaba el Director, no obstante qué aceptaba un monarca portugués como base de la negociación. Con todo esto, que hoy es fácil criticar, cuando han pasado los grandes conflictos y cuando se domina con más serenidad una situación histórica con perfecto conocimiento de causa, las contestaciones de que nos hemos ocupado, hacen honor á Pueyrredón y á su consejero Tagle, por cuanto en ellas vibra la fibra nacional de

una época memorable. Ellas dieron lugar á que se ensayasen otras combinaciones más coherentes, alcanzándose al fin resultados negativos en que por lo menos, no se perdió todo, hasta el honor, como se habría perdido cumpliendo las instrucciones reservadas y reservadísimas del Congreso.

La contestación de Pueyrredón lastimó y avergonzó al Congreso; pero lo contuvo en su errado camino, retemplándolo. Replicó, sin embargo, en una extensísima nota, redactada por el secretario Passo, procurando más bien disculpar que explicar su anterior sanción, sin insistir decididamente en ella. Toda su argumentación se basaba en las comunicaciones de García. «Era muy débil nuestro poder, decía en su »réplica. Aunque muchísimo debía esperarse del en»tusiasmo general de los pueblos por su libertad é »independencia, la suerte de las armas es siempre va»riable, y más cuando grasa el desorden en un Estado, »que necesariamente se hace trascendental á los ejér»citos. Pudiendo un triunfo del enemigo poner al país »á riesgo de sucumbir, no debía librar la suerte sólo »al valor y constancia de sus habitantes, que al fin »reconoce un término en los hombres, sin buscar otros »medios que sugiere la política, para prever este mal »nada extraño, ni remoto. Por lo mismo, debíamos po»nernos en tres aptitudes: de hacer la guerra á todo »trance á quienes combatiesen nuestros derechos: de »invitar con el olivo de la paz y de la unión á quienes »tuviesen disposición para reconocerla, y de preparar»nos un asilo seguro para el caso en que, una ines»perada fatalidad llegase á apurar el colmo de nues»tras desgracias. Este pensamiento nada tiene que se »oponga al honor, á la justicia, á la libertad y seguri»dad pública y privada, porque por él no se encomien»da á otras manos nuestro destino. Al fin el Congreso »se resuelve á tomar el temperamento medio, que con»cilia los tres objetos. Disimula un mal que no puede »evitar, esto es, la invasión portuguesa, y afectando »una confianza que no tiene en la Corte del Brasil, »sigue las relaciones y las estrecha más y más, á me-

»dida que ella se manifiesta bien intencionada y be»néfica, para darse tiempo á mejorar la situación del »país, tanto en lo interior como con respecto á los ene»migos exteriores que ocupan el Perú y Chile, y á »poner al país en un pie respetable de defensa.»

Mal parado así el golpe de maza que había aplastado las instruciones «reservadas y reservadísimas», la dialéctica del Congreso toma fácilmente su desquite, atacando algunos puntos inconsistentes de la nota del Director Supremo, especialmente el que se relaciona con el reconocimiento previo de la independencia: «V. E. opina, le decía, que el rey de Portugal »antes de entrar en cualquier tratado reconozca nues»tra independencia, y que nosotros debemos exigirlo »como preliminar en términos que se haga público á »todos los pueblos. Esto acaso no será posible, y sí, »que sea el resultado de la negociación, cuando haya »de surtir su efecto, lo que sería imprudente perder, »por sólo no conseguirlo preliminarmente á todo tra»tado. Insistiendo en esta proposición pudiera tal vez »ser rechazada con desprecio y prepararnos un rom»pimiento prematuro. Esto á la verdad es exigir de »aquella Corte lo que no exigiríamos precisamente de »otra alguna, sin entrar en el ridículo proyecto de ne»garnos á toda negociación con las naciones, porque »ninguna hiciese preliminarmente un solemne reconoc»imiento de nuestra independencia. Es recabar de »ella una importante prenda cuando nosotros ninguna »damos, ni aun la garantía de que nuestras proposi»ciones ulteriores en el tratado serán recíprocamente »acomodables. Es pedirle que se comprometa con las »demás Cortes, con quienes está íntimamente relacio»nada, sin que nosotros le recompensemos este compro»miso, ó le pongamos á cubierto de él. Es querer que »renuncie el recurso propio y natural de todo gobier»no que se halle en su caso, y que le es quizá tanto »más necesario cuanto sean más benéficas sus inten»ciones, pues que á proporción despertaría más los »celos de las potencias europeas, cuyos intereses y »aspiraciones sobre estos territorios están en oposi-

»ción. Es, por último, una proposición, que en razón »del gravamen que puede traer á la Corte del Brasil, »sólo podría hacerlo una nación para conceder la paz »á otra, cuando estuviese á punto de hacerla sucum»bir.»

Este modo de gobernar, discutiendo el poder constituyente y legislativo con el Poder Ejecutivo, á trescientas leguas de distancia, en presencia del peligro inminente, invirtiendo uno y otro sus papeles, es un rasgo fisionómico de la época, que nos da la explicación de muchos fenómenos históricos. El Director Supremo, con sobrada razón, y penetrado del sentimiento público, anonadaba el plan de política del Congreso. Este, á su vez, armado de la lógica escolástica, eliminaba con no menos razón la base previa del Director, lo que echaba por tierra todo su plan político. En consecuencia, de ambos planes, nada quedaba de positivo, sino la inflexible necesidad que estrechaba su círculo, oprimía á uno y otro, y obligaba á todos á buscar soluciones prácticas fuera de la discusión teórica, bajo el imperio tiránico de los acontecimientos, que se producían á su despecho y se encaminaban fuera de sus previsiones. Nadie tenía propiamente pensamiento propio, ni libertad de acción: la necesidad era la que dominaba imperiosamente la situación, y los hechos consumados lo único que prevalecía.

CAPITULO XXXV

La Invasión brasílico-portuguesa

1816-1817

Rómpense las hostilidades en la Banda Oriental.—Preparativos de Artigas para rechazar la invasión portuguesa.—Su plan de campaña.—Invade el territorio brasileño.—Campaña de las Misiones orientales por Andresito.—Operaciones por el Cuareim.—Combate de Ibiracoy, Corumbé é India Muerta.—Estado de la opinión en la Banda Oriental.—Seguridades que da el Brasil al gobierno argentino.—Política impuesta por los acontecimientos.—Actitud que asume el Director Pueyrredón.—Misión del coronel Vedia cerca de Lecor, y antecedentes sobre el comisionado.—Notables conferencias entre Vedia y Lecor.—Vedia y Don Nicolás Herrera.—Actitud de Artigas después de sus primeras derrotas.—Se abren negociaciones entre el Directorio y Montevideo.—Actitud de Pueyrredón y su correspondencia al Congreso con tal motivo.—Se pacta la incorporación de la Banda Oriental á las Provincias Unidas.—Artigas desaprueba el convenio.—Correspondencia entre el Director y las autoridades de Montevideo con tal motivo.—Ocupación de Montevideo por los portugueses.—Derrotas de Artigas en Arapey y Catalán.—Campaña de los portugueses á las Misiones occidentales.—Carácter de la resistencia de los orientales.—Situación militar de los portugueses.—Repercusión de estos sucesos en la opinión argentina.—Plan de política del Congreso sobre la base de la monarquía.—Su rechazo por Pueyrredón.—Correspondencia entre el Director y Lecor.—Reconquista de Chile por San Martín.—Actitud bélica de Pueyrredón.

Mientras el Congreso argentino y el Director Supremo discutían, á trescientas leguas de distancia uno de otro, sobre instrucciones diplomáticas, que en definitiva tendían á fundar una monarquía imposible en el Río de la Plata, las hostilidades se rompían sobre la frontera de la Banda Oriental. La vanguardia de Lecor, partiendo del territorio del Río Grande, apoderábase en agosto de 1816 del fuerte de Santa Teresa, y se situaba entre el Río de la Plata y el lago Merim, dentro de los límites argentinos. Otra columna de 2.000 riograndeses invadía por el Cerro Largo á las órdenes del general Silveira, en combinación con Le-

cor. Al mismo tiempo se reunían las fuerzas de San Pablo y San Pedro do Sul sobre la línea del Río Pardo, en número de más de 2.000 hombres, al mando del general Curado, y se destacaban partidas de observación entre el Alto Uruguay en el territorio de las Misiones orientales. De este modo, el Brasil establecía en su frontera del sur, un ejército de cerca de 10.000 hombres, cuya línea de operaciones se extendía desde Santa Teresa sobre el Plata hasta las Misiones sobre el Uruguay.

Artigas por su parte, oportunamente prevenido de la invasión, había tomado sus medidas para contrarrestarla, trazándose un plan de campaña, verdaderamente atrevido, y que bien desenvuelto con mejores elementos y más pericia, pudo y debió dar sus resultados. Este plan era nada menos que el de Scipión el Africano, buscando la salvación de Roma en Cartago; pero las bandas artigueñas no eran las legiones romanas, y Artigas como jefe de partidarios no llegaba ni al tobillo de Güemes, según va á verse.

Desde el mes de enero de 1816, Artigas, en previsión de una invasión portuguesa, había puesto en estado de defensa las Misiones occidentales sobre el Alto Uruguay, de las que era gobernador un indio misionero llamado Andrés Guacurari, á quien había bautizado con su nombre, haciendo de él un hijo adoptivo y convirtiéndolo en uno de los generales de su ejército. Este indio, conocido en la historia con el nombre de Andresito, era el que había subyugado á Corrientes y gobernaba el territorio que se extiende entre el Paraná y el Uruguay, limitado al norte por el Paraguay, y al sur por el Guaiquiraró y Mocoretá por la parte de Entre Ríos. En marzo del mismo año le escribía Artigas: «No hay que vivir descuidados, cuando »los portugueses no se duermen. Sus movimientos son »muy sospechosos, y nunca debemos esperar á que nos »sorprendan. Si ellos se preparan á hacer tentativa »por algún lado, es preciso «robarles la vuelta» y en»trarlos por otro. Lo que interesa en ese caso es pasar »el Uruguay por arriba del Ibicuy y entrar en sus po-

»blaciones.» En el mes de junio, cuando las fuerzas de Lecor empezaron á reconcentrarse en Santa Catalina, hizo dar la voz de alarma por medio de una proclama expedida por el Cabildo de Montevideo, según queda dicho, levantándose á su voz el país en masa. Inmediatamente empezó á enviar armamento y municiones de infantería á Andresito, organizando una flotilla de embarcaciones menores armadas en guerra, con el objeto de dominar el río, y facilitar el pasaje de las tropas á territorio brasileño. Al mismo tiempo disponía que el alférez don Pantaleón Sotelo, con cuatro soldados, fuese á organizar una división de indios misioneros en Yapeyú, con el objeto de invadir por su frente, á la vez que Andresito á la cabeza de 2.000 hombres lo verificó Ibicuy arriba. «No hemos de aguar»dar á que ellos precisamente nos ataquen, escribía »Artigas. Debemos penetrar á su territorio, á cuyo fin »estoy tomando mis providencias, para dar un golpe »maestro y decisivo. De lo contrario, el Portugal se »nos echa encima y nos acabará de arruinar.» En julio dispuso que una división entrerriana como de 600 á 700 hombres, que, al mando del comandante Verdun (entrerriano), se hallaba en el Arroyo de la China, marchase hasta Mandisoví, con el objeto de remontar el Uruguay por su margen derecha y atravesarlo más arriba del Arapey, para cubrir la línea del Cuareim y concurrir así al movimiento de Andresito y Sotelo.

Simultáneamente con estos movimientos preparatorios, destacó Artigas á dos de sus principales tenientes sobre la frontera del este, en actitud defensiva. Don Frutos Rivera, el más capaz y el más humano de sus jefes, salió al encuentro de la división de Lecor á la cabeza de una columna de 1.400 á 1.500 hombres. Don Fernando Otorgués, el más bárbaro y cruel de sus caudillos, que contrabalanceaba hasta cierto punto su influencia sobre las masas por medio del terrorismo, marchó al frente de 800 á 900 hombres á colocarse frente á la columna brasileña de Silveira, que amenazaba al Cerro Largo. Artigas por su parte, á la cabeza de una división de poco más de 1.000 hombres,

se ponía en marcha para ocupar la línea de Cuareim, concurriendo á los movimientos ofensivos sobre el territorio brasileño. En esta actitud, Andresito debía atacar á San Borja, capital de los siete pueblos de las Misiones orientales, invadiendo Sotelo frente á Yapeyú, y Verdun por el Cuareim, con orden de abrir comunicaciones entre sí estas fuerzas; y reuniéndolas todas ellas sobre Santa María, amenazar la línea del Río Pardo, á retaguardia de las fuerzas enemigas. De este modo, al iniciarse la invasión portuguesa, Artigas podía disponer de un ejército de 6.500 á 7.000 hombres, sin contar una división de 1.200 hombres, que al mismo tiempo se organizaba en Corrientes, y de una reserva mayor aún, que tenía pronta el Entre Ríos, todo lo cual formaba un total de cerca de 9.000 hombres, que bien dirigidos, y sobre todo, combinándose con las fuerzas de Buenos Aires, habrían hecho imposible la invasión portuguesa.

El plan de Artigas, teóricamente considerado, haría honor á cualquier general. Era, no sólo atrevido en el sentido de la ofensiva, sino también prudente en el sentido de la defensiva. Invadiendo las Misiones orientales por el Uruguay y el Cuareim, se posesionaba de un territorio que imposibilitaba la invasión portuguesa por la frontera norte, á la vez que amagaba la invasión del este por la espalda, pudiendo levantar en los siete pueblos una fuerza de 1.000 á 1.500 misioneros, que unidos á las divisiones de Andresito, Sotelo, Verdun y la suya propia, sin contar las de Rivera y Otorgués, ni las de Entre Ríos y Corrientes, podrían formar una masa de más de 5.000 hombres, fuerza dos veces superior á todas las que el enemigo podía presentar por el Río Pardo. Aun suponiendo que este movimiento no hiciera desistir á los portugueses de su intento, se colocaba en aptitud de batir á las fuerzas del Río Pardo, conservaba el dominio continuo de la parte más importante del país, sin perder su base de operaciones que ensanchaba, mantenía libre sus comunicaciones con Entre Ríos y Corrientes, dominaba el río Uruguay, se cubría con la barrera del

Río Negro, y podía sostener en todo caso una guerra de partidarios contra igual número de fuerzas invasoras. Pero este plan, concebido por instinto, era superior á la inteligencia de Artigas y de sus tenientes, y careciendo de una base segura, cual era la conservación de la plaza de Montevideo, debía dar los resultados desastrosos que dió.

Los portugueses por su parte, tenían en las tropas europeas soldados mejores que los de Artigas y, en las milicias del Río Grande y de San Pablo, montoneros tan jinetes y tan valientes como los de Artigas en la guerra de partidarios. Si bien la inteligencia de Lecor como general no excedía en su línea á la de Artigas (según el juicio de sus compatriotas y como lo demostró en el curso de la campaña), las divisiones portuguesas eran mandadas por jefes superiores á Andresito, Sotelo, Verdun, Rivera y Otorgués, no faltando entre ellos hombres del mismo temple en cuanto á bárbaras represalias, según se verá más adelante.

Iniciada la invasión en agosto de 1816 por la Angostura y el Cerro Largo, Artigas empezó á ejecutar el plan preparado en el transcurso de seis meses, el cual hasta entonces no había sido penetrado por el enemigo. «Los portugueses han avanzado ya al Cerro Largo, »escribía Andresito. Es preciso que cuanto antes em»piece usted á hostilizarlos, aunque apure sus movi»mientos antes del día prefijado (que era el 12 de »septiembre de 1816), pues yo apenas llegue, ya em»piezo á romper el fuego.» En consecuencia, en los primeros días de septiembre, Andresito invadió las Misiones orientales á la cabeza de 2.000 hombres. Sotelo, auxiliada por la escuadrilla, se dispuso á secundarlo con 400 á 500 hombres. Artigas con sus 1.000 hombres, se situaba en el paso de Santa Ana sobre el Cuareim, y Verdum con cerca de 700 hombres se colocaba sobre la mismo línea diez y ocho leguas más abajo, avanzando sus exploraciones sobre el territorio enemigo.

El general Curado (el mimo que hemos visto figurar en 1808 como negociador con Liniers), á la sazón jefe de la frontera del Río Pardo, se ocupaba en to-

mar medidas preventivas para concurrir á la invasión de las tropas portuguesas por el norte, cuando tuvo lugar la irrupción de las bandas de Artigas sobre su propio territorio. Por acaso, había destacado al brigadier Francisco das Chagas Santos al frente de una división de Paulistas, Catalinetas y Río Grandeses (próximamente 400 á 500 hombres) con el objeto de proteger el flanco por el Alto Uruguay, defendiendo los siete pueblos de las Misiones orientales. A esto se debió que el movimiento de Andresito y Sotelo no surtiese efecto, según se verá. Curado, completamente sorprendido, se reconcentró en Santa María, punto céntrico y convergente de las columnas expedicionarias de Artigas, y destacó sobre el Cuareim dos de sus divisiones al mando del brigadier Costa Correa Rebello y del comandante Abreu, con el objeto de hacer frente á Sotelo y Verdun, avanzando él á su vez hasta Ibirapuitán chico. Verdun á su vez, invadiendo resueltamente el territorio enemigo, apoyado por Artigas que había ocupado la margen derecha del Cuareim, maniobraba en el sentido de cortar su retirada á Correa Rebello y Abreu, procurando tomar la retaguardia de Curado, y ocupar á Santa María, abriendo sus comunicaciones con Sotelo y Andresito. Advertido Curado de su intento, llamó á la columna de Correa Rebello, después de reforzar una gran parte de ella á la de Abreu, quien quedó de este modo dominando la margen izquierda del Uruguay desde el Cuareim al Ibicuy, á la cabeza de una división de 650 á 700 hombres de las tres armas.

Sotelo, protegido por la escuadrilla mandada por Yedro, bandeó el Uruguay desde Yapeyú, y tomó tierra á inmediación de la boca del Ibicuy en 20 de septiembre. Abreu acudió en defensa del territorio invadido, y lo rechazó por dos ocasiones (el 21 y 23 de septiembre), cañoneando la escuadrilla y lo obligó á repasar el río, impidiéndole ponerse en contacto con Verdun. Sotelo, viendo malograda su operación, se corrió por la margen derecha del Uruguay, con el objeto de atravesar el río más arriba de la barra del

Ibicuy, como lo verificó, buscando ponerse en comunicación con Andresito.

Mientras tanto, Abreu marchó sin pérdida de tiempo en protección de las Misiones orientales atacadas por Andresito, y el 27 de septiembre se encontró su vanguardia con la de Sotelo, teniendo lugar algunas escaramuzas. El 3 de octubre estaba la columna de Abreu sobre San Borja, capital de los siete pueblos, que se hallaba sitiada por el ejército de Andresito y á punto de sucumbir.

La invasión de Andresito á los siete pueblos, había sido precedida por el levantamiento de los indios de la comarca, que simpatizaban con sus hermanos de Occidente y odiaban el dominio portugués, sublevándose casi en masa un regimiento de naturales que se pasó á los invasores. El brigadier Chagas, apenas tuvo tiempo de encerrarse en San Borja con poco más de 200 hombres de infantería. Andresito marchó sobre él, incendiando y talando todo en su camino, y puso sitio á la ciudad. Chagas rechazó enérgicamente los ataques que los misioneros llevaron sobre sus trincheras, pero habría sucumbido al fin sin el oportuno auxilio de Abreu. En sus intimaciones decía Andresito á Chagas: «Rinda V. S. las armas y entregue el último pueblo »que me falta, pues vengo á rescatarlo, no habiendo »otro fin que me mueva á derramar la última gota de »sangre, sino nuestro suelo nativo, quitado con toda »ignominia en 1801, pues estos territorios son de los »naturales misioneros á quienes corresponde de dere»cho gobernarlos, siendo tan libres como las demás »naciones.»

A la aproximación de la columna de Abreu, Andresito, sin levantar el sitio de San Borja, hizo salir á su encuentro una división de 800 hombres de caballería. Abreu desplegó su línea y marchó de frente sobre el grueso de las fuerzas sitiadoras, á las que derrotó completamente, con insignificante pérdida por su parte, matando ó aprisionando más de 500 misioneros, y les tomó un cañón, obligando á Andresito á repasar en derrota el Uruguay.

Restaurado de este modo el territorio de las Misiones orientales, Curado resolvió atacar á Verdun, que se había internado al territorio brasileño y se hallaba situado en Ibiracoy. El brigadier Juan de Dios Mena Barreto, á la cabeza de una división de poco más de 500 hombres con dos piezas de artillería, marchó en su busca, y lo derrotó completamente el 19 de octubre, causándole la pérdida de más de un tercio de su fuerza entre heridos, muertos y prisioneros, y lo obligó á replegarse al territorio oriental.

Inmediatamente, otra columna como de 800 á 900 hombres, al mando del brigadier Joaquín d'Oliveira Alvarez, marchó sobre Artigas, que con más de 1.200 hombres de infantería y caballería se hallaba sobre la margen derecha del Cuareim, en territorio brasileño, esperando el desenvolvimiento de su plan para obrar en consecuencia. El 27 de octubre fué atacado Artigas en su campo de Corumbé. Este caudillo, jamás había mandado una batalla, pues en el combate de las Piedras (único en que se hubiese encontrado en su vida) sus disposiciones en nada influyeron en el éxito. En su ignorancia de la guerra y en su necia vanidad, creía, empero, haber inventando una nueva táctica, con la cual debía vencer infaliblemente á los portugueses, de modo que no se escapase ni un solo enemigo de caer prisionero. Este secreto consistía en abrazar en el orden abierto un gran espacio de terreno, circundando por todas partes al enemigo. Así es que, teniendo como 500 hombres de infantería, sobre esta base, que consideró inconmovible, prolongó por derecha é izquierda su caballería, formando un vasto círculo como los indios pampas. Aunque sus tropas pelearon valientemente, el resultado fué la más completa derrota, perdiendo cerca de un tercio de su fuerza entre muertos y prisioneros, mientras que los portugueses sólo perdieron setenta hombres. Artigas, en derrota, se refugió al territorio oriental, lo mismo que Verdun, quedando así completamente desbaratado su gran plan de campaña.

Curado, después de rechazar la invasión, se mantuvo por el momento en el territorio brasileño, donde

organizó un ejército de 2.500 hombres con 11 cañones, esperando el momento oportuno de entrar nuevamente en campaña.

Las operaciones defensivas de Artigas por la parte del este, no habían sido más felices que las del norte. La columna de Silveira había obligado á Otorgués á abandonar el Cerro Largo, sorprendiendo poco después sus avanzadas. La columna de don Frutos Rivera que había salido al encuentro de la vanguardia de Lecor, logró, maniobrando con habilidad, sorprenderla en marcha. La vanguardia portuguesa no pasaba de 900 hombres, y la de Rivera alcanzaba á 1.400 de infantería y caballería. Era Rivera el más acreditado de los tenientes de Artigas: valiente, sagaz, conocedor del terreno, con dominio moral sobre sus subordinados, querido y respetado por las poblaciones, era un notable jefe de partidarios, calidades que tan famoso lo hicieron después; pero completamente ignorante en materias militares, jamás tuvo la inteligencia suficiente para dirigir en jefe una batalla, no obstante que hubiese derrotado á Dorrego y Soler en las anteriores guerras con los porteños en 1815. Imbuído de las salvajes ideas tácticas de su jefe, creyó, que habiendo conseguido sorprender al enemigo, le bastaba formar cerco «para que no escapase ningún portugués» (sic). El encuentro tuvo lugar en la India Muerta (el mismo día que Verdun era derrotado en Ibiracoy). La vanguardia portuguesa era mandada por el brigadier Sebastián Pinto de Araujo Correa, veterano probado en la guerra de la Península, y su fuerza se componía de 500 infantes y 400 caballos con una pieza de artillería.

A la vista de la columna de Rivera, de 1.400 hombres como queda dicho, Pinto formó en orden cerrado y esperó el ataque. Rivera, por el contrario, repitiendo más estúpidamente aún la desgraciada maniobra de Artigas en Corumbé, formó su infantería en ala, abrazando un espacio de 1.500 varas, y extendió su caballería perpendicularmente á ella, formando dos martillos, cada uno de los cuales ocupaba 500 varas de

extensión. Los portugueses, colocados entre estos dos martillos, debían ser cogidos como por los extremos de una tenaza, según los cálculos de Rivera, entregándolos en seguida á los fuegos de la infantería formada en orden abierto, que daría cuenta de ellos. Pinto, que advirtió la supina ignorancia de su contendor en materias militares, desprendió por su frente 200 cazadores, que se agazaparon en medio de los dos martillos, dejando obrar la caballería. Al mismo tiempo desprendió por derecha é izquierda dos escuadrones de caballería de 100 hombres cada uno, los cuales, espada en mano, apoyados por los fuegos de su única pieza de artillería, flanquearon los dos martillos envolviéndolos. Introducido el desorden en las filas orientales, los cazadores cargaron en pelotones, y así fué como 900 hombres derrotaron á 1.400, quedando Rivera al frente de poco más de 100 hombres, con los cuales continuó hostilizando valientemente al enemigo vencedor.

Tal era el estado de la guerra de la Banda Oriental en noviembre de 1816. Ante este doloroso espectáculo el patriotismo argentino no podía dejar de estremecerse. La opinión, exaltada, exageraba este sentimiento, y simpatizando en el fondo más que con el caudillaje de Artigas con la causa patriótica que por desgracia representaba este bárbaro, acusaba al gobierno general de connivencia pasiva con los portugueses, mientras que las poblaciones rebeladas del litoral lo acusaban públicamente de traición. Los políticos fríos como García, pensaban que lo mejor era dejar destruir la anarquía por la mano del extranjero, librando á la acción del tiempo los problemas internacionales. En medio de este desorden de propósitos y aspiraciones negativas, no faltaba quien creyese, que la invasión era llamada por el mismo Artigas, para obrar de consuno contra Buenos Aires, creencia de que en sus fluctuaciones, llegó á participar el mismo Director Pueyrredón, no obstante los antecedentes de que estaba en posesión.

La Corte del Brasil, firme en sus propósitos y en

la línea de conducta que se había trazado, reiteraba sus anteriores seguridades, y con motivo del anuncio de una próxima expedición española al Río de la Plata, declaraba á García: «Que la Corte del Brasil ha»bía significado á la de Madrid que sólo daría á la »expedición española puerto y los víveres que com»prase con su dinero; pero nunca paso por su territo»rio, ni otro auxilio fuera de los mencionados, y que »son rigurosamente prescriptos por el derecho de gen»tes, agregando que el gobierno del Portugal y Brasil »permanecería firme en estos principios.»

Artigas, por otra parte, intransigente y soberbio, prescindía del gobierno nacional, y confiando en sus fuerzas, se lanzaba atrevidamente á la lucha, renegando de españoles, portugueses y porteños, como él llamaba á los de la Banda Occidental. En tal estado, los sucesos imponían la marcha que debía seguirse. El Directorio, comprendiéndolo así por necesidad y patriotismo, buscaba el acuerdo con Artigas, á fin de traer á la Banda Oriental y demás territorios anarquizados á la comunión nacional, de la que de hecho estaban segregados. Obtenido este resultado, substituir la autoridad nacional al caudillaje anárquico de Artigas, haciendo desaparecer el pretexto de la invasión extraña; tomar bajo su protección á la Banda Oriental, y puesto frente á frente del Brasil, argüir con sus propias declaraciones y enredarlo en sus propias redes si la cuestión se trasladaba al terreno diplomático. Si en este camino la guerra con el Brasil venía, aceptarla valientemente como un deber terrible impuesto por la dignidad nacional y el instinto de la propia conservación, reuniendo bajo su bandera la fuerza de los caudillos anárquicos del litoral. Pero, si Artigas no se prestaba á someterse á la Nación, ó al menos á la Dirección Suprema de su gobierno; si la Banda Oriental no se ponía bajo la protección de la ley y de las armas de la República Argentina, entonces abstenerse de toda participación directa en la lucha; dejar que la ocupación portuguesa que no podía evitarse, se produjera, sacando de ella la ventaja de no hacerse

de un vecino un nuevo enemigo poderoso por mar y por tierra, y mantener así la división de intereses entre España y el Brasil; hacer por este medio imposible la expedición española al Río de la Plata, desde que fuera un interés del Portugal impedir que aquélla tomase tierra en la costa oriental, y por fin, aceptar como una fatalidad el beneficio de extinguir por mano ajena la anarquía de Artigas, que ponía en peligro la existencia misma de la Nación Argentina.

A nada de esto respondía el plan político trazado por el Congreso, ni el propuesto en contradicción por el Director. Empero, la actitud reservada del último ante las declaraciones y vistas de García, y su resistencia á la conducta pusilánime aconsejada por el Congreso; su abertura pacífica con Artigas y con el Cabildo de Montevideo; y, por último, la misión del coronel Vedia, portador de una intimación, reclamando el cumplimiento del armisticio de 1812 y protestando contra la invasión, mostraban que en último caso estaba resuelto á afrontar la situación en todas sus eventualidades, respondiendo en primer lugar á sus deberes de gobernante argentino, y obrando en seguida según las necesidades del momento.

El coronel don Nicolás de Vedia, elegido por el Director para desempeñar la misión de parlamentario de paz ó de guerra, era sin duda uno de los hombres más indicados al efecto. Era uno de los jefes más distinguidos del ejército argentino por su ilustración y recomendables servicios. Natural de Montevideo, conocido por sus principios republicanos, condiscípulo y antiguo compañero de armas de Artigas, daba garantías positivas á la Banda Oriental, á su caudillo y á los patriotas que desconfiaban de la política del Directorio. Amigo personal de Pueyrredón, á cuya elevación había contribuído, cooperando como mayor general á vencer las resistencias que en su contra se habían levantado en Buenos Aires al tiempo de ser nombrado aquél Director Supremo, daba iguales garantías al gobierno. Antiguo oficial del batallón Fijo antes de la revolución, había figurado en las invasiones

inglesas de 1806 y 1807, cayendo prisionero de guerra cuando la plaza de Montevideo fué tomada por asalto por sir Samuel Auchmuty. Trasladado como tal á Inglaterra y posteriormente á España, había servido en la guerra de le Península contra Napoleón, encontrándose en varias acciones de guerra. Restituído á su patria fué uno de los precursores de la revolución, figurando entre sus actores, como se ha visto, en mayo de 1810. Mayor general del ejército que sitió por dos veces á Montevideo, hasta rendirlo, ocupaba un alto rango entre sus compañeros de armas. Hombre inteligente y culto, de figura simpática y maneras dignas, de vasta lectura, poseyendo varios idiomas y conocedor de la geografía y la historia del mundo, era un verdadero diplomático, que bajo las apariencias de un parlamentario con la espada al cinto y un pliego político en el bolsillo, llevaba en su cabeza todos los recursos necesarios para expedirse con habilidad y decoro en su equívoca misión. Diósele por toda instrución imponerse del pliego que llevaba, que al efecto se le entregó abierto, y averiguar el número de las fuerzas invasoras tratando de penetrar las intenciones del general portugués.

El 19 de noviembre de 1816 salía el coronel Vedia de Montevideo en desempeño de su misión. En su tránsito, presenció el desembarco de una parte de las fuerzas portuguesas en Maldonado, y el 24 alcanzó al arroyo de San Miguel, pasando por el fuerte de Santa Teresa, ocupado ya por los invasores, donde encontró el cuerpo del ejército del general Lecor. Este salió á recibirle hasta el pie de su caballo, rodeado de su estado mayor, y le condujo ceremoniosamente hasta una lujosa tienda de campaña que le tenía preparada, diciéndole: «Este es el alojamiento que un general en campaña puede proporcionar á V. E.» Cuando llegó el caso de entregar el pliego del Director de que era portador, el general portugués se puso de pie para recibirlo, y después de leerlo en la misma actitud, díjole que le contestaría después.

En varias conferencias, el general Lecor dió al co-

ronel Vedia algunas explicaciones sobre los motivos que obligaban al rey de Portugal y Brasil á la operación militar de que venía encargado. «El ejército de »mi mando, díjole, sólo viene á tomar posesión de la »Banda Oriental, y finalizará sus marchas en el Uru»guay. «Ignoro si después pasaré» á ocupar la provin»cia de Entre Ríos; pero tengo órdenes de guardar »con Buenos Aires la más perfecta neutralidad. El rey, »mi amo, se ha resuelto á enviar sus tropas «para re»cobrar lo que ya en otros tiempos poseyó», con jus»tos títulos adquiridos desde la conquista, y que la »corona de Castilla le arrancó con violencia. Además »de esto, no puede serle indiferente ver amenazada la »tranquilidad y seguridad de los pueblos de su mando, »por el mal ejemplo de la Banda Oriental, la ambi»ción de Artigas y su odio hacia los portugueses. Sien»to los males que afligen á este país; pero no me es »posible suspender mis marchas, ni tengo facultades »para interpretar las órdenes que se me han dado. »V. E., agregó, debe esforzar estas razones para con»tener á su gobierno y moderar la animosidad en que »están los pueblos de la Unión, porque si es preciso »venir á un desgraciado rompimiento, se verá inme»diatamente bloqueado el Río de la Plata y se lle»vará la guerra hasta la Banda Occidental, pues una »vez decidido mi gobierno á recobrar este territorio, »no le es ya posible dar un paso atrás sin compro»meter su honor, su consideración y quizás la inte»gridad de sus dominios. Es verdad que no ha habido »el mejor acierto en dar principio á las operaciones »militares, sin tratar primero con Buenos Aires, y ha»cer público nuestros derechos y razones, pero ni mi »gobierno lo ha creído necesario, ni se lo han permi»tido los inconvenientes y consideraciones que guar»da con la Corte de España; lo primero, porque para »tomar lo que á uno le pertenece, no es necesario pe»dir el beneplácito de otro; lo segundo, porque invadir »una provincia limítrofe en anarquía, tiranizada por »un caudillo que la oprime, y prevenir los males que »amenazan las posesiones portuguesas, no puede de-

»cirse sea un atentado contra Buenos Aires, con cuyo »gobierno ha celebrado un tratado, en que ha reconocido de un modo tácito la legitimidad de las Provincias Unidas. Su independencia «quizás» será reconocida, y al fin Buenos Aires se verá libre de Artigas, de quien nada bueno debe esperar.»

Estas declaraciones del general restringían mucho las seguridades dadas por García, y revelaban un pensamiento de conquista inmediata, con miras para lo ulterior, según las circunstancias. En sus conversaciones solía el general dejar escapar, cómo al acaso, frases que respondían á un pensamiento secreto, como para sondear las disposiciones del Enviado. En una ocasión le dijo inopinadamente: «¿No le parece á usted que la grandiosa bahía de Río de Janeiro es la »puerta del imperio sudamericano, cuyos límites están trazados por la naturaleza en los magníficos ríos »del Amazonas y el Plata? Ustedes deben conocer »que sería una locura, en una nación tan pequeña como el Portugal, extenderse á más.» En otra ocasión le dijo con su natural suavidad: «En breve tendré el gusto de ver á V. E. en Buenos Aires.» Vedia contestó con firmeza y con alguna intención: «Y yo la honra de que mi gobierno me comisione para salir al »encuentro de V. E.» «No, repuso Lecor, como particular, y sólo para satisfacer el deseo que tengo de »conocer aquel gran pueblo.» «De cualquier modo que »vaya V. E., contestó Vedia sonriendo, me honraría mucho salir á recibirle.»

Al día siguiente de su llegada, don Nicolás Herrera, que seguía al ejército portugués en calidad de confidente y consejero de Lecor, fué á visitar á Vedia á su tienda, y cumplimentándolo sobre la oportunidad de sus réplicas, se trabó entre ellos un diálogo amistoso, como que habían sido condiscípulos en Montevideo.—¡Cuánto me alegro que hayas sido tú el elegido para este encargo!—le dijo Herrera.—Mucho te agradezco tu buena voluntad.—¿Qué dicen de mí en Buenos Aires?—Mucho malo.—¿Es posible?—Como lo oyes.—No puedo olvidarme que mis paisanos me han

puesto grillos.—Yo no pienso sino en servir á mi patria.—¿Qué dicen en Buenos Aires de este ejército?—Que es preciso auxiliar la Banda Oriental, porque su invasión debe considerarse como si fuera invadida la plaza misma de la capital.—¿El gobierno piensa así?—Así piensa el gobierno y los pueblos.—Lo siento mucho: diles que se miren bien en lo que hacen.—Yo creo imposible variar la opinión de los pueblos.—No creas que este ejército pase el Uruguay.—Después de esta agresión todo es preciso temerlo.—¿El gobierno sigue bien con García?—Me parece que no.—Es muy estimado del ministro Araujo (conde da Barca), que tiene con él la más estrecha amistad: en Janeiro se le mira como un grande hombre.—Siempre lo he creído de buen talento; pero no goza de buena opinión. No se deshagan ustedes de él, porque es lástima perderlo.—El gobierno no puede valerse de un hombre desopinado, dijo por último Vedia, cortándose así desabridamente la conversación entre estos dos antiguos amigos.

Después de algunas demoras calculadas, el coronel Vedia fué despachado al fin, entregándole Lecor por despedida un estado de las fuerzas de mar y tierra que estaban á sus órdenes, á fin de que lo comunicase á su gobierno. A pretexto de falta de caballos, se le obligó indirectamente á embarcarse en Maldonado. El objeto era ocultar las marchas del ejército portugués, y posesionarse de Montevideo antes que el comisionado argentino pudiese dar cuenta de su comisión en Buenos Aires, á donde llegó el 7 de diciembre, entregando al Director la contestación de que era portador. En ella decía Lecor: «Puedo asegurar que mis marchas sólo »se dirigen á separar de la frontera del reino del Bra»sil el germen del desorden, y á ocupar un país que se »halla entregado á la anarquía. Esta medida en nin»gún sentido puede inspirar desconfianza á ese gobier»no (el argentino) cuando ella es practicada en un »terreno ya declarado independiente de la parte occi»dental. Se han guardado escrupulosamente los ar»tículos del armisticio de 1812, y siendo hostilizado,

»tomaré medidas de precaución hasta que reciba nue»vas órdenes de mi rey.»

Mientras la misión político-militar del coronel Vedia se preparaba y se desenvolvía, graves acontecimientos que debían tener larga trascendencia se producían. Artigas, invasor é invadido casi simultáneamente, y batido en toda la línea de frontera desde el Cuareim hasta la Laguna de Merim, había reconcentrado sobre el Alto Uruguay la resistencia de la Banda Oriental, cada vez más brava aunque no mejor dirigida. El caudillo, terco y rudo como siempre, sin inspirarse más que en su egoísmo y en su odio á los porteños, prefería perderse solo y entregar su país al extranjero, antes que salvarlo, mancomunándolo con el pueblo argentino. Persuadido de que el Gobierno Nacional era cómplice de la invasión portuguesa, ó más bien, aconsejado por su feroz orgullo, expidió una bárbara circular, «cerrando absolutamente todos los »puertos de la Banda Oriental para Buenos Aires y »sus dependencias, prohibiendo todo tráfico, deteniendo y asegurando (embargando) todos los buques que »se hallasen en puertos orientales, y haciendo responsables á todas las autoridades civiles y militares de »cualquiera omisión ó «indulgencia» en el cumplimiento de estas órdenes.» Los fundamentos de esta medida eran, que «el gobierno de Buenos Aires estaba »empeñado en el aniquilamiento de los orientales, obsservando una conducta criminal en el hecho de mantener relaciones abiertas y de comercio con el Portugal, y que se mostraba indiferente.» Esto tenía lugar el 16 de noviembre de 1815, en circunstancias en que el coronel Vedia llegaba á Montevideo en cumplimiento de su comisión, brindando al invasor con la paz y amenazándole con la guerra.

El Director Supremo, abundando en una alta moderación, se dirigió con este motivo al delegado de Artigas en Montevideo, que lo era don Miguel Barreyro, hombre de alguna inteligencia; pero de un carácter sombrío, y enemigo enconado de la unión con los argentinos, lo que le había merecido ser elegido como

instrumento servil de la autocracia del caudillo oriental. Decíale que no quería considerar la medida como un rompimiento, cuando «él por su parte provocaba á la guerra al jefe de los portugueses, sin otro »motivo que la invasión de la Banda Oriental.» Al mismo tiempo escribía al Cabildo de Montevideo, manifestando sus disposiciones amistosas y patrióticas y rechazando con templanza las sospechas de traición que sobre el gobierno nacional se propalaba, insinuaba que más bien podía ser Artigas acusado en ese sentido. «Si fuese dable (decía) el entregarse precipitadamente »á recoger y propagar sospechas, este gobierno podía »haber sido llevado á formar una opinión muy poco »favorable del patriotismo del general Artigas, desde »que ha visto que, descuidando aprovecharse de la »movilidad de sus tropas, parece separarse del único »plan de guerra que puede salvar esa provincia; que »ha empeñado algunas acciones que acaso se hubieran »evitado, y que ha sufrido en sus divisiones algunas »sorpresas que no es muy fácil explicar.» El Director terminaba incitando á ambas autoridades á interponer sus respetos con el caudillo á fin de que reformase sus medidas, y no pusiese al gobierno argentino en el caso de usar del derecho de represalia «con grave es»cándalo de los pueblos y perjuicio de la conciliación »que era necesaria para la salvación común.»

La verdad es que el Director en lo que menos pensaba era en comprometer una guerra nacional con un aliado tan inhábil en lo militar y tan peligroso en lo político como Artigas, y que se felicitaba de sus derrotas como de las de un enemigo de todo el mundo, como en efecto lo era. Así escribía al mismo tiempo al general San Martín: «Los portugueses consiguen »ventajas en todas partes sobre Artigas, y este ge»nio infernal acaba de embargar todos los buques de »esta banda y cerrar todos sus puertos á pretexto de »que no tomamos parte en su guerra». Yo también »he cerrado nuestros puertos, y voy á reunir las cor»poraciones con arreglo al Estatuto para deliberar,

»Es una crueldad comprometer uno su crédito á la »opinión ajena.»

Las notas del Director se cruzaron con otras de Barreyro, quien aconsejado por las últimas derrotas de Artigas, pedía al Director su protección en el interés de la causa general. En carta confidencial le escribía: «Los auxilios de usted son enteramente ne»cesarios. Yo los admito del modo que usted quiera »franquearlos, y sin ponerle la menor traba.» Y hablando al mismo tiempo con la solemnidad oficial le decía: «Todo está en las manos de V. E. Sus auxi»lios, remitidos aquí sin pérdida de instantes, llega»rán á un tiempo oportuno, y todos los pueblos can»tarán juntos la consolidación de su independencia »cubiertos de una gloria inmortal. Cualesquiera que »sean los pactos que V. E. precise al efecto, yo estoy »pronto á sellarlos.» Este cambio de política ó más bien de conducta en el delegado de Artigas, era dictado por el hecho de que, Lecor, después de dar su contestación al Director Pueyrredón por medio del coronel Vedia, y arrollar á su paso las fuerzas que habían pretendido detenerlo, seguía á marchas forzadas sobre Montevideo, y Montevideo no contaba sino con una escasa guarnición para defender sus murallas.

El Director, encarando la cuestión bajo su doble aspecto patriótico y político, contestó á la abertura de Barreyro: «Los portugueses han pretextado para su »invasión á la Banda Oriental, la independencia en »que se constituyó esa provincia. De modo que, re»conociendo al soberano Congreso y superior gobierno »de las Provincias Unidas, y agregada por este paso »al resto de los pueblos que pelean por la libertad »del Estado, aparecerá formando un cuerpo de na»ción, cesará la causa de la guerra que se le hace »como á un poder aislado, y empezarán á obrar otros »motivos que no puede despreciar el Gabinete portu»gués, desde el momento que la mire bajo la protec»ción de las Provincias Unidas de Sud América. Há»gase esta declaración sin más demora y la plaza será

»auxiliada pronta y vigorosamente, y se hará saber »al general del ejército portugués, para que consi»derándola comprendida en el armisticio existente en»tre este país y la Corte del Brasil, desista de las »hostilidades con que la tiene amenazada. Esta me»dida me la ha propuesto el oficial que V. S. ha »comisionado para conducir el pliego, asegurándome »reunir el voto general de sus habitantes. Sea, pues, »la obra del patriotismo el remover los obstáculos que »se opongan á esta declaración para salvar el suelo »patrio de la opresión que le amenaza.»

En su carta confidencial era más explícito aún el Director. Anunciábale que, fijándose únicamente en la necesidad de socorrer á un pueblo hermano, se estaba aprontando para remitir á Montevideo 600 fusiles, 500 sables, 4 piezas de tren volante y 200.000 cartuchos, pero agregaba: «Esa plaza no tiene fuerzas »con que sostenerse; tampoco pueden ir de aquí con »la prontitud necesaria. Hemos perdido el tiempo en »sostener la necia terquedad de nuestras pasiones. Fu»siles, sables y cañones son instrumentos nulos cuando »no hay brazos que los manejen con destreza. Para »contener los sucesos que se precipitan, hagamos obrar »la política; éste es el único arbitrio que nos queda, »si no para salvar infaliblemente la plaza, á lo me»nos para intentarlo por los medios que están al ar»bitrio de nuestra situación. Los auxilios que se pre»paran nunca podrían salvar por sí esa plaza, amena»zada de un ejército poderoso: si los mando, van á »ser presa del ejército invasor, y si no, queda en sos»pecha mi interés por la salvación de ese pueblo. De»cídase por la operación que pido en mi contestación »de oficio, por ser la única capaz de producir el efec»to que deseamos.»

El gobierno argentino no podía hacerse ilusiones. Esta actitud importaba la aceptación de una nueva guerra, con todas sus consecuencias inmediatas. Aun sin conocer las declaraciones de Lecor á Vedia, que desmentían en parte las anteriores seguridades de García, debía prever, que el gobierno portugués no

retrocedería de la invasión que hacía dos años venía preparando, con el principal objeto de apoderarse de la plaza de Montevideo, sin cuya posesión la ocupación militar era imposible, ó por lo menos muy difícil, debiendo venir de aquí un rompimiento inevitable. Pero el pueblo y el gobierno argentino no podían substraerse al cumplimiento de este deber sagrado aun á riesgo de perderse, si bien no podían aceptarlo sino en nombre de la integridad nacional á la sombra de su bandera, y bajo la dirección de sus altos poderes públicos. Así lo comprendía el Director Supremo al dar cuenta al Congreso del estado de esta solemne negociación. «Ante este conflicto, decía Pueyrredón, decidido á hacer todos los esfuerzos posibles »para salvar á aquel pueblo afligido (Montevideo), »aun sobreponiéndome á otras consideraciones que deben suministrar los riesgos comunes y que la política puede pronosticar para todas estas provincias, »le he dado las contestaciones adjuntas.» Como se ve, era la necesidad y no la inteligencia ni la voluntad, la que gobernaba, desenvolviéndose los acontecimientos fuera de toda previsión, como se ha visto hasta aquí y como se verá más adelante.

En el mismo día en que el Director escribía á Barreyro (6 de diciembre), éste despachaba una comisión compuésta de don Juan José Durán y don Juan F. Giró, regidores del Cabildo de Montevideo y dos de los más respetables vecinos de la ciudad. Su misión era tratar, estipular y convenir sobre los auxilios pedidos, provistos al efecto de amplios poderes sin limitación alguna. Estos comisionados acertaron á llegar á Buenos Aires el mismo día en que Vedia regresaba con la contestación de Lecor. El Director, después de imponerse de todo y de conferenciar con los comisionados, con quienes se puso verbalmente de acuerdo en ideas, creyó que era llegado el momento de declarar la guerra á los portugueses. Para resolver esta grave cuestión, convocó á las corporaciones con arreglo al Estatuto provisional, en defecto del Congreso cuya lejanía no daba lugar á ser consultado.

Reuniéronse el día 6 en el salón de gobierno, la Junta de Observación, el Cabildo, la Cámara de Justicia, el gobernador intendente de la Provincia, el Cabildo eclesiástico y el Provisor, la Comisión de guerra, el inspector general de armas, el tribunal del Consulado y los jefes militares de cuerpos, con asistencia de los secretarios de Estado, bajo la presidencia del Director Supremo. Esta asamblea de notables, en vista de las circunstancias, fijó las siguientes proposiciones á discutir: 1.ª Si debía mandarse inmediatamente un enviado al Brasil, exigiendo el reconocimiento de la independencia argentina y pedir explicaciones sobre la invasión portuguesa á la Banda Oriental. 2.ª Si debía declararse la guerra al Brasil sin esperar la resolución del Congreso.

Reunidas nuevamente las corporaciones en la noche del 7, quedó resuelto por mayoría de votos, que se nombrase inmediatamente el enviado extraordinario, con el objeto de exigir el reconocimiento de la independencia y la evacuación del territorio oriental. En cuanto á la segunda proposición, fué casi unánimemente desechada. Entonces, poniéndose de pie el Director Supremo declaró, que protestaba pública y solemnemente que no respondía de los males que podrían sobrevenir al orden y al Estado, por la inacción en que constituía al gobierno la decisión de no declarar inmediatamente la guerra, manifestando que, si no procedía á declararla por sí, era porque conocía que no estaba en sus facultades, pidiendo que se hiciera constar así en el acta de la sesión, que firmaron los tres ministros de Estado, don Vicente López, don Juan Florencio Terrada y don José Domingo Trillo. Al dar cuenta al Congreso de este paso, el Director le decía: «El país se halla en circunstancias extraordinarias, »la invasión de los portugueses ha exaltado el celo »de los pueblos, que claman por la guerra, y toda »inacción en este punto compromete la quietud públi»ca y el crédito de las autoridades.»

Esta actitud extraña del Director, en que olvidando su habitual prudencia, parecía dejarse arrastrar

por una opinión exaltada ó liviana más vocinglera que heroica, sólo puede ser racionalmente explicada por la circunstancia de considerar ya como un hecho la reincorporación de la Banda Oriental á la comunidad argentina, de la cual debía necesariamente nacer una ruptura, caso que los portugueses (como era probable) no evacuasen el territorio. Aun así, era acto incoherente provocar la guerra antes de agotar el recurso de las negociaciones y de evidenciar ante el mundo la razón que asistía á la República, dándose tiempo para hacer frente á la lucha. Más que todo, era un acto de aturdimiento aceptar la defensa militar del territorio invadido, antes de contar con las fuerzas populares del país á la sazón anarquizado, sin cuyo concurso eficiente la guerra era imposible. Pero, como todo sucedió á la inversa de las previsiones y de las decisiones oficiales, y como los errores lo mismo que los aciertos no alteraban el curso de los acontecimientos, sucedió que, ni la misión acordada tuvo lugar, ni la incorporación en cuyo honor se hacía el sacrificio, se verificó, y que en definitiva, no se hizo ni la paz ni la guerra, según va á verse.

El día 8 se firmaron los ajustes entre el gobierno argentino y los comisionados orientales. Por ellos se estipuló, que el territorio de la Banda Oriental juraba obediencia al Congreso y al Director de las Provincias Unidas, en la misma forma que las demás provincias, comprometiéndose á enarbolar su pabellón y mandar inmediatamente sus diputados al Congreso. En consecuencia, el gobierno nacional se comprometía á dar á la Banda Oriental todos los auxilios necesarios para su defensa, enviando desde luego 1.000 hombres con 1.000 fusiles y 8 cañones, con una flotilla de lanchas para sostener la ciudad de Montevideo. El pueblo recibió con entusiasmo la noticia, la guerra se hizo popular y todos la aceptaron con sus dolorosos sacrificios en nombre de la integridad nacional. El diario oficial comentando el tratado decía: «¿Quién »había de pensar que la invasión de los portugueses »en el territorio oriental de nuestro río, había de

»producir el efecto de reconciliar á los que moran en »sus opuestas márgenes?» El gobierno hacía celebrar con pompa tan fausto acontecimiento y lo comunicaba oficialmente al Congreso y á todas las autoridades civiles y militares de la República, incluso á las dependencias de Artigas en el Entre Ríos.

El tratado fué comunicado á las autoridades de Montevideo por medio de un edecán de gobierno, portador de una comunicación del Director Supremo en la que decía al Cabildo: «Con sólo este importante paso, »quedan disipadas las esperanzas que los enemigos »del país habían depositado en nuestra división intes»tina. El territorio oriental y occidental de este gran »río, formarán en adelante una gran masa, que si es »conducida con prudencia será el escollo en que se »rompan las maquinaciones extranjeras.»

El delegado Barreyro, que hasta entonces había excusado contestar explícitamente las comunicaciones del Director, donde se establecían las condiciones de los auxilios, dejando correr las negociaciones, sin explicarse sobre este punto capital, encontróse embarazado al recibir el acta de la incorporación, firmada por sus comisionados, sin atreverse á reprobarlo abiertamente ni aceptarlo de buena voluntad. Había procedido sin suficiente autorización por parte de Artigas, de quien dependía como un esclavo, y comprometídose por demás aceptando de antemano cualquiera condición, sin prever tal vez la más repugnante de todas para él y para Artigas, cual era la unión nacional. Así, al dejar correr la negociación bajo un equívoco subentendido, su objeto era obtener los auxilios de cualquier modo, salvo cumplir ó no los tratados según fuere la voluntad del caudillo oriental. Obligado á explicarse al fin, adoptó el temperamento de firmar una nota conjunta con el Cabildo, comisionando á don Victorio García Zúñiga para dar explicaciones y solicitar que, sin aprobar el acta de incorporación celebrada, se librasen sin pérdida de tiempo los auxilios reclamados. El Director contestó que «persistía en la »opinión de que, para salvar al país era preciso obrar

»con unidad, poniendo en movimiento todas sus fuer»zas eficientes, y por lo tanto, mientras no se pro»cediese á ejecutar las bases acordadas, no se creía »en aptitud de disponer con utilidad de las fuerzas »que le estaban encomendadas para la defensa común »del Estado, debiendo advertir con tal motivo, que en »vista de la repugnancia en aceptar el acta, se vería »obligado á exigir las garantías competentes para su »cumplimiento, caso que fuese aprobada como aún lo »esperaba, anticipando espontáneamente por su par»te, que el general Artigas quedaría con la autoridad »que ejercía.»

La unión nacional, si bien no era precisamente popular, era una opinión que tenía prosélitos en la parte sana de la población de la Banda Oriental y aun en parte de las masas fatigadas por la dura tiranía de Artigas, que gemían bajo su terrorismo. Como se ha visto, el oficial Bauzá, comisionado para pedir los primeros auxilios, se había abierto en este sentido con el Director, porque en presencia del peligro, todos comprendían que la unión nacional era lo único que podía salvarlos. De esta opinión se habían hecho nobles intérpretes los comisionados Durán y Giró, poseídos de un verdadero patriotismo al firmar el acta de la incorporación de la Banda Oriental á las Provincias Unidas. Pero era tal la abyección moral en que Artigas mantenía á la población civil de su país y á sus primeros magistrados, que nadie se atrevía ni aun á pensar sin su permiso, y preferían que la importante plaza de Montevideo se perdiera y fuera ocupada por el enemigo, antes que salvarla sin el expreso consentimiento del caudillo. No se creería lo que va á leerse si no hubiera quedado consignado en documentos solemnes, que hoy recién salen á luz.

El Cabildo de Montevideo, al insistir sobre los objetos encomendados á García Zúñiga, se manifestaba sorprendido de que «posponiendo el objeto general, »que eran los auxilios pedidos, se propusiese disponer »de la suerte de la provincia oriental.» Partiendo de

esta base singularísima decía: «Nosotros partimos de »principios generales y comunes; propendemos á re»chazar un enemigo, que tanto lo es nuestro, como de »las provincias de la dirección de V. E., y en este »caso vemos con admiración, que entretenido V. E. en »un fin secundario, descuide el general. Sean cuales fue»ren los artículos acordados, el valor de ellos se hace »depender de nuestras facultades, que ni son, ni pue»den suponerse bastantes para disponer de toda la »Provincia y del jefe que está á su cabeza. Por consi»guiente, es necesario acordar puntos de la trascen»dencia que tienen los de que hablamos (los auxilios) »en términos más serios y con conocimiento de los »pueblos.»

El Director, haciendo una metódica exposición de los antecedentes de la negociación, y manifestando que no obstante extrañar el silencio del general Artigas, no había dudado de sus sentimientos de fraternidad, desde que no eran pueblos extranjeros los que concurrían al tratado, se hacía cargo de la excepción de falta de poderes, y encarando el punto del consentimiento de los pueblos, consignaba estas palabras, que eran á la vez un reproche indirecto y un argumento: «No parece oportuno echar de menos la »representación de los pueblos, popularmente elegi»da cuando ésta no se ha tenido por necesaria para »el ejercicio actual de la autoridad superior á que »obedecen.» Y después de demostrar lo que era obvio, que la unión era lo principal y los auxilios su consecuencia, terminaba diciendo: «Las provisiones mi»litares de que puedo disponer son el fruto de los »sudores y de la substancia de los pueblos que pre»sido, y ellos no me han elevado á tan alta confianza »para que los exponga por un mero aparato, sino para »que los emplee con seguridad en una defensa efec»tiva del territorio. Yo no cumpliría con esta pre»cisa obligación, si antes de deshacerme de ellos, mi»rase con indiferencia sus destinos. Esa plaza no tie»ne otros medios de evadir la opresión con que se ha»lla amenazada, que la acertada combinación de nues-

»tros elementos. Conozco demasiado á qué extremo pue»den llevarnos nuestras funestas divisiones, pero ¿será »posible que haya podido preferirse la pérdida de esa »interesante plaza y de ese hermoso territorio en ma»nos de un extranjero, que sujetará á su arbitrarie»dad los derechos más sagrados de tantas familias »americanas, antes de aceptar el sistema de unidad »que rige el resto de las Provincias? Ni yo puedo per»suadirme de un término tan fatal, ni puede ser éste el »voto de esos habitantes. No me arrebate V. E. la »gloria de haber contribuído con mis esfuerzos á la »salvación de esa Provincia interesante. Las armas, »provisiones de guerra y destacamentos que he des»tinado á ese efecto, están en disposición de partir »luego que queden allanadas las dificultades que han »ocurrido.»

El delegado Barreyro contestó la nota anterior en términos tan absurdos que harían dudar de su buen juicio, si no se supiera que procedía así bajo la presión de un bárbaro sin patriotismo y sin ideas. Decíale en substancia, que los auxilios que se diesen sin condiciones le granjearían la confianza de los orientales, y que entonces podría tratarse de la unión con los demás pueblos argentinos; que proceder del modo contrario mostraría que el interés de la incorporación era el único que animaba al gobierno argentino. Agregaba, que decir que la unión era indispensable para quitar todo pretexto á los portugueses, era otro pretexto para no auxiliar á la Banda Oriental. Le argüía con que, habiendo declarado el Director en su requerimiento al general portugués, que la disidencia entre ambos pueblos era accidental y no debilitaba su enlace, estaba obligado á defender el territorio oriental, auxiliándolo, sin necesidad de que el acta de incorporación fuese aprobada. Por último terminaba diciendo: «Es muy claro que nosotros no podemos caer en el delirio de querer constituir solos una nación,» y agregaba que esta seguridad debía bastarle, mientras él (el gobierno nacional), definiendo su situación por medio de la concesión de auxilios, que no

podía negar, se ponía en condiciones de verificar la unión.

El Cabildo de Montevideo, apoyando las pretensiones de Barreyro, entraba en largas y ridículas consideraciones políticas y militares, increpando al gobierno argentino de indiferencia por no declarar inmediatamente la guerra, y aducía que no podía verificarse la unión sin garantir sus fueros; que, en vista de los hechos que en tal sentido se produjesen, el Cabildo propendería á la unión, convencido de su conveniencia y necesidad, debiendo ser ésta la base de las futuras relaciones. El Director, poniendo de lado toda importuna discusión, replicaba que, «si se tratase de emplear en discursos un tiempo precioso que se escapa, »sería obra de un momento demostrar la inconsistencia de los razonamientos del Cabildo.» Entrando en la cuestión de hecho agregaba: «Ya que tengo el dolor de ver desvanecidas las esperanzas de la unidad »moral, de la que únicamente pueden proceder el orden y estabilidad interna al par de la fuerza y respetabilidad exterior, ya que ni en el día de los peligros nos es dado ver esta solidez garante de la seguridad de los pueblos, ocupen en hora buena las circunstancias el lugar de la razón.» El Director, que reconocía que era la fatalidad la que gobernaba, terminaba su nota con esta noble y melancólica declaración: «Si se han frustrado mis deseos de dar á ese »territorio todo el vigor político y militar de que lo »creí susceptible, cuente V. E. con que, prescindiendo de todo, voy á contraer mis esfuerzos á este último respecto. En esta virtud, disponga V. E. de »300 fornituras, 300 fusiles, 30.000 cartuchos á bala »y dos piezas de campaña con 100 tiros á bala y 100 á »metralla, que deben estar hoy en la Colonia; previniendo á V. E. destine este auxilio, que remito por lo »pronto, á la división de don Frutos Rivera, que es »la que por su inmediación á esa plaza se halla en »más aptitud de impedir los ataques que intenta el »enemigo. Aprovecharía igualmente esta ocasión para »auxiliar en lo posible al general Artigas, si él se hu-

»biese prestado amistosamente á mis insinuaciones y »me hubiera proporcionado un medio de entendernos »y combinar un plan unido de defensa.»

Al mismo tiempo que así escribía al Cabildo de Montevideo, el Director se dirigía á Artigas, enviándole como comisionado á don Marcos Salcedo, y le brindaba cordialmente la amistad, invitándolo á la unión nacional, á pesar de no haber merecido, decía, ninguna contestación á sus anteriores comunicaciones, terminando por protestar, que sacrificaba con gusto «su »vanidad por no dejar cosa que hacer para buscar el »consuelo y bien de todos los hermanos, en lo cual »cifraba su gloria, esperando que en todo caso el »cielo le haría justicia y los hombres no le culparían »de sus desgracias.»

Artigas, al conocer el acta de incorporación ajustada por los comisionados orientales, les dirigió una iracunda comunicación, diciéndoles: «¿Y VV. SS. con »mano serena han firmado el acta del 8 del presente? »Es preciso, ó suponer á VV. SS. extranjeros á la »historia de nuestros sucesos ó creerlos menos intere»sados en conservar lo sagrado de nuestros derechos, »para subscribirse á unos pactos, que envilecen el mé»rito de nuestra justicia, y cubren de ignominia la »sangre de nuestros defensores. Tengan VV. SS. la »bondad de repetirlo en mi nombre á ese gobierno, y »asegurarle mi poca satisfacción en la liberalidad de »las ideas con la mezquindad de sus sentimientos.» ¡Ocho días después de escrita esta nota, el ejército de Artigas era sorprendido y completamente derrotado! ¡Veinte días después, el ejército de Lecor llegaba á las puertas de Montevideo, sus principales habitantes se presentaban en su campo á entregarle las llaves de la ciudad, y el general portugués era entrado á ella bajo palio, llevando su aprobación al acta de incorporación! ¡Pocos días después partía á Río de Janeiro una diputación del Cabildo de Montevideo con el objeto de solicitar del rey, don Juan VI, la anexión de la Banda Oriental á su corona!

Volvamos ahora á tomar el hilo de los sucesos militares en la Banda Oriental.

Al terminar el año de 1816 dejamos á los portugueses vencedores en toda la línea, desde el Plata hasta el Uruguay. Al comenzar el año de 1817, nuevas y más severas derrotas pusieron á prueba la constancia de los orientales. Después de sus contrastes en Cerro Largo y la India Muerta, Otorgués y Rivera habían conseguido rehacerse, pero en la impotencia de contener los progresos de las armas invasoras, se mantuvieron en observación durante el mes de diciembre alcanzando, empero, algunas ventajas parciales. Los portugueses se hicieron dueños de todo el territorio oriental, desde Maldonado hasta el Cerro Largo. Las poblaciones dominadas por las armas extranjeras, se sometían mansamente, y muchos orientales se presentaban ofreciendo sus servicios al invasor, el cual no tardó en contar en sus filas escuadrones y baqueanos del país, que combatían en su favor con más decisión que bajo la bandera artigueña.

Por la parte del norte, Artigas había conseguido rehacerse después de sus derrotas de Ibiracoy y Corumbá, y á fines de 1816 se sostenía aún sobre la frontera del Cuareim á la cabeza de un ejército de cerca de 4.000 hombres, con el intento de reabrir hostilidades. Al efecto, se situó él personalmente con 600 á 700 hombres en los cerros de Arapey, estableciendo su parque de reserva y sus caballadas en un fuerte potrero natural. Su mayor general don Andrés Latorre, que era su jefe de más confianza y el más rudo é incapaz de todos ellos, aunque muy valiente, cubrió á vanguardia la línea del Cuareim á la cabeza de cerca de 3.400 hombres, amenazando invadir el territorio brasileño.

Casi simultáneamente, verificaron su invasión los ejércitos contendientes en los primeros días de enero de 1817, desencontrándose en sus marchas. Curado, que á la cabeza de 2.500 á 2.600 hombres atravesó el Cuareim partiendo de Ibirapuitan grande, se interpuso entre Artigas y Latorre, y tomó una fuerte po-

sición sobre el arroyo del Catalán, afluente del Cuareim. Latorre, apercibido de que le habían robado la vuelta (según la expresión de Artigas), revolvió sobre el territorio oriental invadido, y marchó resueltamente en busca del ejército portugués, que era mandado accidentalmente por el marqués de Alegrete, capitán general del Río Grande.

Sabedor el marqués de Alegrete de la posición que ocupaba Artigas y de la poca fuerza que tenía consigo, destacó sobre él al comandante Abreu (el reconquistador de las Misiones orientales) á la cabeza de 600 hombres de infantería y caballería y dos piezas de artillería. Abreu, atacó á Artigas en su mismo campo el 3 de enero de 1817, lo dispersó completamente, aunque causándole poca pérdida, y se apoderó de sus depósitos y caballadas, regresando inmediatamente á incorporarse al grueso de su ejército con los despojos de su fácil victoria.

Latorre, confiado en la superioridad numérica de sus fuerzas, resolvió atacar al ejército portugués, y haciendo una marcha forzada en la noche del 3 de enero cayó en la madrugada del 4 sobre el campo enemigo, con la esperanza de sorprenderlo por uno de sus flancos y retaguardia. Los portugueses estaban prevenidos. Con las primeras luces del alba empezó la batalla, que fué reñida y sangrienta y se mantuvo indecisa por largo tiempo, consiguiendo Latorre envolver una de las alas enemigas. Al fin, la victoria se declaró por los portugueses, perdiendo Latorre cerca de 1.000 hombres entre muertos y prisioneros, y abandonando en el campo dos cañones y gran parte de sus cabalgaduras. Los vencedores perdieron 230 hombres entre muertos y heridos. Esta batalla, que se llamó del Catalán, postró el poder militar de Artigas.

Satisfechos los portugueses con su gran victoria, se replegaron al territorio brasileño sobre la margen derecha del Cuareim, y desde allí continuaron haciendo irrupciones vandálicas sobre el territorio oriental, mientras llegaba el momento de invadirlo nuevamente. Para asegurar con este intento su flanco

derecho y su retaguardia, el marqués de Alegrete dispuso que las Misiones occidentales fuesen invadidas.

El brigadier Chagas, que había quedado en las Misiones orientales después de la derrota de Andresito, organizó una columna de cerca de 600 hombres con cinco piezas de artillería y personalmente se puso á su cabeza, y atravesando el Uruguay en canoas el 14 de enero de 1817 tomó tierra en la barra del Aguapey. Andresito, que se hallaba frente de Itaquí con 500 hombres, y esperaba la incorporación de 1.500 correntinos que venían en marcha, acudió á rechazar la invasión; pero fué completamente derrotado el 19 de enero. El 20, marchó Chagas sobre el pueblo de La Cruz que redujo á cenizas, y siguió á Santo Tomé, marcando su paso con incendios y saqueos. Desde Santo Tomé, avanzó su vanguardia hasta la Tranquera de Loreto. El 13 de marzo de 1817, Chagas repasaba triunfante el Uruguay, después de haber incendiado y saqueado los pueblos de Yapeyú, La Cruz, Mártires, Santo Tomé, Santa María y Concepción, limitándose á saquear los de San José, Apóstoles y San Pablo. Ni los templos, ni las cabañas fueron respetados; todos los pueblos fueron destruídos; todos los campos fueron talados; todos los ganados fueron arrebatados, y el vencedor se replegó á su territorio cargado de botín, ostentando como trofeo 80 arrobas de plata labrada, robada á las iglesias fundadas por los antiguos jesuítas. Después de la conquista, la historia no presenta ejemplo de una invasión más bárbara que ésta. Desde entonces las Misiones occidentales son un desierto poblado de ruinas.

Simultáneamente con estos movimientos y victorias de los portugueses por el norte, Lecor por el este adelantaba sus marchas sobre Montevideo, á donde entró en triunfo el 20 de enero de 1817, sin disparar un tiro, y bajo palio, conducido por el Cabildo de la ciudad conquistada, según queda dicho.

A pesar de tantos y tan severos reveses, los orientales no desmayaban en su heroico empeño. Defen-

dían su suelo patrio y su independencia contra la agresión injusta de un poder extraño, que tomando por pretexto la anarquía del limítrofe, sólo era movido por su ambición y su codicia. Solos, mal mandados, mal tratados, mal organizados, casi sin armas y desprovistos de todo, se mostraban, empero, dispuestos á hacer el último esfuerzo. Artigas, acaudillando esta valerosa resistencia, se habría levantado ante la historia, si hubiese poseído alguna de las calidades del patriota ó del guerrero. Pero, desprovisto de toda virtud cívica, de toda inteligencia política ó militar, y hasta del instinto animal de la propia conservación, había preferido que su patria se perdiera antes que reconciliarse con sus hermanos, y se había hecho derrotar miserablemente en todas partes, lo mismo que sus tenientes, sin tener una sola inspiración generosa, ni acertar una sola vez á combinar medianamente la más vulgar operación de guerra. Jamás causa más sagrada fué acaudillada por un ser más indigno ni más inepto, ni sostenida por soldados más llenos de abnegación.

No por tantas y tan fáciles victorias, los portugueses se habían adueñado del país. Señores de las fronteras del Cuareim y de las del Cerro Largo hasta Maldonado, con la posesión de la plaza fuerte de Montevideo, protegidos por una poderosa escuadra, los portugueses no eran dueños sino del territorio que pisaban. Después de la derrota del Catalán, Artigas reconcentró la defensa al interior del país, haciendo el desierto al invasor á lo largo de toda la línea de la frontera norte. Don Frutos Rivera, rehecho de la última derrota, y reforzado con las tropas salvadas de Montevideo, retiró todas las subsistencias alrededor de la plaza, y estableció un bloqueo formal, reduciendo á Lecor al recinto de sus murallas. De este modo, los ejércitos de Montevideo y del Cuareim, quedaban interceptados, y todo el interior del país en poder de sus defensores. Estos resultados, después de tantos contrastes, dan idea de las ventajas que se habrían obtenido, si las tropas de Buenos Aires hubiesen ocu-

pado y mantenido la plaza de Montevideo, y si Artigas hubiese seguido un plan de campaña más juicioso, evitando batallas campales en que necesariamente debía ser derrotado, y limitándose á hostigar al enemigo como pudo hacerlo, hasta reducirlo á la impotencia, según lo había indicado anteriormente el Director Pueyrredón.

Estas peripecias de la guerra de la Banda Oriental, repercutían dolorosamente en el corazón de los argentinos, embravecían las resistencias anárquicas del litoral contra el gobierno general, y daban pábulo á la oposición que fermentaba en Buenos Aires.

El Director Supremo, agobiado por situación tan angustiada, pedía al Congreso se trasladara á su inmediación, para ayudarle á soportar la carga. El Congreso, después de decretar su traslación á Buenos Aires, diputaba cerca del Director una comisión para dirigir conjuntamente con él las relaciones con el Brasil. Las instrucciones de que esta comisión fué provista, darán una idea del alcance político del Congreso. Insistiendo en sus anteriores prevenciones, recomendaba muy principalmente el ajuste de un tratado de comercio con el Brasil, sobre la base del reconocimiento de la independencia; y caso que esto no pudiera obtenerse, una promesa secreta garantida por la Inglaterra ó los Estados Unidos. En segundo lugar, recomendaba que se tratase de convencer á don Manuel José García, para que éste á su vez convenciera al ministerio del Brasil, de la absoluta imposibilidad de que las Provincias Unidas formasen un solo Estado con el Portugal, presentando como corolario de esto, el hecho de «haberse »visto el Supremo Director en la necesidad de publi»car la reclamación al general Lecor y comunicaciones »con la Banda Oriental, para aquietar la general alar»ma que ya causaba la aproximación de las tropas »portuguesas, y satisfacer el clamor público.» En tercer lugar, encargaba repetir á la Corte del Brasil la protesta de que los pueblos argentinos no insistían en las ideas democráticas proclamadas al principio de la revolución, y estaban dispuestos á aceptar una monar-

quía constitucional. Por último, autorizaba al Enviado argentino en Río de Janeiro, para hacer proposiciones respecto de la coronación de un infante del Brasil como monarca del Río de la Plata, bajo las expresadas condiciones de que el Brasil allanaría las dificultades que presentase la España, y que la Banda Oriental formara parte integrante del nuevo reino. Así resolvía el Congreso la cuestión de la Banda Oriental.

Estas instrucciones eran acompañadas de otras especiales para servir de regla á la comisión. En ellas se le prevenía que «pareciendo inclinada la opinión á la »guerra con el Brasil, hiciese presente los males en »que se vería el país envuelto por un rompimiento »prematuro, por no contarse con tropas ni con recur»sos para auxiliar eficazmente á la provincia oriental, »encargo que respondía muy juiciosamente á la con»sulta hecha por el Director en el mes anterior, pi»diendo autorización para declarar inmediatamente la »guerra al Portugal.» Refiriéndose especialmente á este punto, le decía al Director: «Hasta la reunión del »Congreso en esa ciudad, no haga V. E., declaración »alguna de guerra al Portugal, y arregle sólo su con»ducta á la que aquél observe en estas provincias, evi»tando todo compromiso que no sea dictado por cau»sas muy poderosas, y procurando continuar en el »empeño de poner el país en el mejor estado de de»fensa.»

Estas dobles instrucciones eran calculadas en el concepto de que la revolución argentina se extendiese hasta Chile y avanzara de nuevo al Alto Perú, lo que muestra que aquel resultado era el máximum de las aspiraciones del Congreso por entonces. Así prevenía al enviado en Río de Janeiro: «Si antes se nos »consideraba un Estado decadente y retrógrado por »los contrastes del ejército del Perú y por la anarquía »de los pueblos, en el día, que ha mejorado éste no»tablemente, nos hallamos con fundadas esperanzas »de recobrar á Chile, y progresar en el Perú, por lo »que deberá esforzarse en sacar el mejor partido po»sible, sin precipitar el éxito de la negociación, á me-

»nos que nuevos acontecimientos inesperados, redu»ciendo el país á nuevos conflictos, le obliguen á aco»modarse á las circunstancias.»

El Director, que arrastrado por las corrientes de la opinión y lastimado por las acusaciones de traición que le dirigía la oposición, había estado á punto de comprometerse en una guerra abierta con los portugueses, aun antes de entenderse con la Banda Oriental, hubo de modificar sus ideas en vista del resultado de la negociación de Barreyro, y por lo tanto se hallaba bien dispuesto para adoptar la línea de conducta que le trazaba el Congreso, incluso la idea de la fundación de una monarquía, sin renunciar por esto á mantener una actitud digna y enérgica respecto de la Corte del Brasil. Pero, para esto mismo necesitaba más libertad moral que la que le dejaban las circunstancias premiosas que atravesaba, y la oposición ardiente que interpretaba siniestramente todos sus actos y palabras. Ya en el año anterior se había visto obligado á dictar una medida de represión contra el coronel Dorrego, tribuno bullicioso, carácter inquieto, caudillo populachero, republicano ardiente, militar valeroso, con bastante inteligencia y mucha audacia para perturbar el sueño de un poder menos sombrío que el del Directorio. Enemigo del Congreso, opositor al Directorio, contrario á la expedición á Chile, partidario de la guerra contra el Brasil, enviciado en la agitación politiquera de la Atenas argentina, las notables calidades de Dorrego como militar no podían ser utilizadas en los ejércitos. Desterrado á consecuencia de repetidos actos de insubordinación y acusado como conspirador, dióse á esta medida una solemnidad inusitada. El Director, al dictarla, expidió un manifiesto, explicando sus motivos y haciendo á los gloriosos servicios del desterrado la merecida justicia, lo que probaba que no era el encono ni la arbitrariedad que la dictaba. Este acto de rigor, que manifestaba cierta debilidad para proceder con más efectiva energía, no hizo sino irritar á los descontentos y destemplar el resorte del gobierno. Así decía el mis-

mo Pueyrredón, hablando de los congresales que habían exigido la medida: «Después que me tenían so»focado con sus cartas confidenciales, acusándome que »no tomaba medidas contra los malvados, han tenido »valor para desaprobar completamente lo hecho con »Dorrego, por no habérsele formado causa y juzgádo»lo según las leyes. Es verdad que ha venido con la »calidad de reservado; pero esto basta para obligar»me á dejar correr los males, sin atreverme á poner »remedio.»

La anarquía apenas sofocada en el interior, los cuidados de la invasión española por Salta, la incertidumbre de la expedición sobre Chile, el desorden triunfante en el litoral, la irritación que producía la agresión portuguesa, las sospechas en gran parte fundadas de que eran objeto el Congreso, el Directorio y el enviado García, y los trabajos de zapa de la oposición en la capital, todo esto había contribuído á desmoralizar la opinión, produciendo una sorda inquietud, que parecía precursora de un estallido. «Todos ha»blaban de una revolución que debía estallar, se de»signaban personas, se señalaban medios, se alega»ban causas y se propalaban designios, acusando al »gobierno general de perfidia y de traición.» El gobierno recibía frecuentemente avisos de trabajos secretos, llegando hasta á denunciársele un complot que debía estallar inmediatamente. Tal era la situación, cuando la comisión del Congreso, portadora de sus últimas instrucciones llegó á Buenos Aires en febrero de 1817. Componíanla los doctores don José Darragueira, don Pedro Ignacio Castro y don Pedro Carrasco, quienes desde luego entraron á desempeñar cerca del Director el puesto de consejeros consultivos y deliberantes, que les había señalado el Congreso.

El Director hizo presente á la comisión las dificultades que tocaba para adelantar la negociación con el Brasil, indicando como la más grave de todas «la con»tinua alarma por el prematuro rompimiento de una »guerra contra la nación limítrofe, que propalando los »enemigos del orden público, minando los cimientos de

»la opinión y de la autoridad pública,» en consecuencia pedía autorización para remover estos obstáculos, sometiéndole á la vez las pruebas que tenía para temer un inminente desorden. La comisión, en el intervalo de 24 horas, contestó: «Cree firmemente la co»misión, que V. E. se halla en el caso de tomar las »providencias que expone en su oficio; y en su apoyo, »persuadida la comisión de la conveniencia y necesi»dad de que antes que verifique la explosión que ame»naza de cerca á la tranquilidad pública, se apresu»ra á mandar esta contestación en los precisos tér»minos de aprobar la adopción de aquellas medidas.»

En virtud de esta autorización, fueron desterrados á Norte América, el general French, los coroneles Pagola y Valdenegro y los doctores Agrelo, Moreno, Chiclana y Pazos Kanki, redactor de la «Crónica», acusándolos públicamente de conatos de conspiración. Este acto de represión aquietó la situación, sin dar al gobierno más prestigio. El Director publicó con este motivo un notable manifiesto, explicando y justificando la medida. «El principal asunto que ocupa hoy »nuestra atención (decía en ese documento) es la in»vasión portuguesa. Si cada combinación ha de ser »interpretada como una combinación con los enemigos »¿no diréis cuál es la libertad que se deja al gobierno »para dirigir los negocios?» Después de haber manifestado que no reconocía enemigos, declaraba que había procedido contra los desterrados únicamente para preservar el orden público, porque «una revolución »más, conduciría el Estado á la barbarie, y estaba re»suelto á impedirla.» Explicando su actitud ante la invasión portuguesa, y prometiendo no contraer compromisos internacionles sin el consentimiento del pueblo, terminaba con estas palabras: «Los portugueses »no desean la guerra: quisieran que las Provincias »Unidas se mostrasen indiferentes en medio de la »agresión de una parte de su territorio; pero la gue»rra será inevitable si muy en breve no satisfacen al »gobierno sobre sus miras y si la incursión de tropas »extranjeras, más peligrosas por ser vecinas, no se de-

»muestra compatible con nuestra libertad y nuestra »independencia. ¡Pueblos! ningún tratado definitivo »se hará con los portugueses sin vuestra noticia ante»rior y vuestro conocimiento. Se llevará la guerra á »la Banda Oriental misma, se arrojarán los extran»jeros de aquellos campos, y de los pueblos que ocu»pan, y esto será bien pronto, si no somos convencidos »plenamente de que lo contrario conviene á nuestros »intereses y á nuestra gloria. Sabed de cierto, que el »gobierno no ha hecho pacto alguno con potencia algu»na, y que relativamente á los portugueses, no ha po»dido ser instruído de sus planes.»

Este documento histórico, más artificioso que franco y valiente, que ofrecía la publicidad cuando se negociaba secretamente contrariando la opinión, que amenazaba con la guerra, reservándose no hacerla si la ocupación convenía á los intereses y la gloria argentina; y que negaba casuísticamente un hecho que hacía dos años le constaba oficialmente, revelaba empero en su ambiguo lenguaje más aplomo en el gobierno, más claridad en sus vistas, y cierto temple que indicaba hallarse á la expectativa de un gran acontecimiento que debía despejar la situación. En efecto, hacía veintisiete días que el ejército de los Andes, mandado por San Martín, se había internado en los ásperos desfiladeros de las montañas que conducen á Chile. Todos estaban pendientes del resultado de esta grande empresa. El Director Pueyrredón, que después de su entrevista con San Martín en Córdoba, la había prohijado con decisión, confiaba en sus resultados; pero no dejaba de abrigar sus temores, y de aquí su lenguaje arrogante á la par de los caminos de retirada que se reservaba, esperando, sin embargo, que bien pronto la República Argentina podría levantar el tono.

En previsión de la victoria, y en guarda de los derechos futuros del pueblo argentino, á la vez que obedeciendo á otros móviles, que luego haremos conocer, el Director, al saber la ocupación de la ciudad de Montevideo por las armas portuguesas, había dirigi-

do á Lecor una protesta en forma, que importaba una solemne declaración de guerra. «Espero, le decía, no »prosiga hostilizando ese territorio, y suspenda desde »luego sus marchas, bajo los términos de un armisti»cio provisional. Si V. E., ceñido á las órdenes de su »soberano, continuase la guerra, será responsable de »la sangre que se derame, protestando como lo hago »de toda usurpación territorial comprendida dentro de »los límites reconocidos, antes de abrir V. E. la »campaña fuera de la frontera de los dominios del »Brasil.»

Lecor, contestando mesuradamente á esta protesta le decía: «Aunque la vehemencia con que V. E. se ha »expresado, podría considerarse como una intimación »de guerra, he creído prudente suplicar á V. E. antes »de comprometer esos pueblos á renunciar á los bene»ficios de la paz con el Brasil.» Continuando en este mismo tono, establecía, lo que era verdad, que en su anterior contestación le había anunciado la continuación de sus marchas, y que, por lo tanto, no podía presumir que las suspendiera, como decía el Director haberlo esperado. Agregaba, que no violaba la estipulaciones del armisticio de 1812, ni la integridad del territorio argentino, por cuanto iba contra un país anarquizado que se había declarado independiente de las Provincias Unidas, y que éstas no habían podido reducir ni á orden ni obediencia. Protestaba que mantenía la neutralidad estipulada, aun después de los auxilios bélicos que el gobierno argentino había suministrado á los orientales por el puerto de la Colonia, y abundando de sus sentimientos pacíficos, terminaba diciendo: «Si á pesar de esto, está en el interés polí»tico de esas provincias (argentinas) entrar en gue»rra y tener por enemigo un rey vecino, sin otro fruto »que sostener los caudillos orientales, y asegurarles el »derecho de oprimir cien familias en esta banda, lle»var á la otra la anarquía y tener estos pueblos en »continuas agitaciones, en tal caso (que no debe es»perarse de la prudencia de ese gobierno), trataré de »precaucionarme hasta recibir órdenes de mi sobera-

»no. Entretanto, el mundo imparcial decidirá quién es »el responsable de las desgracias de un rompimiento, »si V. E. que me provoca á la guerra, ó yo que le pro»testo la continuación de una paz útil y permanente.» Esta nota, en que se reconocía el estilo límpido y la lógica poderosa de don Nicolás Herrera, trazaba al gobierno argentino la política que en definitiva adoptó bajo el imperio de las circunstancias.

En medio de estas contestaciones de mero aparato, llegó á Buenos Aires (el 1.° de marzo) la nueva de un gran acontecimiento. El ejército de los Andes había atravesado las cordilleras, triunfado el 12 de febrero del ejército español en Chacabuco, héchose dueño de Chile, y la República Argentina, levantada al apogeo del poder y de la gloria, había salvado la revolución de Sud América. Coincidió con esta noticia la de un bárbaro edicto expedido por Lecor (el 15 de febrero), declarando «que las partidas orientales que »robasen (retirasen recursos á la plaza) no serían tra»tadas como prisioneros de guerra, sino como «sal»teadores de caminos», y que no pudiendo ser apre»hendidos, se haría severa represalia con las familias »y bienes de los individuos que las componían.»

El Director Supremo, en vista del edicto de Lecor, reclamó enérgicamente contra él, por cuanto «su con»tenido causaría espanto á las naciones más civili»zadas.» Partiendo de esta premisa, decía el Director argentino al general portugués: «V. E. pretende te»ner derecho á ese territorio por la protección que di»ce dispensarle, y sobre esta base cuenta con el con»sentimiento de los pueblos subyugados. Los bravos »orientales se han propuesto acreditar que las fuer»zas de V. E. no son capaces de dispensar semejante »protección, y á este efecto han empezado sus hosti»lidades sobre esos mismos pueblos que V. E. con»fiesa mantener indefensos, al paso que pretende so»meterlos á su yugo. Para cubrir este vacío, apela al »extraño arbitrio de una mal entendida represalia, y »al mucho más extraño de declarar salteadores de ca»minos á los defensores de su libertad... ¿Con qué

»derecho puede V. E. declarar salteadores de caminos »á los habitantes de un país que ponen en ejecución »medios generalmente admitidos por las naciones para »defenderse de injustas opresiones? Los orientales »sostienen su independencia y la de los pueblos oc- »cidentales á un mismo tiempo, así es que han sido y »serán constantemente auxiliados de esta capital, has- »ta que V. E. desaloje el territorio de que se ha apo- »derado con violencia. Si V. E. lleva á efecto las ame- »nazas que contiene el edicto, protesto que por mi »parte ejerceré una más rigurosa represalia, verifi- »cando en cada tres vasallos de S. M. F., residentes »en estas provincias, los mismos tratamientos que »V. E. verifique en uno solo de los orientales.» En consecuencia de estas protestas, mandó internar á todos los portugueses á la Villa de Luján, expidió pasaporte á un comisionado de Lecor que se hallaba en Buenos Aires, suspendió la misión á Río de Janeiro, y declaró que las únicas bases admisibles de negociación con la Corte del Brasil serían: El reconocimiento de la independencia argentina y la evacuación del territorio oriental, ordenando á la vez que se remitiesen auxilios de todo género á los defensores del territorio oriental.

La diplomacia argentina, al levantar el tono al diapasón de los cañones de Chacabuco, parecía resuelta á hacerlos retumbar en la margen oriental del Río de la Plata. En efecto, tal era la mente del Director Pueyrredón por el momento, aun cuando con miras diversas de las que proclamaba, y de las cuales había de desistir muy luego, como se verá. Al comunicar á la comisión del Congreso, con un día de anticipación, su comunicación á Lecor, le revelaba una parte de su pensamiento, diciéndole: «Los edictos van á pro- »ducir en los pueblos el efecto de exaltar los clamores, »exponiendo á violentas convulsiones el Estado ó ex- »tinguiendo su ardor patriótico toda vez que por parte »del gobierno se note la misma apatía. La partida del »enviado extraordinario, que no dejaba de tener in- »convenientes, sería mal interpretada y acabaría de

»hacer perder la confianza harto fluctuante que tienen »los pueblos en el gobierno y en el Congreso. El no»ble orgullo que se ha apoderado de todos los cora»zones después de la gloriosa jornada del Chaca»buco, los ha hecho indóciles para contemporizar »con un extranjero que ejecuta hostilidades en el »suelo patrio, que subyuga á nuestros hermanos, »y profiere amenazas en mengua del nombre america»no.» Impulsado por estos móviles, pedía que el Congreso modificara sus anteriores instrucciones (que ya se había prestado á ejecutar), y con cuya responsabilidad él no se atrevía á cargar después que las circunstancias habían variado, terminando por declarar: «Mi resolución es no sufrir insultos: si los por»tugueses quieren negociar con las armas en la mano, »nosotros debemos conservar la misma actitud.»

Escribiendo al vencedor de Chacabuco con 24 horas de posterioridad, le revelaba otra parte de su pensamiento. «Los portugueses (escribía á San Martín) han »manifestado ya su mala fe: su objeto y sus miras tan »ponderadas de beneficencia á estas provincias, están »ya descubiertas, y no son otros que agregar á la »corona del Brasil la Banda Oriental, si nosotros pro»clamamos por emperador al rey don Juan, y admitir»nos como por gracia bajo su soberano dominio. ¡Bár»baros miserables! Tenemos más poder y dignidad »que ellos y jamás las provincias de Sud América ten»drán un monarca tan subalterno. Vea usted mi ma»nifiesto de ayer y gradúe por él mis sentimientos. El »nombre americano y nuestro noble amor propio debe »sentirse humillado. Yo deseo un soberano para nues»tro Estado, pero lo quiero capaz de corresponder á la »honra que recibirá en mandarnos: es decir, quiero »alguno que sea más grande que don Juan, y lo quie»ro para sólo nosotros. Es, pues, necesario aumen»tar este ejército (el de Buenos Aires) para hacerles »sentir la locura de sus pretensiones, y de oficio di»go á usted que me mande mil soldados de nuestra »fuerza y mil chilenos presentados ó prisioneros. Veo!

»muy indispensable y muy próxima la guerra con los »portugueses.»

En el capítulo siguiente se verá cómo y por qué causa pasó esta ráfaga guerrera del Director, de qué modo fué cumplida la promesa de no celebrar tratados sin previo conocimiento del pueblo y sin su expreso consentimiento, y por qué caminos continuaron desenvolviéndose los sucesos de la Banda Oriental, así como el giro que tomaron las negociaciones entre las Provincias Unidas y el Brasil.

CAPITULO XXXVI

Las Provincias Unidas y la Santa Alianza

1817-1818

Embrollo diplomático.—Actitud del Director en consecuencia.—Política de la Europa respecto de la revolución americana.—Actitud del Portugal y del Brasil respecto de la España y del Río de la Plata.—Antecedentes sobre la diplomacia argentina en Europa.—Gestiones diplomáticas de Rivadavia en consecuencia.—Negociaciones directas con la corte de Madrid y su desenlace.—Ideas políticas de Rivadavia y sus pasos ulteriores.—La Santa Alianza, la España, la Francia, la Rusia, el Portugal y la Gran Bretaña con respecto al Río de la Plata.—Consejos de Rivadavia sobre política exterior.—Política de lord Castlereagh respecto de la revolución hispano-americana.—La prensa y la opinión inglesa en 1817.—El comodoro Bowles en el Río de la Plata.—La España solicita la mediación de la Santa Alianza para dominar la revolución americana.—Protesta de Rivadavia ante la Gran Bretaña.—Nueva credencial á Rivadavia.—Orígenes del comercio francés en el Río de la Plata.—Aberturas del duque de San Carlos á Rivadavia.—Instrucciones del Congreso en consecuencia.—Plan de monarquía.—Rivadavia y sus conexiones con Lafayette, la Harpe y el ministro Gallatin.—La Rusia y la revolución americana.—Abertura de Rivadavia al Congreso de Aix-la-Chapelle.—La diplomacia norteamericana en Europa y la Santa Alianza.—Ricardo Rush y Castlereagh.—Lafayette pone en contacto á Rivadavia con el gobierno francés.—Ilusiones.

No era solamente la perspectiva de la reconquista de Chile y el resultado de la batalla de Chacabuco, lo que impulsaba al Director Pueyrredón á levantar por dos veces el tono en presencia de la invasión portuguesa. Era que, á mediados del mes de enero (1817), había llegado de Europa don Manuel de Sarratea, quien, después de su malhadada negociación para coronar al infante don Francisco de Paula, fué relevado en su misión por Rivadavia.

Sarratea, de conformidad á las instrucciones de su gobierno, se había puesto al habla con el de la metrópoli, buscando la reconciliación con sus colonias rebeladas. Celoso de Rivadavia, y deseoso de recon-

quistar la confianza del gobierno que había perdido por sus ligeros procederes, procuró darse una importancia que no tenía, trabando al mismo tiempo los trabajos de su sucesor. Con su talento de embrollo, su palabra insinuante, y afectando un conocimiento profundo de las vistas secretas de las potencias europeas, no le fué difícil hacer creer que tenía íntimas conexiones con el Gabinete de Madrid, que el intrigante conde de Cabarrus gozaba en él de una alta influencia, y que por este conducto le constaba, que la Gran Bretaña jamás accedería á las pretensiones de la España forzando á las provincias disidentes de la América á entrar en la obediencia de la antigua metrópoli. Además, que el gobierno británico parecía resuelto á estorbar la ingerencia del Brasil en los negocios del Río de la Plata, y que para apoyar esta actitud decididamente, había despachado las fragatas Amphion é Hyacintus, que en la actualidad se hallaban en el Río de la Plata, con órdenes é instrucciones de impedir el progreso de las armas portuguesas, y con autorización para reforzarse con la escuadra del Cabo de Buena Esperanza, caso que estas fuerzas fuesen insuficientes al efecto. Agregaba que, los planes agresivos del Portugal, lo habían colocado en la necesidad (á él, Sarratea) de ofrecer á la España la aceptación de un príncipe de la casa reinante, como soberano de las provincias del Río de la Plata y Chile, en cambio del reconocimiento de la independencia, con la garantía de su integridad territorial, bajo bases constitucionales. Concluía de todo esto, que con tan hábiles maniobras había neutralizado los planes de usurpación de Portugal y estrechado al gobierno español, quien bajo la presión de la Gran Bretaña, tendría que aceptar al fin la base propuesta ó indicar otra, que combinando sus intereses con los de los disidentes de América, pusiese término á la cuestión pendiente, y que por esto era inconducente la misión de Rivadavia.

El Director Pueyrredón, que, como habrá podido notarse, era un hombre impresionable y sin gran pene-

tración, no obstante su buen juicio, se dejó persuadir por este fárrago, sin darse cuenta de lo grosero de la trama, y escribió en el acto al Congreso lleno de un cómico entusiasmo: «Jamás he sentido tanto la dis»tancia en que se halla esa corporación, que á la lle»gada de don Manuel Sarratea. El oficio en que me »da cuenta del estado en que dejó sus relaciones, dará »una idea del rumbo favorable que pueden tomar en »lo sucesivo, y de la necesidad de afianzar el éxito »de las negociaciones pendientes.» Y partiendo de esta base imaginaria, terminaba afirmando con todo aplomo: «El Brasil será contenido en sus pretensiones, »sin que por nuestra parte haya que hacer sacrificios »para resistir una agresión que debe disiparse por sí »misma, ó más bien por el influjo superior de todas las »naciones.»

He aquí explicado el tono bélico de la intimación de 1.° de febrero á Lecor, y del manifiesto de 2 de enero, en que por segunda y tercera vez amenazaba con la guerra, dirigiendo un verdadero «ultimátum». Creíase escudado por la Gran Bretaña, cuando por las comunicaciones de García y las de Rivadavia, le constaba lo contrario. Hacía alarde de un gran interés por la causa de Artigas, cuando secretamente se felicitaba de sus derrotas. Hacía tres conminaciones fulminantes, que importaban otras tantas declaraciones de guerra, para satisfacer ostensiblemente las exigencias de la opinión y se quedaba tan quieto ó más que antes, abriendo en seguida hostilidades contra Artigas, al cual suscitaba insurrecciones, promoviendo la deserción en sus filas. Hablaba de guerra con el Portugal, cuando estaba convencido de que era imposible hacerla sin Artigas y con Artigas en disidencia, y cuando no podía con la pobre provincia de Santa Fe. Se daba por sorprendido de las miras de anexión del Brasil, cuando era García quien las había fomentado y el Congreso el que las había aceptado como un remedio extremo. Había estado dispuesto á aceptar un rey de la casa de Braganza, y lo quería siempre para el Río de la Plata, aunque lo deseaba de más cate-

goría. Pretendía contener, sin hacer esfuerzos ni resistencia, las usurpaciones del Brasil, y fiaba para ello en la España, cuando la ocupación de la Banda Oriental por los portugueses era precisamente lo que hacía imposible la expedición española al Río de la Plata.

Este proceder liviano tenía su correctivo en su misma inconsistencia, y en la calma con que los portugueses dejaban correr los papeles, mientras las intimaciones no pasaran de palabras. Todo iba á Río de Janeiro, y allí se arreglaba todo amigablemente, volviendo al antiguo «modus vivendi», impuesto á unos y otros por las circunstancias. Tal sucedió en esta ocasión según se explicará y comprobará á su tiempo.

La política de las naciones europeas, con relación á las colonias americanas insurreccionadas, que tan candorosamente invocaba Pueyrredón desconociendo los hechos, seguía muy distintos rumbos de los que le trazaba Sarratea con su habitual charlatanismo y falta de ciencia y de conciencia. El gobierno español protestaba enérgicamente contra la invasión de la Corte del Brasil sobre la Banda Oriental, acusándola de connivencias con las Provincias Unidas. A la vez persistía con más ahinco en su plan de expedicionar sobre el Río de la Plata, procurando darse un punto de apoyo en su margen oriental, bajo la amenaza de invadir el Portugal si sus exigencias no eran satisfechas. La Gran Bretaña, firme en su alianza con la España, y ligada por su interés y por sus compromisos con las grandes potencias europeas, al mantenimiento del sistema colonial, hacía serias conminaciones al embajador de Portugal, con motivo de su expedición al Río de la Plata, declarándole que no podría amparalo contra la reprobación de sus aliados, aunque le garantía que su territorio en Europa no sería invadido por la España. Las cinco grandes potencias del Congreso de Viena, que regían entonces los destinos de la Europa, emplazaban al Portugal y Brasil, ante su tribunal augusto, dirigiéndole una nota colectiva, en

que reprobaban severamente la invasión de la Banda Oriental, como «incompatible con la tranquilidad del »mundo, y declarando que apoyarían á la España en »la justicia de su causa, para reivindicar sus derechos »territoriales y obtener reparación de sus agravios.» El Brasil por su parte, garantido de una invasión española en Portugal, y contando con la benevolencia de la Gran Bretaña, llevaba adelante su invasión en América, mientras negociaba en Europa, previniendo á Lecor en Montevideo que, á toda fuerza española que llegase á Maldonado ó Montevideo, no se le permitiera desembarcar, y le declarase que el Brasil era protector de aquellas plazas y territorio, pudiendo sin embargo tratar con los Cabildos sobre el particular, con sujeción á lo que en definitiva dispusiese el rey de Portugal, en la inteligencia que, si el destino de tal fuerza fuese á Buenos Aires, el Brasil se declaraba neutral y no tomaría partido ni por unos ni por otros, pues estaba resuelto á no hacer la guerra ni á Buenos Aires ni á la España.

En medio de esta agitación universal, producida por la invasión portuguesa á la Banda Oriental, Rivadavia continuaba gestionando en Europa los intereses de la independencia americana, cerca de las Cortes de Inglaterra, Francia y España, según el plan convenido con Belgrano en Londres en 1815. Como lo explicamos anteriormente, la idea de enviar diputados al rey de España con el objeto de buscar un arreglo con la metrópoli, antes de romper definitivamente con ella, nació con el regreso de Fernando VII al trono de sus mayores. Hasta entonces, ninguna sección americana (á excepción de Venezuela), había declarado su independencia, y todas las demás colonias hispanoamericanas insurreccionadas, se gobernaban en nombre del monarca cautivo. Reintegrado Fernando VII en su trono y contando con el apoyo de las grandes potencias para hacer valer sus derechos sobre sus colonias, éstas tenían, ó bien que someterse á la potestad real que habían invocado, ó bien proclamar abiertamente la revolución. El gobierno argentino adoptó un térmi-

no medio, dirigiéndose á Pezuela en el Alto Perú y á Marcó del Pont en Chile, con el objeto de paralizar sus operaciones militares, á fin de ganar tiempo para robustecerse, reconociendo indirectamente los derechos del monarca español, y quedó así en actitud para proceder según las circunstancias.

A consecuencia de este plan político, fueron enviados á Europa, como diputados, el general Belgrano y don Bernardino Rivadavia, con encargo de negociar cerca de las Cortes de Londres y Madrid, sobre la base de la independencia y la monarquía. Explicado queda cómo la incipiente negociación relativa á la coronación del infante don Francisco de Paula, iniciada por Sarratea, vino á interrumpir el desarrollo de este plan. Malograda esta negociación, según se dijo antes, los poderes de los comisionados fueron revocados. Belgrano tomó sobre sí autorizar á Rivadavia á permanecer en Europa, á fin de continuar la negociación de que estaba encargado cerca del rey de España, y trasladóse él inmediatamente al Río de la Plata, con el objeto de recabar del gobierno argentino la renovación de sus poderes. Sin más credencial que ésta, Rivadavia se trasladó á París, centro entonces del movimiento diplomático de la Europa, á fin de esperar el efecto de la negociación indirecta que había entablado con el embajador español en Londres. En estas circunstancias, le fueron expedidos por el gobierno argentino sus nuevos poderes, revalidando sus anteriores instrucciones; pero llegaron á sus manos cuando ya había empezado á proceder con arreglo á ellas y con absoluta independencia de Sarratea.

Hallábase Rivadavia en París (enero de 1816) cuando recibió una real orden, firmada por el primer ministro de Fernando VII, don Pedro Ceballos, en que le decía, que «había llegado á noticias del rey la importante comisión de que se hallaba encargado, y »que, deseando dar á sus amados vasallos, que sinceramente imploraban su clemencia y se acogían a su »protección, los testimonios de un verdadero padre »de los pueblos americanos, le comunicaba que po-

»día dirigirse á Madrid, bajo la seguridad de que su »apreciable persona no sería de ningún modo ofendida, »á fin de tratar del objeto de su misión, en el con»cepto de que sería atendido por S. M. en todo lo »que fuere compatible con su dignidad y decoro.» Rivadavia contestó aceptando la invitación, y adjuntó una comunicación directa al rey en la que decía: «No he perdido momento en transmitir noticias á los »pueblos que me han diputado, de un documento que »tanto califica las disposiciones de V. M.; y obede»ciendo á vuestra soberana voluntad marcharé á go»zar del honor y placer de transmitir á V. M. las fe»licitaciones y sentimientos de lealtad de algunos mi»les de sus vasallos, cuyo voto es la paz, y la prospe»ridad del reinado de su amado monarca.»

Hasta entonces Rivadavia no había hecho ninguna abertura, ni escrita ni verbal, á la Corte de España. Siendo su objetivo la independencia, con el objeto de paralizar el envío de la expedición que se preparaba en Cádiz contra el Río de la Plata, y buscar si era posible un acomodamiento con la metrópoli antes de romper para siempre, mantenía en reserva la idea de una combinación monárquica, esperando que la España tomara la iniciativa. Al desenvolvimiento de este plan obstaba, la poca meditada declaración hecha por Sarratea, de aceptar como soberano de las Provincias Unidas y de Chile, un príncipe de la casa reinante. Rivadavia, empero, había neutralizado los efectos de esta declaración, acordando con el embajador español en París tres bases inalterables: 1.ª Que él no había de hacer proposición alguna determinada. 2.ª Que sus reclamaciones debían ser arregladas á un plan, común á toda la América. 3.ª Que todo debía sujetarse á la confirmación de las Provincias Unidas. Explicando el alcance de este plan, decía el mismo Rivadavia: «Le»jos de aventurar algo las Provincias Unidas en tal »negociación, aun las pérdidas vendrían á ser utilida»des. Esto nos proporcionaría un estado que nos cu»bra de la vista demasiado alarmante de la liga victo»riosa de los soberanos: obligamos á todos los ameri-

»canos, acercándolos á nuestras ideas: distraer (si no »hace desistir) á los españoles de la expedición que te»nían preparada contra el Río de la Plata. Esto nos »promete el único medio de conocer las verdaderas »disposiciones de la Inglaterra con respecto á nos»otros, y sobre todo, ganamos tiempo, aprovechando »las ventajas que él nos presente, sin dejar de obrar »y sin perder tiempo.»

Animado de estos propósitos, Rivadavia escribía confidencialmente al Director, al comunicarle su decisión de aceptar la invitación del rey de España: «Es »un verdadero golpe para mí, que me pone en dificul»tades, y me impele á no muy pocos riesgos; pero »yo no puedo, sin faltar á las obligaciones que tengo »para con mi patria, dejar de ir á Madrid, aunque en »ello aventure mi persona, bajo el concepto que yo na»da he de tratar, que no sea sujeto á la aprobación »de ese gobierno y de esos pueblos.» Insistiendo sobre lo mismo un mes después, escribía: «De España espe»ro la comunicación, de que instruiré, mayormente si »convienen en lo que indiqué, que fué la gran nece»sidad de que el rey por su parte empezase á pre»parar la opinión pública y allanar los obstáculos. He »llevado en ello dos objetos: el primero el ligar y com»prometer en lo posible al rey y sus ministros, y el »segundo el de explorar mejor y ganar algunos datos, »por donde empezar, lo cual puede conseguirse aunque »no alcance lo primero.»

La misión de Rivadavia á España, concebida sin propósito determinado ni plan, y teniendo únicamente un objeto inmediato y eventual, no podía dar ningún resultado. El rey de España no podía ofrecer á sus vasallos rebelados en América, sino lo mismo que por conducto de su agente diplomático en el Brasil, había ofrecido á García, es decir, el perdón y la amnistía, á condición de una absoluta sumisión. De esto pudo convencerse Rivadavia así que tuvo su primera conferencia con el ministro. Véase cómo él mismo da cuenta de esto: «Por lo que hace á mi conducta práctica »en este negocio, no dejé de aprovechar cuantas venta-

»jas divisé asequibles con el decoro y mi seguridad. »Afortunadamente me las ha presentado mayores de »lo que era creíble, la ignorancia, la necia presunción »y la baja inmoralidad que reina en la Corte de Es»paña. El pretendido político y diplomático estaba »tan tranquilo de su superioridad sobre el neófito de »Ultramar, que en la primera audiencia ni me propor»cionó el placer de ganar con mérito la situación más »ventajosa, y explorar á mi satisfacción todo el cam»po. Luego que me vi seguro y como en terreno pro»pio, le hice mi exposición; pero tan precisa en lo »substancial, que esto, y el eterno interrogatorio que »había sufrido, lo pusieron fuera de pelea.» Por mucho que se halagase el amor propio de Rivadavia, su posición era falsa y sin salida. El ministro español insistía brutalmente en la condición de una sumisión absoluta, única que podía ofrecer y aceptar. Rivadavia contestaba que había ido buscando la paz bajo condiciones recíprocamente decorosas y convenientes para la metrópoli y sus colonias americanas, bajo la fe de un salvoconducto que así lo reconocía implícitamente. Advertido de que se procuraba convertirle en un instrumento de oprobio para su país, comprándolo con dádivas y honores, todo su conato se redujo en definitiva á obtener algún documento que pusiese de manifiesto «la bajeza y la inmoralidad de la Corte», según sus expresiones.

Un suceso inesperado vino á poner término á esta negociación singular. Al mismo tiempo que Rivadavia conferenciaba con el ministro Ceballos, un corsario argentino se presentaba delante de Cádiz y hacía varias presas á la vista del puerto y en presencia de los buques de guerra españoles que lo defendían. Este suceso y las declaraciones categóricas que con tal motivo se vió obligado á hacer Rivadavia, irritaron al último punto á la Corte de Madrid. Diósele en consecuencia orden de salir de ella en un plazo perentorio, respetando caballerescamente la seguridad que por real orden se le había garantido. Así acabó este triste negociado, en que Rivadavia se figuraba representar

un papel heroico, y en que en verdad se condujo con dignidad y energía, no obstante las concesiones de forma que eran de regla. De su desenlace se consolaba diciendo: «Hemos dado un paso que nos hará honor »para con las primeras naciones y rebajará ante ellas »la Corte de España. Hemos ganado tiempo, y el país »no ha sufrido el más mínimo perjuicio.»

Las noticias de la invasión portuguesa á la Banda Oriental que alarmaron á toda la Europa, las que simultáneamente se publicaron en los diarios de Londres, y las comunicaciones que al mismo tiempo recibió García aumentaron sus perplejidades. Escribiendo sobre esto al Director, le decía: «Según una car»ta que acabo de recibir de don Manuel García, entre »este país y el Brasil existe un plan que se va madu»rando. No me dice qué es, pero me expresa que don »Nicolás Herrera está encargado de la parte política. »Me asegura también que el rey de Portugal y Brasil »se ha decidido por los intereses de América. Yo qui»siera tener una entera esperanza sobre estos dos »puntos, y espero que en todo caso las luces y el celo »de mis compatriotas salvarán el honor y la libertad »de nuestra patria, por la que hace siete años no dis»pensan sacrificios.»

Insistiendo en sus ideas monárquicas, como medio de hacer reconocer la independencia y fundar el orden, decía al mismo tiempo: «Nunca pensé que el Congreso »demorase tanto en pronunciarse sobre la forma de »gobierno, siendo urgente el hacerlo. Estoy persuadido »que es de suma importancia el declarar á ese Estado »en monarquía, reservando la elección y proclamación »de soberano, al resultado de la negociación que en »su virtud acuerden para con las Cortes de Europa.» Este era también el sentir del Director Pueyrredón, como se ha visto, y Rivadavia, al insistir sobre este punto, se lisonjeaba que la Europa se decidiría por este camino á tomar una actitud decidida, con motivo de la mediación que la España había solicitado de las grandes potencias, y especialmente de Inglaterra, para la pacificación de sus colonias. Así agregaba: «No

»será necesario demostrar la necesidad de una autori-»zación para tratar igualmente con la España. La suer-»te de ese estado no puede decidirse, sin que por lo »menos se prepare la de los otros Estados de América. »Presumo, pudiésemos conseguir para nosotros un prín-»cipe más digno que los que ofrece la casa de España.» Estas insinuaciones tenían por origen aberturas que indirectamente se le habían hecho por el embajador español en Londres, y esperanzas que abrigaba respecto de un cambio de política de las potencias europeas con relación á América, especialmente por parte de la Francia, como luego se verá.

Encerrado Rivadavia en el círculo de una diplomacia sin horizontes, buscando la solución de los problemas políticos, sociales y militares de su patria en la intervención más ó menos directa de las cortes europeas, y juzgando todo de su punto de vista convencional, establecía, empero, que la independencia era una cuestión de vida ó muerte para la América. Así decía en presencia de la opinión argentina: «Mi juicio es, que »ya no es posible entrar en ningún tratado que no sea »bajo el reconocimiento de la independencia: esto lo »creo una decisión irrevocable de nuestro país. No hay »que esperar la más mínima deferencia á ningún gé-»nero de dependencia de la España.»

La política de Europa respecto de la América en esta época (1817-1818), era una política de mero reflejo. Vinculábanse á ella compromisos internacionales, intereses, preocupaciones, intrigas, celos, temores del presente, instintos del futuro y pasiones de los pueblos de ambos hemisferios; pero, en general, no obedecía á ningún plan; no tenía un propósito definido, ni la voluntad ni los medios para lanzarla decididamente en un camino determinado. Era la consecuencia de la situación del viejo mundo pacificado bajo los auspicios del derecho divino, en presencia del nuevo mundo insurreccionado bajo el dogma republicano, aunque no solemnemente confesado. Aquellas memorables palabras de que «un mundo no podía ser rebelde», no habían sido pronunciadas aún por un ministro de la

Gran Bretaña. Las potencias europeas, guiándose á su respecto, más por sus instintos ó sus compromisos presentes que por su alta razón y sus conveniencias futuras, obedecían á la inmediata razón de Estado, agitándose en el vacío, lo mismo que se agitaba en torno de ella la impotente diplomacia americana. Esta es la única faz de la política europea de la Santa Alianza, que interese á la historia americana y principalmente á la de la independencia argentina; así como la influencia que ella pudo ejercer sobre los políticos argentinos, la única que pueda tener cabida en sus páginas.

La cuestión no era entre la Europa y la América, ni entre la monarquía y la república, ni entre la independencia y el coloniaje en abstracto, por más que estos principios antagónicos interviniesen en ella. Era pura y simplemente la lucha armada, entre las colonias hispanoamericanas insurreccionadas aspirando á la independencia, y la antigua metrópoli empeñada en traerlas á la antigua obediencia por la fuerza. A su alrededor se agrupaban otras cuestiones secundarias, que en nada la modificaban esencialmente, pero que tenían su repercusión y su reflejo en Europa y en América.

La España, reinstalada en su integridad por los esfuerzos de la coalición de la Europa contra Napoleón, y amparada por las decisiones del Congreso de Viena, en que se mantenía el sistema colonial—contra el cual había conspirado ella antes, aliándose á las colonias inglesas rebeladas,—creía poder contar con su auxilio para restaurar su antigua dominación en América. La Rusia la apoyaba hasta cierto punto en este sentido, por celos con Inglaterra. El Portugal, que se hallaba en las mismas condiciones que la España respecto de la Europa, desligaba sus intereses de ella y provocaba la cuestión de la Banda Oriental, contemporizaba con el Río de la Plata revolucionado, conciliando así sus deberes con las grandes potencias, y sus intereses con sus vecinos. La Inglaterra tomaba bajo su protección al Portugal respecto de la España en Europa, y llenan-

do para con ésta pasivamente los deberes de aliado, mantenía de hecho con las colonias americanas revolucionadas sus proficuas relaciones comerciales, con cuya causa simpatizaba el pueblo inglés, aun cuando su gobierno las tratase con desvío. La Francia, deseosa de reconquistar su antiguo rango y de abrir á su comercio nuevos mercados, se inclinaba platónicamente al reconocimiento de la independencia americana, procurando conciliar sus intereses dinásticos con el apoyo de las grandes potencias que habían creado su actualidad. Las grandes potencias, unidas ante el peligro de que la paz del mundo volviera á comprometerse por la cuestión de la Banda Oriental entre España y Portugal, se constituían en mediadoras, y el Portugal ganaba de hecho su pleito ante ellas, reteniendo justificadamente el territorio ocupado por sus armas. A su vez, la España, impotente para sojuzgar por las armas á sus antiguas colonias, buscaba la mediación de sus aliados á fin de pacificarlas, esperando comprometerlas en la lucha.

La única potencia que podía ayudar eficazmente á la España en el sentido de someter á la antigua obediencia á sus colonias rebeladas, era la Inglaterra, la cual se encerraba en los deberes de la neutralidad, mientras que su comercio explotaba los mercados americanos, dando indirectamente su contingente á la revolución. Los auxilios que en el mismo sentido le prestó al principio la Rusia para hacer posible una nueva expedición española al Río de la Plata, no podían inocularle las fuerzas morales y materiales de que para ello carecía. El horror que habían inspirado los excesos de la revolución francesa, desacreditando la democracia; el orgullo que inspiraba el triunfo de los reyes sobre los pueblos, y hacían incompatible la causa de la Europa monárquica con la América republicana, inclinaban á buscar un término conciliatorio en la forma monárquica para el nuevo mundo.

La Inglaterra, como modelo de la monarquía constitucional, no rechazaba, pero tampoco prohijaba esta combinación. La Francia la aceptaba del triple punto

de vista comercial, dinástico y de la influencia europea. La diplomacia portuguesa trabajaba activamente en este sentido cerca de las cortes europeas, y especialmente de la de Inglaterra, en el interés de suprimir la peligrosa vecindad de la república en las fronteras del Brasil, y colocar en trono americano un vástago de la casa de Braganza. Los políticos del Río de la Plata, desalentados por la anarquía interna, recelosos de los esfuerzos que aun pudiera hacer la España, sin esperanza de propiciarse la buena voluntad de la Europa monárquica bajo la forma republicana, aceptaban la monarquía con tal de asegurar el orden y la independencia. De este modo, el Río de la Plata venía á ser el nudo de la cuestión entre la Europa y la América, entre las colonias sublevadas y su metrópoli, entre Portugal y la España. En tal situación, el establecimiento de una monarquía en el Río de la Plata y Chile, bajo los auspicios de las grandes potencias europeas, se presentaba como una solución, así para las colonias respecto de la madre patria, como para la Europa respecto de la América y de sus aliados en el viejo mundo. Pero, como se ve, todo esto no pasaba de una política de mero reflejo, y ésta era la política que Rivadavia representaba ante las cortes europeas, agitándose en el vacío y persiguiendo espejismos.

Después de su malograda negociación en Madrid, Rivadavia comprendió que nada tenía que esperar de la Inglaterra, cuya política era dirigida por el conde Castlereagh, quien, encerrado en una soberbia neutralidad, ni aun se dignaba dar audiencia á la diplomacia americana, no obstante mantener de hecho las buenas relaciones comerciales con sus pueblos y gobiernos. En consecuencia, fijó su residencia en París, y desde entonces sus simpatías y sus esperanzas se concretaron en la Francia. «La Francia—decía él con este motivo, »—tiene sobradas luces y bastantes elementos para »ejercer, independientemente de todo gobierno, un in»flujo de primer orden en los destinos de la Europa y »del mundo. Los hombres de primer rango y más in»dependientes de todas las clases, están al frente de

»los defensores de la libertad. Y cómo, al fin, la expe»riencia y la reflexión han evidenciado que el fanatis»mo, el espíritu militar, el monopolio, las rivalidades »de provincia ó de nación, han hecho y harán siempre, »mientras no se extirpen, la miseria de la especie hu»mana, el partido de la libertad y la reforma tiene unos »mismos intérpretes, sostiene los mismos principios »en Inglaterra, Francia, Alemania y Suecia. En las »cámaras, cátedras, teatros, tertulias y hasta en co»rrespondencias oficiales y en los tribunales, se procla»man y respetan los citados principios. Tales y tan irre»sistibles son las gracias de la verdad, cuando ella se »deja ver desnuda. Claro es que, el primer efecto y »acaso más grande de estos principios, es la libertad »de la América. Así su independencia es el objeto de »los deseos de toda la Francia y demás naciones del »continente: ella es la gran cuestión del día. Nadie se »atreve ya á atacar directamente los derechos y la jus»ticia de los americanos, que pelean por lo más sagra»do del hombre. Escritos luminosos y enérgicos se pu»blican en todas partes, y especialmente aquí, demos»trando no sólo la justicia, sino el interés de la Euro»pa en la emancipación de toda la América. Es cierto »que los soberanos han mostrado una oposición, que »por los límites á que ha estado reducida, podemos »llamar negativa; pero ésta, creo que ya no existe, y »lo que sólo resta, es el temor por los principios que »tanto les dan que hacer en Europa, y que se suponen »reinantes en América.»

Al mismo tiempo que Rivadavia calificaba de «anti-social», la política fría y reaccionaria de Castlereagh, cuyo carácter duro la hacía más odiosa, encargaba á su gobierno tratase de cultivar su benevolencia: «No »estará de más advertir, decía á este propósito, que no »se hiera ahí de ningún modo á la nación inglesa: ella »está en lo principal por nuestra causa, y es preciso »hacer una formal distinción entre ella y su gobierno. »Tampoco debemos atacar á éste abiertamente, sino »manifestar con prudencia y energía, que estamos al »alcance de nuestros derechos, del poco lugar que se

»les hace y de las injurias que se nos irrogan. Es pre»ciso no mostrar predilección por la nación francesa, »ni preferencia por la causa é intereses del continente »de Europa contra la Inglaterra. Lo que debe manifes»tarse, es una disposición igualmente cordial para con »todos los gobiernos y todas las naciones, y un vivo »celo por nuestros intereses y conveniencias doquie»ra que nos encontremos. Esta es la marcha que nos »corresponde, si hemos de ser verdaderamente inde»pendientes: lo demás sería servir á intereses ajenos, »subordinando á ellos los nuestros.» Luego se verá el alcance y la prudencia de estos consejos.

La España, en su impotencia para sojuzgar por las armas á sus colonias rebeladas, procuraba por su parte apropiarse el apoyo de la Gran Bretaña, al mismo tiempo que activaba en Cádiz los aprestos de su gran expedición contra el Río de la Plata. Al efecto, entró en negociaciones con la embajada inglesa en Madrid, invocando sus deberes de aliado y le ofreció en cambio algunas ventajas comerciales en América. En tal sentido se publicó en la «Gaceta de Madrid» un artículo oficial, en que se le insinuaba la necesidad de cambiar de plan y conducta y respecto de la insurrección americana; pero sin determinar nada con precisión. El nuevo plan consistía en solicitar la mediación de la Gran Bretaña para la pacificación de sus colonias. Sir Charles Waugham, que en ausencia de sir Enrique Wellesley desempeñaba las veces de Encargado de Negocios, pasó á Londres con el objeto de conferenciar sobre el particular con lord Castlereagh. El soberbio ministro no pareció repugnar la idea, y se creyó estuviera dispuesto á aceptarla. Pero sabedor de que los Estados Unidos seguirían una política opuesta y consultando fríamente los intereses materiales del comercio británico, se inclinó por esta vez ante la opinión pública, que hacía gala de despreciar, resolviéndose á mantener la neutralidad, y cumplir así con la España, al paso que servir indirectamente á la América, á la que continuó tratando con alejamiento, aunque re-

cogiese comercialmente las utilidades que tal política le proporcionaba.

La opinión pública, alarmada, tuvo inmediatamente su eco en la libre prensa inglesa. El «Times», en un artículo de profunda intención, fué el primero que tomó la palabra, y puso de manifiesto el alcance político del plan, asestándole un golpe de muerte.—«Hay »un deseo vehemente, decía el «Times», de parte del »gobierno español de envolvernos, primero en media»ción entre la madre patria y sus colonias, y por conse»cuencia, si nuestros términos no son aceptados, en »una guerra contra las últimas. Por el contrario, la »disposición del pueblo aquí, es de intervenir por parte »de los insurgentes.—Nuestra obligación al presente »es de una estricta neutralidad.—Sería realmente ver»gonzoso é inhumano vender ó alquilar nuestras armas »por causa de algunas ventajas que pueden resultar.» —Al «Times» se unió el «Morning Chronicle.» «Corre »un rumor, escribía al día siguiente, de que por nues»tra influencia ó por el empleo de nuestra fuerza á fin »de que la Gran Bretaña sea la mediadora entre Es»paña y las provincias independientes (que juzga im»posible reducir al primer estado de obediencia á su »autoridad), se nos ofrece el beneficio de un comercio »limitado con ciertos puertos sobre la costa, en lugar »del comercio ilimitado que ahora gozamos con toda »ella.—Difícilmente se creerá que los ministros hayan »prestado oído propicio á esta propuesta y que se in»tenten preparativos y aprestos para llevar esta me»diación á un efecto inmediato.—Las provincias inde»pendientes han avanzado demasiado para retroceder. »Han gustado con mucha amargura los frutos de la »dominación española, y han de rehusar el presente »que se les ofrezca.»

Estos artículos, reproducidos por la «Gaceta de Buenos Aires», y acompañados de algunas insinuaciones respecto de la conducta de los agentes de la Gran Bretaña en América, dieron lugar á explicaciones que pusieron más en claro la política del Gabinete Castlereagh respecto de las colonias independientes. Hallá-

banse á la sazón en las aguas del Plata dos buques de guerra ingleses, á las órdenes del comodoro Bowles, con el encargo de proteger su comercio, recorrer la América, y cultivar con los gobiernos revolucionarios buenas relaciones, sin comprometer su neutralidad. Esta era la conducta que habían observado los ingleses en 1809 en que los puertos del Río de la Plata fueron abiertos á sus mercaderías, y la que continuaron observando desde 1810, en lo que prestaron indirectamente grandes servicios á la revolución, según se explicó en su lugar, siendo el más notable de todos ellos, impedir que la escuadra de Montevideo estableciese el bloqueo de Buenos Aires, como lo intentó. Bowles continuaba esta misma política, y sus simpatías en favor de la causa argentina no eran un misterio, así es que obedeciendo sin duda instrucciones de su gobierno al respecto aprovechó esta ocasión para dar una explicación amistosa, aparentando pedir una explicación. Con tal objeto dirigió al Director Supremo una carta oficial, diciéndole: «He visto últimamente con disgusto las diversas tentativas que se han hecho aquí para excitar sospechas injuriosas sobre las intenciones del gobierno de Su Majestad Británica con relación á estas provincias; pero creyendo que la experiencia de siete años consecutivos debía producir la mejor refutación de estas calumnias despreciables, las he tratado hasta aquí con la indiferencia que merecen.» En seguida, refiriéndose á un artículo de la «Gaceta» (á que daba cierto carácter semioficial), en que parecía darse crédito á tales rumores, exponía que se consideraba autorizado á pedir alguna explicación, que lo habilitara para informar á su gobierno, previniendo así toda mala inteligencia, y protestaba que este paso le era indicado por sus deseos de conservar la armonía subsistente, y evitarse el disgusto de transmitir á su Corte cuanto en este sentido pudiera serle desagradable. El Director, por medio de uno de sus ministros, contestó esta comunicación en términos cordiales, declinando toda responsabilidad oficial, y explicó que la «Gaceta» no había hecho sino transcribir las noticias de los periódicos

de Londres, retribuyendo sus protestas de buena amistad. El Director dió con razón tanta importancia á esta correspondencia, que la transmitió reservadamente al Congreso.

Convencida la España de que no lograría comprometer á la Gran Bretaña en la cuestión americana, se dirigió oficialmente á lord Castlereagh por medio de su embajador en Londres, el duque de San Carlos, pidiéndole invitase á la Santa Alianza á mediar entre ella y sus colonias con arreglo á las promesas del Congreso de Viena, manifestándole que estaba dispuesta á poner término á la querella, sobre las bases siguientes: 1.ª Amnistía general cuando las colonias rebeladas volviesen á la obediencia desistiendo de toda hostilidad. 2.ª Seguridad de emplear el rey en América á los americanos á la par de los españoles europeos. 3.ª Concesión de privilegios de comercio á las colonias, «adaptadas al estado» de las cosas. 4.ª Aquiescencia anticipada á todas las medidas que las grandes potencias sugiriesen para llevar á efecto la mediación. El Gabinete británico aceptó la invitación, y al dirigirse en tal sentido á las potencias que debían próximamente reunirse en el Congreso de Aix-la-Chapelle, manifestó la opinión de que la cuestión debía terminar «sin que sufriese menoscabo la supremacía de la madre patria», y que el comercio de las colonias con el resto del mundo debía ser libre. Pero declaró, que por su parte no haría más que interponer sus buenos oficios, absteniéndose de toda acción compulsiva si no se alcanzaba el fin deseado, poniendo de lado todo empleo de fuerza material para obtener la pacificación.

Rivadavia, instruído de los primeros pasos dados en este sentido, anticipó á su gobierno, al tiempo de transmitir estas novedades, que, si no se le daba parte en la negociación, ó la Inglaterra pretendiera interponerse bajo otro plan, haría una protesta formal contra la mediación. Explicando el objeto de esta actitud, decía confidencialmente: «Con esto el espíritu »público de la Inglaterra se pondrá á nuestro favor,

»y ese Congreso y gobierno tendrán el medio más de»coroso de evitar compromisos, que enerven las fuer»zas morales y aun físicas de ese país. Mi juicio es que »ya no es posible entrar en ningún tratado que no »sea sobre la base del reconocimiento de la Inde»pendencia; esto lo creo una decisión irrevocable de »ese país. La ocasión es la más propicia de exigirlo »y de convencer para siempre, que no hay que esperar »la más mínima deferencia á cualquier género de de»pendencia de España.» En este sentido pedía órdenes é instrucciones terminantes, pues, según agregaba, «sobrada responsabilidad se echaba ya sobre sí, procediendo como lo hacía, por amor á su patria.»

En consecuencia de esta resolución, participó oficialmente á su gobierno que había hecho conocer su representación al ministro británico, reclamando se le diera conocimiento de las proposiciones de la Corte de Madrid sobre mediación, y se oyeran los informes y exposiciones que demandasen los intereses de su país. Con tal motivo decía: «Estos pueblos no goza»rán jamás en seguridad los sagrados derechos, por »cuya recuperación tanta sangre llevan derramada y »tantos sacrificios tienen hechos, mientras que su in»dependencia de la España no sea reconocida. Como »ésta es una decisión tan justa y necesaria como irre»vocable, juzgo por mi primer deber, no sólo oponer»me por todo medio, sino protestar solemnemente con»tra toda convención, tratado ó interposición, que no »asiente por primera base el reconocimiento de la in»dependencia de ese estado.»

Cuando estas comunicaciones llegaron á manos del gobierno, hacía meses que se le había ordenado á Rivadavia su retiro, no obstante aprobar su conducta. En vista de ellas se resolvió proveerlo de nuevas credenciales y autorizarlo á proceder en el sentido por él indicado. En consecuencia, fué otra vez acreditado cerca de las cortes europeas, con más amplios poderes, «autorizándole á tratar cuanto pudiese con»venir á la felicidad y el honor de los pueblos (del »Río de la Plata) sin más condiciones que la de es-

»perar la ratificación de cualquier pacto, que llega»se á formalizarse y de no alterar la base de indepen»dencia.»

Simultáneamente con estos inconsistentes trabajos diplomáticos, el gobierno argentino procuraba establecer la corriente del comercio entre la Francia y el Río de la Plata, siguiendo prácticamente las indicaciones teóricas de Rivadavia. Al efecto, fué constituído en París en calidad de agente un Mr. Grandier, quien combinaba sus propios negocios con los del Estado, pidiendo patentes de corso en blanco, y proponía la adopción de varios proyectos, dándose por muy acreditado cerca de alguno de los ministros de Luis XVIII. Fué con tal motivo que se admitió como representante de los comerciantes franceses en Buenos Aires á Mr. Francisco Antonio Leloir, bajo la promesa de ser nombrado cónsul de su nación (lo que no llegó á tener efecto), reconociéndolo después como agente de los negociantes de su nación, con autorización para gestionar sus intereses. Tales fueron los orígenes del comercio francés en el Río de la Plata, después de la independencia. De este modo es cómo la atmósfera en favor de la Francia venía preparándose por la diplomacia y el comercio, é inclinando al gobierno argentino á buscar cerca de su gobierno la solución que indicaba Rivadavia.

Rivadavia, persistiendo en sus planes monarquistas combinados con la independencia y el apoyo de la Europa, principalmente de la Francia, continuaba en el intertanto sus gestiones con tesón. A fines de 1817, trasladóse á Londres y sabedor de que la mediación solicitada por la España había sido acogida, hizo efectiva su protesta ante el Gabinete británico, declarando solemnemente: 1.° Que las Provincias Unidas del Río de la Plata estaban penetradas de los respetos que debían á las demás naciones, y á los principios que reglan el orden y la justicia, en homenaje á la paz universal, y que en consecuencia se habían hecho todos los esfuerzos para poner fin á la guerra, habiéndose negado el gobierno español á todo arreglo; que en prueba

de ello, reiteraba que estaban dispuestas á tratar haciendo todo género de sacrificios. 2.° Que toda negociación que no tuviese por base la separación de las Provincias Unidas de la monarquía española, y por consiguiente su independencia nacional no podía ser admitida. «La independencia del Río de la Plata (decía »con tal motivo) no es efecto de circunstancias, ni »menos ideas y doctrinas. Es el producto de la con»veniencia natural de las cosas, así es que ha existido »antes de que la Europa se fijase en ello. La España »hace mucho tiempo que no es capaz de ser metró»poli de esas provincias. Ella lo ha confesado solem»nemente, desde que ha exigido de los demás poderes »todo género de recursos para restablecer su antigua »dominación. Quien no es capaz de conquistar, lo es »mucho menos de conservar.» A estas solemnes y elocuentes declaraciones respecto de la independencia, seguía un correctivo implícito, respecto de la forma de gobierno. «Las provincias de América (decía) no »han declarado su independencia, sino después de sie»te años de experiencia; y aun entonces, evitando en »los momentos de la victoria los extremos de los par»tidos, han limitado su consideración al solo punto »que es muy modificable, dejando todo lo demás á la »resulta del tratado, que han tenido siempre en vis»ta con las naciones de Europa.» Explicándose más explícitamente sobre este punto delicado agregaba: «Me hallo autorizado á protestar, que la marcha y »disposiciones de las provincias del Río de la Plata, »no sólo no contrariarán jamás la política y los prin»cipios de los gobiernos de Europa, sino que están dis»puestos á respetarlos y conciliarlos en todo lo que »sea asequible.»—Bien se ve por estas muestras que la impotencia de la diplomacia argentina en Europa, no provenía de falta de celo, de habilidad, ni de justicia.

Todas estas reticencias de Rivadavia respondían á embriones de negociaciones, y grandiosos planes de la independencia y monarquía americana, que flotaban como nubes en los espacios de su poderosa cabeza. Al mismo tiempo que las incorporaba á su anterior pro-

testa, recibía una abertura del duque de San Carlos, antes embajador español en París y á la sazón en Londres, á efecto de arribar á una conciliación bajo el subentendido de la independencia absoluta y las formas que estableciera el Congreso Argentino, indicando que podría ser la monarquía constitucional. Rivadavia aceptó la abertura declarando por escrito «que »sus disposiciones eran de tratar con la España, con »preferencia á cualquier otra nación de la Europa, y »que en consecuencia lo único que podía adelantarle »era, que si el rey don Fernando VII estaba dispues»to á tratar con el gobierno de las Provincias Unidas, »él se hallaba «plena é ilimitadamente facultado» pa»ra ello, y que una vez instruído oficialmente de tal »disposición, entraría en negociaciones con la persona »que expresa y suficientemente autorizada se trasla»dase á Londres ó París, prefiriedno que ésta fuese »el mismo duque de San Carlos.» Por el momento esta recíproca abertura no tuvo ninguna ulterioridad.

Habían transcurrido más de dos meses cuando Rivadavia recibió por conducto del marqués de Almenara, residente en París, la contestación del duque de San Carlos. En ella le decía: «La reconciliación de »Buenos Aires, como de todas las provincias de Amé»rica que en el día se hallan por desgracia separadas »de la dominación del rey, ha sido un objeto que me »ha ocupado siempre como hombre público y parti»cular. Circunstancias desgraciadas han sido la única »y verdadera causa de que esta conciliación no tuviese »lugar apenas volvió el rey á sus dominios, como fué »su real ánimo. Vamos, pues, al remedio, y vamos de »buena fe. Discurra usted unas bases que acrediten »al rey su sincero deseo de reconciliación. La buena »disposición de S. M. me es conocida: tengo nuevas »pruebas de ello, en negocios análogos que trato. Si »usted viniese á esta corte, como ha indicado, po»dríamos combinar amistosamente los mejores me»dios.» Estas protestas vagas y melosas persuadieron á Rivadavia de que el embajador español no se ha-

llaba autorizado para entrar en negociaciones; pero habiéndole comunicado el marqués de Almenara una carta que al mismo tiempo recibiera del duque, cambió de opinión, y creyó que por lo menos debía tentar este nuevo esfuerzo, haciendo patente la moderación á la par que la irrevocable resolución de las Provincias Unidas de ser independientes á todo trance.

En consecuencia, hizo entender al marqués de Almenara, que el gobierno argentino, para probar al mundo sus deseos de paz, estaba dispuesto á sacrificar una suma de dinero que indemnizase á la España. El marqués, que era un hombre de corte y un escritor de talento, se empeñó en persuadirle que haría muy bien en recibir un príncipe de la familia reinante de España, y que no debía vacilar, con tal que á ese precio ganase la paz y la independencia. Sospechando Rivadavia que esta insinuación envolviera una proposición, transmitía á la vez el rumor de que el rey Fernando VII parecía decidido á coronar á su tercer hermano como monarca de Sud América. «Si tal »proposición me fuese hecha (decía con este motivo), »yo la resistiré fuertemente. Si se obstina el Gabine»te español en que sea una condición «sine qua non», »después de apurar todos los recursos me reduciré á »esperar la contestación al aviso oficial y documentado »que remitiré en tal caso. Así como dos años ha no »habría vacilado en subscribir á esta medida, en el »día creo de mi deber no adoptarla sin orden expresa »y terminante de esa supremacía.»

En presencia de estas comunicaciones, el Congreso habilitó á Rivadavia con nuevas y detalladas instrucciones: 1.° Que en ningún caso propusiera ni aceptase nada con relación á un príncipe de las casas reinantes de España, como soberano del Río de la Plata. 2.° Que pudiese contratar con la España el reconocimiento de la independencia en cambio de una suma de dinero, incluyendo en tal reconocimiento todo el territorio del virreynato del Río de la Plata en 1810, procurando emprender igual negociado respecto de Chile, con los poderes de éste. 3.° Que, bajo las

mismas condiciones, pudiese negociar y ajustar tratados con otras naciones, ofreciendo ventajas comerciales por un término que no bajase de diez, ni excediese de veinticinco años. 4.° Que tuviese presente en todo caso lo sancionado en el proyecto de Constitución que se discutía, el artículo relativo á la religión del Estado y Cuerpo Legislativo. Estas instrucciones tenían por comentario una nota reservada del ministro Tagle al enviado argentino, en que le prevenía simplemente ajustar á ellas su conducta en las negociaciones, agregando que los artículos del proyecto de Constitución ya sancionados, le darían idea de la forma de gobierno á que se dirigían las Provincias Unidas.

Dictadas en presencia de las comunicaciones de Rivadavia, estas instrucciones respondían directamente al punto por él consultado, é indirectamente á la posibilidad de una combinación monárquica bajo los auspicios de algunas de las grandes potencias europeas, y en particular de la Francia, según se deduce de los antecedentes, y se reveló muy luego por actos de solemnidad histórica. Lo único que se prohibía en ellas expresamente era proponer ni concluir nada sobre la admisión de un príncipe «de las casas reinantes en España» como soberano del Río de la Plata, lo que importaba autorizar implícitamente para proponer y ajustar tratados con relación á otros príncipes como candidatos al imaginario trono argentino. Esta autorización tácita revestía un carácter expreso, desde que se dejaba subsistente la anterior credencial de Rivadavia, por la cual se le autorizaba á tratar y contratar cuanto pudiese convenir á la felicidad de los pueblos del Río de la Plata, sin más limitación que la de no alterar la base de su independencia. Por esto decía Rivadavia al duque de San Carlos, que se hallaba «plena é ilimitadamente facultado para tratar.» Además, Rivadavia al dar cuenta de todo esto, manifestaba que había concebido un plan, sobre el cual no podía dar detalles, anticipando apenas sus bases esenciales.

El plan á que se refería Rivadavia, según se coli-

ge de su correspondencia oficial y confidencial, era una monarquía sostenida por las grandes potencias europeas, que, resolviendo la cuestión de la independencia americana, estableciese la paz con España y consolidara el orden en el Río de la Plata con garantías eficaces para el presente y el futuro.

Refiriéndose al plan, cuyas bases esenciales anticipaba, escribía oficialmente al gobierno: «Me asisten »cooperadores de la mayor respetabilidad é influen»cia y aunque no me es permitido nombrarles en la »actualidad, respecto de dos de ellos no puedo dejar de »marcarlos. Estos son, el marqués de Lafayette, com»pañero de Wáshington, y el conde Tracy, par de »Francia. Lafayette ha representado á su gobierno en »los términos más urgentes para que se reconozca la »independencia. Fuí presentado por Lafayette al em»bajador de Estados Unidos, el señor Gallatin. Me »presta éste una cooperación activa para impedir la »pretendida mediación. Ha manifestado á los jefes del »cuerpo diplomático, que es de precisión que su go»bierno (Estados Unidos) no podrá dejar de recono»cer en todo este año la independencia de Sud Amé»rica. Oportunamente ha llegado el general La Har»pe, á quien debe el emperador Alejandro toda su »educación, y á cuyos consejos ha rendido siempre es»te monarca la mayor deferencia. He tenido algunas »entrevistas con él, en las que he obtenido importan»tes avisos. Acordamos que yo redactaría una memo»ria que diese á conocer la conducta de ese gobierno, »la capacidad del país y lo que justificaba su eman»cipación, y que él formaría otra demostrando las »ventajas é intereses políticos y comerciales que el »imperio debe prometerse de la libertad de Sud Amé»rica. He tratado también otras vías al mismo fin; »han accedido bajo la condición de la más absoluta »reserva... He asociado siempre la suerte de Chile.»

Desde esta época y bajo esos auspicios empezó á madurarse el plan de una monarquía constitucional en Sud América, propiciada por la Francia. Celosa la Francia de la preponderancia política y comercial de

la Inglaterra, empezó á prestar oídos á este plan, aspirando á conquistar en el viejo mundo la importancia que había perdido, y en el nuevo la que tenía su poderoso vecino. Luego se verá cómo este plan degeneró en un embrollo sin seriedad, que no tuvo más consecuencias que el descrédito de los que en él intervinieron.

La Rusia, que se había mostrado decididamente favorable á la España, en el sentido de garantir la integridad de sus posesiones con arreglo á los tratados de 1815, suministrándole algunos auxilios pecuniarios y navales, empezó á sentir las influencias indirectas de la diplomacia de Rivadavia, tal vez por el intermedio del general La Harpe. Impulsábala en tal sentido su rivalidad con la Inglaterra y el papel de protector generoso que había asumido respecto de la Francia, y sólo así puede explicarse que abogara por los principios liberales respecto de la América, cuando trabajaba por el despotismo en Europa y mantenía la más cruel tiranía en su propio territorio.

Ya desde el año anterior, la Rusia había hecho oir su voz en la dieta de los soberanos, sobre la cuestión del Río de la Plata, á propósito de la mediación solicitada por la España para pacificar sus colonias americanas. En una memoria, presentada por el ministro ruso á las Cortes interesadas, había llamado su atención sobre la situación de las fértiles regiones del otro hemisferio, que interesaba inminentemente á la Europa, á fin de preservarlo de los horrores de la revolución, con motivo de la cuestión del Río de la Plata entre España y Portugal, «que afectaba las colonias de la Rusia,» según decía. Abriendo opinión en tesis general sobre las ulterioridades de la mediación, exponía: «Consideramos el acto que resultará de »la negociación, como una nueva piedra angular, que »aumentará la solidez inmutable del sistema europeo.» Epilogando la cuestión entre España y Portugal y al definir las relaciones de estas dos potencias con respecto á la América meridional, explicaba cómo el Brasil por el hecho de ser elevado al reino se hallaba

en pugna con el sistema colonial de la Corte de Madrid, y cómo la actitud de Portugal fomentaba «las »esperanzas arriesgadas de los pueblos insurrectos, »por su manejo con los limítrofes.» De tales hechos deducía esta fórmula: «El objeto más esencial de la »negociación europea es el establecer las relaciones en»tre los Gabinetes de Madrid y Río de Janeiro, de »modo que se presenten como íntima é irrevocablemen»te unidos de intención y de hecho, respecto del sis»tema que se proponen seguir con relación de los na»turales de las colonias americanas.» Encarando la cuestión del sistema que las Cortes se proponían de común acuerdo para con los pueblos insurrectos, establece esta proposición: «Si se admite la necesidad ur»gente é imperiosa de hacer conocer á los pueblos des»viados del otro hemisferio, la actividad verdadera y »la identidad de intención de las potencias respecto »de ellas, se convendrá que un acto preliminar des»embarazaría toda diferencia territorial entre España »y Portugal. Este acto sugerido por el interés del sos»tén de la paz y de los principios sobre la cual ella des»cansa, revestida de formas imponentes, aseguraría »á SS. MM. católica y fidelísima la cooperación unán»nime, al fin de hacer participar á las vastas regiones »del mundo de las ventajas de que goza la Europa ba»jo los auspicios de las estipulaciones de Viena y de »París de 1815. Una declaración semejante obraría de »golpe muy eficazmente sobre el espíritu de los pue»blos insurrectos.» Explanando esta proposición y robusteciéndola con un ejemplo, que era ley, el Gabinete ruso agregaba: «Las potencias, en tiempo del »Congreso (de Viena), no ejercitaron sus derechos so»bre los países conquistados, sino estipulando los de»rechos políticos y civiles, que en su justicia y sabi»duría juzgaron convenientes acordarles.» Asimilando así la Europa pacificada á la América revolucionada, llega á esta conclusión: «Hacer la aplicación de este »mismo principio á las colonias (americanas) por una »determinación espontánea de sus soberanos, sería ha»cer participar á las vastas regiones del nuevo mundo

»de las ventajas que goza la Europa bajos auspicios »del «Recez» de Viena.» Y explanando más esta conclusión, termina diciendo: «Suponiendo que este pro»yecto de Carta Constitucional, destinado separada ó »colectivamente á las provincias insurrectas, fuese »únicamente reconocido por las potencias europeas que »intervengan, como lo más justo y mejor medio de »unirlas á la madre patria, ¿se pudiera creer, en ese »caso, que las cuestiones accesorias de neutralidad, de »armisticio, de cooperación, de garantía, serían de na»turaleza propia para impedir la marcha y el éxito de »esta grande empresa?» Establecida así la cuestión, el Gabinete ruso la reasume en estos términos precisos: «La transacción preliminar llevará en nombre »de las potencias interventoras, la oferta de recupera»ción, á efecto de hacer que participen las vastas re»giones del otro hemisferio de las ventajas garantidas »á la Europa por el «Recez» de Viena.»

Con este antecedente no se extrañará que el autócrata ruso no fuese del todo hostil á los proyectos de monarquía constitucional de la Francia en América, conciliando los derechos de la España con la política de la Santa Alianza.

Halagado por estas esperanzas, Rivadavia formuló una comunicación á los representantes de las altas potencias, á la sazón reunidos en el Congreso de Aix-la-Chapelle, procurando interesarlos en la causa de la independencia americana. En ella decía el diplomático argentino: «El gobierno de las Provincias Uni»das, convencido que la regla de conducta que se ha »trazado debía conciliarle la estimación de los augus»tos soberanos de la Europa, me ha enviado de nue»vo los más plenos poderes con fecha 10 de septiem»bre de 1817, á efecto de ser cerca de ellos el órgano »legítimo de sus votos.»

Después de esta exhibición de credenciales, explicaba los motivos que le habían retraído de hacerlo hasta entonces: «El Congreso que se anunciaba (decía con »tal motivo), me hizo esperar que ningún objeto sería »más digno de su atención, que el reunir la América

»y la Europa por medio de otros vínculos que no fue»sen los del sistema colonial. La circular publicada »algunos meses después, y que encerraba en límites »más estrechos los objetos de que esta augusta asam»blea debía ocuparse, suspendió la resolución que ha»bía tomado. Pero dos consideraciones me han acon»sejado hacer lo que el deber me ordenaba. La pri»mera es que la nota circular del Gabinete de Ma»drid de 12 de junio último, publicada después de la »relativa á la reunión de Aix-la-Chapelle, establece »que las bases que ella indica como irrevocables, son »conformes á las comunicaciones hechas por las altas »potencias, cuya mediación solicita. La actitud, las lu»ces, las miras benéficas de los soberanos ocupados en »este momento de establecer los fundamentos de la »moral pública, no permiten suponer que hayan podi»do juzgar una cuestión, en la cual están interesados »más de 20.000.000 de hombres, sin el conocimiento »previo de todas las circunstancias. La segunda consi»deración es, que la existencia política, la organiza»ción interna y las relaciones exteriores de la más »vasta y más hermosa parte de la América, no es un »negocio particular de la España, y que ella interesa »al mundo civilizado.» Establecidas estas premisas, hace esta abertura: «Estoy autorizado por el gobier»no de las Provincias Unidas para manifestar sus »deseos y sus votos, á fin de asegurar la paz del »mundo, así como sus relaciones futuras con el anti»guo. Las Provincias Unidas después de muchos años, »y Chile más recientemente, tienen todos los títulos »que pueden exigirse de un país nuevo, pero digno de »tener una constitución nacional.» Estas consideraciones, que el abate Pradt, de acuerdo con Rivadavia, popularizaba bajo otra forma literaria en Europa, ejercían principalmente su influencia en la opinión pública de la Francia. Después se verá cuáles fueron sus consecuencias.

Cooperaban á la acción diplomática de Rivadavia, que era la del mosquito sobre el asta del buey, otras influencias más poderosas, que él mismo no sospecha-

ba. Ya hemos visto cuál era la actitud del ministro norteamericano en París, Gallatin, en unión con Lafayette, y las seguridades dadas por él, de que el gobierno de Wáshington, no podía dejar de reconocer la independencia sudamericana. Esta actitud respondía á una política firme y deliberada, que hacía frente á la de la Santa Alianza escudando con su autoridad moral á las nuevas repúblicas, que nacían imitando su ejemplo. Esta página de la historia de la independencia del nuevo mundo, ha sido escrita por la pluma de su más autorizado defensor.

En 1818 existía como ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en Inglaterra, el famoso estadista Ricardo Rush, que había desempeñado en su país el alto puesto de Attorney y figurado como ministro bajo la presidencia de Monroe. Lord Castlereagh, que procuraba conciliar los intereses comerciales de la Gran Bretaña con los del nuevo mundo, y sus deberes para con la Santa Alianza sin ponerse en pugna con el Gabinete de Wáshington, se abrió francamente con el diplomático norteamericano, y le reveló los objetivos de su política, así que recibió las primeras proposiciones de la España con tendencias á una alianza (abril de 1818). Díjole «que deploraba la duración de »la lucha entre España y sus colonias, habiendo he»cho cuanto le era posible para ponerle término; que »no abandonaría este propósito y que deseaba que la »España adoptase una política más liberal, en vez de »la estrecha y exclusiva que seguía, entendiendo por »esto la «emancipación comercial» de las colonias, »agregando que la Gran Bretaña no serviría de instru»mento á un arreglo que le procurase especiales ven»tajas excluyendo á los Estados Unidos ó cualquiera »otra nación.»

El ministro norteamericano contestó, que «esos mis»mos eran los principios que dirigían invariablemen»te la política de los Estados Unidos.—Que conside»raba la lucha entre España y sus colonias como una »guerra civil, perjudicial á otras naciones y especial»mente á su país, que mantenía una estricta neutra-

»lidad; pero que, si las colonias españolas obtenían el »triunfo, no procurarían ni aceptarían ninguna ven»taja exclusiva.» Declaró por último: «que al dejar á »Wáshington (en noviembre de 1817) ningún represen»tante de las colonias insurreccionadas había sido re»cibido en carácter oficial, empero se hubiese recha»zado la pretensión de España (de la cual los Estados »Unidos tenían grandes y justas quejas) de excluir de »sus puertos las banderas de Buenos Aires, Méjico y »Cartagena.»

Renovadas estas conferencias, cuando la España solicitó la mediación de las grandes potencias por intermedio de la Gran Bretaña (julio de 1818), el mismo Rush interpeló á lord Castlereagh, sobre sus intenciones respecto á la cuestión sudamericana. El ministro británico manifestó, que ningún plan de mediación había sido madurado aún entre las grandes potencias, dependiendo todo de lo que se resolviese en el Congreso de Aix-la-Chapelle, y dióle conocimiento de toda la correspondencia que sobre este asunto había mediado. Rush, después de leer los despachos sobre la proyectada mediación y la manifestación de la Gran Bretaña ante las potencias mediadoras (tendiente á buscar un arreglo entre las colonias y la madre patria, sobre la base de la libertad comercial, reintegrando á la España en su antiguo dominio, según se explicó antes), declaró formalmente, «que las miras de »su gobierno eran que las colonias americanas se eman»cipasen completamente de la madre patria, y que era »su opinión que la lucha no podía terminarse de otro »modo. Que los Estados Unidos no tomarían parte en »ningún proyecto de mediación que no tuviese por base »la emancipación de las colonias americanas, y que »esta resolución había sido tomada después de una ma»dura reflexión, estando él obligado á comunicarle con »toda franqueza al ministro de la Gran Bretaña, espe»rando que su política coincidiese con tales miras.» Lord Castlereagh, visiblemente contrariado por esta firme y tranquila resolución, procuró sin embargo comprometer al ministro norteamericano á prestar su

concurso á la Europa en lo relativo á la mediación, no obstante reconocer que los Estados Unidos tenían en la lucha sudamericana diferentes relaciones y mayores intereses. Rush le significó en términos explícitos, «que ninguna razón haría cambiar la política de »los Estados Unidos con relación á las colonias sud»americanas en insurrección contra la España,» con lo cual se cerró perentoriamente la conferencia.

Para no dejar trunca esta hermosa página de la diplomacia norteamericana en pugna con la política de la Santa Alianza europea, diremos que, en febrero de 1819, el ministro Rush dió lectura á lord Castlereagh de un despacho, relativo á la mediación entre España y sus colonias de que se había tratado en Aix-la-Chapelle. En él se exponían los progresos que habían hecho los nuevos estados hispanoamericanos en el sentido de una existencia independiente, que abría campo á las esperanzas, y acercaba el tiempo en que el gobierno británico y las potencias europeas, así como la España, los reconociesen en el rango de las naciones, declarando por conclusión, que respecto de Buenos Aires, el presidente de los Estados Unidos había resuelto dar un «exequatur» á un cónsul general nombrado por el gobierno de este nuevo Estado, y que estaba resuelto á reconocer de cualquier modo la independencia, en el caso, de que, en el intertanto, nada ocurriera que pudiese justificar el aplazamiento de sus intenciones.

Lord Castlereagh, aunque sorprendido por esta formal declaración, no fué menos explícito por su parte. Dijo: que en ninguna ocasión había emitido conceptos que hicieran sospechar que el gobierno inglés estuviese inclinado, aun en el fondo, á participar de las miras de los Estados Unidos respecto al reconocimiento de la independencia de las colonias hispanoamericanas. «La Gran Bretaña, agregó, ha deseado »ver terminada la controversia entre España y sus »colonias, y ha hecho en tal sentido lo posible, pero »siempre sobre la base de la restauración de la supre»macía de la España, con un mejor plan de gobierno,

»especialmente respecto de los intereses comerciales de »las colonias. Este modo de terminar el conflicto, ade»más de ser el que señalan á la Inglaterra las rela»ciones que existen entre ella y España, será el mejor »para ambas partes en lucha, porque los elementos »para un gobierno propio («self government») no pa»rece existir en ellas, y esto hace imposible prever »si serán capaces de sostenerse como naciones inde»pendientes, ya respecto de su propia felicidad y pros»peridad, ya en relación á los principios que podrían »afectar respecto de los otros pueblos.» Por último agregó: «La intervención de la fuerza, como medio de »lograr tal fin, es cosa que la Inglaterra ha rechazado »siempre: el consejo y el poder moral son los únicos »medios que deben emplearse, y que el gobierno in»glés ha empleado, aunque desgraciadamente lo re»conoce, sin resultado práctico, siendo ésta la única »base sobre la cual había convenido tomar parte en »la mediación, que el Congreso de Aix-la-Chapelle ha »tomado en consideración (en 1818). Nada se ha reali»zado; la España parece insistir en continuar la gue»rra con sus propios recursos, y alimenta la esperan»za de llevarla á término según sus propias miras.»

Como una concesión al ministro americano, lord Castlereagh manifestó en esta ocasión «que Buenos »Aires era entre todas las colonias insurreccionadas »la que había dado mejores pruebas de su capacidad »para existir como nación independiente, y cuyo co»mercio tenía más importancia en el presente y en el »porvenir.» El resultado de esta conferencia diplomática de los Estados Unidos en Europa, con relación á la independencia sudamericana, fué el abandono del proyecto de mediación en favor de la España, preparando así la política que muy luego siguieron los Estados Unidos, y más tarde la misma Gran Bretaña bajo el ministerio de Canning, sucesor de Castlereagh.

Simultáneamente con estos eficientes esfuerzos de la Europa (enero de 1819), Lafayette, de acuerdo con el ministro de Wáshington en París, Gallatin, abo-

gaba por los mismos intereses cerca del gobierno francés, poniendo en contacto á Rivadavia con el marqués de Dessolles, á la sazón ministro de Negocios Extranjeros de Luis XVIII. Con tal motivo escribía éste: «Cuando me tomo la libertad de dar un consejo al mi»nistro de Negocios Extranjeros, presidente del Con»sejo, hay tal vez el derecho de preguntarme, por qué »me mezclo en esto («de quoi je me mêle»). Igual in»terrogación me fué hecha hace cuarenta y dos años »á propósito de la América del Norte.» El héroe de dos mundos, como le llamó después el poeta, terminaba su carta anunciando la visita de Rivadavia y agregaba por vía de postdata, que toda la oposición que se hiciese á la independencia del nuevo mundo, podría afligir á la humanidad, pero no ponerla en peligro.

En la noche del 19 de enero de 1819 tuvo Rivadavia su primera conferencia con el marqués de Dessolles. El diplomático argentino, con la convicción de que estaba animado, y con la grandilocuencia que le era propia, abrió al ministro francés nuevos horizontes, vinculando la causa de la América con los destinos políticos y comerciales de la Francia, bajo los auspicios del liberalismo inaugurado por ella, que representaba su ilustre introductor. Dessolles, que era un hombre impresionable, de cortos alcances políticos y sin ascendiente en el Gabinete de que formaba parte, parece que abundó en el mismo sentido que Rivadavia: pero todo ello no pasó de conversación. Rivadavia, sin embargo, dió á esta conferencia mayor trascendencia de la que realmente tenía, y presentó á su gobierno como un plan político de la Francia, la idea de una monarquía constitucional en América, aceptada por las grandes potencias y sostenida por ellas.

CAPITULO XXXVII

La diplomacia de la revolución (continuación del anterior)

1817-1818

Negociación del Río de la Plata con los Estados Unidos, y sus resultados.—Situación militar de la Banda Oriental.—Negociaciones del Director con Rivera y Otorgués.—Anarquía de la Banda Oriental.—Negociación secreta entre los orientales disidentes y Lecor, y sus resultados.—Traslación del Congreso á Buenos Aires.—Mutación política.—Negociaciones de García en Río de Janeiro.—Proyecto de tratado entre las Provincias Unidas y el Brasil.—El Congreso lo aprueba con modificaciones.—La diplomacia argentina en Río de Janeiro y Europa.—Correspondencia entre el Director Pueyrredón y el gobierno del Brasil.—Se establece entre ambos países el *statu quo* de 1812.—Acción del Brasil en Europa con relación á la independencia de América.—Proyecto de monarquía como solución de cuestiones pendientes.—Misión de Don Valentín Gómez á Francia, sus negociaciones y ulterioridades.—Complemento histórico.

Al mismo tiempo que se buscaba una solución política cerca de los gobiernos del viejo mundo, el Congreso procuraba estrechar directamente las relaciones con la gran República de los Estados Unidos, ordenando al Director las cultivase con preferencia. Al efecto, fué acreditado cerca de esta nación don Manuel Hermenegildo Aguirre, con el doble objeto de recabar el reconocimiento de la independencia argentina y decidir á su gobierno en favor de los intereses americanos. El Enviado argentino, recibido confidencialmente, hizo presente que, al propender á tales objetos, no aspiraba á comprometer las relaciones políticas de los Estados Unidos con la España. A esto se le contestó por el presidente Monroe, «que de hecho eran amigos los americanos del sur y del norte,» pero que el reconocimiento de su independencia de-

bía ser materia de una deliberación pública del Congreso, asegurándole que simpatizaba con su causa y ofreciéndole una protección indirecta y disimulada.

Don Manuel H. Aguirre, que llevaba también credenciales del gobierno de Chile, manifestó al ministro de Monroe, el plan que ambos gobiernos habían concertado para expedicionar sobre Lima, y la necesidad que para ello tenían de cuatro buques de guerra á fin de dominar el mar Pacífico. El gobierno americano contestó á esto, que estaba en plena paz con la España, que en consecuencia había resuelto mantenerse neutral entre la metrópoli y sus colonias, admitiendo ambas banderas en sus puertos, y que por lo tanto, no podía franquear los buques que se le pedían; pero que permitiría y protegería la construcción, compra y equipo de ellos, como una especulación mercantil, tolerando su salida con todo género de armamento y tripulaciones. Al mismo tiempo le comunicó que el gobierno de los Estados Unidos, con el objeto de afirmar más las relaciones y establecer una negociación sólida y durable, iba á enviar un buque de guerra, llevando á su bordo una comisión, con el encargo de informarle sobre el estado de la América del Sur.

La comisión anunciada por Aguirre, compuesta de los señores Graham y Rodney llegó á Buenos Aires á principios de 1818, y los informes que ellos transmitieron á su gobierno decidieron el reconocimiento de la independencia argentina por su hermana mayor la República de los Estados Unidos.

Mientras el mundo europeo se agitaba con motivo de la invasión portuguesa á la Banda Oriental, y la diplomacia argentina oscilaba en el vacío persiguiendo un fantasma coronado, á la vez que iniciaba sus relaciones con los Estados Unidos, los orientales continuaban combatiendo por su independencia. No obstante sus derrotas, habían impedido que el enemigo consolidara su dominación sobre el país, interceptando, según dijimos antes, á los dos ejércitos invasores.

Por este medio, consiguieron formalizar el bloqueo terrestre de Montevideo, mientras Artigas, con su cuartel general en la Purificación (Hervidero) hacía nuevas reuniones, para volverlas á perder en nuevas derrotas. Mandaba el asedio de Montevideo, bajo la dirección superior del delegado Barreiro, el comandante don Frutos Rivera, con quien inmediatamente se puso en comunicación el Director, suministrándole algunos auxilios bélicos. Con este motivo procuró atraerlo á la causa de la unión y ya estaba algo adelantada la negociación, cuando la derrota del Catalán obligó á Rivera á acudir con parte de sus fuerzas en auxilio de Artigas.

Sucedió á Rivera en el mando del asedio el siniestramente famoso don Fernando de Otorgués, quien asumió el mando en jefe. Era este hombre una especie de bestia feroz. Su tez blanca y su cabello rubio acusaban, como su apellido, su origen exótico. Había sido labrador en los alrededores de Montevideo, y fué uno de los primeros que se alistó bajo la bandera revolucionaria. No tardó en señalarse por su valor y su fría crueldad, adquiriendo ascendiente sobre las masas, y era respetado hasta por el mismo Artigas, á quien aspiraba á suplantar y que le dejaba cierto grado de libertad. Vestía chaqueta colorada y bota de potro, y en los combates peleaba con lanza en mano. Rodeábale siempre una banda de sicarios, y era para él crimen digno de muerte ser español, porteño ó portugués. Durante la guerra de 1814 á 1815 con los porteños había hecho castrar á una partida de argentinos que tomó prisionera, en venganza de que el jefe enemigo le hubiese quitado una querida. En los bailes á que concurría hacía apagar las luces por sus seides, para apoderarse como de una presa de la mujer que había despertado su brutal concupiscencia. Mientras fué gobernador de Montevideo en 1815, tenía dos satélites, que representaban en las calles su voluntad. Uno de ellos, un mulato Gay, era el que haciendo poner á los españoles en cuatro patas, los montaba con espuelas y rebenque, y se paseaba de este modo

sobre ellos por las calles. Su cabalgadura habitual era un lego de San Francisco, al cual hacía besar el trasero por las mujeres tildadas de godas, que salían de oir misa de la iglesia. El otro, un tal Castillo, extendía la bandera española sobre el muelle, y los españoles que no la pisaban y escupían, eran cruelmente azotados en el acto, atados á uno de los pilares. En una ocasión un soldado de su escolta pretendió violar á una señora distinguida en media calle. Indignada, llevó inmediatamente su queja al gobernador. Este, después de oir la narración, exclamó jocosamente: «¡P... cómo estaría de caliente el chino!» y ésta fué su sentencia absolutoria. Cuando su secretario le llevaba á firmar el despacho, lo convidaba con un vaso de caña, y continuaba bebiendo sin comprender lo que le leían. Este era Otorgués, cerca del cual despachó el Director Supremo de las Provincias Unidas un emisario, con el objeto de continuar la negociación iniciada con Rivera. Otorgués contestó manifestando sus buenas disposiciones en el sentido de la unión; declaró que estaba pronto hasta á pasar en persona á Buenos Aires á fin de sellar la paz. Aunque esta correspondencia se prolongó por el espacio de más de ocho meses, no llegó á producir resultado.

El Director al abrir negociaciones con Rivera y Otorgués, se proponía, no tanto robustecer el poder de los orientales, cuanto debilitar el de Artigas, que consideraba peligroso para la paz de las Provincias Unidas. Temía, y con razón, que aun vencido, trataría de llevar la guerra á la Banda Occidental fomentando la anarquía, así es que á la vez que promovía insurrecciones en el Entre Ríos para substraer de su dominación este territorio, procuraba poner á sus principales tenientes en pugna con él, fomentando al mismo tiempo la deserción en sus filas. En este sentido, la barbarie de Artigas hizo más que la habilidad de la diplomacia turbia del Director.

Los males de guerra no eran nada, en comparación de los que producía la bárbara tiranía del caudillo oriental, y las iniquidades de sus tenientes. Pero don-

de se hacían sentir estos males en toda crudeza, era en la línea del sitio de Montevideo mandada por Otorgués. En vez de dar impulso á la guerra, este caudillejo, se ocupaba principalmente en asolar el país por medio de espoliaciones y fomentaba las rapiñas de sus subalternos, alimentando con ellas un puerto que había habilitado en los Cerrillos, y negociaba con los ganados para surtir de víveres á la plaza enemiga, vendiendo los permisos por segunda mano. Los orientales, hostigados por esta barbarie sin previsión, sin caridad y sin moral, preferían el yugo blando del extranjero al del tirano y de los tiranuelos que los atormentaban; así es que fueron ellos mismos los que entregaron á una escuadrilla portuguesa la importante plaza de la Colonia, pasándose en masa todas las milicias del departamento. Los oficiales orientales de alguna educación que hasta entonces habían militado bajo la bandera de Artigas, sentían sublevarse su conciencia ante aquel espantoso desorden, que anticipando la ruina y el deshonor del país, debía terminar necesariamente por una vergonzosa derrota.

Entre los jefes que se hallaban á órdenes de Otorgués, encontrábase el coronel don Rufino Bauzá, á la cabeza de un batallón de 600 negros libertos, con tres piezas de artillería, que constituían el núcleo y el nervio del ejército sitiador de Montevideo. Bauzá era un jefe de orden, que había servido con distinción en el ejército de Artigas, señalándose en el combate de los Guayabos en que fué derrotado por Dorrego y que decidió de la dominación argentina en el territorio oriental en 1814.

Desengañado al fin que la causa personal de Artigas no era la de la patria, y que «su tiranía los bar»barizaba; que no era posible fundar el orden con »hombres que lo detestaban por profesión; que los »sacrificios que se hacían en la lucha contra los por»tugueses eran estériles por falta de buena dirección,» se puso de acuerdo con varios oficiales orientales que pensaban del mismo modo, y ofrecieron sus servicios y su sangre al Director Supremo de las Provincias Uni-

das, allí donde ellos fuesen más útiles en defensa de la libertad.

El Director aceptó este espontáneo ofrecimiento y en la imposibilidad de proteger su desembarco, les indicó la idea de dirigirse á Lecor, poniendo el batallón de libertos bajo la protección de un bando expedido por el general portugués en que se declaraba, que los negros esclavos que hubieran tomado las armas con Artigas y se presentasen en los pueblos de su mando, serían tratados como hombres libres y no como prisioneros; previniéndoles á la vez garantiesen su paso hasta Buenos Aires con armas y bagajes. Al efecto, se pusieron en comunicación con don Nicolás Herrera, asesor de Lecor, y por intermedio del mayor Monjaime y del capitán don Manuel Oribe (tan siniestramente famoso después), se negoció un convenio en los términos indicados por el Director, con la condición de que los jefes y oficiales se comprometieran á no tomar armas contra el ejército portugués durante el término de seis meses.

Según lo convenido, en los primeros días del mes de octubre, el batallón con su artillería se aproximó á la línea del sitio, y en circunstancias de hallarse de servicio, penetró hasta las avanzadas portuguesas, donde fué amistosamente recibido, entregando en depósito sus caballos, fusiles y cañones, los cuales les fueron devueltos al tiempo de embarcarse en un buque portugués con destino á Buenos Aires. Interrogados Bauzá y Oribe de los motivos que habían tenido para tomar aquella resolución, contestaron, «que no que»rían servir á las órdenes de un tirano, como Artigas, »que, vencedor, reduciría al país á la barbarie, y, ven»cido, lo abandonaría.» Semejante respuesta dió á conocer á los portugueses, que los orientales que abandonaban su patria no perdían la esperanza de rescatarla del dominio extranjero. Como esto sólo podían alcanzarlo algún día, haciendo causa común con la Nación Argentina, resistieron noblemente á las seducciones que se pusieron en juego para atraerlos á las banderas portuguesas, y siguieron su viaje, siendo

fielmente cumplido el convenio. Recibidos en la capital de la república con el amor y los honores debidos á hermanos de armas, que en época no lejana habían de reconquistar unidos la Banda Oriental bajo la bandera republicana, ingresaron á la comunidad argentina, preparando con este acto el advenimiento de su independencia.

Había sucedido que, al tiempo de firmarse el convenio, que consistía en un documento firmado por Lecor garantiendo lo pactado verbalmente, los portugueses pusieron un año en vez del término de seis meses, por el cual los orientales se comprometían á no hacer armas contra ellos. Bauzá reclamó, y se le satisfizo diciéndole, que era una equivocación que se enmendaría al firmar los orientales el compromiso. Puesto esto en conocimiento del Director, hizo contestar por su ministro de la Guerra que se insistiese en ello, «bien »que (agregaba), viniendo ese batallón á Buenos Aires »será muy remoto el caso á que se refiere el compro»miso.» Por esto se vé que la ráfaga guerrera del Director había pasado, «y que el viento soplaba del lado de la paz» con el Brasil. En efecto, al mismo tiempo que Bauzá negociaba con Lecor el paso de tropas por Montevideo, acogiéndose á los edictos contra los cuales había protestado antes el Director, el enviado argentino en Río Janeiro negociaba con el gobierno del Brasil un tratado de paz y amistad, una liga ofensiva y defensiva contra Artigas, y una alianza eventual contra la España.

Mientras en el Río de la Plata se desenvolvían los sucesos que quedan relatados, don Manuel José García continuaba con tesón y con éxito en Río Janeiro sus trabajos diplomáticos. Al principio, y no obstante la consideración que en aquella corte se le dispensaba, encontró dificultades para arribar á puntos definidos, salvo las protestas que verbalmente se le hacían. Muerto en enero de 1817 el marqués de Aguiar, que como jefe del partido portugués no quería contraer compromisos formales en América, entró á reemplazarle el conde da Barca, jefe del partido america-

no, según se explicó antes. Desde este momento todo fué llano para García, y en abril del mismo año pudo convenir confidencialmente en el ajuste de una serie de artículos complementarios del armisticio de 1812, que el Brasil se comprometió á aceptar por su parte luego que obtuviesen la aprobación del gobierno argentino, que había tomado la iniciativa. Apenas convenidos estos artículos, falleció á su vez el conde da Barca en junio de 1817, quedando la negociación algún tanto paralizada. Coincidieron con estos incidentes nuevas instrucciones del Congreso, que el Director, ya más reconciliado con García, se apresuró á transmitir á éste. Según ellas, debía el Enviado no apresurarse á contraer ningún compromiso con el Brasil, manteniendo entretanto la buena armonía entre ambos gobiernos.

En tales circunstancias, fué repentinamente llamado García en altas horas de la noche por el ministro de Relaciones Exteriores, con el objeto de comunicarle un despacho con que el nuevo embajador español, el conde de Casa Flores, había abierto su correspondencia oficial. Era un verdadero «ultimátum» en términos agresivos. En él exigía: 1.° Que el rey de Portugal reconociese públicamente la soberanía española en las posesiones invadidas de la Banda Oriental. 2.° Que se comprometiese á entregar este territorio cuando le fuera pedido. 3.° Que mientras S. M. C. no tomara posesión de él, se recibiese en Montevideo un gobernador que enarbolase allí el pabellón español. Terminaba declarando que de no aceptarse estas condiciones, la guerra sería inevitable; y por consiguiente, proponía una alianza ofensiva contra los rebeldes sudamericanos.

Por muy indirectas que hubiesen sido las negociaciones entre Bauzá y Lecor con respecto al Directorio, ellas importaban una separación de la causa argentina con la que Artigas se sostenía en la Banda Oriental. En el hecho de acoger el gobierno argentino un batallón desertor de las filas del caudillo, bajo la protección de la bandera portuguesa, reconocía en Arti-

gas un enemigo común, y cuando menos, la neutralidad que de hecho había proclamado el Brasil. Este indicaba, ya que no una contramarcha política, por lo menos una mutación, en abierta contradicción con las protestas públicas hechas por el Director. En efecto, el gobierno argentino, después de salvar respecto de la Banda Oriental sus derechos para el futuro por medio de las protestas, y su decoro ante el pueblo por medio de manifestaciones bélicas, procuraba precaverse contra las agresiones de Artigas, manteniéndose entretanto en paz y amistad con los portugueses.

Además de que ésta era la política fatal que los acontecimientos imponían, varias causas contribuían á fijarla. Antes que estos sucesos se desenvolviesen, el Congreso de Tucumán se había trasladado á Buenos Aires, abriendo en la capital sus sesiones el 12 de mayo de 1817, y como se sabe, la política del Congreso era cuando menos favorable al mantenimiento del «statu quo» respecto del Brasil. Simultáneamente con este hecho, el Director Supremo había modificado su Gabinete, llamando á ocupar el puesto de ministro de Relaciones Exteriores al doctor Tagle. Este nombramiento indicaba que el viento se fijaba del lado de la paz de hecho con los portugueses, y era una consecuencia inmediata de esto, contemporizar con la ocupación de la Banda Oriental y hacer causa común con ellos contra Artigas considerándolo como enemigo de ambos y del género humano. A este propósito respondían los trabajos de García en Río Janeiro, con los cuales estaba de acuerdo en gran parte el doctor Tagle, y que entonces no habían sido abiertamente aceptados ni decididamente contrariados por el Director ni el Congreso. Circunstancias que sobrevinieron les aconsejaron aceptar el nuevo plan de García, quedando desde entonces uniformada la política de los poderes públicos, con un Gabinete y una diplomacia compacta.

Juntamente con el proyecto de tratado y las anteriores noticias transmitidas por García, recibió el gobierno argentino una carta de uno de sus agentes secretos en Cádiz, anunciándole que la expedición pro-

yectada contra el Río de la Plata, estaba á punto de realizarse, y que en Lisboa se hallaban 35 fragatas (lo que no era cierto) prontas á embarcar más de 10.000 hombres de tropas portuguesas con destino al Brasil.

El Director Pueyrredón y su consejero el doctor Tagle se alarmaron profundamente, y el primero se dirigió al Congreso por medio de una nota pidiendo con urgencia la aprobación del convenio confidencialmente ajustado en estado de proyecto. «Ha llegado el »momento (decía el Director al Congreso) en que, de »no estrechar con nuevos vínculos las relaciones sub»sistentes con el Brasil, es inevitable una ruptura que »será igualmente funesta á las dos partes.» Y refiriéndose al ajuste proyectado: «Podemos lisonjearnos »de conseguir una transacción en las actuales circuns»tancias de que no nos desdeñaríamos entre las em»briagueces de mejores tiempos. El proyecto incluso »será substancialmente admitido por la Corte del Bra»sil, y yo suplico á Vuestra Soberanía quiera consi»derar la importancia que adquieren las provincias, »casi identificando sus intereses con los de un monar»ca, cuya sola vecindad era considerada como un pe»ligro.» Ligando la expedición española de Cádiz con la intimación del conde de Casa Flores, inculcaba mucho el Director, que de no aceptarse el proyecto, la Corte del Brasil, no esperando nada de las Provincias Unidas, se entendería con la España, y se pondría de acuerdo con las grandes potencias europeas para empeñarlas en sofocar la anarquía de los nuevos gobiernos americanos, invocando el mismo pretexto que para su agresión á la Banda Oriental, terminando con estas angustiosas palabras: «Calcule Vuestra Soberanía el »peligro que va á correr en la demora, y sea bajo el »cierto principio de que, esta ocasión desperdiciada, »se escapa para siempre. No venga á suceder que, pres»tado el advenimiento por parte de S. M. F. como lo »esperamos, se niegue la ratificación por parte de las »provincias que han tomado la iniciativa, lo que sería »monstruoso. Hago á Vuestra Soberanía misma, juez

»de la necesidad, á que no podemos substraernos de »ostablecer estos nuevos pactos.»

Véase ahora cuál era el convenio ajustado por García. El era condicionalmente secreto en todas sus partes; pero estaba calculado para poder dar publicidad á algunos de sus artículos, como complementarios del armisticio de 1812. Correspondían á este número los artículos 1.°, 2.°, 4.°, 5.° y 11 en que se estipulaba: 1.° La libertad de los súbditos internados por el Director en Luján. 2.° La declaración por parte del Brasil de que la ocupación de la Banda Oriental en persecución de Artigas, no tenía otro objeto que su propia seguridad, sin pretender deducir de este acto derecho alguno de dominio, ni menos de conquista, comprometiéndose á transar amigablemente con la autoridad de las Provincias Unidas los términos de su desocupación. 3.° La indemnización y devolución recíproca de las presas capturadas desde 1812. 4.° La declaración de que el armisticio de 26 de mayo de 1812 quedaba en toda su fuerza y vigor. 5.° El compromiso de que, en el caso de renovarse las hostilidades, el rompimiento del armisticio sería oficialmente notificado con seis meses de anticipación.

Por los artículos absolutamente secretos, se estipulaba: 1.° La obligación por parte del gobierno argentino de retirar todas las tropas y municiones que hubiese enviado en socorro de Artigas, comprometiéndose á no prestarle ninguno en lo sucesivo, y á no admitirlo á él ni á sus partidarios en el territorio de la Banda Oriental; y, caso que entrasen, y no tuviesen medios de expulsarlos, solicitar al efecto la cooperación de las tropas portuguesas, en la proporción cuando menos de una tercera parte de las suyas, correspondiendo el mando al jefe argentino en su territorio. 2.° Que la línea del Uruguay sería la línea provisional de demarcación entre el Brasil y las Provincias Unidas, con arreglo al armisticio de 1812, quedando comprendidos expresamente dentro de ellas, por la parte argentina, los territorios del Paraguay, Corrientes y Entre Ríos. 3.° Obligación recíproca para ambas par-

tes, de no hacer ni permitir tentativa alguna que, directa ó indirectamente, pudiera perjudicar la mutua tranquilidad. 4.° Promesa por parte del Brasil, en reciprocidad de lo anterior, de no emprender nada contra las Provincias Unidas, ni aliarse con enemigos suyos, ni prestarle municiones, víveres ni otro género de auxilios y ni aun permitirles paso ó puerto en sus dominios ó territorios ocupados por sus tropas. 5.° Libertad recíproca de comercio y navegación entre ambas partes, con exclusión de los ríos interiores, salvo el caso de que los portugueses penetrasen á ellos en persecución de Artigas y sus partidarios. 6.° Compromiso de entregar recíprocamente los criminales y desertores, con sujeción al derecho de gentes entre neutrales. 7.° Declaración de que los artículos convenidos producían el efecto de un solemne tratado de paz. 8.° Que en consecuencia, en el caso de un rompimiento del Portugal con la España, se estipulaba una alianza eventual entre ambas partes contratantes, la que sería publicada juntamente con el reconocimiento solemne de la independencia de las Provincias Unidas por parte de S. M. F. 9.° Compromiso expreso de guardar por ambas partes un sigilo inviolable respecto de lo estipulado, obligándose los dos gobiernos de un modo solemne, comprometiendo su dignidad si fuese preciso, á desmentir la existencia de las cláusulas secretas que llegasen á divulgarse, pudiendo en todo caso desglosarse y publicarse los cinco artículos antes designados al efecto.

El Congreso dió también importancia al asunto, que en su primera sesión, además de las penas establecidas para los que violasen el sigilo de sus deliberaciones secretas, acordó que ellas se regravaran con diez años de destierro. Los diputados Zudáñez y Maza consignaron su voto por la pena de muerte, sin súplica el uno y con recurso agraciable el otro. Por moción del diputado Pacheco, se acordó que las penas fueran extensivas al Supremo Director, á sus ministros y á todos los que interviniesen en las relaciones secretas sobre las cuales iban á deliberar.

El proyecto de tratado de García fué fundamentalmente aprobado en todas sus partes por el Congreso con algunas adiciones y modificaciones de poco alcance y salvando algunos diputados su voto en puntos de detalle. Por ejemplo: en el artículo 2.° se puso «Gobierno de las Provincias Unidas» en vez de «Gobierno de Buenos Aires». En el 8.° se agregó una garantía más para los ciudadanos argentinos residentes en el Brasil. En el 10 se hizo una simple aclaración de derecho. En el 15, relativo al sigilo, se quitó la condición de comprometer ambos gobiernos su honor para desmentir la existencia del tratado, limitándose á la obligación de «contradecirlo». Los diputados Zudáñez, López (Vicente), Maza, Sánchez, Bustamante, Aráoz, Patrón y Zavaleta, salvaron su voto, el primero contra el proyecto en general; los cuatro siguientes contra el artículo 3.° relativo á no dar auxilios á Artigas; Patrón contra cuatro de sus artículos, y Zavaleta contra el 7.°, en que se estipulaba no autorizar por una ni otra parte tentativas que pudiesen perjudicar la mutua tranquilidad porque, según manifestó, «esto era »atarse las manos para recobrar por la fuèrza el terri»torio oriental.»

El convenio, así modificado por el Congreso, fué devuelto á García y recibido por éste (en marzo de 1818), en circunstancias en que acababa de fallecer el tercer ministro de don Juan VI que hubiese entendido en este negociado, como si una fatalidad persiguiera á todos los que tomaban parte en él. El iniciador, que lo fué el marqués de Aguiar murió en 1816, apenas ajustado el proyecto. El conde da Barca que lo acordó confidencialmente, murió á mediados del mismo año. Por último, el ministro Juan B. Becerra, que lo formalizó, murió antes de conocer su resultado. El ministro de Relaciones Exteriores, Tomás Antonio Villanova Portugal, que sucedió á Becerra, era un jurisconsulto profundo y un magistrado íntegro á quien su falta de experiencia política y su pasión por el retiro, hacía antipática toda complicación diplomática, y ésto fué el primer escollo con que tropezó García para

obtener al menos que se ocupara del asunto. Agréguese á esto, que el conde de Arcos, jefe del nuevo Gabinete brasileño, era un autoritario que miraba con horror toda revolución, y en consecuencia el entenderse y tratar con los revolucionarios del Río de la Plata. Por otra parte, el Portugal había aceptado la mediación de las grandes potencias en su cuestión con la España sobre la Banda Oriental, y negociaba á la sazón su entrega sobre la base de la devolución de Olivenza y el pago de los gastos de su expedición contra Artigas, lo que le hacía rehuir todo compromiso con el gobierno argentino. La sorpresa de Cancharrayada que sobrevino al tiempo de reanudarse la negociación vino á dificultar más el logro de los propósitos de García.

La perseverancia y la habilidad de García, ayudada por los sucesos, logró al fin triunfar en gran parte de estas dificultades, obteniendo las únicas ventajas compatibles con tal situación. En la primera conferencia que el enviado argentino tuvo con el ministro Villanova, le manifestó: «Que las Provincias Unidas ha»bían buscado en varias épocas la paz con la antigua »metrópoli, en Inglaterra, en París y hasta en Madrid; »pero que la España sólo entendía por paz la subyu»gación y la conquista, cuando la única base arregla»da al honor y la justicia era su independencia y la »de sus aliados: Que si las formas puramente democrá»ticas llegasen á prevalecer en la América española, »esto sería únicamente la obra de los soberanos que »se aliasen para sostener pretensiones tan injustas. »Que el rey de España había despreciado la justicia »de los americanos y los intereses de los pueblos, cuan»do la justicia y los intereses del género humano esta»ban más interesados de lo que parecía en el gran »fenómeno político de su revolución. Que los destinos »del Portugal estaban también envueltos en él por su »misma neutralidad, cuando la emancipación del con»tinente americano era la única garantía de la inde»pendencia del Reino Unido (Portugal y Brasil), y no la benevolencia pasajera de las grandes poten-

»cias europeas, ni la amistad de España, que siempre »sería frágil, mientras no cambiasen las relaciones »entre ésta y la América. Que estas razones habían »guiado á sus antecesores en su sistema de conducta »con el Río de la Plata desde 1812, el cual sólo podía »parecer peligroso á los que miraban las cosas superfi»cialmente.»

Este lenguaje, noble y halagador, del estadista argentino, hizo impresión sobre el ministro brasileño, el cual contestó indirectamente, manifestando «que si »Rivadavia ajustaba en París un proyecto de pacifica»ción sobre las bases de independencia y monarquía, »él sería apoyado por el embajador portugués.» García replicó, indirectamente también, «que Rivadavia »haría el tratado si sus instrucciones no se lo prohi»bían expresamente.» Como queda dicho, lo único que las instrucciones de Rivadavia le prohibían expresamente, era «aceptar un príncipe de la casa reinante de España, como soberano del Río de la Plata» y esto lo sabía García.

En tal sentido convino Villanova en escribir al conde de Palmella, su negociador cerca de las grandes potencias, poniéndose á la vez García de acuerdo con Rivadavia. La interrupción de las negociaciones de París sobre la Banda Oriental, á consecuencia de la negativa de la España de abonar los gastos de la expedición portuguesa, y el aplazamiento indefinido de la cuestión á lo que resolviera sobre ella el Congreso de Aix-la-Chapelle, propiciaron al Portugal la buena voluntad de las grandes potencias (á lo menos de la Inglaterra y del Austria), y le dejaron más libertad de acción. Por parte de las Provincias Unidas, la victoria de Maipo, que tuvo lugar en el curso de la nueva negociación, pusieron de su parte el prestigio, granjeándole el respeto y la admiración que tan grande hazaña despertó en todo el mundo. En tales condiciones, no fué difícil arribar á un término conciliatorio y decoroso para ambos gobiernos.

El ministro brasileño, desligado en gran parte del compromiso moral de aceptar el convenio primitivo,

desde que el congreso lo hubiese alterado, manifestó francamente al enviado argentino: «Que el Encargado »de Negocios de Francia en Río de Janeiro había ase»gurado de oficio á su gobierno la existencia de un tra»tado secreto entre el Brasil y las Provincias Unidas, »lo que produjo en los plenipotenciarios de las gran»des potencias reunidas en París una impresión tan »desfavorable al Portugal, que su embajador el con»de de Palmella se vió en la necesidad de desmentir »formalmente el hecho. De todo esto se deduce (agre»gaba Villanova), que es no sólo imprudente sino »contrario á los intereses del Brasil, y aun de las pro»vincias del Río de la Plata, firmar en tal situación el »convenio proyectado. Además, en él se comprende»rían artículos que, escritos y firmados, se ten»drían por otras tantas infracciones del compromiso »de mediación, y por lo tanto las potencias mediado»ras se ofenderían de la sanción secreta en América »sobre puntos que en Europa se publicaban pendien»tes y de su atribución. Una alianza eventual, cele»brada con las Provincias Unidas sin el conocimiento »de los mediadores, autorizaría las imputaciones de »España, y privaría cuando menos á S. M. Fidelísima »de una influencia que, si no necesaria, debe ser gra»dualmente útil al continente americano.»

Por esta vez el diplomático argentino fué convencido por el estadista brasileño, y no insistiendo ya sobre la inmediata aprobación del convenio modificado, procuró sacar todas las ventajas posibles, que esta forzada deferencia unida á la noticia de la gran victoria de Maipo, le permitía alcanzar. En consecuencia, se convino de común acuerdo, que el ministro Villanova, contestaría á una nota dirigida por el Director Pueyrredón al rey don Juan VI, haciéndole declaraciones que tuviesen en cierto modo el mismo significado, ya que no el mismo valor ni el alcance de las estipulaciones antes concertadas.

En virtud de lo convenido, el ministro de Relaciones Exteriores del Brasil escribió al Director Supremo de las Provincias Unidas en nombre de su rey, con

protestas de paz y amistad, declarando en toda su fuerza y vigor el armisticio de 1812, y comprometiéndose á la neutralidad, sin dejar por esto de propender eficazmente á la paz de sus vecinos. «Países (decía »con este motivo), á quienes la naturaleza ha dotado »de los dones más ricos, merecen que sus habitantes »puedan gozar de los bienes que poseen; y por su »parte, habiendo S. M. Fidelísima convencionado el »armisticio de 26 de mayo de 1812, ha de sostenerlo, »pues su real palabra es inviolable. En la presente »guerra (con la España), ha de conservar la neutrali»dad, pero no cesará de apurar todos sus esfuerzos »para que las desgracias de la guerra se acaben, para »que se consiga la pacificación, y vuelvan sus vecinos, »que cordialmente estima, á gozar del bien inestima»ble de la paz.» Respecto de la invasión de la Banda Oriental, hacía esta declaración: «La ocupación del te»rritorio de Montevideo fué una medida provisional »para procurar la paz, aquietando lo que le quedaba »contiguo, y que la quietud de Artigas no permitía »demorar por más tiempo. Por lo tanto, el general »Barón de la Laguna tiene orden de contenerse en la »línea del Uruguay.» Con relación á su política ante el mundo se expresaba así: «Estos principios ha ma»nifestado S. M. F. á las potencias de Europa que se »declararon mediadoras en este negocio del Río de la »Plata; y por los que ha instado más fuertemente, es »por consolidar una pacificación, que vuelva á hacer »felices esos pueblos, pues esto igualmente pone tran»quilidad al Brasil, y continuará instando por ello con »la mayor eficacia.»

A pesar de la generalidad de algunas declaraciones y la ambigüedad de otras, esta manifestación importaba adelantar algún tanto sobre el armisticio de 1812. El Brasil, en vez de retener incondicionalmente, como antes, los límites provisionales, reconocía indirectamente la soberanía de las Provincias Unidas dentro y fuera de ellos. Definía su actitud en la Banda Oriental ante la España y antes las grandes potencias europeas; daba prenda de amistad, y extendía hasta seis

meses el plazo para romper hostilidades, que en el armisticio de 1812 sólo era de tres. Con razón decía García: «La política del Brasil ha dejado de ser un miste»rio. Este documento no satisface tan completamente »los deseos del Congreso, como la sanción de los ar»tículos proyectados; pero, como una necesidad inven»cible obliga á suspenderlos, estas declaraciones po»drán á lo menos calmar las inquietudes.» La historia puede agregar hoy, en presencia de los documentos y los hechos, que fué un honor y una fortuna que aquel convenio no se aprobara. De este modo se salvó la República Argentina del deshonor de pactar la unión de sus armas con las del extranjero que invadía su territorio, para matar en alianza con ellas á sus propios hijos, aunque éstos fuesen acaudillados por un bárbaro; y se salvó además el derecho de reivindicar, por la diplomacia ó por las armas en todo tiempo, el territorio usurpado.

En virtud de las ideas cambiadas entre García y el ministro Villanova, éste ordenó á su embajador en Europa, el conde de Palmella (el 19 de agosto de 1818), propusiera el reconocimiento de la independencia de la América Meridional, á lo menos de los antiguos virreynatos de Lima y Río de la Plata, incluso Chile, sobre la base de un sistema monárquico. Palmella, que trabajaba cerca de Inglaterra á fin de decidirla á propender á la fundación de una monarquía en el Río de la Plata, se apresuró á comunicar la idea á los ministros de las grandes potencias, la cual no fué por ellos mal acogida.

Habiéndose propagado, con posterioridad, el arreglo entre el gobierno argentino y brasileño, de que hemos dado cuenta, el rumor de que el Portugal y la España habían ajustado los preliminares de un tratado, sobre la base de la inmediata entrega de Montevideo y su territorio á las autoridades españolas, García se consideró en el caso de pedir explicaciones. El ministro Villanova se las dió amplias y francas, mostrándole la correspondencia original de su embajador en Londres y el borrador de contestación á ellas, en la cual

prevenía: «Que se pretendía envolver al Portugal en »una guerra con las Provincias Unidas, para excu»sarse la España trabajos y peligros, satisfaciendo re»sentimientos; pero que S. M. Fidelísima estaba de»cidido á sustentar sus empeños, porque no convenía »al honor ni á los intereses de su corona, y porque los »pueblos del Río de la Plata sin darle motivo alguno »para un rompimiento, se habían fiado buenamente de »su real palabra: Que, por lo tanto, hiciese entender »que el rey de Portugal y Brasil había de cumplir el »armisticio de 26 de mayo de 1812, la capitulación de »Montevideo y las leyes de la neutralidad que había »adoptado.» A estas declaraciones explícitas seguía una insinuación, en el sentido de lo ordenado anteriormente á Palmella: «S. M. Fidelísima se alegraría que »S. M. Católica terminase con gloria la guerra en que »está empeñado, pero obedeciendo á un orden de cosas »que, además de justo, parece el único capaz de pro»ducir una pacificación sólida, y hacer desde el mo»mento innecesaria la ocupación de Montevideo, mu»cho más cuando las Provincias Unidas no se nega»rían, según la opinión de S. M. F., á una paz que »tuviese por base el reconocimiento de su indepen»dencia.»

Estos proyectos de diplomacia universal, que pretendían amalgamar los intereses de dos mundos; estos espejismos que se reproducían en todo el circuito del horizonte político; los peligros del interior que amenazaban á la revolución, y los desórdenes internos que la trabajaban, sugirieron á los que dirigían en aquella época la política argentina, dar solución á todos los problemas de la situación, por medio del establecimiento de una monarquía independiente en el Río de la Plata, garantida por los grandes poderes que á la sazón gobernaban el mundo. Si bien los fundamentos eran débiles, el plan que se trazó en consecuencia no carecía de intención y objetivos, dadas las circunstancias y el modo cómo las encaraban los contemporáneos. Las bases eran, como se sabe ya, las esperanzas ilusorias con que se halagaba Rivadavia res-

pecto de la Francia; las aberturas de la España interpretadas por las declaraciones de su embajador en Londres; la neutralidad del gobierno y las simpatías del pueblo británico, que podían convertirse en protección eficaz; las promesas vagas del Gabinete del Brasil; la actitud, al parecer benévola, de la diplomacia rusa; las buenas disposiciones de los Estados Unidos; y, por último, los intereses del comercio y la paz universal comprometidos en la lucha entre España y sus colonias, complicados por la cuestión del Portugal en ambos hemisferios.

Véase ahora cuál era el gran edificio que se proyectaba sobre estos débiles fundamentos. Un acuerdo con las grandes potencias de Europa resolvía de hecho, según sus autores, la cuestión de la guerra, desarmando á la España y pacificando á las colonias revolucionadas. Un monarca constitucional propiciado por ellas, resolvía desde luego la cuestión de la independencia americana ante el mundo, salvaba la libertad ante la ley, y daba estabilidad al orden interno, dominando la anarquía. Un acuerdo garantido por las grandes potencias y un monarca sostenido por ellas, con el consentimiento forzoso ó voluntario de la España y con el asentimiento del Portugal, resolvía la cuestión territorial del Río de la Plata, incluyendo en los límites de la nueva monarquía las provincias perdidas del Alto Perú, el territorio de la Banda Oriental ocupado por las armas del Brasil, y tal vez Chile y el Bajo Perú.

En todo caso, bastaba, según ellos, que una sola de las grandes potencias prohijase este plan para que produjera algunos de sus efectos, y á peor andar, aun suponiendo que no se formalizara la negociación, se paralizaba la grande expedición española de veinte mil hombres de la Península, próxima á caer sobre el Río de la Plata, ó por lo menos se ganaba un tiempo precioso.

Todo se preveía, todo se tomaba en cuenta, menos la marcha de los acontecimientos y menos el país sobre el cual debía operarse. En último resultado, lo-

grado el plan, era una intervención extraña para establecer un orden de cosas que el país rechazaba; y, malogrado, era el descrédito del gobierno de la revolución, sin conseguir siquiera ganar tiempo, perdiendo por el hecho fuerzas morales y materiales que eran necesarias para hacer frente á las emergencias que debían sobrevenir, así en el orden interno como en el externo.—Infatuado, empero, con este grandioso plan, como Belgrano con el del Inca, el Director Supremo escribía al general San Martín, que á la sazón preparaba su expedición sobre Lima: «Muy pronto sabrá »usted el nuevo teatro que se presenta á nuestros ne»gocios públicos. Por él deben variarse ó al menos »suspenderse nuestras principales disposiciones res»pecto de Lima. Usted es indispensable, de absoluta »necesidad á este grande interés de nuestro país; él »solo va á terminar la guerra y asegurar nuestra in»dependencia de toda nación extranjera. Con él hare»mos que al momento «evacuen los portugueses el te»rritorio oriental». Por fin, son incalculables los bie»nes que disfrutará nuestro país por un medio tan »lisonjero.»

Para realizar de un golpe todos estos milagros, fué designado por la logia gubernativa el canónigo don José Valentín Gómez, á quien hemos visto figurar antes en la Asamblea del año XIII.

Este sacerdote había sido de los precursores de la revolución y de los que más se habían distinguido en ella. Catedrático de filosofía antes de 1810, había dictado lecciones á Rivadavia, don Manuel José de García, Vicente López, Tomás Anchorena, don Matías Patrón, Antonio Alvarez Jonte, don Manuel Dorrego y otros que le veneraban como al maestro. En la época de la primera invasión inglesa era cura de Morón y en su humilde presbiterio se reunieron Pueyrredón, Martín Rodríguez, Zelaya, don Mauricio Pizarro y varios otros, que organizaron allí el plan de la reunión de Perdriel, á donde volvieron después de la derrota para tomar consejo de él. Como cura de Canelones en la Banda Oriental, preparó allí los primeros trabajos

de la revolución de acuerdo con don Nicolás Rodríguez Peña y los demás patriotas. Luego que ella tuvo lugar, se incorporó á las primeras fuerzas de la insurrección, que se reunieron bajo las órdenes de Artigas, unidas á los cívicos de Buenos Aires mandados por el comandante don Benito Alvarez. Como capellán militar asistió á la batalla de las Piedras, y él fué quien en nombre del general arengó á las tropas entusiasmándolas con su elocuente palabra, y recorrió la línea á caballo y desarmado durante el combate, animando á todos con su ejemplo. Después de la victoria, viendo que el jefe enemigo, que había caído prisionero, iba sumamente fatigado, se apeó del caballo y se lo dió para que montara. En la Asamblea del año XIII se hizo conocer como orador político, siendo admirado ya por todos como orador sagrado. Envuelto en la caída de Alvear en 1815, fué perseguido como los demás diputados de aquella corporación, remachándosele una barra de grillos. El día que su anciana madre le visitaba en la prisión, se ponía en cama, pretextando enfermedad, á fin de evitarle el dolor de ver cargados sus pies con hierros. Condenado «por equidad» á destierro según se dijo antes, se dirigió al Janeiro, donde se encontró con sus antiguos amigos Alvear, Nicolás Herrera y García, en cuyos trabajos secretos fué sin duda iniciado.

Admirador de Belgrano, á quien sin embargo no conocía personalmente, justo apreciador de las calidades de su discípulo Rivadavia, amigo de Pueyrredón, de don Manuel Antonio Castro y de otros patriotas notables, miembros de la logia, participaba de las ideas políticas de una gran parte de sus más ilustrados contemporáneos, y se había decidido por las ideas monárquicas. Restituído á la patria bajo el Directorio de Pueyrredón, es probable que tomara parte en sus acuerdos secretos, aunque no nos consta. Hombre de letras, de conversación amena, de carácter suave, de pasiones moderadas, fiel á sus amigos y amante de su patria, gozaba de mucho crédito y simpatías, cuando en 1818 fué nombrado para ir á negociar en Europa

la independencia argentina sobre la base del plan preparado por sus discípulos García y Rivadavia, y tan enfáticamente anunciado por su amigo Pueyrredón. Más literato que político, algo inocentón y crédulo, sin la suficiente penetración para juzgar de los hombres y de las cosas en la vida práctica, le faltaba la energía iniciadora de Rivadavia y la habilidad consumada de García; pero, por sus antecedentes patrióticos y por las ideas que profesaba, merecía representar diplomáticamente la causa de la independencia y era indicado para ser ante los gobiernos europeos el intérprete de las ideas que el plan envolvía.

En la credencial de que fué provisto, se decía: que «la situación de los negocios de Europa y América »habían decidido el nombramiento del señor Gómez »cerca de las Cortes europeas, con calidad de estable»cer su residencia en París, retirándose el señor Riva»davia á Londres; y que llevaba facultades para ne»gociar y hacer proposiciones al ministerio francés, á »fin de hacer cesar las hostilidades que inundaban en »sangre á las provincias del Río de la Plata, acreedo»ras á mejor suerte, por cuyo resultado clamaban sus »habitantes y naturales, deseando los momentos de es»ta «feliz metamorfosis», aunque resueltos á sostener »á todo trance su independencia.»

En las instrucciones se le prevenía se «dirigiese pri»meramente á la Corte del Brasil, y allí pidiese al »enviado García le instruyera del estado de los nego»cios á su cargo, tomando de él los conocimientos ne»cesarios «al objeto de su misión», acordando el medio »de comunicarse.» Llegado á París, se le ordenaba en ellas «exigiese inmediatamente del enviado Rivadavia »le instruyese «radicalmente» del estado de los nego»cios á su cargo y le entregara todos los papeles y do»cumentos concernientes á ellos, procurando proceder »de acuerdo con él en lo demás, por hallarse investido »del mismo carácter y de iguales facultades.» Después de esto: «oiría las proposiciones del ministerio fran»cés y traído lo convencionado á los términos más »ventajosos á la independencia absoluta del país, da-

»ría cuenta á la mayor brevedad por la vía de Londres «(Rivadavia) ó de Janeiro (García).» Para el caso que no diese resultados la negociación, cerca del gobierno francés, se le indicaba que «su comisión era exten»siva á toda potencia que no fuese la de España ú »otra de segundo orden.» Por último, se le ponía por »regla que «no podría llevar á término ninguna negociación sin esperar la sanción del Congreso.»

Cuando estas instrucciones fueron expedidas, aun no se había terminado la obra de la Constitución definitiva del país. Trasladado el Congreso á Buenos Aires, había abierto sus sesiones en esta ciudad el 12 de mayo de 1817. Desde Tucumán traía entre manos la reforma del «Estatuto provisional» de 1815, que era hasta entonces (al menos en teoría) la ley fundamental del Estado. Objetada la reforma por el Poder Ejecutivo, así que este trabajo fué terminado, volvió á tomarse en consideración, y el 3 de diciembre de 1817 fué al fin promulgado bajo el título de «Reglamento provisorio», en que se dejó casi en blanco lo relativo al Poder Legislativo armando al ejecutivo de facultades cuasi omnímodas, bajo un sistema de más absoluto centralismo. En seguida empezó la obra lenta de la organización definitiva, y á pesar de que algunos diputados opinaron que debía postergarse hasta que el país se encontrara en condiciones normales y pudiera pronunciarse sobre la forma de gobierno, y si ésta había de ser «monárquica ó republicana», ya federal, ya unitaria, la mayoría decidió que debía darse la Constitución.

De este trabajo se hallaba ocupado el Congreso, cuando se recibieron las notas de Rivadavia y de García, que abrían nuevos horizontes á la política internacional, del punto de vista de la independencia y de la monarquía. Las instrucciones que en consecuencia se dieron, reflejan el estado de los espíritus. Firmes en la idea de la independencia, buscaban la paz y la estabilidad por todos los caminos, aceptando todas las formas de gobierno, y tal vez con preferencia la monárquica, que, según las ideas de la época, debía uni-

formar la política universal y dominar el desorden interior, dando al gobierno nueva fuerza moral y material. Así, al dar instrucciones á Rivadavia para tratar y contratar con las cortes europeas, se le daba por fórmula: «todo cuando pudiese convenir á la felicidad y al honor» de las provincias del Río de la Plata, sin definir nada respecto de la forma de gobierno, limitándose á llamar su atención sobre los artículos del proyecto de Constitución ya sancionados relativos á la religión del estado y á la organización del Cuerpo Legislativo. Si algún alcance político tenían estas prevenciones, él no podía ser otro que excluir del trono del Río de la Plata á todo príncipe que no fuese católico, y por consecuencia á las casas de las grandes potencias de la comunión protestante. En cuanto á lo proyectado con relación al poder legislativo, lo más notable era un Senado oligárquico, elegido por las municipalidades y las diferentes corporaciones políticas, eclesiásticas y militares, que así podía convenir á una monarquía democrática á la holandesa, como á una república aristocrática á la veneciana. Por lo demás, salvo la declaración de residir originariamente la soberanía en la nación y la designación de un Director Supremo elegido periódicamente por el voto indirecto del pueblo, la forma de gobierno no se definía, bien que esencialmente fuese republicana. Como el del reglamento provisorio, su plan era rigurosamente unitario, calculado para constituir un vigoroso poder central al cual se daba la atribución de nombrar por sí los gobernadores de provincia.

No entra cronológicamente en este cuadro el resultado de la misión de don Valentín Gómez; pero para completar la historia de este período de la diplomacia secreta, y no romper la unidad de la narración, anticiparemos que ella no dió los resultados que sus autores se prometían. Cuando Gómez llegó á Europa, en los primeros meses de 1819, estaba reunido el Congreso de Aix-la-Chapelle, y pudo convencerse que la política de los soberanos de las grandes potencias europeas, sin ser directamente hostil á la in-

dependencia, era expectante en un sentido y peligroso en otro; que sólo intervendría diplomáticamente cuando la España se declarase vencida, y esto al solo efecto de proponer alguna combinación monárquica, que diese por resultado la extinción de los nuevos gobiernos republicanos en Sud América. La diplomacia portuguesa, de conformidad con las manifestaciones del ministro Villanova á García, trabajaba activamente en este sentido. En tal situación, le fué propuesta por el Gabinete francés, la coronación del duque de Luca, soberano desposeído del reino de Etruria, para monarca del Río de la Plata, bajo la protección de la Francia, con la condición de allanar las dificultades con España, y de interesar al Portugal en el plan por medio del enlace de una princesa del Brasil con el nuevo candidato al trono argentino, facilitando así la evacuación de la Banda Oriental. El duque de Luca pertenecía como Borbón á la casa reinante de España, y no se podía considerar ni aun en el orden de las ínfimas potencias; por lo tanto, se hallaba expresamente excluído por el artículo 7.° de las instrucciones. Empero, el plenipotenciario argentino interpretándolo latamente, creyó que las ofertas de la Francia lo modificaban. En consecuencia contestó que «no se hallaba completamente autorizado» para tratar sobre esta base, pero que lo transmitiría al conocimiento de su gobierno, en la inteligencia de que el gobierno francés procuraría «convencer al rey de España para que diese otra dirección á la expedición »de Cádiz.» En todo convino confidencialmente el ministro de Luis XVIII, el general Dessolles, haciendo constar del mismo modo la propuesta en una memoria sin firma ni fecha, de que el barón de Reyneval, director de Relaciones Exteriores, le hizo posteriormente entrega. Este plan no tenía seriedad, ni podía tener consecuencia, y al comunicarlo, Gómez se limitaba á decir por escrito: «Que siendo imposible toda »combinación de un príncipe de la dinastía de las cin»co grandes potencias, la propuesta de la Francia en »las circunstancias antedichas, tendría probablemen-

»te su aprobación.» Sin embargo, verbalmente encargaba al enviado de Chile don José de Irizarri, transmitiera estas proposiciones á su gobierno, y de acuerdo con Rivadavia, recomendaba encarecidamente al emisario de Irizarri don Mariano Gutiérrez Moreno, que hiciera presente al gobierno argentino «que no »dejase escapar una ocasión tan favorable y de tan »conocidas ventajas para el país.»

Cuando esta propuesta llegó á Buenos Aires, Pueyrredón había dejado de ser Director y la Constitución había sido solemnemente promulgada el 25 de mayo de 1819. En el «Manifiesto» con que fué recomendada á los pueblos se decía que ella «no era ni la democracia de Ate»nas, ni el régimen de Esparta, ni la aristocracia pa»tricia, ó efervescencia plebeya de Roma, ni el go»bierno absoluto de Rusia, ni el despotismo de Tur»quía, ni la confederación complicada de algunos Es»tados. Es un Estado medio entre la convulsión demo»crática y el abuso del poder limitado.» Entre estos grandes espacios trazados á la nueva Constitución, cuyos límites eran el sultán de Turquía por una parte y el presidente de los Estados Unidos por la otra, ¡ bien cabía un príncipe de Luca !

El Congreso, á propuesta del Director interino, tomó el proyecto en consideración, y á pesar de reconocer que era incompatible con la Constitución sancionada, lo aprobó en todas sus partes, con la condición de que si la Inglaterra lo resistía, el tratado quedase sin efecto, calculando que en caso contrario su apoyo le daba la eficacia de que carecía, y que de todos modos se ganaba tiempo á fin de paralizar la gran expedición de Cádiz, que era el fantasma alrededor del cual giraba toda la política internacional. Consecuente con esta resolución, se le autorizó á Gómez para que «con»testase al ministro francés, que el Congreso de las »Provincias Unidas, después de considerar con la más »seria meditación la propuesta del establecimiento de »una monarquía constitucional, colocando en ella bajo »los auspicios de la Francia al duque de Luca enlaza»do con una princesa del Brasil, no la encontraba in-

»conciliable ni con los principales objetos de su revo»lución, que era la libertad é independencia política, »ni con los grandes intereses de las mismas Provincias »Unidas.» Varios diputados salvaron su voto; pero sólo don Jaime Zudáñez lo hizo en términos explícitos, formulando su protesta de este modo: «No estando »en mis facultades contrariar la expresa voluntad de »mi provincia por el gobierno republicano, manifesta»da en las instrucciones á sus diputados para la Asam»blea general constituyente, ni variar en su principio »fundamental la Constitución del Estado, me opongo »á la propuesta hecha por el ministerio francés para »admitir al duque de Luca como rey de las Provincias »Unidas.» El doctor don José Severo Malavia, diputado como Zudáñez por el Alto Perú, declaró que él había sostenido en el debate la proposición contraria, no obstante lo que las instrucciones invocadas por Zudáñez disponían en contra, porque no se creía obligado á arreglar su conducta por ellas en razón de lo que habían variado las circunstancias políticas, «únicas »que debían determinar las conveniencias públicas; y »porque además podía asegurar que la opinión de sus »comitentes no estaba en contradicción con su voto, »pues que lo único que le habían encargado era la »conservación de la religión del Estado y el estableci»miento de una monarquía constitucional, por lo cual »no había vacilado un momento en aceptar la pro»puesta del gobierno de Francia, como estaba dispues»to á firmar su preliminar como el único medio de »terminar la guerra exterior y resolver las cuestiones »interiores, pidiendo que esta manifestación se hiciese »constar en el acta.»

Todo se consultó y se previó en las nuevas instrucciones de que fué provisto el plenipotenciario, menos la opinión del país y el desenvolvimiento de los sucesos. Estos, como de costumbre, marcharon por sus caminos, fuera de las previsiones de los políticos subterráneos. La expedición de Cádiz se disolvió por sí misma más tarde, sublevándose contra el rey de España.

La Francia declinó toda responsabilidad en un negociado con aire de intriga de comedia, que comprometía ante el mundo su seriedad. El duque de Luca fué el último soberano que reinó en la imaginación de los monarquistas del Río de la Plata.

Estas maniobras tenebrosas, que revestían ante el país los caracteres de la traición, lejos de normalizar su situación ante propios y extraños, no hacían sino desconsiderarlo ante el mundo, y desautorizar al gobierno general, sublevando la opinión republicana de sus clases ilustradas y dando pábulo á las pasiones políticas.

La democracia semibárbara que según la pintoresca expresión de un historiador argentino, «estaba esperando el resultado de las deliberaciones del Congreso con la rienda del caballo en una mano y la lanza en la otra», había montado á caballo y la guerra civil ardía en todo el litoral argentino. El ejército de Belgrano, atraído por ella, venía á precipitarse fatalmente en su vorágine.

CAPITULO XXXVIII

La Guerra del litoral

1817-1819

Doble influencia de la invasión portuguesa á la Banda Oriental.—Artigas acusa de traidor á Pueyrredón.—Situación de las provincias del litoral.—Artigas y Ramírez.—Levantamiento de Entre Ríos en favor de la unión.—Expedición de Montes de Oca á Entre Ríos y su derrota.—Nueva expedición á Entre Ríos de Don Marcos Balcarce.—Batalla del Saucecito.—La escuadrilla portuguesa domina el Uruguay.—Nuevos contrastes de Artigas.—Situación del litoral.—Una división del ejército del Perú marcha á Córdoba.—Carácter de Bustos.—Nueva campaña contra Santa Fe.—El general Don Juan Ramón Balcarce.—Plan de campaña.—Bustos en el Fraile Muerto.—Primeras operaciones.—Combate del Paso de Aguirre.—Ocupación y evacuación de la ciudad de Santa Fe.—Retirada de Balcarce al Rosario.—Santa Fe es auxiliada de Entre Ríos y Corrientes por agua y por tierra.—Pedro Campbell.—Contrastes de los partidarios de la unión en Entre Ríos.—Sinopsis histórica sobre la anarquía y el caudillaje.—Contrastes de la escuadrilla frente á Santa Fe.—Balcarce se repliega á San Nicolás.—El general Viamonte reemplaza á Balcarce é invade de nuevo á Santa Fe.—López toma la ofensiva y marcha sobre Córdoba.—Sorpresa de las Barrancas.—Sitio del Rosario por los montoneros.—Belgrano avanza sobre Santa Fe con todo su ejército.—Sublime comedia del general San Martín.—Influencia de ella en la guerra civil.—Armisticio del Rosario en 1819.—Nuevo prospecto histórico.

La invasión portuguesa á la Banda Oriental, como ha podido verse, es el nudo de una doble serie de acontecimientos, que por una parte se ligan con el mundo exterior y que por la otra se complica con la política interna. Esta invasión, preparada por la ambición del Brasil y atraída por la anarquía de la Banda Oriental y cohonestada con ella; fomentada por una diplomacia tenebrosa y combinada con la política interna y externa del gobierno argentino; complicada con la actitud de la España y el Portugal respecto de las colonias americanas en insurrección, y relacionada indirecta ó indirectamente con la Santa Alianza

en Europa, hizo sentir desde luego su doble influencia en ambos mundos.

En el orden externo, tal acontecimiento produjo sus consecuencias necesarias. Las buenas relaciones entre el Portugal y la España se alteraron, y todo acuerdo de estas dos naciones contra la revolución de las Provincias Unidas, se hizo imposible. La expedición española contra el Río de la Plata, que se preparaba en Cádiz, se hizo militarmente impracticable, desde que, declarándose neutral el Brasil, le cerraba los puertos orientales y le privaba de un punto de apoyo indispensable. El estado vidrioso de las relaciones entre el gobierno argentino y el brasileño, se normalizó en cierto modo, al determinar una regla internacional para el presente y una base de acuerdo para lo futuro, guardando mientras tanto la paz de hecho. Bajo estos auspicios, las relaciones del Río de la Plata con las potencias europeas, se hicieron menos tirantes, poniendo á la Inglaterra de parte del Portugal, y enajenó á la España las simpatías de la Santa Alianza en su cuestión con las colonias insurreccionadas.

En el orden interno, su acción fué no menos decisiva, obrando en sentido opuesto. Por un lado hizo imposible la guerra que Artigas intentaba hacer al gobierno general; pero, por otro, creó un nuevo peligro, con la vecindad de un ejército extranjero establecido en territorio argentino, con el consentimiento de hecho y al parecer con la complicidad del soberano. Si bien la intervención armada del Brasil dominó la anarquía de la Banda Oriental, ante la cual se había mostrado impotente la República Argentina, este resultado, obtenido á costa de su decoro y su derecho, embravecía la anarquía del litoral, robusteciendo la acción disolvente de Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe, que se declararon en rebelión permanente contra el gobierno general. En otro sentido, esta misma actitud de las provincias del litoral, á la vez que debilitaba el poder local de Artigas, hacía surgir al occidente del Uruguay nuevas influencias, que, á pesar de sus tendencias anárquicas, se inspiraban en intereses y

pasiones argentinas, que reaccionaban contra los propósitos antinacionales del caudillo oriental. La opinión pública, irritada por la agresión brasileña, reprobó la política de contemporizaciones del gobierno argentino con el invasor; y aun los que no simpatizaban con Artigas, la consideraban por lo menos sospechosa. Por último, Artigas denunció públicamente al Director Supremo, como traidor á la causa de los pueblos del Río de la Plata y complotado con el enemigo extranjero.

Aun cuando en un principio el Director Pueyrredón estuvo dispuesto á afrontar la cuestión argentino-brasileña con todas sus consecuencias, el hecho es que la invasión, ejecutada con conocimiento previo del gobierno argentino, autorizada por su diplomacia y no repelida de alguna manera, una vez realizada, revestía un carácter de connivencia ó tolerancia, que, siendo depresivo de la soberanía argentina, comprometía la dignidad de sus poderes públicos. Reflejaba un siniestro colorido sobre esta situación equívoca, la circunstancia de que, mientras los orientales peleaban y morían defendiendo el territorio argentino, el gobierno de las Provincias Unidas mantenía sus relaciones políticas y comerciales con la nación invasora, y la más cordial inteligencia con el general invasor.

Empero, las declaraciones públicas de Pueyrredón al protestar contra los actos de Lecor, aplaudiendo la resistencia de los orientales; los auxilios de armas dados á Rivera por el gobierno argentino y el anhelo de una parte de los mismos parciales de Artigas, en buscar la salvación por la unión argentina, aconsejaron al último, procurar entenderse con el Directorio. En este sentido se abrieron negociaciones, que desgraciadamente escollaron en la infatuación de Artigas, quien pretendía que todos los recursos de la Nación se pusieran á su disposición, sin condiciones, sin reincorporarse la provincia oriental á la unión, y sin reconocer la dirección suprema del gobierno general ni en lo político ni en lo militar. Este malogro, las sucesivas derrotas por él sufridas, la protección dada por

el Directorio á las tropas que habían abandonado sus filas, y la noticia de que se trataba de minar la base de su poder en Entre Ríos, exasperaron al último grado al soberbio caudillo oriental.

La indignación de Artigas estalló en una nota extravagante y terrible, redactada por su secretario Monteroso, fraile apóstata y depravado, de vulgar instrucción, que poseía el arte de traducir los odios de su jefe, halagando su vanidad en frases resonantes y sin sentido. En ella acusaba al Director Pueyrredón de haber permitido la exportación de trigos para surtir la plaza de Montevideo ocupada por el enemigo, promovido la insurrección en territorios de su dependencia, prestado protección á los prisioneros portugueses prófugos, fomentado á la vez la deserción en las tropas orientales de acuerdo con el general portugués, terminando por denunciarlo como traidor. «¿No son »los portugueses de este año (le decía en ella) los »mismos del pasado? ¿Ahora y entonces no subsis»tían las mismas diferencias? Confiese V. E. que sólo »por realizar sus intrigas puede representar ante el »público el papel ridículo de un neutral. El Supremo »Director de Buenos Aires no debe, no puede serlo. »¿No reconvino V. E. al general Lecor por la conmi»natoria proclama contra los orientales? Pero, sea V. E. »un neutral, un indiferente ó un enemigo, tema justa»mente la indignación ocasionada por sus desvaríos: »tema con justicia el desenfreno de unos pueblos que »sacrificados por el amor de la libertad, nada les »acobarda tanto como perderla. Desista de concebir tan »pobre pensamiento, que de los fragmentos de sus »ruinas, podrá cimentarse algún día el alto Capitolio »que simbolice nuestra degradación.» (sic).

Prescindiendo de que los hechos apuntados reconocían por principal causa la actitud del mismo Artigas, ellos eran evidentes; y si se toma en cuenta, que era su creencia que la invasión portuguesa había sido atraída por el gobierno argentino, no puede negársele justicia para exclamar con amargura: «Yo en cam»paña, y repitiendo las sangrientas escenas de la gue-

»rra contra los injustos invasores, y V. E. debilitando »nuestra energía, con la mezcla de unos negocios que »no dejan de excitar fundadas sospechas. Yo empe»ñado en el contrarresto de los portugueses, y V. E. en »favorecerlos.» Y terminaba con una verdadera declaración de guerra: «V. E. no ha cesado de irritar mi »moderación, y mi honor reclama por su vindicación. »Hablaré por esta vez y hablaré para siempre. V. E. es »responsable ante las aras de la patria de su inacción »ó de su malicia contra los intereses comunes. Algún »día se levantará ese tribunal severo de la Nación y »en él debe administrarse justicia.»

Esta conminación alarmó seriamente al Director Pueyrredón. Persuadido de que el caudillo oriental, vencedor de los portugueses, volvería sus armas contra el gobierno nacional, y que vencido le traería igualmente la guerra con las últimas reliquias de sus bandas, ocupábase á la sazón de fomentar la sublevación del Entre Ríos, á fin de arrebatarle esta base de operaciones, aislándose de Santa Fe, que era su vanguardia, al occidente del Paraná. Artigas había sentido estos trabajos, y fué en consecuencia de ellos que dirigió á Pueyrredón la nota que acabamos de analizar.

Las provincias del litoral, que en aquella época obedecían á Artigas, eran, según queda explicado, las de Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos. Artigas, dueño y señor de la Banda Oriental, se imponía á todas ellas por su influencia, por sus armas, ó por medio de sus procónsules, denominándose «Protector de los pueblos libres.» De este modo mantenía una especie de confederación de hecho, sin más ley que la fuerza, ni más voluntad que la suya. Empero, la acción absoluta del caudillo, se hacía sentir desigualmente en estos territorios anarquizados ú oprimidos.

En Corrientes, imperaba la más cruda tiranía. Constituída en provincia de la Unión en 1813, pronunciada por la federación en 1814, vuelta á la obediencia del gobierno nacional en el mismo año, conquistada á sangre y fuego por las bandas artigueñas en 1815, en jaque constante por los indios misioneros que

acampaban en sus inmediaciones á órdenes del cacique Andresito, Corrientes formaba parte de la liga federal, de que Artigas se llamaba «Protector», regida por un gobernador, que dependía en todo y por todo del caudillo oriental, aspirando secretamente sus habitantes á volver á la unión.

La provincia de Santa Fe, desligada de Buenos Aires, se había dado un gobierno propio, con formas municipales y un caudillo absoluto en lo político y militar. Después de la invasión del general Viamonte, que restableció allí el predominio provincial de Buenos Aires, sobrevino la reacción, apoyada por Artigas, que derribó el teniente gobernador Tarragona, representante de la influencia porteña. Sucedióle como gobernador autonómico don Mariano Vera, hombre de algún valer, bajo cuyos auspicios tuvo lugar el rechazo de la invasión de Díaz Vélez. En todos estos sucesos cupo una parte muy señalada á don Estanislao López, santafecino que había militado en los ejércitos nacionales. Soldado en la reconquista de Buenos Aires, sargento en la expedición al Paraguay, prisionero en Paraguary, se había incorporado al ejército patriota que sitiaba á Montevideo, fugándose á nado de un buque de guerra español, donde se hallaba detenido en el puerto de esta plaza. En clase de alférez había regresado á su provincia, donde organizó un cuerpo de Dragones que fué el núcleo de su ejército. De un valor sereno, manso por temperamento, ambicioso y emprendedor, poseía un talento natural y cierta habilidad gauchi-política, que le granjearon gran ascendiente entre sus paisanos. Elevado por Vera de la clase de teniente á la de coronel, no debía tardar en sobreponérsele nombrándose á sí mismo gobernador y general vitalicio. En razón de su situación territorial al occidente del Paraná y del apoyo moral y material que le prestaba la opinión compacta de su provincia, la influencia de Artigas no pesaba tanto sobre él, y se mantenía en una independencia relativa guardando un equilibrio gauchi-político, confederado con el Protector á título de caudillo local, pero sin

desligarse del organismo argentino, observando ciertos miramientos para con Buenos Aires y las demás provincias.

El Entre Ríos era una asociación elemental, dividida topográficamente en tribus pastoras y militares, gobernadas por régulos independientes entre sí, sin más cohesión que la del territorio, ni más vínculo que el del caudillo prepotente, que dominaba cada localidad. La región del Paraná obedecía á la influencia del caudillo don Eusebio Hereñú, que tenía su asiento en la Bajada, y á quien se subordinaban los caudillos de segundo orden don Evaristo Carriego, su segundo, don Gervasio Correa, comandante de Gualeguay, y don Gregorio Samaniego, vecino prestigioso de Gualeguaychú. Estos caudillos, que formaban una especie de liga parcial, hacía tiempo que soportaban con impaciencia el yugo de Artigas, inclinándose á la unión nacional. El temor de envolverse en la guerra que desolaba á la Banda Oriental y de que el Entre Ríos fuese presa de la invasión extranjera, acabó de decidirlos en este sentido. Contrapesaba, por la parte del Uruguay, la influencia de estos caudillos, otra que debía sobreponerse á todos ellos, incluso el mismo Artigas, y que estaba destinado á iluminar con resplandores siniestros las páginas de la historia argentina. Era éste don Francisco Ramírez, hombre dotado de ciertas cualidades, que, en el medio en que figuraba, asumían las proporciones del genio nativo, y que en un estado de civilización embrionaria, como se ha dicho de él, poseía aquellas prendas físicas que abrieron á un pastor errante de los bosques del Danubio la carrera por donde pudo llegar triunfante hasta las puertas del Capitolio romano. Soberbio, ambicioso y valiente, había establecido una disciplina severa en sus tropas, que le había granjeado el respeto de los soldados y el temor de los habitantes de la comarca. Los demás comandantes le miraban con recelo y Artigas lo respetaba como un aliado poderoso. El por su parte, sin negar su concurso militar á Artigas, se mantenía en los límites de su territorio, sin con-

fundir sus armas con las del caudillo. Su cuartel general era el Arroyo de la China (hoy la Concepción del Uruguay). A medida que Artigas, estrechado por las armas portuguesas, era empujado en derrota sobre la margen izquierda del Uruguay, su poder y su prestigio declinaban, en la misma proporción en que el de Ramírez crecía. Otro rasgo característico distinguía la fisonomía política de estos caudillos. Artigas era un anarquista antinacionalista, cuya tendencia era desligar á la Banda Oriental y á los territorios que le obedecían, de la comunidad argentina, formando causa común con el Paraguay, y que prefería perder su país entregándolo vencido al extranjero, antes de reconciliarse con las Provincias Unidas. Ramírez, por el contrario, aunque federalista, se reconocía miembro de la familia argentina, aspiraba á influir en sus destinos y miraba con odio al Paraguay, así es que sus pasiones, sus instintos y sus intereses, alejándole del titulado Protector, que ya no podía protegerse á sí mismo, lo arrastraban fatalmente á ponerse en pugna con él, más tarde ó más temprano.

En tal situación de las provincias del litoral, no habría sido difícil propiciarse la buena voluntad de Santa Fe, reconociendo su independencia municipal, que ya era un hecho triunfante y consentido. Desarmada así la vanguardia de Artigas, la paz de ambas márgenes del Paraná era un hecho; la influencia de Hereñú, que se inclinaba á la unión, se habría robustecido; Ramírez se habría contenido entonces tal vez dentro de sus límites por la parte del Uruguay, y en todo caso podría haberse fomentado su división con Artigas, vinculándolo á los intereses argentinos. Vencido definitivamente Artigas por los portugueses, lo que era una cuestión del tiempo, el estado violento de Corrientes cesaba de hecho, y su reincorporación al sistema de la nacionalidad argentina, debía producirse naturalmente como sucedió después. El tiempo, la paz y la gravitación de los intereses comunes, habrían resuelto al fin un problema que la guerra había sido impotente para resolver en lo pasado, y que no

podía sino complicarlo en lo futuro, dando á la anarquía mayor fuerza, y á su causa la razón de ser de que carecía. Estas eran también las ideas del Director Pueyrredón, inspiradas por un patriotismo prudente é impuestas por la necesidad.

La guerra emprendida contra la Banda Oriental en 1814 y 1815, había terminado desastrosamente con la derrota de las armas nacionales y el abandono de la plaza de Montevideo arrebatada á los españoles. La expedición de 1814 contra el Entre Ríos tuvo igual desenlace. Santa Fe había dado cuenta de los ejércitos y escuadrillas de Buenos Aires en las dos expediciones que sucesivamente se dirigieron contra ella. Estaba, pues, prácticamente demostrada la impotencia de las armas para combatir el caudillaje y la anarquía. Por otra parte, no haciéndose la guerra al invasor extranjero, que ocupaba á mano armada una parte del territorio nacional, era una inmoralidad y un contrasentido político, llevarla á territorios que se hallaban respecto de las Provincias Unidas en condiciones menos irregulares que la Banda Oriental. Desgraciadamente, el Director halagado por ilusiones, asediado por importunos consejeros y alarmado por las amenazas de Artigas, se decidió contra sus convicciones á dar la nueva señal de la guerra civil, que debía conflagrar á toda la República, hacer imposible su gobierno y destruir en un período no muy lejano, el orden de cosas que presidía. El mismo lo reconoció, aunque tarde, como se verá muy luego.

Hemos dicho que, al tiempo de recibir la carta conminatoria de Artigas, el Director se ocupaba en fomentar la sublevación del Entre Ríos contra Artigas. En efecto, en septiembre de 1817 había llegado á Buenos Aires don Gregorio Samaniego, quien informó al gobierno que los habitantes del Entre Ríos estaban decididos á unirse á la Nación, y obtuvo algunas municiones, prometiéndosele auxilios eficaces, en el caso de que el pronunciamiento tuviese lugar. Este hecho conocido por Artigas, dió lugar á la carta de que antes nos hemos ocupado. En consecuencia, en diciembre

de 1817, Hereñú dió en el Paraná el grito de sublevación contra Artigas, sometiéndose sin condiciones al gobierno directorial. Fué secundado por Carriego, y seguido inmediatamente por Correa en Gualeguay y Samaniego en Gualeguaychú, reclamando los auxilios prometidos.

Pueyrredón vaciló; pero dispuso al fin remitir un nuevo auxilio de armamento, esperando que la guerra civil se alimentase con la resistencia del mismo Entre Ríos. Ultimamente, arrastrado por sus compromisos, se decidió á enviar una expedición militar. El ministro de la guerra al explicar las causales que determinaban esta nueva actitud bélica, decía oficialmente: «Depués que una larga experiencia de disturbios y de »anarquía, con que ha sido afligida la Banda Orien»tal por la conducta del desnaturalizado Artigas; y »después que este opresor ha tenido en conflicto la cau»sa general del país, la libertad y la independen»cia, etc., etc., ha puesto al fin el sello á su procaci»dad y barbarie, cometiendo el arrojo de declarar »abiertamente la guerra á la capital. Los efectos de tan »horrorosa empresa se han hecho sentir de un modo »diverso del que se prometía aquel caudillo: los pue»blos pertenecientes á las provincias de Entre Ríos y »sus adyacencias, aprovechando los momentos con que »les brinda una suerte más favorable, han demanda»do con encarecimiento los más prontos auxilios para »obrar de consuno con la capital en el restablecimien»to del orden y reconocimiento de la suprema autori»dad de la Nación. El gobierno, satisfecho de las bue»nas intenciones de aquellos habitantes, no vaciló un »momento en volar á su socorro. Empeñada la superio»ridad en sostener esta empresa, empleará, si fuese »preciso, todas las fuerzas del Estado.»

Las consecuencias de este paso dado sin plan político ni militar, sin elementos suficientes y hasta sin jefes capaces de dirigir la empresa, fueron epilogadas tres años después por el mismo Pueyrredón, cuando la catástrofe por él provocada, se había producido: «Es»ta imprudencia (dice Pueyrredón) es la única man-

»cha que reconozco en mi administración; ella encen»dió de nuevo la discordia y ocasionó una repetición »de actos hostiles, que pusieron en formal empeño el »poder del gobierno.» Verdad que decía al mismo tiempo en su descargo, «que era un deber del ministerio »que ejercía propender á la total unidad del terri»torio»; pero, olvidando este deber, más imperioso aún, respecto de la Banda Oriental invadida, olvidaba además la ligereza con que había procedido en la preparación de los medios, mal calculados para tan trascendental decisión.

La expedición fué preparada á la ligera. Componíanla 500 á 600 hombres de las tres armas. Nombróse para mandarla al coronel don Luciano Montes de Oca, que había servido en los primeros ejércitos de la revolución y halládose en la derrota de Huaqui, pero más acreditado como maestro de carretas, que como soldado, concepto que él mismo justificaría por una ineptitud militar que debía hacerse proverbialmente famosa. Este jefe, al tiempo de emprender su marcha, proclamó á sus tropas encargando «respeto en el más alto grado» á las «esposas, hijas y fortunas» de los habitantes de Entre Ríos, terminando por decirles: «Cerca tenéis los laureles con que debéis coronaros.» El Director les dirigió la palabra diciéndoles: «La expe»dición que marcha al Entre Ríos, va con el objeto de »proteger los derechos de aquellos pueblos, que para »recuperarlos han implorado auxilio. La presente ad»ministración no ha hecho ni pretende hacer la gue»rra á sus hermanos y compatriotas. Todo su anhelo »es favorecer los proyectos de los buenos ciudadanos, »que han conocido por experiencia cuán perjudicial »es al sistema de la América la doctrina de don José »Artigas.»

Los transportes que conducían la expedición, convoyados por varios buques de guerra, zarparon del puerto de Buenos Aires el 15 de diciembre (1817).

En las instrucciones reservadas que se dieron al jefe militar de ella y al comandante del convoy, se les prevenía: que sin detenerse en punto alguno se

dirigiesen al puerto de Ibicuy en el Entre Ríos. Llegados á su destino, debían ponerse en comunicación con los amigos de la costa, por medio de señales de día y de noche, ya de antemano convenidas.

Verificado el desembarco con las precauciones debidas, se daría inmediato aviso á Hereñú en la Bajada, previniéndole marchase á incorporarse con sus fuerzas para defender en común á la provincia de Entre Ríos contra las hostilidades probables de Artigas.

En seguida, debía la expedición ocupar sin pérdida de tiempo la Villa del Arroyo de la China, en combinación con las fuerzas de Correa y Samaniego, á quienes auxiliaría con armas y oficiales, recibiendo de ellos las cabalgaduras necesarias para entrar en operaciones. En lo demás debía obrar según su prudente discreción, en la inteligencia que su misión era proteger la provincia de Entre Ríos, recomendándosele muy especialmente «el respeto por la mujer», como »la propiedad más querida del hombre, y el mayor »cuidado para que nadie se acercase á la artillería con »riesgo de que fuese clavada, en un país donde no »puede distinguirse el enemigo del amigo.»

Este embrionario plan de campaña, cuya ejecución se libraba discrecionalmente á un jefe sin aptitudes, sin autoridad moral y sin suficientes recursos, mostraba que el gobierno general procedía sin ideas políticas ni militares, y que el fracaso de las anteriores expediciones sobre el litoral, nada le había enseñado. Provocaba la guerra sin prever sus consecuencias; abría una campaña ofensiva sin tomar en cuenta las resistencias locales que debía encontrar; desconocía el teatro en que sus tropas iban á operar, y no tenía ni aun la conciencia del estado moral del país, no obstante que reconocía que todo él era enemigo, y sólo recomendaba á sus tropas el mayor respeto por las mujeres ajenas. ¡Con toda esta impremeditación se provocó la gran guerra del litoral argentino, que debía ensangrentar por largos años á la República, disolviéndola políticamente!

La expedición porteña, favorecida por vientos propicios, entró por el Paraná Guazú y siguió por el canal de Ibicuy, con arreglo á sus instrucciones. El 19 de diciembre (1817) llegó al paso de los Toldos inmediato á la barra del Gualeguay, por donde se comunica la tierra firme entrerriana con la gran isla del Pillo. Allí se hallaban refugiados Samaniego y Correa, con poco más de 200 hombres y las familias de Gualeguaychú y Gualeguay, que los habían seguido. Sitiábalos don Francisco Ramírez al frente de 300 hombres. El terreno que ocupaban era un ribazo, llamado en el país albardón, situado en la margen izquierda del Ibicuy y dividido de la tierra firme por un gran anegadizo ó bañado. Su estado de miseria era tal, que la expedición, en vez de recibir de ellos los auxilios que esperaba, tuvo que distribuir sus víveres para alimentar á las tropas y familias entrerrianas. Véase lo que había sucedido.

Apenas iniciado el pronunciamiento de Gualeguaychú, Gualeguay y Bajada del Paraná, Ramírez, con sus elementos organizados y con su genial audacia y actividad, se había puesto en campaña, ordenando la inmediata reunión de las milicias del Arroyo de la China. Samaniego en Gualeguaychú, sin fuerzas con que hacer frente á Ramírez, se había replegado sobre la reunión de Correa en Gualeguay. Perseguidos y desmoralizados ambos caudillos, habían tenido que refugiarse con las familias de los comprometidos, en el albardón de los Toldos antes que Hereñú y Carriego hubieran podido apoyarlos desde el Paraná.

A pesar de este contratiempo, aun pudo haberse restablecido la campaña, si Montes de Oca hubiese obrado con energía y actividad.

Atacar inmediatamente á Ramírez, que á la sazón se hallaba al frente con fuerzas muy inferiores; recuperar el terreno perdido; hacerse de elementos de movilidad; traer á sí las fuerzas de Hereñú y marchar resueltamente á ocupar la línea del Uruguay con 2.000 hombres que pudo haber reunido, tal era el plan de operaciones que aconsejaban las circunstancias.

En vez de aprovechar el tiempo, la expedición llegada á los Toldos el 19, á las 9 de la noche, sólo desembarcó al día siguiente. En vez de atacar sin perder momentos, el primer acto de Montes de Oca fué dirigir á Ramírez una intimación, avisándole «que los pue»blos de Gualeguaychú y Gualeguay y muchos veci»nos de Entre Ríos, habían pedido auxilio al gobier»no de las Provincias Unidas, temerosos de sucum»bir á una dominación extranjera por la falta de po»der y de aptitudes de Artigas, y que él iba á hacerlo »efectivo.»

Ramírez, que se dió cuenta de lo peligroso de su situación, se puso inmediatamente en retirada, y el parlamentario no encontró ni á quién entregar la intimación. Después de tres días perdidos en vacilaciones, Montes de Oca se resolvió al fin á ponerse en campaña, conmovido por las instancias de Samaniego, quien comprendía la importancia de no dar tiempo á Ramírez para reforzarse ni para retirar ó destruir los elementos de subsistencia y movilidad del país circunvecino.

Reforzados Samaniego y Correa con 50 hombres de caballería de línea, emprendieron su marcha con dirección á Gualeguaychú, amagando al Arroyo de la China. Montes de Oca, con el grueso de las fuerzas, siguió por la margen del Gualeguay Grande arriba, llevando el mismo objetivo. A los cuatro días de marcha (el 25 de diciembre), Ramírez, reforzado con las milicias de la costa del Uruguay, cayó inopinadamente sobre la columna de Montes de Oca á la altura del arroyo de Ceballos, dispersó su caballería, lo obligó á ponerse en fuga con su infantería, y se apoderó de su artillería en la persecución. Las fuerzas de Samaniego y de Correa se dispersaron. Los restos de ambas columnas, refugiados en el pueblo de Gualeguay, se replegaron nuevamente al paso de los Toldos, seguidos por una multitud de familias desoladas, y desde allí pidieron auxilio á Buenos Aires.

La lucha estaba empeñada, y no era posible retroceder ni abandonar á los nuevos aliados de la nación

en desgracia. El general don Marcos Balcarce, jefe juicioso, metódico y valiente, pero sin las calidades del mando en jefe para esta guerra, fué nombrado para reemplazar á Montes de Oca, conduciendo un nuevo refuerzo de 500 hombres. El nuevo general, después de poner en salvo á las familias entrerrianas refugiadas en el albardón, se reforzó en la columna de Hereñú, restableció la base de operaciones del Paraná que éste había abandonado, estableciendo su centro en la Bajada, á cuyo puerto se dirigió la escuadrilla.

Ensoberbecido Ramírez con su nuevo triunfo, y á la cabeza de las milicias del resto del país levantado casi en masa, se situó á las inmediaciones de la Bajada. Después de algunos movimientos sin consecuencia, Balcarce se decidió á salir al encuentro del enemigo con un cuerpo de ejército de las tres armas, de que formaban parte las milicias de Entre Ríos acaudilladas por Hereñú, Samaniego y Carriego.

El 25 de marzo de 1818, á las cuatro de la tarde, se avistaron ambas fuerzas. Ramírez, simulando una retirada, cubrió su retaguardia con fuertes guerrillas de caballería. A las dos leguas, hizo alto en el punto denominado el Saucecito, y tendió su línea. Balcarce siguió avanzando. Entonces el caudillo entrerriano, mandó cargar simultáneamente las dos alas de Balcarce, flanqueándolas, y atacó de frente á la infantería porteña que ocupaba el centro. En pocos momentos quedó decidida la acción, abandonando Balcarce 4 piezas de artillería y dejando en el campo de batalla un número considerable de muertos y prisioneros y gran cantidad de armamento y municiones.

Los restos escapados á la derrota del Saucecito, se refugiaron en la escuadrilla surta en el puerto de la Bajada. Allí permaneció Hereñú embarcado al frente de sus últimos parciales, espiando la oportunidad de abrir nuevas hostilidades en combinación con algunas montoneras que aun se mantenían ocultas en los bosques de Montiel. Balcarce pasó á Buenos Aires á dar cuenta del triste resultado de la campaña, decidida en

poco más de dos meses, con la completa derrota de dos expediciones y el aborto de la inconsistente insurrección del Entre Ríos, justificándose así las previsiones del general Belgrano. Desde entonces don Francisco Ramírez fué el amo y señor del Entre Ríos, quien, organizándolo militarmente, se preparó á ser el árbitro del litoral del Plata.

Al mismo tiempo que el gobierno general llevaba la guerra á Entre Ríos, promovía la insurrección en Corrientes comisionando al efecto al coronel don Elías Galván, antiguo gobernador de la provincia, y lograba substraerla á la dominación de Artigas; pero los contrastes de Entre Ríos, la entregaron de nuevo á discreción del caudillo oriental. El cacique Andresito á la cabeza de los indios guaranís de las Misiones, subyugó por las armas á toda la provincia, y para castigarla de sus veleidades de independencia, la trató como provincia conquistada, sofocando en ella todo espíritu de resistencia local.

Estos contrastes, que comprometían al gobierno ante la opinión sensata del país y ante los enemigos internos y externos, tuvieron lugar precisamente en circunstancias en que la cuestión de la Banda Oriental se complicaba, trasladándose al Uruguay la guerra contra Artigas, y acercándose por lo tanto á la frontera de Entre Ríos.

Lecor, sitiado en Montevideo, é interceptado de su ejército del Alto Uruguay, resolvió dominar la navegación de este río, á fin de abrir comunicaciones y combinar operaciones. Al efecto organizó una escuadrilla compuesta de una goleta y dos barcas, que penetró al Uruguay el 2 de mayo de 1818. Uno de los buques (la goleta) se adelantó, dejando á retaguardia dos de ellos por su mayor calado. Navegaba la vanguardia brasileña en medio de una solemne soledad, sin encontrar una sola embarcación en su trayecto, ni percibir un solo habitante en sus entonces desiertas márgenes. El 12 de mayo seguía la goleta impulsada por una brisa del sur, cuando á la altura del Arroyo de la China, en el punto denominado Paso de Vera, se

percibieron dos jinetes en la costa entrerriana, que inmediatamente se ocultaron. Pocos momentos después rompió el fuego una batería de tres cañones oculta por el bosque á cuya inmediación habían aparecido los dos jinetes. El combate que se siguió duró tres cuartos de hora. La batería de tierra tuvo una pieza desmontada y algunos hombres muertos y heridos. La goleta, con un herido, dos rumbos en su costado y algunas averías en su arboladura y velamen, se cubrió con la isla fronteriza, á inmediación de la costa oriental.

Al despuntar la aurora del día 13, iluminando el pintoresco paisaje de aquella parte del Uruguay, y soplando una ligera brisa del norte que rizaba ligeramente la superficie de las aguas, viéronse aparecer por sobre el bosque de la Banda Oriental, multitud de jinetes que coronaban las colinas inmediatas. Su número fué aumentando considerablemente hasta alarmar á los de la goleta, que á todo evento se prepararon para sostener un nuevo combate. Al izar en su mástil la bandera portuguesa, los de tierra hicieron demostraciones de júbilo, disparando sus armas al aire y saludando con entusiasmo á los marinos. Era la vanguardia del ejército del general Curado, que, atraída por los cañonazos del combate del día anterior, se había avanzado con el objeto de descubrir la causa.

En el intervalo, después de la batalla del Catalán, las armas brasileñas habían hecho grandes progresos sobre la frontera. El coronel Bento Gonzalves da Silva y otros caudillos riograndeses por la parte del Cerro Largo, había derrotado la división de Otorgués en la costa del Río Grande, tomándolo prisionero (1818) y destruído casi al mismo tiempo en Las Cañas y Olimar Grande las divisiones de los comandantes don Gorgonio Aguiar y don Francisco Delgado, destacadas de las columnas de Artigas. El ejército de Curado había abierto nueva campaña desde el Cuareim, derrotando la vanguardia de Artigas en Guabiyú y tomando prisionero á su jefe el comandante don Juan Antonio

Lavalleja, tan célebre después. Artigas había tenido que levantar su cuartel general de la Purificación (Hervidero) y retirarse con sus restos desmoralizados al interior del país. La Colonia, según se dijo antes, había sido entregada á los portugueses por los mismos orientales. Dueño, pues, Curado de la margen izquierda del Uruguay, desde las Misiones orientales hasta el Salto, como Lecor lo era de la del Plata desde Maldonado hasta la Colonia, no le fué difícil extender su vanguardia hasta Paysandú, y darse la mano, como se ha visto, con la escuadrilla que de Montevideo venía en su auxilio.

Reunidas las tres embarcaciones de la escuadrilla portuguesa, intimaron rendición á la batería entrerriana, amenazando saquear la Villa del Arroyo de la China si no se entregaba en un plazo perentorio. No dejaba de presentar serias dificultades hacer efectiva esta amenaza. Protegía la batería el gobernador don Francisco Ramírez con una división de 400 á 500 hombres. Más arriba del paso de Vera, frente á Paysandú y en la barra de Perucho Berna, había dos baterías más que forzar, las cuales estaban guarnecidas por 600 hombres (de ellos 200 infantes) al mando del coronel Aguiar, que dependía inmediatamente de Artigas. En el arroyo de Perucho Berna, se hallaba una flotilla artigueña de 12 embarcaciones menores, defendida por los cañones de la batería de la barra. Un desembarco á viva fuerza, con el escaso número de buques de que disponían los portugueses, no era, pues, posible. En tal situación, el general Curado bajando hasta Paysandú con el grueso de su ejército, dispuso que el coronel Bento Manuel Riveiro, atravesara el río más arriba, tomase de flanco las dos baterías superiores, dominase toda la costa occidental fronteriza y atacase por la espalda la batería de Arroyo de la China (hoy Concepción del Uruguay). Bento Manuel ejecutó la operación con actividad y arrojo. Al frente de 500 hombres de caballería, pasó á nado el río, protegido por una noche obscura, en el punto denominado San José del Uruguay, frente á la Calera de Bar-

quín. Montando sin pérdida de tiempo en los caballos que habían pasado del diestro, sorprendió á Aguiar en Perucho Berna, y lo tomó prisionero con toda su fuerza, apoderándose de la batería y apresando la flotilla artigueña. Frente á Paysandú, deshizo al comandante don Francisco Tejera, que se hallaba allí con 400 hombres de caballería. En seguida cayó como un rayo sobre el flanco y la retaguardia del Arroyo de la China, obligando á Ramírez á ponerse precipitadamente en retirada con toda su división, y apoderóse de las piezas de la batería, que eran las mismas tomadas á Balcarce en el Saucecito. La Villa del Arroyo de la China fué saqueada en parte, se le impuso además una contribución, y arrebatando un gran número de caballadas y familias, Bento Manuel repasó triunfante el Uruguay, protegido por la escuadrilla portuguesa.

Reforzado Artigas con la división de don Frutos Rivera, que se destacó del sitio de Montevideo en su auxilio, le fué posible disputar aún el terreno de las inmediaciones del Uruguay. Situóse con 1.200 hombres en la margen izquierda del Queguay Chico, ensayando desde allí un nuevo plan de hostilidades que, merced á la actividad de Rivera, le valieron algunas ventajas de vanguardia. Curado destacó entonces sobre él á Bento Manuel al frente de 500 hombres. El guerrillero brasileño penetró personalmente al campo del caudillo oriental á la cabeza de 100 hombres, el 4 de julio de 1818, á las cuatro de la mañana, logró envolver una columna de más de 800 hombres de infantería, se apoderó de dos piezas de artillería, y quedó dueño del terreno, dispersando el resto de la fuerza. Entre los prisioneros se encontró el antiguo delegado Barreyro, á quien Artigas tenía con grillos y le hacía formar causa con ánimo de fusilarlo, acusándole de connivencia con los portugueses, pero, en realidad, por su actitud en Montevideo cuando abrió relaciones con el gobierno argentino. A las ocho de la mañana del mismo día fué á su vez sorprendido Bento Manuel por la división de don Frutos Rivera, fuerte

de 500 hombres, lo que permitió á Artigas continuar la guerra por algún tiempo más. Pero la campaña, perdida desde el primer día, podía darse por terminada. El detalle de operaciones que se siguieron no entra en el plan de este libro; sin embargo, para completar esta parte de nuestra narración, anticiparemos lo que sucedió después.

Curado, dueño de la margen izquierda del Uruguay, maniobró de modo de dominar todo el litoral fluvial hasta la Colonia, hasta darse la mano con el ejército de Lecor en Montevideo. Artigas se reconcentró al interior del país sobre las nacientes del Río Negro; pero, estrechado y falto de recursos, y activamente perseguido, se vió obligado á dispersar sus divisiones, retirándose con ellas á retaguardia del ejército invasor. En esto se pasó el resto del año de 1818 y parte del 1819.

A fines del año de 1819, Artigas volvió á reunir sus fuerzas, y aprovechando la circunstancia de haberse internado el ejército de Curado, dejando descubierta la frontera, meditó repetir el primitivo plan de campaña de invadir el Brasil, á fin de atraer á sí todas las divisiones sueltas de los portugueses que habían quedado en Río Grande, batirlas con fuerzas superiores y hacerse de recursos de movilidad á costa del enemigo. Tomando esta vez mejor sus medidas, reunió un ejército como de 2.500 hombres, y penetró al territorio brasileño, llevando todo á sangre y fuego. Derrotó el 14 de diciembre de 1819 en la barra del Sarandí (por otro nombre Guirapuitá Chico) al mariscal Abreu, que con 500 hombres salió á su encuentro. Rehecho Abreu, con el auxilio de una división mandada por el general Cámara, reaccionó inmediatamente y cubrió la línea del Santa María, empeñándose allí algunas acciones parciales. El conde de Figueiras, capitán general de Río Grande, formó sobre esta base un nuevo ejército, y obligó á Artigas á replegarse al territorio oriental. Artigas hizo pie firme en las puntas de Tacuarembó y estableció su ejército en una posición que consideraba inexpugnable. Como de costum-

bre, confió su mando al coronel Latorre. Este jefe, tan incapaz como siempre, se dejó sorprender por el conde de Figueiras el 22 de enero de 1820, perdiendo su último batallón de infantería y salvando apenas con una parte de la caballería, á pie, con los frenos en la mano. Este golpe mortal puso término á la guerra.

Artigas, derrotado en todas partes por las tropas portuguesas y los guerrilleros brasileños, divorciado con la opinión de su país, despreciado de todos por su nulidad militar, sin autoridad moral sobre sus jefes ni imperio sobre sus últimos soldados, celoso del prestigio de Rivera que le negó obediencia, temeroso de la preponderancia que empezaba á tomar Ramírez, y sin más apoyo que el de los indios de Andresito, se retiró á Corrientes acompañado de Latorre y Aguiar, y de 300 á 400 hombres que le siguieron, abandonando para siempre su patria, á la que dejó en poder del extranjero cuya invasión había provocado con su política brutal, librándola á los desesperados esfuerzos de sus últimos defensores, que muy luego tuvieron que capitular. Por algún tiempo más, y mientras le llegaba la hora de desaparecer del todo de la escena, Artigas continuó creyéndose, en su soberbia necedad, el caudillo omnipotente de otros tiempos, que soñaba en llevar la guerra á Buenos Aires, no obstante que sólo le obedecían los bárbaros indios misioneros, que tenían subyugada á la provincia de Corrientes.

Antes que estos últimos sucesos tuvieran lugar, se desenvolvieron en el litoral del Plata otros de no menor importancia, que debían influir profundamente en los destinos de la República, produciendo su disolución política y militar, y acelerando su descomposición social.

Casi al mismo tiempo que la derrota del Saucecito (marzo de 1818), había tenido lugar la sorpresa de Cancha Rayada (abril de 1918). La gran victoria de Maipo que se siguió, había retemplado la opinión cuando sobrevino la irrupción de las tropas portugue-

sas al territorio entrerriano. Este hecho produjo en todo el país profunda sensación. El gobierno nacional que se había mostrado impotente para dominar el Entre Ríos, cuyo territorio le había sido garantido por promesas internacionales, á condición de una neutralidad que no había hecho efectiva, se encontró inhabilitado para reclamar. Fué entonces que, en presencia de la conquista brasileña que se consolidaba en la Banda Oriental y de la anarquía triunfante en el litoral, se decidió á llevar adelante la guerra civil. Para sostenerla, había pedido un contingente de tropas al ejército del general Belgrano. El resto no debía tardar en comprometerse y perderse en esta lucha estéril, que al fin había de dar en tierra con el gobierno que tan impremeditadamente la provocó, sin medir sus fuerzas ni prever sus consecuencias.

En previsión de las complicaciones posibles del litoral con el interior, el gobierno había dispuesto que el coronel Arenales se trasladase á Córdoba, en calidad de comandante general de armas, bajo el pretexto de combinar una expedición contra los indios Abipones, según un plan propuesto por el comandante Alejandro Heredia, que se hallaba en la frontera de Santiago del Estero, y á cuya ejecución debía invitarse á Santa Fe á cooperar. Subsiguientemente (en víspera de la expedición de Montes de Oca á Entre Ríos), se dispuso que 400 hombres del ejército de Belgrano, marchasen á ocupar militarmente á Córdoba en observación de Santa Fe (diciembre de 1817). El coronel Bustos, á la cabeza de poco más de 300 hombres del regimiento núm. 2, fué nombrado para desempeñar esta comisión, siendo á la sazón gobernador intendente de Córdoba el Dr. don Manuel Antonio Castro, y jefe de una parte de sus milicias el comandante don Andrés Pueyrredón, hermano del Director.

Como desde esta época empezó á figurar en la escena, en que debía hacerse tristemente célebre el coronel don Juan Bautista Bustos, se hace necesario detenernos á estudiar este tipo bastardo que, á la cabeza de las tropas disciplinadas de la República, traicionó

la causa del orden y pactó con la anarquía, bien que sin mancomunarse del todo con ella, y aceptando una política singular, que inauguró una nueva escuela de caudillaje, y entregó las provincias del interior á la arbitrariedad de mandones irresponsables. Así fué cómo fundó más tarde, en complicidad con los hombres sin principios de las ciudades cultas, otro tipo de gobierno personal, con cierta apariencia de legalidad, con el provincialismo estrecho por bandera, y el militarismo en substitución de las campañas insurreccionadas. Bustos era el hombre indicado para acaudillar este movimiento bastardo. Siendo una completa nulidad como militar, era valiente y tenía autoridad moral en el ejército de línea. Aunque de muy limitados alcances, no carecía de astucia para gobernarse en los negocios de la vida práctica y tenía talento para la intriga. Desprovisto de resorte y elevación moral, su fuerza era la de la inercia y su móvil un egoísmo frío y taimado, que le infundía ambiciones estrechas, sin predilecciones políticas, sin amor y sin odio por todo aquello que no afectase sus apetitos inmediatos. En su calidad de cordobés, era el hombre de acción de los intrigantes de la docta ciudad que desde luego empezaron á halagar sus malos instintos. La influencia de esta atmósfera enervante debía ser funesta á su pobre cabeza en el estado de agitación y desmoralización en que se encontraba Córdoba.

Véase la pintura gráfica que el mismo Bustos hace del estado moral de Córdoba en aquella época: «Infi»nidad de montoneros van y vienen de Santa Fe, sin »licencia ni conocimiento de nadie. Hay mucha gente »buena en esta provincia, y, aunque son los menos los »montoneros, son los más vivos y los que se dicen de»centes; por consiguiente, influyen bastante. Son ene»migos del orden, Córdoba (la ciudad) y la mayor »parte de la gente visible. Desde el litoral hasta la »ciudad, todos son montoneros, con excepción de cin»co ó seis sujetos. Todo el Río de Córdoba es amante »del orden, y sólo el comandante Carballo es monto»nero. El Río 2.°, montonero, excepto cuatro ó cinco

»personas. El Río 3.°, montonero, á excepción del co»mandante Haedo. Estos son los lugares que tienen »en movimiento á esta provincia de Córdoba, comu»nicando los dos últimos con Santa Fe.»

Apenas llegado á Córdoba, Bustos empezó á manifestarse reservado con el gobernador, descontentadizo con Arenales, celoso del comandante Pueyrredón, prestando oídos á los chismes locales, é inoculándose todas las pasiones pequeñas, que tan bien se asimilaban con su naturaleza. Aun respecto del general Belgrano, empezó á afectar cierto tono de suficiencia que traicionaba sus ocultas pretensiones, veladas por un desprendimiento socarrón. «Como las gentes de este lugar son »tan montoneras (escribía á Belgrano), necesito ir des»pacio para imponerme de todo. En la actualidad me »estoy informando de todos los curas de esta provincia »y alcaldes.» Y á renglón seguido agregaba: «En las »propuestas que se hicieron en Córdoba para goberna»dor, sé que me propusieron; pero escribí al Director »para que se desentendiera de mí, diciéndole que más »quería morir de soldado en el ejército, que de gober»nador de Córdoba, porque para serlo es preciso ser »loco y dar palo de ciego.»

Habiéndose ordenado á Bustos se situara en la villa de los Ranchos, en observación de la provincia de Santa Fe, escribía desde allí á Belgrano: «Me es de»masiado extraña la conducta de este gobernador con »respecto á mi división, porque, hasta la fecha, no me »ha dado más orden sino que esté en este punto (que »lo es de la montonera) como de observación de los mo»vimientos de los enemigos. Instruído de los descabe»llados planes de dividirme la fuerza y viendo por otra »parte el gran desorden de esta provincia, tuve el »claro del reconocimiento del coronel Arenales de co»mandante general de armas, para hacerle la protesta »en cinco capítulos que por separado adjunto, los cua»les creo que le han disgustado porque me dice (en »tono grave) que remite copia al señor Director; pero »á mí poco se me da, porque además de las instruc»ciones de usted en precaución de la conservación de

»esta división de mi mando, debía hacerlo con tiempo, »antes que llegasen circunstancias más apuradas, y no »se me imputase retardaba algún movimiento.»

En la protesta, formulada por escrito en tono absoluto, Bustos declaraba:

«1.° Que de la división de su mando no se había »de separar soldado alguno á ningún otro destino, de»biendo estar siempre completamente reunida.

»2.° Que en caso que las circunstancias lo exigie»ran, no había de marchar la división sino completa»mente montada, proveyéndosele con anticipación de »las monturas necesarias.

»3.° Que la división no había de ser mandada por »otro jefe que por él y sus respectivos oficiales, ade»más de la milicia que pediría se pusiera á sus ór»denes en el caso que él lo hallase por conveniente.

»4.° Que la división no había de salir de la juris»dicción de Córdoba, á no ser para incorporarse al »ejército del general Belgrano ó con orden de éste.

»5.° Que en el territorio y sus alrededores donde »tuviese que atacar algún enemigo, se habían de se»parar todos los individuos, que, con pruebas ó fun»dadas sospechas, él indicase como contrarios al or»den.»

Bajo estos auspicios, que nada bueno auguraban para lo futuro, empezó á intervenir el ejército auxiliar del Alto Perú en la guerra civil del litoral, que en aquella época se iniciaba por la parte de Santa Fe, á cuyo teatro vamos á trasladarnos.

La guerra contra Santa Fe fué provocada por el gobierno nacional, con mayor ligereza aún que la del Entre Ríos. Los anteriores contrastes no lo habían escarmentado, y la experiencia nada le había enseñado. Sin base sólida, sin elementos, sin plan y sin una idea política ni militar definida, se lanzó aturdidamente á la lucha, complicando desde luego en ella al único ejército que guardaba su frontera norte por el Alto Perú.

Como queda explicado, la disidencia de Santa Fe con Buenos Aires, tuvo por origen la proclamación

de la independencia provincial, acto que resistió la capital. Restablecido el predominio de ésta por acciones y reacciones internas del mismo Santa Fe, fué ocupado militarmente su territorio por las armas nacionales al mando del general Viamonte, según se dijo antes. El teniente gobernador Tarragona, nombrado por el Directorio, se hizo odioso á los santafecinos, y provocó una reacción que, de acuerdo con Artigas, dió por resultado la capitulación de las tropas de Viamonte. Malograda la oportunidad de reconciliar á Santa Fe con la Nación, reconociendo su independencia municipal—según se había acordado en el pacto de Santo Tomé, que el Congreso de Tucumán desaprobó,—la división se hizo más profunda. La expedición de Díaz Vélez que se siguió, en que el ejército y la escuadrilla de Buenos Aires fueron derrotados, lanzó definitivamente á Santa Fe del lado de Artigas. Empero, á este estado violento de cosas, había sucedido una tregua, en que la capital sin ceder en sus derechos, no se empeñaba en hacerlos valer. Esta paz de hecho, habría podido por lo menos neutralizar á Santa Fe, que por su situación territorial tenía que guardar miramientos con el poder nacional, si en vez de llevar la guerra á Entre Ríos, se hubiese tratado de uniformar la opinión de ambas orillas del Paraná, combinando la acción de sus caudillos en el sentido de la unión. Precisamente en esos momentos se hacía dueño de la situación de su provincia don Estanislao López (julio de 1818), á quien ya hemos hecho conocer, el cual empezaba á ensayar su sistema indígena de equilibrio, que, sin romper con Artigas ni hacer guerra á la Nación, se manifestaba dispuesto á inclinarse á uno ú otro lado, según se lo aconsejasen las circunstancias y los intereses locales subordinados á su poder personal. Así se vió que, durante la primera y segunda expedición de 1817 y 1818 contra el Entre Ríos, Santa Fe permaneció tranquilamente á la expectativa, bien que manteniendo su actitud disidente. Dado este estado de cosas, era más que una imprudencia, una insensatez, provocar gratuitamente una nueva guerra, sin medios

y hasta sin ideas para emprenderla. Sin embargo, esto fué precisamente lo que se hizo, y lo que dió por consecuencia los resultados funestos y vergonzosos que pudo haber alcanzado la más vulgar previsión.

Simultáneamente con la expedición de don Marcos Balcarce al Entre Ríos (marzo de 1818) empezaron á hacerse trabajos insurreccionales en Santa Fe, sobre base más inconsistente aún. Hallábase á la sazón de comandante general de la primera sección de campaña de Buenos Aires, limítrofe con Santa Fe, el general don Juan Ramón Balcarce. Este personaje, á quien hemos hecho conocer antes como uno de los héroes de la batalla de Tucumán, valiente á la par de algo jactancioso; patriota bien intencionado, pero ligero en sus juicios; buen jefe de caballería, con fórmulas rutinarias de milicia en su cabeza, carecía de las ideas amplias que requiere el mando en jefe, especialmente en una guerra popular de carácter nuevo, en la que, sin embargo, debía ilustrarse más tarde con una gloriosa hazaña. Balcarce no tardó en ponerse al habla con algunos caudillejos obscuros de la provincia vecina, que halagaron su amor propio, manifestándole «que sus personas é influjos no pertenecían sino á él.»

El ayudante mayor don Juan Manuel de la Sota, fué comisionado por el capitán don Valentín Valdez y otros caudillos del Rosario, á fin de entenderse con Balcarce. Las proposiciones que presentó fueron las siguientes: «1.° Que se ponían á órdenes del general »Balcarce; 2.° Que, en el caso de recibir órdenes del »gobierno de Santa Fe para hostilizar al de Buenos »Aires, demorarían su cumplimiento hasta que el go»bierno general se impusiera secretamente de sus dis»posiciones; 3.° Que oportunamente harían levantar »la campaña de Santa Fe en favor de la unión; 4.° Que »se comprometían á impedir el paso de los orientales »á la margen occidental del Paraná; 5.° Que, para el »efecto, era conveniente no pasasen tropas nacionales »á la jurisdicción de Santa Fe; 6.° Que, unidas á su »tiempo las fuerzas insurreccionales de Santa Fe con

»las de la Nación, perseguirían á los que se resistie»sen á la unión.» Balcarce, al dar cuenta al gobierno de estas proposiciones opinaba así: «Yo creo que no »debemos admitir otro convenio que el de una pronta »y ciega obediencia á las legítimas autoridades del Es»tado, de que criminalmente se separaron por un mo»vimiento subversivo, contrario á los intereses de la »causa pública.»

El gobierno, pensando con madurez lo difícil de la situación, contestó á Balcarce, después de conferenciar con La Sota: «Estando en los prudentes cálculos del »gobierno conservarse sólo á la defensiva y en perfecta »neutralidad, convienen con esta idea (las proposicio»nes) y aun ofrecen ventajas en el importante objeto »á que se dirigen los conatos de la superioridad. Sus »reflexiones son justas, pero las resiste el imperio de »las circunstancias. Dados los primeros pasos en el »restablecimiento del orden, y ganada la voluntad de »los primeros corifeos de la anarquía, es consiguiente »la unidad de opinión en el resto de los habitantes de »aquel territorio limítrofe, á quienes paulatinamente »y con discreción y prudencia se les irá acostumbrando »al respeto y subordinación debido á las autoridades »constituídas. Cualquiera medida estrepitosa y violen»ta, sería precipitarlos en la desesperación; es forzo»so inspirarles confianza, haciéndoles palpables las »ventajas de un gobierno pacífico, generoso y paternal. »En estos convenios deben mandar inequívocas ideas »de liberalidad, en la inteligencia de que el objeto es »reedificar y no destruir.» En este sentido fué autorizado Balcarce para adelantar la negociación, proveyéndolo al efecto de una credencial «para proponer »acordar y convenir en nombre del gobierno nacional »con cualquiera de los jefes del territorio de Santa »Fe, sobre los medios oportunos para el restableci»miento del orden, de la paz y de la unión.»

Por el momento, estos pasos secretos no tuvieron trascendencia; pero, habiéndose avivado las armas con motivo de los reveses sufridos en Entre Ríos y hostilidades que se temían por parte de Santa Fe, la ne-

gociación volvió á reanudarse. Fué encargado de adelantarla el coronel don Rafael Hortiguera, que se hallaba al frente de un cuerpo de tropas en San Nicolás de los Arroyos. En una conferencia que tuvo al efecto con los caudillos santafecinos del Rosario, y á la que asistió don Eusebio Hereñú, quedó acordado, que el capitán Valdez y sus compañeros se levantarían inmediatamente en armas proclamando la unión. Habiéndoles ofrecido Hortiguera la cooperación de sus fuerzas, le contestaron que en caso necesario solicitarían su apoyo. Insistimos en estos detalles triviales, porque esos manejos obscuros fueron los que determinaron la política definitiva del Directorio, que fomentando la guerra civil, dió origen á la gran conflagración social, bajo cuyas ruinas quedó sepultado él mismo.

El Directorio, que, no obstante sus recientes derrotas, se halagaba con planes fantásticos de reacción, que surgirían del seno mismo de la anarquía, retrocedió por segunda vez ante la inminencia de una guerra en la provincia vecina que con tanta virilidad había sabido sostener su actitud disidente. «Debe estar V. S. »persuadido (decía el gobierno á Hortiguera) que el »suceso de Corrientes, la expedición que va á marchar »para el Entre Ríos, y otros acaecimientos, ofrecen »muy en breve resultados útiles que el horizonte de»clara, y que, precipitándose los movimientos de Santa »Fe, podría ser tal vez un esfuerzo de desesperación de »los enemigos, trastornar los bien meditados planes »que exige la importancia del asunto.» Poniéndose en el caso de que la insurrección estallara inopinadamente, y no pudiese ser sostenida, acababa por prevenir, se ofreciera á los comprometidos un asilo en el territorio de Buenos Aires, «en la inteligencia que »muy pronto se llevaría á cabo la empresa con todas »las precauciones necesarias para un feliz término.» Estos trabajos preparatorios dieron un resultado más negativo aún que los de Entre Ríos. Ni la insurrección previa de Santa Fe tuvo lugar, ni los caudillejos que con sus ofrecimientos precipitaron los sucesos, presta-

ron en lo sucesivo ningún servicio útil. Producido el conflicto, el gobierno general se encontró solo, luchando brazo á brazo con las fuerzas populares, abandonado por la opinión y por el ejército, vencido moral y militarmente, así en la derrota como en la victoria.

En septiembre de 1818, se decidió definitivamente á llevar la guerra á Santa Fe. El ejército que debía emprenderla bajo la denominación de Ejército de Observación, se reunió en San Nicolás en número de cerca de 3.000 hombres, sin contar la división de Bustos y las fuerzas de Hereñú y de la escuadrilla, que debían operar en combinación con él, formando un total de 4.000 hombres con 8 piezas de campaña. De las fuerzas que componían el ejército de operaciones, 1.600 hombres eran de línea, mandados por jefes experimentados. La infantería que constituía su núcleo, estaba á órdenes del coronel Bauzá y del comandante don Francisco Castellanos. La caballería tenía á su cabeza los coroneles Hortiguera y don Domingo Sáenz. La artillería era dirigida por el capitán don Juan Antonio Vázquez de Novoa. El mayor don Miguel Planes, los capitanes Vilela, Casacuberta, Izquierdo y otros que empezaban á distinguirse, figuraban en sus filas. El jefe de estado mayor lo era el coronel don Bernabé San Martín. La escuadrilla, compuesta de los bergantines Belén y Aransazú, la goleta Invencible y varios lanchones armados en guerra, situada frente á la Bajada y bloqueando á Santa Fe, estaba á órdenes del sargento mayor don Angel Hubac, valiente aventurero francés, y tenía á su bordo al coronel Hereñú con 300 entrerrianos emigrados. Al frente de todos estos elementos, tocóle al general Balcarce la desgracia de realizar una de las más tristes campañas de las guerras civiles argentinas.

En vísperas de abrir su campaña, Balcarce pidió instrucciones que reglasen su conducta política. El gobierno se las dió, ordenándole «que los santafecinos »que se sometieran fuesen tratados con consideración »en sus personas y bienes, pero á condición de ser »transportados á la nueva línea de frontera ó á la ca-

»pital bajo la vigilancia militar.» «Si se resisten (agregaba) deben ser tratados militarmente como rebel»des, imponiéndoles sin dilación la última pena corres»pondiente, lo mismo que á los que en lo sucesivo se »subleven.» Por último, le prevenía que, «echando un »velo sobre lo pasado, el sometimiento de la provincia »de Santa Fe debía ser sin más condiciones que para »las demás de la Unión.» Estas instrucciones, que fundándose en un principio legal entrañaban un plan imposible de conquista, de despoblación y de exterminio, respecto de una provincia disidente pronunciada en masa, demuestra la carencia de ideas políticas del gobierno general y la inconsciencia con que procedía, supliendo con la exageración la ausencia de resoluciones maduradas.

La campaña se abrió á principios de noviembre (1818). Balcarce se situó con su ejército sobre la línea del Arroyo del Medio. Un destacamento de milicias de caballería situado en el Pergamino, cubría la izquierda de la línea. Bustos, con 400 veteranos y 200 milicianos de Córdoba, se situó sobre el Fraile Muerto, amagando la frontera de Santa Fe, mientras llegaba el momento de obrar en combinación. Al sentir este movimiento por la parte de Córdoba, las fuerzas de vanguardia de Santa Fe, que se habían reconcentrado en el Rosario, empezaron á replegarse á la línea del Carcarañal, dejando algunas partidas de observación sobre el Arroyo del Medio. Balcarce, receloso del espíritu de sus tropas, vacilaba en emprender operaciones decisivas. Los cuerpos de caballería de línea, aumentados con altas colecticias, le inspiraban poca confianza, pues habían tenido lugar ya deserciones tumultuosas hasta de 50 hombres á la vez. Para probar su temple, dispuso que en la noche del 5 de noviembre avanzasen 160 Dragones de la patria y 57 coloradios de las Conchas, con el objeto de explorar el campo del otro lado del Arroyo del Medio. El resultado de esta operación preliminar fué la deserción de 15 Dragones. Este hecho conmovió profundamente la moral poco sólida del ejército, y desmoralizó al general, que lo

participó al gobierno como si se tratara de una seria derrota.

Más de mes y medio se había empleado en preparativos (25 de septiembre á 12 de noviembre), sin combinar un plan metódico de operaciones, y al emprender tardíamente la campaña, se hacía sin vigor y sin confianza. El gobernador López, menos ilustrado, pero más avisado y audaz que su competidor, supo aprovecharse de estas lentitudes, y decidió marchar al encuentro de Bustos, inutilizando su combinación. A la cabeza de una división ligera de 400 hombres de caballería, y 50 indios, se lanzó resueltamente sobre la frontera de Córdoba.

La columna de López presentaba un aspecto original y verdaderamente salvaje. Su escolta, compuesta de Dragones armados de fusil y sable, llevaba por casco (como los soldados de Atila una cabeza de oso), la parte superior de la cabeza de un burro con las orejas enhiestas por crestón. Los escuadrones de gauchos que le acompañaban, vestidos de chiripá colorado y bota de potro, iban armados de lanza, carabina, fusil ó sable, indistintamente, con boleadoras á la cintura, y enarbolaban en el sombrero, llamado de panza de burra, que usaban, una pluma de avestruz, distintivo que desde entonces empezó á ser propio en los montoneros. Los indios con cuernos y bocinas por trompetas, iban armados de chuzas emplumadas, cubiertos en gran parte con pieles de tigre del Chaco, seguidos por la chusma de su tribu, cuya función militar era el merodeo.

La columna de Bustos se había reforzado con el piquete de Granaderos de Sayós y 200 hombres de milicias de Córdoba, como queda dicho, debiéndosele incorporar mayores fuerzas que estaban en marcha de San Luis y Mendoza además de una división de 200 á 300 hombres, que al mando de La Madrid había Belgrano destacado en su auxilio. Por lo tanto, era superior en número y calidad á la del enemigo; pero éste contaba principalmente con el efecto de la sorpresa y su movilidad. Bustos, colocado en el Fraile Muerto,

sobre la margen del Tercero (continuación del Carcarañal), tenía puesta toda su vigilancia al sur de este río. Al efecto había situado al comandante Pueyrredón en la Cruz Alta (á 26 leguas) con 50 veteranos y 40 milicianos, y al capitán Quevedo con 100 veteranos en Litin, cinco leguas al norte del Fraile Muerto. Los pasos del río, arriba y abajo de la posición, estaban custodiados por pequeñas guardias. En la orilla del pueblo estaba reconcentrado Bustos con el grueso de las fuerzas que alcanzaba á más de 400 hombres, y sus dos piezas de artillería.

López marchó sigilosamente en la prolongación de la corriente del Carcarañal arriba, tomando una línea recta y alejándose de su margen, de modo de evitar la avanzada de Pueyrredón, que por este movimiento quedó inutilizada. El 4 de noviembre cayó la vanguardia de los montoneros sobre el destacamento de Quevedo, y lo dispersó, obligándolo á replegarse en fuga, aunque con poca pérdida, á su reserva. Sayós, al frente de una columna ligera, salió el día 8 al encuentro del enemigo, y lo rechazó, dispersándolo al parecer aunque sin causarle daño. El 7 á la tarde, se presentaron los montoneros en mayor número sobre el campo de Bustos, río por medio. El 8 por la mañana atravesaron el Tercero, sorprendiendo una guardia, y cargaron estrepitosamente sobre el campamento dando grandes alaridos. Bustos, atrincherado en un cuadro de carretas, consiguió rechazar el ataque; pero perdió sus cabalgaduras y los ganados para su subsistencia, los que le fueron arrebatados, dispersándosele alguna tropa. Los montoneros pusieron sitio al Fraile Muerto, donde se mantuvieron hasta el 15 de noviembre por la noche, intentando varios ataques, que causaron pérdidas por una y otra parte. La columna de Bustos tuvo 8 muertos y 16 heridos, y los montoneros más del doble entre unos y otros. Al anuncio de la invasión, Arenales á la cabeza de cerca de 300 hombres, se puso en marcha en auxilio de Bustos. A su aproximación, el enemigo emprendió su retirada, asolando el país por ambas márgenes del Tercero, desde

la Herradura hasta la Esquina, saqueando las poblaciones, robando mujeres, y esparciendo el terror por todas partes. El objeto de López estaba conseguido. Con este golpe de audacia, desbarató en parte el plan de campaña de sus adversarios; mostró que, á fuerzas iguales, podía medirse con las fuerzas veteranas; conmovió profundamente la opinión de Córdoba, que le era favorable; y después de reducir á Bustos á la impotencia, regresó con el prestigio del éxito, á hacer frente á la invasión de Balcarce, sin cuidados por su flanco derecho.

Bustos, desmoralizado, pidió á Balcarce que lo protegiese con una división. Balcarce, no menos desmoralizado con este contratiempo, dispuso que el coronel Sáenz al mando de una división de 500 hombres escogidos y dos piezas de artillería, marchara en protección de Bustos dirigiéndose al efecto al rincón de Gorondona, corriéndose desde allí por la margen del Carcarañal y Tercero hasta el Fraile Muerto. Por este movimiento incomprensible, el general porteño, en vez de elegir el camino de la Cruz Alta, cuyo trayecto forma uno de los lados del triángulo equilátero que traza sobre el terreno el Paraná y el Carcarañal, obligaba á la división de Sáenz á recorrer sin objetivo dos de sus lados, perdiendo un tiempo precioso y dando un inmenso rodeo, que inutilizaba la operación. Por otra parte, si Bustos con 600 hombres de buenas tropas, apenas había podido sostenerse atrincherado en su posición, perdiendo sus caballadas y su nervio, luchando contra una división menor del ejército santafecino, era un delirio suponer que Sáenz, con menos fuerzas y de no mejor calidad, pudiera luchar contra todas las bandas de montoneros que defendían el territorio que iba á invadirse. Como es de suponerse, tan desatentada combinación, materialmente imposible, jamás llegó á realizarse, y ni el mismo Balcarce volvió á acordarse de ella.

El día 13 de noviembre, se puso Balcarce con su ejército sobre el Arroyo del Medio, y el 25 Sáenz emprendió la marcha con dirección al Rosario á la cabe-

za de una vanguardia de 700 hombres, y persiguió á las avanzadas enemigas hasta San Lorenzo, obligándolas á replegarse al Carcarañal. El 17 se reconcentró el ejército en San Lorenzo, donde se encontró á la vista de un grueso destacamento enemigo, el cual se retiró al norte del Carcarañal, comprometiéndose un fuerte escopeteo de banda á banda. El ejército pasó el río y avanzó su vanguardia hasta cerca de Coronda, sosteniendo siempre fuertes guerrillas, sin más resultado que arrebatar algunos ganados y tomar prisioneros algunos vecinos. En estas correrías inútiles fatigó el ejército en tres días más de 2.500 caballos, viéndose obligado á suspender sus marchas para darles descanso.

López, que venía de regreso de su expedición del Fraile Muerto, tuvo noticia de la invasión á la altura del Carrizal. Balcarce, que lo sintió por su retaguardia, á la altura del ángulo que forma el Carcarañal con el Tercero, se alarmó y dispuso que su vanguardia repasase el río. Con tal motivo escribía: «No »dejaré á retaguardia á López, y lo perseguiré hasta »destruirlo y obligarlo á refugiarse en los bosques, »como que es la única fuerza que ha quedado de los »rebeldes capaz de incomodarme é interceptar la co»rrespondencia.» La situación de López no dejaba de ser crítica, y Balcarce tuvo exacto conocimiento de ella, por una carta del caudillo que su vanguardia interceptó. Balcarce, en vez de obrar con actividad y resolución, llamó á sí prudentemente su vanguardia. Aun tardó dos días más en atravesar el Carcarañal con todo su ejército (el 30 de noviembre á las dos de la mañana). Mientras tanto, López, vadeando el mismo río algunas leguas más arriba, efectuaba un rodeo por el flanco izquierdo de los invasores, y al anuncio de hallarse éstos al norte del Carcarañal, dispersaba su columna en partidas y se dirigía así fraccionada á la ciudad de Santa Fe. A pesar de las demoras, aun pudieron ser tomadas algunas carretas de la retaguardia santafecina que conducían parte de sus heridos en el Fraile Muerto.

El 25 al ponerse el sol, una división santafecina intentó sorprender el campo porteño á inmediaciones de Coronda. Hortiguera montó á caballo con los Dragones y dispersó á los montoneros, que se perdieron luego como una bandada de pájaros en los bosques inmediatos. En este choque murió el alférez de Dragones don José María Suárez. Este nuevo género de guerra, que trabajaba al ejército, desmoralizándolo más de lo que estaba, traía desazonado al general, el cual no tenía más plan ni objetivo que marchar directamente á posesionarse de la ciudad de Santa Fe, con lo cual se imaginaba que terminaría la campaña.

López, estrechado sobre el río Salado, barrera de la ciudad de Santa Fe por el sur, resolvió disputar á los invasores la línea de este río, separándose de su táctica habitual, inducido á ello por un español llamado Llac, que tenía á su servicio, y que entendía algo de ingeniería. Este fortificó al efecto el paso de Aguirre, con fosos, cortaduras, parapetos, abatidas de árboles y trincheras de tierra, artillándolo con un obús y dos piezas de á 4, de modo de hacerlo inexpugnable por el frente. Allí situó 600 hombres, en su mayor parte de infantería, sacada de la ciudad de Santa Fe, y así perfectamente cubierto, esperó confiadamente el ataque.

El Salado estaba muy crecido, y el paso de Santo Tomé (que es el de la barra frente á Santa Fe) no daba vado. Balcarce se decidió á forzar el de Aguirre. Con este intento (el 27 de noviembre) destinó una columna de las tres armas al mando del coronel San Martín, llevando la vanguardia los cazadores de Bauzá. Al mismo tiempo, por consejo del P. Fr. Juan José Leal, antiguo cura fundador de la reducción de Cayastá, y gran baqueano de aquellos lugares, dispuso que una columna, compuesta del regimiento de Dragones, los Colorados y una compañía de Cazadores de infantería al mando todo de Hortiguera, franquease el río por un vado situado tres cuartos de legua más abajo. Después de hora y media de fuego sobre el paso, se sintió un tiroteo á retaguardia del enemigo.

Era Hortiguera, que ejecutaba el ataque combinado. A esta señal, el coronel Sáenz marchó al asalto, pero herido en un tobillo, entregó el mando de la columna á Bauzá. Este vadeó el río al frente de sus Cazadores con el agua casi al pescuezo y la cartuchera á la cabeza, posesionándose de las trincheras enemigas, que sus defensores habían abandonado en desorden.

Hortiguera, guiado por el Padre Leal, había atravesado el río sin ser sentido. Cubierto por el espeso bosque de su margen norte, cayó sobre el flanco izquierdo de la batería del paso. Los santafecinos sorprendidos, después de una ligera resistencia, abandonaron sus posiciones, y con su última descarga se ocultaron en el bosque inmediato, dejando en el campo su artillería y como 40 muertos. No se tomó un solo prisionero, porque Hortiguera no tuvo la previsión de destinar uno de sus escuadrones á cortar la retirada de la derecha enemiga. Al iniciarse el ataque, había desprendido en guerrilla la compañía de Cazadores, al mando del teniente don José María Casacuberta. Esta fuerza, cubierta por una laguna, fué la que rompió el fuego sobre el flanco izquierdo de la batería, dando la señal del ataque general. El animoso Padre Leal, que se había adelantado con el objeto de guiar la guerrilla, cayó mortalmente herido de un balazo, cuando los santafecinos hicieron su última descarga. A su lado cayó muerto el teniente Casacuberta. Los cadáveres de ambos fueron sepultados á orillas de la misma laguna al pie de un árbol frondoso. La pérdida total del ejército de Buenos Aires, en esta jornada, fué de 15 muertos, 22 heridos y 7 dispersos, de ellos 6 oficiales.

Habiéndose adelantado Hortiguera, con su regimiento á dos leguas del campo de batalla, con el objeto de apoderarse de una caballada, fué sorprendido por una división santafecina, en la madrugada del siguiente día 28, en el acto de estar mudando caballos. El jefe no acertó á tomar ninguna disposición, y una gran parte de su tropa se dispersó, regresando Hortiguera al campamento general con unos pocos soldados, ven-

cedor y vencido casi simultáneamente. Este pequeño y vergonzoso contraste, desvirtuó todo el prestigio de la victoria del día anterior, pues todos comprendieron que la guerra, que se daba por terminada, iba á empezar.

Desde ese día, las bandas santafecinas desaparecieron de la vista del ejército directorial. La soledad y el silencio reinaban en torno de los invasores; ni un hombre, ni un caballo, ni una vaca había quedado en muchas leguas á la redonda. López, en previsión de todo, había hecho retirar todas las familias hacia el interior del Chaco, llevando consigo todos sus ganados. La ciudad de Santa Fe quedó casi desierta. Balcarce con su ejército se situó á una legua de la ciudad. Durante tres días (del 29 de noviembre al 2 de diciembre) despachó partidas exploradoras en busca del enemigo, y ninguna pudo darle noticia de su paradero. Así aislado, sin objetivo, sin plan, con sus cabalgaduras destruídas y sin medios de subsistencia, Balcarce se encontró moral y físicamente derrotado en medio de su estéril victoria. Parte de las fuerzas que él buscaba vanamente, estaba emboscada en las inmediaciones, y el resto se había corrido por su retaguardia, é interceptaba ya sus comunicaciones con Buenos Aires. En tal situación, el general invasor se vió en la forzosa necesidad de contramarchar por el camino que había llevado.

Véase cómo anunció Balcarce su retirada: «Me pongo en marcha á ocupar un punto céntrico, desde donde estrecharé á los rebeldes y los pondré en el mayor conflicto, ya por la guerra de recursos que haga, como por los ataques que sobre ellos dirija, que les obligarán á rendirse ó perecer.» Y agregaba estas siniestras palabras, que respondían á las instrucciones del gobierno, de tratar al país como país conquistado. «En otra ocasión manifestaré las poderosas razones que he tenido para no destruir la ciudad de Santa Fe, y causar á las familias honradas que han quedado, el último mal.»

Al dar el general las causales de su movimiento,

trógrado, las reasumía en cuatro puntos capitales: 1.° Mal estado de su caballada. 2.° Desconfianza de los cuerpos de Húsares y Dragones. 3.° Recelo de que Hereñú no tuviese éxito en la nueva expedición que se meditaba sobre Entre Ríos. 4.° Temor de que los santafecinos fuesen reforzados con tropas de Entre Ríos y Corrientes, según tenía noticias. Era la confesión de la derrota y de la impotencia física y moral para hacer la guerra, que mal se avenía con la arrogancia del tono y su amenaza de exterminio al tiempo de retirarse de Santa Fe.

En efecto, la campaña estaba decidida. La pobre provincia de Santa Fe, triunfaba una vez más de los ejércitos y escuadras de la Nación, por su energía, por su táctica y por lo compacto de su opinión instintiva. Las caballadas del ejército directorial se habían destruído completamente en quince días de campaña, y apenas le quedaban 4.000 caballos casi inservibles. El espíritu de la caballería era malísimo y la deserción por grupos raleaba diariamente sus filas. La empresa de Hereñú debía dar el mismo resultado que las anteriores, y Santa Fe iba á ser reforzado con nuevas tropas navales y terrestres, que desde Entre Ríos y Corrientes venían en su protección, como se verá luego.

El día 2 de diciembre (1818), á las seis de la mañana, emprendió el ejército su marcha retrógrada. Apenas hubo penetrado en los bosques inmediatos, se vió repentinamente circundado por una nube de montoneros, que rompieron un sostenido fuego de mosquetería, amenazando llevar una carga.

La infantería porteña que era sólida, cubría los flancos, la vanguardia y la retaguardia, y al amago de carga salió en tres columnas y rechazó fácilmente á los agresores, causándoles alguna pérdida sin recibir ningún daño. Los santafecinos volvieron á desaparecer, y el día 3 el ejército se hallaba al sur del Paso de Aguirre. El general, en su insanable optimismo, oficiaba después de esto al gobierno desde la altura de la Coronda: «El enemigo sin duda alguna, entre muer-

»tos, heridos, prisioneros y dispersos, ha perdido la »mitad de su gente: en mi concepto, poco resta que ha»cer para acabar de exterminarlo.»

El ejército recorrió en ocho días (del 3 al 10), el trayecto que media entre el Salado y el Carcarañal, arrebatando los ganados de las estancias y arreó delante de sí como 3.000 cabezas vacunas, más de 400 bueyes, 5 á 6.000 ovejas, llevando cantidad de carretas de los vecinos, como si fuesen despojos ópimos de la campaña. Es el mismo general en jefe quien lo dice, después de dar las anteriores cifras: «Me dirijo al Carri»zal á reunir el ganado que encuentre, y calculo en »4.000 cabezas. Esta importante operación deja á San»ta Fe en la última necesidad, y sin ningún recurso »para sostenerse por más tiempo: proporcionará la »subsistencia del ejército para un año, y acaso lo »proveerá de caballos suficientes para la próxima in»vasión.»

En San Lorenzo, fueron licenciadas las milicias de caballería por inútiles, y el general pidió al gobierno un refuerzo de caballería de línea para continuar la campaña. Esta nueva exigencia le fué sugerida por las noticias que á la sazón recibió de la escuadrilla. Como él lo había previsto, la nueva expedición de Hereñú á Entre Ríos, había tenido un mal éxito. Habiendo intentado un desembarco cerca de la Bajada, no pudo ponerse en comunicación con las fuerzas que á cargo de su hermano don Pedro Tomás Hereñú y don Gregorio Correa se conservaban en armas en Montiel. Tuvo, pues, que acogerse nuevamente á la escuadrilla, seguido de gran número de familias, perdiendo por la deserción una parte considerable de sus soldados.

El hermano de Hereñú y Correa, aislados en medio de los bosques del Entre Ríos, se recostaron hacia Gualeguaychú, dispersándose en montoneras en los inmediatos rincones del Nancay, con la esperanza de abrir comunicaciones con la escuadrilla por la parte del Ibicuy. Estas montoneras fueron dominadas más tarde por Ramírez. El Entre Ríos quedó desde entonces pacificado y sometido al yugo de un caudillo absoluto,

que creó el tipo de los gobiernos que se sucedieron en esta provincia por el espacio de más de medio siglo. El pueblo se plegó bajo su poderosa voluntad, y le aclamó. y obedeció con decisión.

El Entre Ríos era una nueva provincia que nacía de las entrañas atormentadas de la anarquía, con el germen del federalismo en su seno; y que se constituía autonómicamente de hecho, obedeciendo á sus instintos de independencia y de individualismo, con una espontaneidad marcada, en que la pasión social intervenía más que el interés individual. Este hecho pone de bulto un fenómeno de la embriología política del pueblo argentino. Esta provincia, dominada más bien que gobernada por régulos independientes, sin cohesión aparente en sus elementos sociales, poseía, empero, un organismo propio, adecuado á su naturaleza. Los caudillos Hereñú, Correa y Samaniego y otros, caracteres viriles con iniciativa propia en su medio, dominando hombres que se les parecían á quienes eran relativamente superiores, convertían en fuerza propia las pasiones de las multitudes que estimulaban, y obraban en armonía con un estado social semibárbaro, persiguiendo un objetivo al alcance de la inteligencia de las masas, y combatiendo el ideal sublime de la libertad en el orden y de la unidad nacional disciplinada que no comprendían, eran verdaderas entidades de una democracia bárbara en su estado rudimentario, con aspiraciones á la independencia individual y local. Los caudillos que concentraban y realizaban estas aspiraciones, ejercían autocráticamente un poder representativo de las multitudes, y los que obedecían sus mandatos, se sentían dignificados en su escenario, inclinándose ante aquella creación que era la imagen y semejanza suya. Estos mismos caudillos, trasladados á otra escena, sirviendo otros intereses y propósitos, sin el concurso de la pasión vital que les daba nervio, perdían toda su importancia, no tenían inspiraciones, se encontraban impotentes ante sí mismos; eran como árboles transplantados lejos del suelo y de las condiciones climatológicas que les daban vida robusta. Tal

sucedió con los régulos entrerrianos que se pronunciaron por la unión nacional, y pretendieron, con los mismos elementos del desorden que acaudillaban, operar una revolución militar y política, reaccionando contra la revolución social que ellos mismos habían iniciado brutalmente, y que eran impotentes para contrarrestar. Hereñú, el más poderoso caudillo de la Mesopotamia argentina, el primero que dió en ella el grito anárquico levantando el pendón de la independencia provincial, el que había hecho capitular á Viamonte en Santa Fe y derrotado la primera expedición nacional contra Entre Ríos (1814), y que al pronunciarse por la unión era el árbitro de ambas márgenes del Paraná, al servicio del orden, era una masa inerte, un objeto de odio y de desprecio para sus antiguos partidarios, un estorbo cuando no un peligro para sus nuevos aliados. No tendrían explicación racional los hechos que hemos narrado y otros análogos de que se hablará después, si esta síntesis histórica no los ilustrase.

Volvamos ahora á tomar el hilo de la narración. El avance tardío de Balcarce, había dado lugar á López á caer sobre Bustos en el Fraile Muerto. Su retirada de Santa Fe, dejó aislada la escuadrilla y malograda la combinación con Hereñú sobre el Entre Ríos. Dueños los disidentes de ambas márgenes del Paraná, pudieron combinar sus operaciones, favorecidos por una gran creciente del río que hacía imposible el bloqueo de las bocas del Colastiné. Aprovechándose de esta circunstancia, pasaron 200 hombres de Entre Ríos en embarcaciones menores, navegando por encima de las islas anegadas. Al mismo tiempo, una expedición mixta, compuesta de 500 á 600 hombres de pelea y una escuadrilla de 7 lanchas y 12 canoas bien tripuladas y artilladas algunas de ellas, descendía el Paraná desde Corrientes, en auxilio de López. La fuerza de tierra llegó á Santa Fe marchando por el Chaco, y la escuadrilla artigueña se reconcentró en su puerto. Mandaba esta expedición terrestre-fluvial el famoso aventurero Pedro Campbell, á quien por primera vez vemos apare-

cer en nuestra historia, y cuya fisonomía original merece le dediquemos alguna atención.

Campbell era irlandés y católico. Había venido al Río de la Plata con la expedición de Berresford, de cuyas filas desertó, pasando á Corrientes, donde por algún tiempo se ocupó en trabajar como curtidor. De genio aventurero y turbulento, se enroló en las bandas de Artigas, así que estalló la revolución. Por su energía, su valor, su destreza en el manejo de las armas á pie, á caballo y en las aguas, así como por su implacable crueldad, no tardó en adquirir un gran ascendiente sobre los gauchos, cuyo traje y costumbres adoptó, y hacerse el segundo de Andresito. Artigas le confió la organización y mando de una escuadrilla de lanchas y canoas en el Paraná, á la que dió una organización especial. Formó al mismo tiempo un regimiento de indios tapes armados con sables, fusil y puñal, especie de centauros que combatían á pie y á caballo y cuya táctica llegó á considerarse incontrastable. Este hombre, al llegar á Santa Fe, fué recibido por el pueblo á los gritos de «¡ Viva la patria oriental !»

La llegada de los refuerzos de Entre Ríos y Corrientes exaltó el espíritu de los santafecinos, que desde aquel momento sólo pensaron en volver á tomar la ofensiva. En este sentido, su primera empresa fué la captura de dos lanchones de la escuadrilla, tripulados con 24 hombres, y uno de ellos armado con un cañón de á 6. El comandante de ella, Hubac, alarmado por este contraste, teniendo á su bordo como 500 hombres desmoralizados, de la gente de Hereñú (entre soldados y familias), y temeroso de ser abordado por la escuadrilla de Campbell, consideró insostenible su posición, y así lo manifestó á Balcarce. Este lo autorizó á levantar el bloqueo, y la escuadrilla se retiró del frente de Santa Fe, con 7 buques armados en guerra, teniendo á su bordo cuatro meses de víveres. El gobierno desaprobó este acto de debilidad, y ordenó á Balcarce reponer el bloqueo, enviando al mismo tiempo para reforzar la escuadrilla, con los restos el bergantín Chacabuco. Pero estas órdenes llegaron tarde, y la escua-

drilla, con la expedición de Hereñú á su bordo, se replegó á San Nicolás, al mismo tiempo que Balcarce al Rosario.

Al anuncio de que Santa Fe había sido reforzado, Balcarce se retiró de San Lorenzo al Rosario, y allí se reunió poco después la escuadrilla con los restos de la expedición de Hereñú. El gobierno, accediendo á su pedido, le envió 200 hombres escogidos de refuerzo. El general, buscando á quien echar la culpa del mal éxito de su campaña y de su impotencia para abrirla de nuevo, abrumaba al gobierno con quejas diarias sobre falta de caballos, sobre el mal espíritu de la caballería á sus órdenes, sobre la calidad de los refuerzos que le remitían, sobre que los contingentes no fuesen de puros porteños, sobre el silencio que guardaba la «Gaceta» respecto de sus operaciones, amenazando hacer uso de la libertad de imprenta para vindicar el ejército, insinuando que no se le dejaba libertad para obrar, y que por lo tanto no respondía del resultado de la guerra, reiterando con cada queja su dimisión. El gobierno, después de agotar todos los medios para satisfacerlo y contentarlo, le contestó, al fin, que había hecho el último esfuerzo para reforzarlo con la mejor gente que tenía, que le constaba ser imposible mandarle puros porteños, y que en medio de las congojas que le rodeaban, le era sensible reiterase su renuncia. «En tales conflictos (le decía), ansioso »de remover los infaustos resultados que V. S. pro»nostica, consecuente con el empeño de emplear todo »el poder de la Nación, para concluir felizmente esta »desastrosa guerra, el gobierno ha acordado y se han »dado hoy por este ministerio (de la Guerra) las ór»denes para que en consideración á la inminencia de »los peligros, se ponga inmediatamente en marcha el »ejército auxiliar del Perú en su todo ó en parte, al »cargo del capitán general don Manuel Belgrano, quien »tomará el mando en jefe de ambos ejércitos, que for»marán uno solo en la presente campaña.»

El general don Juan Ramón Balcarce, comprendiendo tal vez que había sido demasiado exigente sin razón

por su parte, y resentido á la vez de que, al aceptar su renuncia, se nombrase general en jefe á Belgrano, con el cual no simpatizaba, contestó: «No he pedido un »ejército para llevar adelante la campaña, sino un »corto refuerzo para mejorar la caballería. Reposo se»guro en el acierto de mis operaciones, y me asiste la »confianza que si algunos no me creen suficiente para »terminar la comisión que me fué confiada, no suce»de así con los que he tenido el honor de mandar. »Llegue enhorabuena el general Belgrano á recibirse »del mando de ambos ejércitos. Entretanto, si mi sa»lud me lo permite, me conservaré á la defensiva.»

En el mismo día (7 de enero de 1819) en que el gobierno aceptaba la renuncia de Balcarce, éste era atacado por las divisiones de Entre Ríos y Corrientes reforzadas con partidas santafecinas, al mando de Campbell. Los sitiados consiguieron rechazar el ataque con la pérdida de 6 muertos y algunos heridos, dejando en el enemigo 10 cadáveres en el campo, y bastantes heridos que llevó. El resultado fué una verdadera derrota para la plaza, pues con los tiros se dispersó su caballada, los montoneros arrebataron el ganado con que contaba para su subsistencia, y en medio del combate se pasaron nueve húsares á las filas de los sitiadores.

A pesar de la presencia de la escuadrilla en el puerto del Rosario, que llegó oportunamente para moralizar á los sitiadores, Balcarce no pensó desde aquel momento sino en replegarse á la provincia de Buenos Aires, en previsión de una invasión de López á su territorio. Reaccionando, empero, inmediatamente sobre sí mismo, dispuso, de acuerdo con una junta de guerra, que el coronel Hortiguera marchase con la caballería (Húsares y Dragones), en la cual no tenía confianza, á proteger la frontera de Buenos Aires, y se situara en San Nicolás, quedando él con la infantería y artillería en el Rosario. El gobierno, que comprendía la importancia de mantener este punto, reforzó á Balcarce con algunas tropas y dos piezas de artillería para reanimar el espíritu de los sitiados, y dispuso, á la vez,

que Bustos reforzado con 300 hombres del ejército de Belgrano se incorporase al ejército de Santa Fe, dejando sólo 100 hombres y algunas milicias en la frontera de Córdoba.

Mientras tanto, diarios combates y guerrillas sin resultado tenían lugar alrededor del Rosario. Sitiados y sitiadores sufrían pérdidas en muertos y heridos, disminuyendo considerablemente las filas de los primeros por la deserción. Balcarce, desalentado ante la situación sin salida que se había creado, propuso al gobierno que se estacionasen dos ejércitos de 2.000 hombres cada uno, en puntos convenientes, para cubrir las provincias de Buenos Aires y de Córdoba sin determinar objetivo ni formular un plan. El gobierno, comprendiendo que no podía contar con la perseverancia del general Balcarce, ni con la consistencia de sus ideas militares aun para mantenerse á la defensiva, le ofició inculcando particularmente sobre la importancia de conservar el puerto del Rosario, y nombró al general Viamonte para sucederle en el mando, aceptando al fin sus reiteradas renuncias. Antes que esta resolución hubiese llegado á sus manos, Balcarce se había replegado con su infantería á San Nicolás, dejando al Rosario casi arruinado, é incendiando en su retirada los techos de algunas casas pajizas que habían quedado en pie. ¡Este fuego de paja encendió odios interprovinciales que han durado más de medio siglo!

Los montoneros ensoberbecidos por la retirada de Balcarce, marcharon en su busca hasta San Nicolás en número como de 700 hombres, provocándolo al combate. Después de algunas guerrillas sin resultado, que tuvieron lugar en la mañana y la tarde del 5 de febrero (1819), en que Balcarce hubo de hacer jugar su artillería, los montoneros se replegaron á San Lorenzo, con el intento de abrir hostilidades contra Bustos en Córdoba.

El general Viamonte salió de la capital con una columna de 500 soldados de línea, y se recibió de las fuerzas á órdenes de Balcarce, que alcanzaban como á

1.900 hombres, con lo cual reunió un ejército de 2.400 plazas bajo su inmediato mando (febrero de 1819). Además, se puso á sus órdenes la división de Bustos, reforzada con 300 hombres de buena caballería del ejército de Belgrano y más de 500 milicianos de Córdoba, formando un total de 3.500 hombres de las tres armas. En tal situación, el ejército de Buenos Aires volvió á tomar la actitud ofensiva, avanzando nuevamente hasta el Rosario, con el objeto de combinar operaciones con las fuerzas de Córdoba. Al mismo tiempo, el ejército auxiliar del Alto Perú, fuerte de 3.500 hombres (incluso la división de Bustos), se ponía en marcha para concurrir á la guerra civil. De este modo, más de 7.000 hombres iban á converger simultáneamente sobre la provincia de Santa Fe.

Don Estanislao López, había sido nuevamente reforzado á su vez con otra columna de 800 hombres, enviada desde Entre Ríos por Ramírez, á las órdenes de su hermano materno don Ricardo López Jordán. Con esta fuerza, la de Campbell y las suyas propias, el gobernador de Santa Fe se halló al frente de un ejército de más de 2.000 hombres organizados, sin contar los indios auxiliares y las montoneras sueltas de la frontera de Córdoba. Con esta fuerza reunida, se puso en marcha á mediados de febrero en busca de Viamonte, que se había estacionado al sur del Carcarañal. Después de hacerse sentir sobre la línea de este río, destacó sobre Viamonte, una vanguardia de observación, con el objeto de ocultar el movimiento que meditaba, y á la cabeza de 1.500 santafecinos, entrerrianos, correntinos é indios, se lanzó rápidamente por su flanco derecho sobre Córdoba en busca de la columna de Bustos, con el intento de batirla. A su tiempo narraremos las operaciones de esta columna, cuando nos ocupemos del desarrollo de la guerra civil en el interior, continuando por ahora con la del litoral.

Viamonte, que se apercibió de la marcha de López y de la poca fuerza que había quedado á su frente, dispuso á principios de marzo que el coronel Hortiguera hiciese un formal reconocimiento á la cabeza de 400

Dragones de la Patria, apoyándolo á la distancia con el grueso del ejército. Hortiguera vadeó sin resistencia el Carcarañal, y arrolló en su marcha las partidas de montoneros, que le cedieron el terreno. De este modo, siguiendo paralelamente por la costa del Paraná, avanzó hasta Coronda, se posesionó del pueblo, tomó varios prisioneros y reunió algunos ganados, emprendiendo desde allí su repliegue al cuartel general, con humos de vencedor. Pero, desgraciado como siempre en sus empresas militares, fué repentinamente cargado el 10 de marzo en las Barrancas á inmediaciones del Carcarañal, por una fuerza muy superior, que lo destrozó, haciendo en su tropa una gran matanza y poniéndola en completa dispersión. Era López, que de regreso de su segunda expedición á Córdoba, y después de haberse medido con la división de Bustos (como se relatará después), volvía á sostener la campaña de Santa Fe, abriendo las nuevas operaciones con este golpe mortal.

Viamonte quedó moralmente anonadado por este contraste y materialmente imposibilitado para la campaña. Sin caballería, sin caballos y sin inspiraciones dentro de sí mismo para mantener la actitud ofensiva que había asumido, el general porteño se reconcentró al Rosario, donde fué sitiado como su antecesor por el ejército santafecino. Desde allí se dirigió á Belgrano, cuya situación ignoraba, así como Bustos ignoraba la de Viamonte, dándole cuenta de su estado.

Esta comunicación encontró á Belgrano en la provincia de Córdoba, en marcha con todo su ejército sobre Santa Fe, y fué contestada, ordenándole se sostuviera á todo trance, mientras los dos ejércitos se ponían en contacto y combinaban sus operaciones.

La situación de Viamonte era apurada, pero la de López no era más ventajosa, á pesar de su actitud preponderante. Dueño de la campaña con su caballería, podía el caudillo santafecino interceptar las comunicaciones terrestres; pero la infantería de Buenos Aires era invencible y contaba con el apoyo de la escuadrilla para abastecerse. Por lo tanto, uno y otro

eran relativamente impotentes para destruirse. Por otra parte, el ejército de Belgrano, fuerte de 3.000 hombres, avanzaba en masa sobre Santa Fe, sableando con su sólida caballería las guerrillas de montoneros que pretendían disputarle el paso, y el sitio del Rosario no podía tardar en ser levantado y la provincia dominada militarmente. Pero esto no era sino el preludio de una nueva guerra sin solución. O bien el ejército del Alto Perú se estacionaba en el Rosario, perdiéndose en la inacción, ó bien se emprendían nuevas operaciones sobre el Entre Ríos, donde aun se conservaban algunas montoneras fomentadas por el gobierno nacional. En ambos casos, el problema no hacía sino complicarse, embraveciendo más la anarquía, arruinando el país y malgastando en una lucha estéril y criminal de éxito dudoso, los últimos recursos de que la Nación podía disponer para llevar adelante la guerra de la independencia contra el enemigo común. Un hilo de una de aquellas tramas misteriosas, propias del genio profundo y paciente de San Martín, y que involucraba los destinos futuros de la América del Sur, vino por acaso á pasar por entre los ejércitos beligerantes, y este accidente resolvió pacíficamente el problema, al menos por el momento. Véase cómo.

Una parte del vasto plan de campaña continental de San Martín, con relación á la emancipación de América meridional, estaba realizado. El ejército de los Andes formado casi de la nada, el paso de las Cordilleras ejecutado, Chacabuco y Maipo fueron sus primeros resultados, y una vez el mar Pacífico dominado por una escuadra chilena, amenazaba llevar las armas de la independencia al Bajo Perú. Este había sido constantemente el objetivo fijo de San Martín. Después de cada una de sus inmortales victorias, volvía á pasar y repasar la cordillera, caballero en una mula, con el objeto de concertar con ambos gobiernos los medios de realizar este gran pensamiento, empleando alternativamente la persuasión, la amenaza de su renuncia, la demostración matemática, y ven-

ciendo uno por uno los obstáculos que se le oponían, con su sagacidad, su paciencia y su pasión reconcentrada. A fines de 1818, la expedición estaba acordada, San Martín había bosquejado magistralmente por escrito el plan de invasión, y la diplomacia se ocupaba en la época á que hemos llegado, en concertar el tratado que la República Argentina y Chile debían firmar para llevar unidas sus armas libertadoras al Bajo Perú. Precisamente, por la misma época, sobrevinieron algunos desacuerdos entre el general San Martín y el Director O'Higgins, con motivo de las dilaciones que retardaban la ejecución del plan. A pesar de lo convenido, ningún apresto serio se había hecho hasta entonces por Chile para activar la expedición, así en el personal como en el material que debía componerla. Mientras tanto, el ejército de los Andes combatía, una parte de él en el sur de Chile, y la otra parte custodiaba con el arma al brazo al gobierno de O'Higgins, que tenía en el país un poderoso partido que le era hostil, como lo era á la alianza argentino-chilena, y, por lo tanto, á la permanencia de las tropas de las Provincias Unidas en territorio chileno. Impago este ejército de sus sueldos, que estaban á cargo de Chile, hacía como seis meses; retardando indefinidamente el reemplazo de sus bajas por inutilizados en acción de guerra, á que también debía proveer; no bien atendido por los ministros de O'Higgins los reclamos de San Martín, éste llegó á persuadirse que el gobierno chileno, al abrigo de toda invasión por su preponderancia marítima en el Pacífico, no se ocupaba seriamente de la expedición, ó por lo menos no ponía los medios eficientes para impulsarla. Entonces, concibió uno de aquellos golpes peculiares de su genio, que sorprenden por la simplicidad de sus medios y admiran por la seguridad de sus resultados.

Inventó el repaso del ejército de los Andes al territorio argentino, que ha engañado hasta hoy á los mismos historiadores. Sin confiar á nadie su terrible secreto, maniobró de tal modo, que hizo servir altern-

tivamente á los dos gobiernos á sus profundas miras, sacando del territorio argentino nuevos recursos, y obligando á Chile á que le rogara llevase inmediatamente á cabo la expedición del Perú (que sólo él podía relizar), presentándole allanados todos los obstáculos que á su ejecución se oponían. Para los objetos de este libro, pondremos al descubierto parte de esta memorable trama, uno de cuyos hilos pasó por el Rosario, envolviendo accidentalmente á los ejércitos beligerantes.

Para preparar la ejecución de su misterioso plan, San Martín acantonó su ejército en Aconcagua, al pie de los pasos occidentales de la Cordillera, dejando únicamente una división argentina al sur de Chile. Desde allí hizo presente al gobierno argentino por la vía «reservada», que Chile no se ocupaba seriamente de la expedición al Perú, que su hacienda estaba en bancarrota, que el ejército desatendido tendría que ser atendido en adelante por las Provincias Unidas, que los chilenos odiaban tanto á su gobierno como desconfiaban del ejército de los Andes, que por todo esto lo había aislado en Aconcagua, y que él salvaba su responsabilidad diciéndole la verdad, y pidiendo órdenes perentorias en consecuencia. A la vez, pedía explicaciones oficiales al gobierno chileno sobre la poca actividad de los preparativos para la expedición y confidencialmente insinuaba á los de Buenos Aires, que en el caso de impartírsele orden para repasar la Cordillera, se reservase la verdadera razón y diesen por causal la expedición de Cádiz contra el Río de la Plata (en la cual él no creía). Las órdenes en este sentido no se hicieron esperar. El gobierno argentino—afligido por la guerra civil que tan impremeditadamente había provocado: habiendo hecho retirar por causa de ella el ejército de Belgrano de la frontera del norte (á la sazón nuevamente amagada por los ejércitos realistas del Alto Perú); que por otra parte esperaba que este despliegue de fuerzas influiría poderosamente en la pacificación interna; y que, de no realizarse la expedición del Bajo Perú (como lo deseaba), creía que,

unidos los ejércitos de San Martín y Belgrano, podrían penetrar nuevamente por el territorio del Alto Perú,—autorizó plenamente á San Martín para proceder según sus insinuaciones.

Simultáneamente con todo esto, una división de 1.100 hombres de las tres armas, en la que estaba comprendida casi toda la caballería del ejército de los Andes (Granaderos y Cazadores á caballo), repasaba la Cordillera y se estacionaba en Mendoza. De este modo, se colocaba en actitud de servir mejor á la causa de América, cumpliendo sus deberes para con su país. En un caso, ejercía presión sobre Chile, obligándolo á decidirse por la inmediata expedición del Perú. En otro caso, remontaba su caballería en el territorio que poseía los mejores elementos en esta arma; y de todos modos, quedaba habilitado ya para hacer repasar sin inconvenientes el resto del ejército, ya para concurrir si fuese necesario á contrarrestar la expedición española que se anunciaba. Los resultados correspondieron á sus profundos cálculos.

El anuncio de la retirada del ejército argentino hirió al gobierno de Chile como un golpe de rayo. San Martín, que al dar comienzo al repaso, se había trasladado á Mendoza, fué desde aquel momento el objeto de sus solicitudes. Se le dirigieron comunicaciones oficiales y confidenciales demostrando la conveniencia de suspender la retirada del ejército argentino; se comprometió al enviado argentino cerca del gobierno de Chile, don Tomás Guido, para que representara ante su gobierno en tal sentido, y se hicieron presente á éste los inconvenientes que de tal paso resultarían para ambos países y para la América en general. San Martín, mientras tanto, remontaba la división en la provincia de Cuyo, y anunciaba al gobierno de Chile su intención de mediar en la guerra civil del litoral, comprometiéndolo á ejercitar su influencia en este sentido, y mantenía al mismo tiempo una correspondencia activa con Belgrano sobre el particular.

Cuando San Martín vió que el gobierno de Chile se ponía á su discreción y facilitaba todo para su anhe-

lada expedición al Perú, y cuando las noticias de Europa anunciaron que la expedición española al Río de la Plata no era un peligro tan inminente como se había creído, empezó á deshacer la trama tan laboriosamente urdida, haciéndose dar contraórdenes por el gobierno argentino y poniendo á la logia Lautarina en Chile en el caso que le ordenase terminantemente no obedeciera á su gobierno y marchase á libertar el Perú con el ejército argentino-chileno. En honor de la verdad histórica debe decirse, que el papel más noble en esta sublime comedia, después del de San Martín, que no era movido por ningún interés personal, es el de O'Higgins. Anonadado por el anuncio, comprendiendo que su gobierno peligraba sin el apoyo del ejército de los Andes, anhelando sinceramente realizar la expedición al Perú; á la par que hacía esfuerzos para suspender la retirada, reconocía que la República Argentina pedía lo que era suyo, y que la salvación del país que había dado la libertad á Chile era antes que todo, aun cuando Chile amenazara perderse; porque, según decía, perdida la República Argentina, se perdía Chile, y salvándose podía volver á reconquistar su libertad como ya lo había hecho; terminando por ofrecer cuanto Chile tuviese, caso que la expedición española se dirigiera al Río de la Plata. En cuanto á Pueyrredón, aturdido en medio de estas aparentes contradicciones, sin comprender su alcance, escribía á San Martín, que sus órdenes y contraórdenes le habían sido sugeridas por él; que él no había pensado nunca comprometer al ejército de los Andes en la guerra civil; que se felicitaba que la expedición al Bajo Perú se realizara; pero que de no, debía abrirse nueva campaña por el Alto Perú, en unión con el ejército de Belgrano. En cuanto á Belgrano, no menos sorprendido que los demás por el repaso del ejército de los Andes, deploraba la suspensión de la expedición á Lima, como se verá después. Así, todo conspiraba á que el profundo plan de San Martín, diera todos los resultados inmediatos que él se había propuesto, y otros con que tal vez no había contado. La expedición al Bajo

Perú, definitivamente arreglada por la invención del repaso del ejército de los Andes, contribuyó de una manera indirecta á que se interrumpiese la guerra civil, que San Martín miraba con horror, no sólo por haber jurado no tomar jamás en ella parte, sino porque interrumpía ó dificultaba sus grandes planes de emancipación continental.

El acaso, que en esta ocasión coincidía con la lógica de las cosas, vino á dar al complicado plan de San Martín una influencia inesperada en el sentido de sus propósitos. Hallándose cerradas las comunicaciones entre el litoral y el interior, el correo que conducía las comunicaciones de Mendoza del mes de marzo (1819) fué interceptado por los montoneros de Santa Fe. Quizá San Martín lo había previsto, pero no tenemos documentos para asegurarlo. El hecho es que, en el fondo del saco de cuero del correísta, se encontró una comunicación de O'Higgins á la que iba adjunta otra del Senado de Chile, representado sobre el repaso del ejército de los Andes, con una de Guido que las apoyaba, y una carta de San Martín insinuando al gobierno que podría dársele contraorden, desde que las amenazas de la expedición española sobre el Río de la Plata parecían disiparse.

López se impuso con sorpresa de tan importantes documentos. Ignorando las verdaderas disposiciones de San Martín, se persuadió que el repaso del ejército de los Andes tenía por objeto la guerra de Santa Fe, y que iba á verse obligado á hacer frente á tres ejércitos á la vez. Con su sagacidad nativa, se dió cuenta clara de su situación, y adoptó desde luego una resolución en armonía con sus instintos de caudillo personal y el sistema gauchi-político de equilibrio que le era aconsejado por su situación territorial. Comprendiendo que no podía resistir al ejército de Belgrano, que avanzaba sableando sus montoneras; presintiendo que, obligado á replegarse al Chaco ó emigrar á Entre Ríos, perdería toda su importancia como caudillo local y quedaría á merced de Artigas ó de Ramírez; y fatigado de sus terribles aliados de Entre Ríos y Corrien-

tes, que empezaban á cometer excesos que él no tenía fuerza para contener, y sin los cuales no podía sustentar la guerra con eficacia; y, además, obrando probablemente en él los sentimientos de argentino que no había desertado la causa común contra los españoles, se decidió á hacer la paz bajo su responsabilidad, para conjurar de este modo los peligros que lo amenazaban. En su género, el plan de conducta que se trazó López para alcanzar estos resultados, no fué menos hábil que el de San Martín.

En los primeros días del mes de abril (1819) un parlamentario de los montoneros se presentó en la línea del sitio del Rosario, y puso en manos de Viamonte la correspondencia interceptada, protestando en nombre de López sus sentimientos de americano y patriota. Con este motivo, ambos ejércitos se pusieron al habla. El general Viamonte, que estaba á obscuras de lo que pasaba, que ignoraba hasta la proximidad del ejército de Belgrano, y que en su apurada situación no veía prospecto lisonjero á la guerra, abundó á su vez en protestas pacíficas. De este cambio recíproco de caballerosas atenciones y patrióticas protestas, nació un acuerdo para poner término inmediato á la lucha. En consecuencia, ambos generales firmaron el 5 de enero un armisticio provisional por el término de ocho días, comprometiéndose á formalizarlo para entrar en negociaciones de paz, en el caso de que dentro del plazo señalado fuera aprobado por el general Belgrano.

Así terminó por el momento esta guerra del Peloponeso argentino, que hemos llamado del litoral, porque tuvo por teatro las provincias bañadas por las aguas del Uruguay y Paraná. Imprudentemente provocada por el gobierno general; mal conducida por sus generales; enérgicamente sostenida por los montoneros; los contendores volvían á encontrarse en su punto de partida y el armisticio del Rosario no era sino una tregua. Cuatro ejércitos había empleado Buenos Aires en ella, y sufrido otras tantas derrotas. El quinto ejército llamado á intervenir en la contienda

civil, dando la espalda al enemigo común en la frontera del norte, marchaba fatalmente á sufrir otra derrota más desastrosa aún, pactando con la anarquía triunfante. El ejército de los Andes, que pudo por acaso comprometerse en ella, se salvaba de la disolución merced á la claridad de vistas de San Martín, y manteniendo en alto la bandera redentora, libraba la patria á sus fatales destinos, que él no podía conjurar.

La opinión pública enervada; el gobierno sin fuerza moral ni material; las provincias insurreccionadas ó prontas á rebelarse en masa; los odios entre hermanos exacerbados; el espíritu militar destemplado en una lucha impopular y sin horizontes gloriosos; el patriotismo embotado por la obliteración del sentido moral; la capital exhausta de recursos, la anarquía de las ideas, la debilidad orgánica de las instituciones, el ensoberbecimiento de las masas semibárbaras, que representaban á la vez la mayoría y la democracia genial, todo presagiaba la gran catástrofe histórica que debía disolver política y socialmente á la Nación. La Atenas del Plata pudo desde aquel día, como los hijos de la ciudad de Minerva, colgar en sus templos un freno de caballo y una proa de buque, en señal de que la victoria no coronaría ya sus armas por agua ni por tierra en la guerra civil, aun cuando su genio, su poder y su influencia irradiaran su luz y su acción por todo el continente, y hubiese de triunfar al fin por su acción civilizadora, por su temple cívico y por su fuerza de cohesión, luchando contra la barbarie desorganizadora y brutalmente regeneradora á la vez, y establecer por último la piedra fundamental de la nueva fábrica política.

Los hechos brutales y las fuerzas vivas estaban en pugna con las leyes escritas y las barreras artificiales. La sociedad política estaba fundada sobre cimientos carcomidos. Las nuevas fuerzas en actividad, obedeciendo á su impulsión instintiva, destruían lo viejo que se oponía á su desenvolvimiento y lo nuevo que no tenía consistencia, salvándose únicamente de su acción

demoledora, el principio eterno de la cohesión y de la conservación que nunca perece en los pueblos destinados á vivir en los tiempos. La sociedad colonial estaba en plena descomposición: las leyes orgánicas de la república democrática aun no se habían revelado; el gobierno del pueblo por el pueblo no había podido echar raíces, y tantos errores cometía la barbarie destruyéndolo todo, como la inteligencia buscando la salvación fuera de las condiciones geniales del país. La república nueva se elaboraba, empero, en la batalla de la vida por la ley del crecimiento normal, dentro de las atormentadas entrañas de la patria de los argentinos. De esta gestación dolorosa en medio de un caos aparente, debía surgir una asociación embrionaria, con una democracia semibárbara por materia prima, con un centro de civilización expansiva por núcleo, con un poder persistente de cohesión en su organismo y un sentimiento innato de libertad y de independencia por alma, que por acciones y reacciones recíprocas, al fin encontraría su equilibrio dentro del círculo magnético de sus elementos constitutivos, bien que con sus fuerzas sociales casi aniquiladas.

En el capítulo siguiente se verá diseñarse más claramente este prospecto. En él se dará noticia de las operaciones militares que simultáneamente con los sucesos ya narrados tuvieron lugar en Córdoba, de los trabajos de Belgrano, de sus vistas sobre la situación, y de la resolución que adoptó con respecto al armisticio del Rosario que le fué sometido.

FIN DEL TERCER TOMO

THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE STAMPED BELOW

AN INITIAL FINE OF 25 CENTS WILL BE ASSESSED FOR FAILURE TO RETURN THIS BOOK ON THE DATE DUE. THE PENALTY WILL INCREASE TO 50 CENTS ON THE FOURTH DAY AND TO $1.00 ON THE SEVENTH DAY OVERDUE.

APR 12 1933

APR 26 1933

OCT 6 1936

FEB 11 1935

Feb. 25
Mar. 11, 1935
Renewed
Oct 23, 1936

LD 21–50m-1,'33

YB 29914

362409

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY